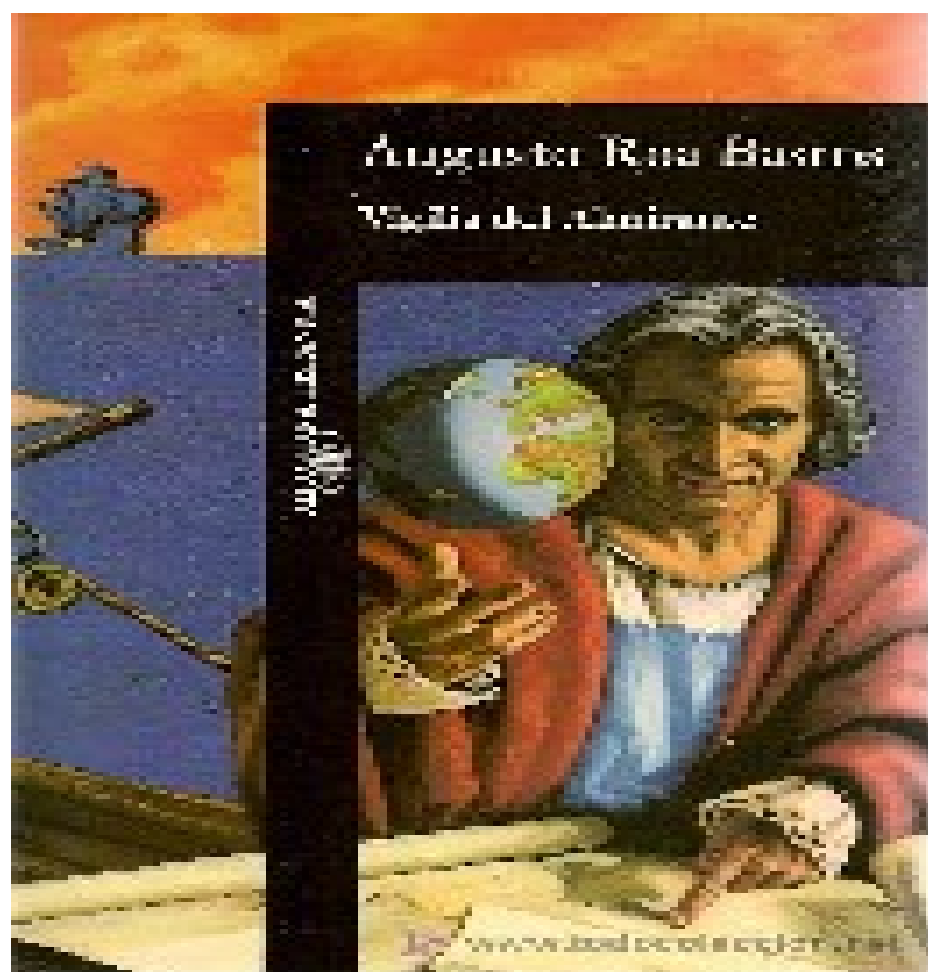


Augusto Ruiz Bueres
Voz del Abogado

1744





Annotation

Vigilia del Almirante: la historia no oficial.

'Quiere este texto recuperar la carnadura del hombre común, oscuramente genial, que produjo sin saberlo, sin proponérselo, sin presentirlo siquiera, el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en dos milenios de historia de la humanidad. Este hombre enigmático, tozudo, desmemoriado para todo lo que no fuera su obsesión, nos dejó su ausencia, su olvido. La historia le robó su nombre. Necesito quinientos años para nacer como mito'. Escrita desde el lado del nuevo mundo descubierto por Colón, Vigilia del Almirante plantea una reivindicación del universo indígena que, en esta apasionante novela, el propio navegante reclama para los habitantes primitivos. Repleta de sorpresas literarias e históricas, Vigilia del Almirante supone una contribución polémica y audaz a la mejor literatura de nuestro tiempo.

VIGILIA DEL ALMIRANTE

Vigilia del Almirante: la historia no oficial.

'Quiere este texto recuperar la carnadura del hombre común, oscuramente genial, que produjo sin saberlo, sin proponérselo, sin presentirlo siquiera, el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en dos milenios de historia de la humanidad. Este hombre enigmático, tozudo, desmemoriado para todo lo que no fuera su obsesión, nos dejó su ausencia, su olvido. La historia le robó su nombre. Necesito quinientos años para nacer como mito'. Escrita desde el lado del nuevo mundo descubierto por Colón, Vigilia del Almirante plantea una reivindicación del universo indígena que, en esta apasionante novela, el propio navegante reclama para los habitantes primitivos. Repleta de sorpresas literarias e históricas, Vigilia del Almirante supone una contribución polémica y audaz a la mejor literatura de nuestro tiempo.

Autor: Augusto Roa Bastos

©1992, Alfaguara

Colección: Alfaguara hispánica, 96

ISBN: 9788420481043

Generado con: QualityEbook v0.50

VIGILIA DEL ALMIRANTE

AUGUSTO ROA BASTOS

A Josefina Plá, maestra y amiga

Tierra deseada, igual al deseo...

El nuevo mundo,

LOPE DE VEGA

No desees, y serás el más rico Hombre del mundo.

Persiles

CERVANTES

Voy perdiendo mi ser mientras me voy humanando

Guyravera

CHAMÁN GUARANÍ

Éste es un relato de ficción impura, o mixta, oscilante entre la realidad de la fábula y la fábula de la historia. Su visión y cosmovisión son las de un mestizo de «dos mundos», de dos historias que se contradicen y se niegan. Es por tanto una obra heterodoxa, ahistórica, acaso anti-histórica, anti-maniquea, lejos de la parodia y del pastiche, del anatema y de la hagiografía.

Quiere este texto recuperar la carnadura del hombre común, oscuramente genial, que produjo sin saberlo, sin proponérselo, sin presentirlo siquiera, el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en dos milenios de historia de la humanidad. Este hombre enigmático, tozudo, desmemoriado para todo lo que no fuera su obsesión, nos dejó su ausencia, su olvido. La historia le robó su nombre. Necesitó quinientos años para nacer como mito.

Podemos contar en lengua de hoy su historia adivinada; una de las tantas de posible invención sobre el puñado de sombra vagamente humana que quedó del Almirante; imaginar su presencia en presente; o mejor aún, en el no tiempo, libremente, con amor-odio filial, con humor, con ironía, con el desenfado cimarrón del criollo cuyo estigma virtual son la huella del parricidio y del incesto, su idolatría del poder, su heredada vocación etnocida y colonial, su alma dúplice.

Tanto las coincidencias como las discordancias, los anacronismos, inexactitudes y transgresiones con relación a los textos canónicos, son deliberados pero no arbitrarios ni caprichosos. Para la ficción no hay textos establecidos.

Después de todo, un autor de historias fingidas escribe el libro que quiere leer y que no encuentra en ninguna parte; ese libro que sólo puede leer una vez en el momento en que lo escribe, ese libro que casi siempre no oculta sino un trasfondo secreto de su propia vida; el libro irrepetible que surge, cada vez, en el punto exacto de confluencia entre la experiencia individual y la colectiva, en la piedra de toque de un personaje arquetípico.

Es su solo derecho. Su relativa justificación.

A. R. B

Estoy ausente porque soy el narrador. Sólo
el relato es real.

Tú eres el que escribe y es escrito.

El libro de las preguntas,

EDMOND JABÉS

PARTE 1 - CUENTA EL ALMIRANTE

TODA la tarde se oyeron pasar pájaros. Se los oía gritar roncamente entre los jirones de niebla. Contra la mancha roja del poniente se los podía ver entreverados en oscuro remolino volando hacia atrás para engañar al viento. Cruzan nubes bajas cargadas de agua, oliendo a muela podrida de mal tiempo. El mar de hojas color de oro verde cantárida se espesa en torno a tres cascarones desvelados y los empuja hacia atrás, a contracorriente.

De pronto ha cesado el viento. El cerco de los pájaros, sigue pasando siempre de cola al revés, mancha luminosa enganchada a la desaparecida luz solar. A veces el arco se descompone en dos rayas oscuras formando el número siete como un rasgón en la sombra del tiempo, en el astroso trasero del cielo. Luego los pájaros desaparecen.

El mar se mueve apenas bajo el pesado mar de hierbas. Ni una brizna de viento y las naves al garete desde hace tres días, varadas en medio del oscuro colchón de vegetales en putrefacción. El mar en su calma mortal se ha convertido en estercolero de plantas acuáticas. Nadie puede calcular la extensión, la densidad, la profundidad de esta inmensa capa fósil de materia viviente. La fatalidad ha levantado este segundo mar encima del otro para cortarnos dos veces el camino. Su imaginación es capaz de inventar a cada paso nuevas dificultades. No van a amilanarme. Voy tan seguro de mí, tan centrada el alma en su eje, que no puedo detenerme a pensar lo peor donde otros imaginan que ya se están hundiendo. Siempre hay un camino mientras existe un pequeño deseo de delirio. Llevo encendida en mí la candela lejana.

Los hombres contemplan aplastados el mar de algas montado sobre el mar de fondo. Desde el castillo de popa les grito: «¡Mirad el cielo!... ¡Pasan pájaros!...» Nadie se mueve ni oye nada, salvo el cólico de la cólera revolviéndose en sus estómagos. Ni el vuelo de los pájaros ni el inmenso islote mucilaginoso que nos cerca, señal segura de costas cercanas, avientan su miedo. Creen que trato de seguir alucinándolos con embelecos. Sacar

voces desde el vientre. Sonidos, fuegos fatuos, centellas voladoras, agujas de marear fijadas con una oblea de cera indicando falsas derrotas. Cuenta falsa de leguas, cada día reducida a la mitad. No pararemos de retroceder hasta llegar a cero.

El espacio infinito ha empezado a poner sus huevos en el ánimo de la gente. Hay que aliviar su angustia. Sé lo que les pasa a estos hombres. No es gente de mar. En su mayor parte es carne de presidio, frutos de horca caídos fuera de lugar, fuera de estación. Lloran como niños cuando se sienten destetados de lo conocido. Hay que engañarlos para su bien con la leche del buen juicio. Infelices don nadies que se han lanzado contra su voluntad a descubrir un mundo que no saben si existe.

A falta de acción, la angustia está ahí, áspera y turbia, potente como un cuchillo. La acción es el efecto de la angustia y la suprime. Si no hay acción la muerte es inexorable. Los desorejados y desnarigados son los que más la sienten, la oyen y la huelen. Su mutilación tiene para ellos el peso de la tierra y del mar. Es inútil que el ciego quiera ver el sol. Tengo la sensación de que la sangre, no las lágrimas, les corre de los ojos y se les desliza por fuera sobre la piel.

Las cosas no son como las vemos y sentimos sino como queremos que sean vistas, sentidas y hechas. No hay engaño en el engaño sino verdad que desea ocultar su nombre. O como lo dice finamente en latín mi amigo Pedro Mártir: el innato e inextirpable instinto humano de querer ocultar siempre algo de la verdad. Sólo mirándolas del revés se ven bien las cosas de este mundo, diría después con gracia el Gracián. Sólo avanzando hacia atrás se puede llegar al futuro. El tiempo también es esférico. No se debe delezñar lo deleznable.

Viene el maestre Juan de la Cosa, ex propietario del galeón gallego que nos aposenta. Trae cara de pocos amigos. Voltea la inmensa melena hacia las algas y me interpela con un gesto, «y ahora qué?», echándome a la cara su aliento almizclado. No querrá usted, le digo, que despellejemos a mano las cortaderas del mar. Más fácil sería raparle a usted su pilosa corona. Tampoco hay viento y si viene va a caer fiero. Vea, don Juan, ahora no podemos avanzar ni volver. Ya no podemos elegir. Aquí acamparemos hasta el día del Juicio Final. Lo dicho. Ocupe su puesto. Coma usted ese plancton hasta hartarse si tiene hambre. Fíjese usted, qué abundancia. Es alimenticio. Cuide su ex barco y su propio pellejo que también pronto dejará de pertenecerle. Se va el contramaestre inflando joroba de humillado. Lanza de

paso sin dirección, sin intención, una pedorreta torva e indignada. Pero es a mí a quien viene dirigido el cuesco de retrocarga en medio de la pestilencia general.

Cierra de golpe la noche. Noche noche, sin cielo, sin estrellas. En la oscuridad se ven brillar en los ojos de los amotinados el miedo, la condenación, el odio. Duras sombras petrificadas sus siluetas. El vuelo de las aves no hace más que erizar la rebelión a contrapelo. Alguien ríe fuerte y barbota: ¡Sí... pájaros que vuelan arreculados por la tormenta! ¡Y nosotros, peor que ellos!... ¡Arreculados por un orate hacia la muerte!...

Razón le sobra al barbián. Vamos hacia atrás, al revés, empujados por la vasta pradera flotante en la que desovan anguilas enormes como serpientes. Se ven en la penumbra los racimos de huevos rojos como ascuas, los reptiles entrelazados en una inmensa cabellera de Medusa. Troncos de guaduas y de palmeras flotan a la deriva. No sería extraño que un bosque de bambúes y palmas reales creciera de pronto en la isla gelatinosa remedando un oasis. Las aletas triangulares de algún tiburón rayan la superficie del mar óseo. Ni el más mísero soplo de viento que reanime las velas y barra el hedor que nos ahoga.

Estamos entrando en el futuro de espaldas, a reculones. Y así nos va. En los últimos tres días no hemos hecho más que veinte leguas en un día natural y otro artificial. Desde que topamos con el infinito prado maloliente, hemos retrocedido otras diez leguas en diez días artificiales contados de sol a sol y otros diez días naturales contados de mediodía a mediodía. Hay que sumar a ellos los siete días y noches naturales en los que las naves están clavadas en su propia sombra sobre el pudridero. Desde la Isla de Hierro hasta aquí antes de encallar en el tremedal de los sargazos, hemos navegado veinte y siete días. Pese al retraso hemos ganado sin embargo dos tercios de día de calendario. Tal vez no alcancemos a ver otra salida de sol. Los tres cuartos de día que hemos adelantado merced a los serviciales alisios, al rumbo rectísimo marcado por el Piloto, de nada nos servirán. El mar de hierba está anclado en las naves, al acecho para tragarnos.

En este viaje no cuentan meses ni años, leguas ni desengaños, días naturales ni artificiales. Un solo día hecho de innumerables días no basta para finar un viaje de imposible fin. La mitad de la noche es demasiado larga. Cinco siglos son demasiado cortos para saber si hemos llegado. Acorde con la inmovilidad de las naves, con el ansia mortal de nuestras

ánimas, habría que contar las singladuras por milenios. La mitad de uno me bastaría para salir del anonimato.

He traído los títulos de don, de almirante, de visorrey, de adelantado, de gobernador general. Soy el primer grande extranjero de España. Fuera de España, naturalmente. Aun cuando los títulos sean falsos o estén en suspenso. En estos páramos infinitos no significan nada. Son la zanahoria colgada delante del hocico del jamelgo. Me los darán cuando descubra las tierras. Si no las descubro tendré que comerme los títulos y las algas.

No he salido aún del anonimato. No he salido aún de la placenta capitular. No soy hasta ahora más que el feto de un descubridor encerrado en una botella. Nadie la arrojará al mar sin orillas. Nadie recogerá el mensaje. Nadie lo entendería por excesivo, por insignificante. He entrado en otro anonimato mayor. Antesala del anonimato absoluto. Sin embargo esas tierras están ahí, al alcance de las manos. Las agujas no mienten. Los moribundos tampoco. El Piloto no pudo mentirme cuando ya se moría. Salvo que la vida y la muerte sean una sola mentira.

Con la cabeza sobre mi almohada de agonizante, en la desconchada habitación de mi eremitorio en Valladolid, contemplo con ojos de ahogado este viaje al infinito que resume todos mis viajes, mi destino de noches y días en peregrinación. Es una luz sesgada, comida de sombras, como la del caleidoscopio del signore Vittorio, en la escuelita de Nervi. O la luz que no da luz como la candela lejana. Lo real y lo irreal cambian continuamente de lugar. Por momentos se mezclan y engañan. Nos vuelven seres ficticios que creen que no lo son. Recordar es retroceder, desnacer, meter la cabeza en el útero materno, a contravida.

El giro circular del tiempo transcurre a contratiempo. La rotación de los años tenuemente retrocede. El universo es divisible en grados de latitudes y longitudes, de cero a lo peor. Es infinito porque es circular. Gira sobre sí mismo dando la sensación de que recula. Pero sólo su sombra es la que vemos retroceder. Rotaciones entrelazadas en las que los polos del mundo se besan las espaldas. Los pájaros volando hacia atrás, el mar de los Sargazos remontando a contracorriente de los alisios, ponen su rúbrica por lo alto y por lo bajo en este general retroceso. El mundo da muchas vueltas. Tendremos que esperar el giro de una vuelta completa.

En estos casos no sirve de mucho recordar. El pasado remonta sobre sí mismo y da al ánimo, a la memoria, incluso al estado cadavérico del cuerpo, la menguada ilusión de una resurrección. Así resucitan de sus muertes

diarias hacia el ocaso las personas provecas. Les ilusiona ver morir el sol más débil, menos longevo y memorioso que sus viejas existencias, obsesionadas por la idea de sobrevivirse un día más.

Junto a mí está el desnarigado Juan Zumbado, el chinchorrero. Le han cortado la nariz por robo de unos pocos maravedís. Tiene por lo menos 70 años. Se le mueve sobre la testa rapada una capa de piojos duros, apretados y prensados como chinches. Se rasca la cabeza, olvidado de sí. Sus movimientos están congelados. Es una congelación de la médula, una entera falta de circulación de la vida. Ya está muerto el chinchorrero. Pero él cree que sigue estando vivo porque recuerda su vida pasada en el vertiginoso turbión de imágenes igual al que ve brotar de su propia asfixia el que se va ahogando. No hablo yo de las muertes idiotas de todo el mundo. Estoy hablando de un sufrimiento frío y sin imágenes como el que recorre el bastón de hierro que me atraviesa y me sostiene.

Hago girar el globo de Behaim que sigue punto por punto las indicaciones de la carta y del mapa de Toscanelli. Don Martín y don Paolo parecen haberse puesto de acuerdo. La ruta del Piloto es la misma, salvo algunos nombres distintos que no serían de lengua china sino de algunos dialectos regionales. La única diferencia inquietante entre las indicaciones del florentino y las del Piloto es la distancia. Éste habla de 750 leguas al poniente de las Islas Afortunadas. La carta de Toscanelli, de 1000 leguas. Hay una línea rectísima, la del Trópico de Cáncer, en 24° grados de latitud norte. Están marcadas, primero, las Antyllas. Luego, las Siete Ciudades, fundadas por los obispos navegantes. Aparece también esa misteriosa isla del Brasil que algún portugués metió de contrabando en esas cartas del tiempo de Lepe. Luego el archipiélago de las Once mil Vírgenes, atravesado por el Piloto y sus náufragos, en la entrada de las Indias, a 750 leguas de las Canarias. El rumbo exacto marcado por el Piloto. La diferencia de 200 a 300 leguas puede ser un error de cálculo de este último.

Más al oeste, la enorme isla de Cipango, y más al oeste todavía, ya en plena China, la tierra firme de Cathay en la cual señorea el Gran Khan, Rey de Reyes. Allá los templos y las casas reales tienen tejados de oro. Cuarta al sudleste, las ciudades de Mangi, Quinsai y Zaitón, todas las cuales están descritas en los libros de Marco Polo. Es como si ahora las estuviera yo viendo palpar a lo lejos.

Estudio la carta del cielo. Hay eclipse. El sol está en Libra y la luna en Ariete. Hubiera preferido que estuvieran en Gémino y en Virgo. Estamos atravesando los últimos fuegos del equinoccio. A través de estos fuegos, en el hemisferio norte, los irlandeses hacen pasar a los animales y hombres estériles. A veces recobran éstos su potencia genésica o mueren de espantosas calenturas.

A nosotros nos está reservada la conflagración glacial, el fuego funeral, al otro lado del mundo. ¿No es la mejor prueba de que la tierra en cierto modo es redonda? No tan redonda sin embargo. Más parecida a una pera que a una naranja. Al seno de una mujer, precisó discretamente Plinio el Viejo antes de caer, presa de su insaciable curiosidad de lo natural, en el cráter del Vesubio, hijo hermafrodita de Vulcano, llamado el Mulo herculano.

Sus deyecciones devolvieron, siglos después, una de las sandalias de Plinio. El cuero convertido en pesado bronce. La otra, en forma de un pie de piedra. El pie de Plinio, tallado en cinabrio por el fuego, con el pulgar y el índice torcidos hacia arriba, formando la V de la victoria. Magra devolución de lo que fue un grande hombre. En lugar de las sandalias mineralizadas hubiera sido mejor que el Mulo hubiese devuelto algunas circunvoluciones del privilegiado cerebro; aunque no fueran más que los testículos del naturalista, vaciados en oro. En la entraña del oro siempre hay fuego. El oro mismo es fuego. El ascua luminosa del mediodía transforma el mercurio del sol en oro Genital. Su nadir, la miseria y la muerte.

En el útero en llamas de la bestia vulcana, perennemente en celo, brama el fuego central. Ya quisiera para mí esa tumba y esa lápida para retornar al *calidum innatum*, ya que no he de tenerlas en los abismos del mar. El fuego está en todas partes. Como cocinero en un barco negrero de Guinea he visto salir fuego del estómago de ciertos pájaros al abrirlos en canal. Y esos que están volando hacia atrás sobre el mar de Sargazos despiden una fina estela de humo tornasolado que sale por sus picos mientras reculan velozmente a la vez luminosos y oscuros. Un arco de saetas que vuelven a la cuerda del arco que las disparó.

PARTE 2 - CUESTIONES NÁUTICAS

LA Estrella Polar se oculta tras la bruma. No aparece en el limbo del astrolabio. Escondida en la trituración nebulosa que empareja el alba con la noche, no me deja tomar la altura. No la contemplaré más. En este punto del hemisferio, la Polar no deja ver ya su luz astral. Otras constelaciones la han reemplazado. Sólo muestra una mancha vagamente luminosa entre la alidada y las tablillas de cobre de las pínulas. La nebulosa de Andrómeda me hace un guiño furtivo. Ah, si tuviera con ella una hija le pondría su nombre sobre la pila bautismal. La irritable y hermosa Casiopea de ojos verdosos y rubia cabellera me vuelve la espalda de dibujo perfecto, la comba de sus mórbidas nalgas, su perfil de medalla. En otro tiempo coqueteaba conmigo. Allá ella. Sólo siento nostalgia de la Estrella Polar. La «tramontana» no es el punto refulgente sobre el Ártico en torno al cual gira el eje del cielo, como se cree. La Polar tiene su propio eje y vive en su propio cielo. Y cuando sale de su casa cierra todas sus puertas.

En parte alguna del mundo la noche y el día son exactamente iguales. Para mí, en todo tiempo y lugar, la noche es más inmensa que el día. La parte en sombras del cosmos es la medianoche primordial. Se agranda sin pausa a medida que el universo se expande. El pensamiento no puede recorrerlo en toda su extensión porque el universo no tiene extensión. Es infinitísimo. Sólo Dios puede rodearlo con sus brazos puesto que fue Él quien lo creó.

En mis tiempos de grumete, espiaba la aparición de la Estrella Polar sobre el horizonte. La contemplaba a través de un agujero hecho en mi gorro de hule por el defecto de un ojo que se me dañó y cambió de color a raíz de un lance de corsarios en Túnez. En el último cuarto de la noche, cuando la aurora comienza a ahuyentar los astros y la luz diurna barre las luminarias nocturnas, ella sube más alto aún, hasta 15° sobre el horizonte. Ínglima y sola, reina soberana del alba, antes de dar su lugar a Venus, la de los brazos quebrados y sexo resplandeciente, ornado de vello galáctico.

Con el gorro sobre la cara la contemplaba por el agujero y notaba que había cambiado de lugar, que estaba aún más hermosa. Siempre por encima del horizonte. Su brillo matutino tiene el color azulado del hielo. Me sentía lleno de adoración por ellas. Me llamaban el «estrellero loco». Y la verdad es que sigo siendo un lunático de las estrellas y llegaré sin duda a ser un cuerdo estrellado. No alcanzaré sin embargo a ser sepultado bajo la Cruz del Sur con el epitafio elegido por mí: «Está aquí el peregrino. / Equivocó el camino...»

Hay miles y miles de millones de estrellas en el cielo de la noche. Algo quieren decir, algo dicen, en un lenguaje desconocido e indescifrable. Es el libro más inmenso que se ha escrito desde la creación. Es el Libro verdaderamente sagrado pues lo escribió el mismo Dios. Las palabras de las estrellas están claramente impresas en el firmamento. Acaso mi nombre está escrito en una constelación invisible todavía. Alguna vez levantaré la vista y leeré la palabra.

La calor aprieta. La Polar, invisible, habrá subido por lo menos a 30°. En Sevilla, en este tiempo, se elevará a 36°. En los bosques se oye cantar al ruiseñor. Es la época en que las antiguas Hespérides hacían su agosto. Ya no existen los famosos jardines en los que el rey Héspero cultivaba sus manzanas de oro. Hércules arrancó los manzanos después de dar muerte a los siete grifones que los custodiaban, cumpliendo el undécimo trabajo. A las manzanas de oro sucedieron los malos como frutos de castigo, caídos de las Escrituras.

Leprosos celtíberos iban en peregrinación a curarse a los fabulosos reinos del rey Héspero, miles de años antes de que se abriera en los campos del norte la estela de Santiago Apóstol. Había que verlos degollar a las tortugas gigantes bañándose con el torrente de su sangre. Millares y millares de esos galápagos antediluvianos dormitan entre los arrecifes calientes como si no hicieran más que aguardar el sacrificio purificador de los lázaros. Regresarán éstos, curados, portando grandes carapachos como petos y sombreros del mejor carey del mundo. He visto a curas y hasta a canónigos de Huelva, de Cádiz y de Córdoba, llevar tejas inmensas fabricadas con este material que refracta el sol sobre sus cabezas en aureolas tornasoladas. Ya les traeré yo tejas de oro.

Una indicación preciosa del Piloto. Me dijo que en estas latitudes, cuando la Osa Mayor se esconde bajo el polo ártico, las Guardas se ponen en el cielo de los caribes. El Piloto entendió caníbales. Gracias a este saber, dijo, mis hombres se salvaron de ser devorados en la isla donde ellos viven en medio de montículos de esqueletos y calaveras. Utilizan los cráneos como escudillas y adornan con ellos sus chozas. Son bravos y decididos, dijo. Tienen colmillos de tigres. No son monstruos. Son seres lunares, hermosos como tigres que han dejado de ser hombres, decía el Piloto con los ojos cerrados. Huyen dando alaridos al primer tiro de mosquetes y lombardas. El olor de la pólvora es para ellos el olor de la muerte. Siniestros (obsceni) llamó el poeta Virgilio a estos seres bestiales comparándolos con las Harpías del Hades, comedoras de niños. En una aldea de antropófagos, en Zambia, vi hasta qué punto de crueldad pueden llegar estos tenebrosos comedores de carne humana.

No puedo medir la altura pero tampoco las horas. La clepsidra y el reloj de arena marcan dos tiempos diferentes. Esto desde que zarpamos de La Gomera donde *La Pinta* tuvo que detenerse para remediar la rotura del timón. Hubo que cambiar las velas latinas y hacerlas redondas. Al zarpar de la Isla de Hierro la Santa María perdió un ancla y hubimos de reforzar los calafates. Desde la partida de Palos la nao capitana hacía agua. Claramente delatóse la mano de los saboteadores.

La navegación ha comenzado con mal pie. Tal un vapor de invisibles miasmas, sobre las carabelas flota el enojo de la gente de Palos aun aquí, a setecientas leguas. Ese embrujo desparrama en el aire un olor de impureza y catástrofe. Armadores, comerciantes, marineros y el mismo pueblo de las rúas y puertos no pudieron soportar en silencio la humillación de la sentencia real. Les puso sangre en el ojo el mandato de los Reyes que les ha obligado a entregarme los navíos y a contribuir con pesadas cargas al aparejo de la escuadra en pago de la deuda de tributos que la ciudad tiene atrasada con la Corona.

La provisión real ordenó a la letra: «Vos mandamos que tengáis aderezadas y puestas a punto las dichas carabelas armadas, antes de treinta días cabales, como sois obligados por esta sentencia, y las pongáis a disposición del Almirante de toda la armada que abrirá camino por la mar oceánica hacia las Indias Orientales...» Luego, la puntilla aleve al pundonor Palermo : «Bien sabéis cómo por algunas cosas hechas y cometidas por

vosotros en deservicio nuestro, fuisteis condenados a nos servir dos meses con dichos navíos, armados a vuestra costa y expensas...»

La inquina de palenses y portuenses contra mí subió al punto rojo de una rebelión fuenteovejuna. Temía yo que pudiesen asesinarme en cualquier momento en alguna oscura callejuela. Desde un balcón, una noche ventosa, me arrojaron flores. Las flores cayeron sobre mí con su pesado tiesto de mármol. Por poco me deja sin sesos. Sólo alcanzó a descalabrarme el pie gotoso.

En el puerto de Palos, en el puerto de Santa María, en Sevilla, en Huelva y en Cádiz, se hallaba siempre reunida una multitud vociferante. Como cien años después sucederá en las villas forales de Castilla, palermos, onubenses, porteños, gaditanos, sanluqueños y hasta vizcaínos han levantado en cadena varios alzamientos comuneros en defensa de sus fueros. Lo que en tierra andaluza y en pleno Medioevo resulta un poco desaforado. Y yo soy el chivo expiatorio.

Bañado de rojo y amarillo subía yo a mi propia nave capitana, en medio de rechiflas e insultos cada vez más soeces. Tiroteábanme con huevos y hortalizas y hasta con piedras. Debo a los hermanos Pinzón, a los Niño, a Juan de la Cosa, que la armada haya podido partir. Ellos mismos se encargaron de formar la tripulación y hasta de la compra de bastimentos y de armas.

Martín Alonso Pinzón, además de proveer su propia carabela, aportó un lote de treinta fogueados marineros paleños que le obedecen como a su patrón absoluto. No bastaban. El Martín Alonso persuadió al gobernador de Sevilla para liberar a setenta presos, de los que abarrotaban las cárceles de la provincia. Trajo veinte asesinos condenados a la horca. Él mismo los eligió entre los más vigorosos y de condenas más largas. Únicamente no pudo enganchar a los prisioneros de Dios, condenados al fuego por los Tribunales de la Inquisición.

Hay varios desorejados y desnarigados por penas menores. Esas mutilaciones mutilan la disciplina en las naves. ¿Puede una nao capitana navegar desorejada, desnarigada? «Irán encerrados —le dijo el Martín Alonso al gobernador— en una cárcel flotante más segura que ésta de piedra. El mar infinito atará su cadena a estos forzados. Si no encontramos las tierras que al genovés se le antoja que va a descubrir, los condenados volverán a sus celdas, a sus duelos y quebrantos, a su novia de dos palos. Por un tiempo ahorrará usted su comida, la pestilencia de sus personas.»

El propio Martín Alonso y sus dos hermanos se alistaron en la expedición contra el clamor de sus familias y del populacho. No lo han hecho seguramente por la sola virtud de la generosidad. La ambición ha movido a los siete capitanes a someterse a mis órdenes. La codicia del oro, mi experiencia de navegante que ninguno de ellos puede emular, el mandato y el apoyo real que ninguno de ellos ha podido conseguir, son los acicates que los han reducido a no ser más que obedientes marineros de una empresa descubridora que a ellos les parece imposible.

Lo imposible no existe. Lo imposible no es sino la cadena de posibles que no ha empezado a cumplirse todavía. Después, lo que sucede es lo que nadie ha esperado, me sopló fray Juan Pérez a través de la rejilla del confesionario cuando le referí bajo puridad de sacramento el secreto que me confió el Piloto. ¡Cuánta verdad mi querido amigo, mi venerado confesor! Y fray Antonio de Marchena a quien también revelé el secreto bajo sigilo de confesión. A veces lo que se encuentra es lo que no se buscaba, hijo mío, musitó el fraile astrólogo. Nada de esto empece a que los sueños se cumplan. Con la fe en Dios, hay que guardar siempre encendido un poco de delirio en lo más secreto del corazón. ¡Gracias, fray Juan, gracias, fray Antonio! Qué bien me habéis comprendido!... Sólo existe lo posible. Mi posible no me abandonará jamás.

Acaso les debo a mis capitanes el éxito en la formación de la armada. Ahora se rebelan porque no encontramos las Indias. Pero si las encontramos también se rebelarán y me traicionarán. La ambición horada las piedras y las conciencias. Entretanto son acreedores a mi transitoria gratitud. Lo que no impedirá que los trate con mano de hierro. Sobre todo a este tunante de Martín Alonso Pinzón. Se cree el patrón absoluto de la empresa. Va como capitán de *La Pinta* y lleva a Cristóbal Quintero como contramaestre. *La Niña*, propiedad de Juan Niño, en la que éste va de contramaestre, lleva como capitán a Vicente Yáñez, hermano mellizo de Martín, y a los siete hermanos Niño. Peralonso Niño es muy niño todavía. Va como en una cuna. Con lo que la carabela niña más se parece a un buque-escuela de párvulos que al bajel de una escuadra descubridora con tripulación carcelaria.

Lo malo no es esto. Lo malo es la caterva de gente proterva que los Pinzones me han metido en los barcos. Hombres de no fiar ni confiar en un tomín. Los tengo en la alcuza del ojo. Hube de aceptarlo todo con tal de

hacerme a la mar. A falta de otra cosa, por lo menos tienen buenos brazos, caras patibularias, siniestros corazones. Después de todo no son más que hombres. Y el hombre es la substancia más maleable y deleznable que existe. Depende de lo que se haga con ellos en una situación determinada. Los héroes se diferencian muy poco de los criminales. A veces éstos son más héroes y los héroes más criminales.

He guardado como escudero y mozo de cámara a Bartolomé Torres, el asesino del pregonero de Palos. Esmirriado, patizambo, contrahecho. Cara y voz de eunuco. Vi en sus ojos la lumbre de la lealtad y del humor andaluces. Éstos son permanentes, raciales, connaturales. Una cuchillada de sangre puede ser casual. No es el hombre el asesino sino el demonio que le habita. Y si el demonio es hembra, dos veces peor.

—¿Quieres ser mi escudero? —preguntéle.

—¡Para eso he nacido, Señor Almirante! —dijo al punto con una voz que le salía de cualquier parte menos por la boca torcida de labios leporinos.

—Harás en la nao el trabajo del pregonero que asesinaste. Pagarás así tu crimen —le espeté clavándole los ojos.

—No hubo malicia, Señor Almirante —dijo echando los suyos al suelo—. Fue por un asunto de mujeres...

—No te he preguntado nada —cortéle para siempre al cuitado su propensión a las cuitas personales—. De aquí a aquí... —tracé una distancia imprecisable, infranqueable, de superior a inferior. El arco de la mano proyectó su ariete contra la boca confianzada.

—¡Arredro vaya! —dijo en un silbo respetuoso la desencuadernada persona escupiendo en un chorro de sangre el único diente que le quedaba.

—De ti depende que el nudo corredizo no te ciña el pescuezo.

—Lo que su merced mande, Señor Almirante. Yo, a sus órdenes, derecho y arrecho como un palo, sabe usted, de la mejor madera... —murmuró cabizbajo royéndose los dedos cubiertos de verrugas y tiñéndolas de sangre como si fuera reventándolas una por una.

—¿Crees en Dios, Nuestro Señor?

—¡Como en el sol que nos alumbra, Señor Almirante! —dijo desde el milagro interior que le iluminaba el rostro corrugado.

—No alumbra hoy el sol que dices.

—Nuestro Señor Dios tampoco se nos muestra todos los días de guardar. ¡Por Él estoy vivo y Él me ha puesto al servicio de su merced!

Le hice pregonero de la nao capitana. Si ahora le matan no será por un asunto de mujeres. Canta las horas, canta las leguas, cuida la arena del reloj, el agua del hidrante, lava mis llagas, me trae el caldo de almejas, prepara como un experto herbolario la emulsión de lycopodio y azufre que alimenta mi fuego central, transmite mis órdenes, recoge para mí hasta el último chisme de la tripulación. La pequeña garduña con cara de hombre, cargada de movimiento y energía, cumple sus quehaceres con una eficacia de ultramundo. «Lo más sagrado para mí es cumplir sus órdenes con la más fina voluntad», dice el mequetrefe saltando sobre las piernas estevadas.

La atmósfera hostil se agravó después de partir de las Canarias. Debo pensar también en el maleficio de aquellas matriarcas de vida airada del puerto de Palos cuyos nombres llevaban puestos los barcos. Hay una conseja sobre esto. No en balde lo primero que hice fue mandar que borrasen en la proa de la nao capitana el nombre de *La Gallega*, de tufo celestinesco. Mandé cambiarlo por el santo nombre de la Virgen María, Madre de Dios. A ella consagro toda mi devoción después de la Serenísima Reina, mi protectora.

El vizcaíno Juan de la Cosa me tiene referida la historia picaresca de su galeón en el que va no como propietario sino como contramaestre a mis órdenes. Ha querido humillarme con la fama picante de la meretriz del puerto, cuyo nombre llevaba su barco. ¡Mirad *La Gallega*, decían por gracejo viendo la nave, va de virgen y santa! Por la gente común sé que el nombre primitivo de *La Gallega* le vino de haber sido construida en Galicia. Pero es que la meretriz también era de Galicia.

Pese a su pierna tullida, gozaba en el oficio fama de juglaresa. En la venta del Rocío siempre tenía a su alrededor un corro de hombres a los que alucinaba prometiéndoles inauditos placeres. Cuentan que una vez se desnudó hasta la cintura para mostrarles cómo la distorsión de la pierna rígida prolongaba los goces del amor a extremos inconcebibles. Los marineros aullaban de lujuria. La Gallega los ahuyentaba a latigazos tal la sacerdotisa de un templo. Luego enviaba a sus pupilas, larguiruchas y famélicas, a hacer el trabajo en las casas bajas del Lucero Andalúz, de las que ella era la Madre abadesa.

Los Pinzones y los Niños se negaron a reemplazar los de *La Pinta* y *La Niña*. Alegaron que más valían nombres de personas de carne y hueso, los de aquellas mujeres garbosas conocidas por ellos, honra y gozo de los hombres del puerto, que apelativos inventados como amuletos de salvación. Todo esto sin otro afán que llevarme la contra en los pequeños detalles.

PARTE 3 - DEL LIBRO DE NAVEGACIÓN

ESTÁN sucediendo algunas cosas fuera de lugar. Tal vez mirándolas del revés sean buenos indicios. He decidido poner en todo la más férvida sangre fría que haya en mis venas. Ya van veintisiete años que ando en la mar, sin salir de ella tiempo que se haya de contar, y he visto todo el Levante y Poniente... y he andado en la Guinea probando el gusto al oro y hasta alguna que otra vez la penosa carga del transporte de esclavos. En una navegación a Islandia, empujado por vientos contrarios, nuestro barco de mercancías llegó hasta el casquete del Ártico. Quedó apresado en medio de una banquisa más grande que todo el reino de Castilla.

En las soledades de hielo eterno vi por primera vez una ballena azul y en la refracción espectral de una aurora boreal apareció una tropa de sirenas jaspeadas que parecían translúcidas. De sus cuerpos ondulantes únicamente se veían sus senos redondos y erectos en los que el color del hielo y de la púrpura se juntaban. Pensé en las siete hijas de la Estrella Polar que viven en la mar oceánica.

Sus larguísimas cabelleras endrinas barrían el témpano en el que flotaban a la deriva con indolente voluptuosidad como en una góndola de arco iris. Como haciéndoles guardia flotaban a su alrededor varios osos blancos como otros tantos témpanos flotantes. Los hombres las llamaban con ademanes suaves y silbidos de fin de mundo. Las voces enronquecidas quedaban colgadas de sus bocas en carámbanos acaracolados. Algún viejo lobo de mar saltó al hielo. Las ondinas se sumergieron con timidez de novicias y desaparecieron en su propio resplandor.

Ha más de la mitad de mi vida que voy en este uso. Todo lo que hoy se navega lo he andado. He visto todo lo que hay que ver. Y también lo que no se ve. Y hasta lo que todavía no es... Todo es remembranza. No se inventa nada. Sólo pequeñísimas variaciones de lo ya dicho, acontecido y escrito. Todo es real. Lo irreal sólo es defecto de la mala memoria. He probado todo

lo permitido sin negarme nada que fuera lícito y acorde con las leyes de Dios y de los hombres.

Tengo la sensación de que es la primera vez que hago navío. Acaso porque subo por primera vez el espinazo del mar por el Poniente como si trepara por una pared bamboleante rumbo a los lugares del Paraíso Terrenal. Los más altos, según Plinio, puesto que ellos no fueron cubiertos por las aguas del Diluvio. Y sin embargo esta vez voy como capitán de una armada puesto que los privilegios de Almirante, de Visorrey y Gobernador General, perpetuos, me han sido preteridos en futuro imperfecto hasta que descubra y conquiste las tierras que he prometido a los Reyes.

En las Capitulaciones de Santa Fe, en dura lucha con el Consejo de sabios, letrados y cosmógrafos de Salamanca y de Córdoba, como ya había ocurrido siete años antes con la Junta de matemáticos de Lisboa, yo había logrado establecer que algunas de esas tierras ya estaban descubiertas. Lo están de verdad aunque no me creyeran.

Puse sobre la mesa las cartas antiguas donde ya están registrados por los primeros cartógrafos los archipiélagos de las ante-islas, las actuales Anti-illas o Antyllas. Más de dieciocho mil contó Marco Polo en torno al Cipango. En once mil calculó el Piloto las que componen el archipiélago que él bautizó con el nombre de las Once Mil Vírgenes. Mucho me encareció que no tratara de atravesar de noche las murallas de arrecifes virgíneos que protegen la entrada a las Yndias y al Paraíso Terrenal. Las Vírgenes son muy traicioneras en la oscuridad, suspiró.

En esas islas, al menos en una de ellas, la Isla de las Mujeres o *Tanininó*, en lengua de los lugareños taínos, me informó el Piloto, naufragó su barco. No se puede decir que él las descubriera puesto que no dio pública noticia dello, salvo la confidencia que me hizo en secreto, cuando ya se moría. Las descubriré yo. No podía yo alegar esto en las Capitulaciones de Santa Fe, pues hubiera sido traicionar la confianza del Piloto ya en trance de muerte.

Ante los descreídos sabihondos mostré sí el mapa y la carta de Toscanelli, en la que me llama «Distinguido colega y amigo». En discusiones interminables de trastienda con el servil Joan de Coloma, secretario de los Reyes, éste me trató de embustero altanero. Con mi sonrisa oficial le repliqué: Sólo un azor de altanería como este servidor puede cazar

para la Corona esas tierras altas del más allá, lejos del pico de los halcones comunes.

PARTE 4 - FRONTERA

MIS principales valedores son fray Juan Pérez, prior de la Rábida y confesor de la reina, y fray Antonio de Marchena, astrónomo y guardián del convento y custodio de Sevilla. Me han tomado cariño desde que, con mi pequeño hijo Diego de siete años, viniendo a pie desde Lisboa, el hermano portero nos encontró yacentes en el zócalo de la Santa Cruz, medio muertos de fatiga y hambre, a las puertas del convento. Remediaron nuestras necesidades. El prior Juan Pérez, confesor de la Reina, y fray Antonio de Marchena, astrólogo y custodio del convento, se interesaron por nuestra suerte y nos dieron asilo. Habíamos llegado a la frontera exacta entre la nada y el todo. La Rábida —frontera en árabe— fue un anuncio premonitorio.

Todavía lo estoy viendo a mi pequeño hijo Diego, a quien quiero más que a mí, abrazado a la gran Cruz de piedra. Un niño calvo con cara de viejo. Pasita de uva arrugada de fatiga, de hambre. Las encías hinchadas, arremangadas sobre los dientes, le salían de la boca formándole un doble labio foráneo, amoratado. Los pies llagados dejaban huellas de sangre cuando intentó dar unos pasos. Volaba en la calentura que a la carne tierna prenden con sus agujones los insectos de los pantanos. Fray Antonio de Marchena lo cargó en brazos y lo llevó a su celda-observatorio. Fue a traerle comida.

Diego observaba cuanto le rodeaba con absoluta pasividad. Se diría que escuchaba el silencio, ya insensible a todo. Vio la mancha gris de una rata que rondaba por allí. Cuando la bestezuela pasaba bajo la boca de un largo tubo se volvía más clara, como salpicada de luna. Al igual que él, husmeaba el silencio, el sabor rancio de algún alimento enmohecido. En un desagadero del muro la rata se puso a amamantar a su retoño con aire grave y preocupado, como diciendo para sí: ¡Bien haiga el año de las vacas flacas y encima nos vienen cayendo estos afuerinos hambrientos!

El duermevela de mi Diego no se alteró en lo más mínimo. Junto a la silla del astrólogo había un montoncito de paja bajo el telescopio. Se dejó caer sobre él y se durmió en seguida. La rata se acercó a oliscarle la nariz.

En determinado momento, un par de bigotes muy largos pareció brotar en los labios del niño calvo con cara de viejo. Fray Antonio entró con la mirada ya absorta en las estrellas que iba a visitar. Al tender la mano hacia el brazo del telescopio sintió que tocaba una mano de niño. Los pasitos ceremoniosos de la rata arañando la madera en un recordatorio de cortesía le hicieron volverse hacia el intruso. Descubrió al niño dormido que hablaba y gemía en sueños. Lo contempló con infinita pena y compasión. Lo cubrió con un retazo de arpillera y volvió a salir en busca de comida,

El hambre despertó a Diego. El ojo del telescopio lo atrajo con más fuerza que el hambre. Se acercó, subió sobre una silla y miró el círculo mágico, tímidamente al principio, como suspendido entre dos cielos. El arco de la luna nueva le sonrió casi al alcance de la mano. A medida que movía el largo tubo iban surgiendo las estrellas, las constelaciones cada vez más lejanas. No conocía sus nombres. De pronto, entre el estrellerío resplandeciente, vio el rostro de una mujer que le llamó por su nombre. «Soy tu madre...», le dijo. Su voz parecía fuera del tiempo. «Soy Diego...», le dijo él a su vez con una vocecita tibia, inaudible en el espacio, como si estuviera hablándole a una estrella errante. El rostro de la mujer le volvió a sonreír y desapareció.

Diego, entristecido hasta los huesos, sintiéndose huérfano por primera vez, volvió a tenderse en el jergón buscando con sus manos en la sombra el calor de las manos de su madre. Sólo encontraba el frío cañón del telescopio. Sintió latir un corazón en el metal. Dejó caer la mano. Los muertos no tienen corazón.

Después de llorar un poco y beberse sus lágrimas que le supieron más salobres que de costumbre continuó viendo en sueños visiones estelares, cascadas que se precipitaban de abajo hacia arriba, jardines semejantes a cielos cubiertos de plantas transparentes y flores multicolores, cometas de largas colas resplandecientes, una luna menguante con su media cara partida, huertos con estrellas de todos colores en lugar de flores, iban apareciendo en el círculo iluminado del telescopio.

Tal vez estuviera despierto. En la vigilia de los inocentes éstos ven el principio de lo último-últimoprimer. Contempló un paisaje nunca visto donde la luna brillaba sobre siete árboles y el sol de un extraño día brillaba desde el fondo de la tierra iluminando las raíces de esos mismos árboles. Y eran esas raíces las que florecían en racimos de flores subterráneas. Sólo cerró los ojos a la visión cuando vio que siete ratones blancos y siete

ratones negros roían rápidos e incansables las raíces de los siete árboles que se iban desmoronando. Se quebró la tierra. Oyó los quejidos de la madera. Se tapó los oídos. Antes de ver caer a los árboles saltó del sueño. Se puso a orar de rodillas, mientras orinaba sobre el hatillo y lloraba a lágrima viva en medio de una niebla de polvo rojo.

Al amanecer, luego de oír misa en el convento, Diego y yo bebimos sendas escudillas de leche con pan tierno, ante las amables miradas de fray Antonio de Marchena. Contaba éste, entre emocionado y zumbón, la historia de un niño astrólogo que había descubierto en la noche. Lo hacía como si se tratara de una leyenda muy antigua. Lo que acaba de suceder siempre parece estar muy lejos. Diego lo miraba absorto con un bigote de blanca espuma sobre los labios. El aroma del pan recién horneado y de la leche recién ordeñada no lograban restablecer la sensación del tiempo que pasa.

Me fijé de pronto en la cabeza de Diego, iluminada por los primeros rayos del sol. El estupor me quitó el habla. Desde su nacimiento Diego había padecido de una cruel alopecia que le había arrasado el pelo. Ya no estaba calvo. Durante la noche le habían crecido los cabellos pero eran completamente canosos, de un gris ceniciento como la pelambre de los ratones. Y ahora su rostro volvía a ser el rostro de un niño. Sus grandes ojos pardos, como los de su madre, reflejaban asombro, acaso el brillo de una dicha desconocida.

—Padre —dijo con la segura intrepidez del candor—. Anoche vi por el tubo celeste a mi madre Felipa entre las estrellas. Me llamó por mi nombre y yo no me cansaba de contemplar su rostro muy hermoso... Dijo que se sentía muy feliz de verme...

—La leyenda se ha cumplido —dijo en un susurro fray Antonio. Abrazó y besó tiernamente a Diego. Le hizo la señal de la Cruz sobre su frente y le dijo: —¡Dios te bendiga, hijo mío, y su Santa Madre te acoja en sus brazos!

Un halo de trasmundo oreó el aroma del pan e iluminó interiormente nuestras plegarias de acción de gracias. A invitación de los PP. Juan Pérez y Antonio de Marchena, se decidió que Diego quedara a vivir en la Rábida mientras durasen mis viajes. Cuando la armada estuvo presta, me despedí de mis benefactores. Con un dolor que me arrancaba el corazón por la espalda le di a Diego el último abrazo y me embarqué rumbo al continente ignoto y lejano.

Años después, al regreso de mis más que desafortunados viajes, encontré que la leyenda del Niño astrólogo se había esparcido por toda España. La cantaban por los pueblos los trovadores. Mi hijo Diego, hecho ya un recio mocetón de mar, sonreía a este recuerdo de infancia. Tiene la fuerza hercúlea, los poderosos músculos nocturnos de los marineros astrólogos que dialogan desde la cofa con las estrellas.

El comienzo de un nuevo destino es el que ahora está desmadejando su ovillo.

PARTE 5 - LOS PÁJAROS PROFETAS

¿Y si estas Indias, como yo creo, no fuesen más que las Ante-Islas, situadas a 750 leguas de las Canarias? Y luego el Cathay y el Cipango, 300 leguas más al Poniente. Con lo cual las indicaciones del sabio florentino se acordarían por completo con el rumbo marcado en los bocetos del Piloto, buen navegante pero mal cartógrafo, defecto que agravaba la proximidad de la muerte.

El *Tratado del Cielo y del Infierno* lo dice claramente: «La región de las Columnas de Hércules y la de las Indias están bañadas por el mismo océano». El Piloto llegó a esas islas y bordeó de tornaviaje la gran masa continental, la tierra firme de Cathay, que comienza más al sur del Cipango. Por ahora yo la llamo simplemente, como el Piloto, la *Terra Incognita*. Señal de que hay que descubrirla poco a poco. Es infinita, infinitísima..., dijo el náufrago en sus últimas boqueadas. No la descubrió pero la imaginó oculta en el salvaje, inmemorial, ilimitado espacio. Llegó con sus hombres hasta la desembocadura de un río que volcaba sobre el mar sus inmensas cascadas de agua dulce con el empuje y el fragor de millares y millares de bisontes furiosos que se atropellaban por innumerables canales de barro, selva y roca, dijo el Piloto. Vomitaba en mi pecho el verde cerúleo de sus humores. Palabras ya no le salían; sólo ese licor, ese vagido tristísimo de los moribundos.

Sólo al principio, cuando todavía le salían el aliento y la voz, me hizo un relato completo de su forzada peregrinación. Me contó que los treinta y siete hombres de su tripulación habían muerto durante el tornaviaje o después de recalar en la isla de Madera. Sólo él y un marinero de San Lúcar, llamado Pedro Gentil, habían sobrevivido. Preguntéle dónde estaba éste. Quedóse en la Isla de las Mujeres, me dijo. Nada pudo moverlo a regresar una vez que reconstruimos el barco desbaratado por los temporales.

«Soy huérfano, viudo, sin hijos, sin hogar, sin parientes —me dijo el Piloto que le dijo el Gentil—. No hay nadie en España que me espere o

desespere por mí. Seré el primer indiano que no vuelve. Me quedo aquí para siempre. He encontrado una hermosa familia», dijo el Piloto que dijo el Gentil. «En menos de un año formó su pequeño serrallo con las más hermosas mujeres de la Isla. Algunas harto mozas. No hubo necesidad de dejarle bastimentos. Todo se lo traían las mujeres para regalar su bienestar. Hasta le tejieron una hamaca, que se columpiaba entre los árboles...»

El Piloto fue descaeciendo rápidamente. Ya con la muerte encima me dio las más precisas indicaciones para llegar a esas tierras. Sacó de su ruinosa alforja un gorro tejido con plumas de papagayos de brillantes colores y adornado con laminillas de oro, perlas y piedras toscamente talladas, parecidas al ágata y al jaspe. Dijo que se lo había dado un jefe guerrero del Cibao llamado Caonabona o el Señor de la Casa de Oro, en prenda de amistad. Me lo entregó como ofrenda y como testimonio.

Intrigóme el nombre del país. Se lo hice repetir. Cibao, volvió a decir el Piloto. La duda se me convirtió en certidumbre: Cibao era indudablemente la isla de Cipango descrita por Marco Polo y Toscanelli. Dibujó con mano que ya a duras penas le obedecía la carta marina. En ella marcó el lugar que correspondía a la gran isla y el alto monte que era su señal inconfundible. Antes aún de conocerlo le había puesto yo el nombre de Monte Christi, tal era mi confianza en el relato del Piloto.

Paulo Físico Toscanelli escribió en su carta que en los reinos del Gran Khan los templos y las casas reales tienen techos y columnas de oro y que la gente más pobre va cubierta con vestiduras tachonadas de oro, perlas y pedrería. Si indudablemente el Piloto y sus hombres estuvieron en el Cathay y el Cipango del Oriente asiático, me sorprendía muchísimo que no me hubiese hablado en sus últimos días de estos tejados de oro puro, de esas vestimentas de brocado, que el Rey de Reyes impone a sus vasallos. A menos que ese oro no fuera más que el oro metáforo de los poetas de la corte. El alma simple del Piloto ya no estaba para esos juegos de palabras que dicen una cosa para decir otra.

Sólo me respondió el Piloto que la gente de las islas iba toda desnuda como su madre la parió. No entendí lo que me quiso decir. Mucho le interrogué mientras le acunaba en mis brazos en sus temblores últimos. Le pregunté con fuertes voces, la boca pegada a sus oídos, si había visto esos techos. El Piloto no me contestó. Ya estaba muerto. Se le cayó la barba sobre el pecho y yo caí en esta ansiedad e incertidumbre que no me

abandonarán hasta que pueda ver esas maravillas del Oriente antes o después de que yo mismo haya perecido.

No escucho en la oscuridad el grito de los pájaros. Los oigo dentro de mí donde mantengo contra viento y marea mi candela encendida. Oigo ahora el combate entre la nave y el mar. Susurro de una vasta batalla en las inmensidades del Mar de Tinieblas. El secreto e irreparable curso de las cosas frotándose contra la fatalidad. Siento que el bastón de hierro se me tensa por dentro, desde la coronilla hasta los pies. Abajo siento vibrar la quilla contra el ataque implacable del agua más dura que todos los metales. Aun con las naves al paio, el agua bate el casco, bajo el colchón vegetal. Y ese temblor de una potencia omnipresente se acompasa con el bombeo de mis latidos.

La noche oscura vuelve fosforescentes las velas. En ellas deposito mi confianza. El mar, el mar, siempre recomenzando, dijo un gran poeta de la antigüedad. Espero verlo mañana cubierto por un techo de palomas que hagan honor a mi apellido. Pero yo busco otros techos cubiertos con tejas de oro. Salvo que las palomas posadas en los alminares también sean de oro puro.

El viejo Plinio dijo que la mar y la tierra son un todo, y que por debajo de esta mar oceánica está la tierra que la sostiene como una teta gorda. Y el Aristote te enseña que este mundo es pequeño y el agua muy poca y que fácilmente se puede pasar de España a las Indias. El cardenal d'Ailly, de Cambrai, y Pío II lo confirman. Paulo Físico afirma que sólo por no ser conocido el camino esas tierras todas están encubiertas, pero que sería muy fácil llegar a ellas. Y esto lo corrobora desde hace mil años mi maestro Averruyz. Y Estrabón y Eratóstenes. Y también lo hace Séneca diciendo que el Aristote pudo saber mucho gracias a Alejandro Magno, y el propio Séneca gracias al César Nerón, de quien era secretario, y Plinio gracias a los romanos. Para algo sirven los tiranos, inquisidores y conquistadores. Los cuales, todos, gastaron dineros y gente y pusieron mucha diligencia en saber los secretos del mundo y darlos a entender a los pueblos.

Esdrás, por su parte, en su 4º Libro de Profecías afirma que de las siete partes del mundo seis son enjutas y sólo una está cubierta de agua. En la parte enjuta de Oriente, en nombre de Dios Nuestro Señor dice el profeta, seguido por otros Doctores de la Iglesia, nacerá mi hijo Jesús y morirá mi hijo Cristo. Díjeles a la Reina Serenísima y al Católico Rey: ese Santo

Sepulcro del Hijo de Dios es lo que España va a reconquistar como ha reconquistado su tierra de los moros y expulsado a los judíos, crucificadores de Cristo. Rescatar el Santo Sepulcro y llevar a Cristo a los infieles es lo que me propongo, dije.

Place a Sus Altezas concede, el Documento.

Con el anagrama de mi nombre y de mis títulos, yo firmaba Christum Ferens, el Portador de Cristo. Ahora, más humilde, sólo firmo: Christo Ferens, el que lleva para Cristo. ¿Qué es lo que llevo hacia Él? La extensión de la humanidad cristiana en las nuevas tierras. La propagación de la fe católica sobre la redondez del globo. La gloria de la expedición, si se cumple, será la de descubrir nuevos pueblos y ponerlos bajo el signo del Nombre de Cristo y del Símbolo de su Sacrificio, a la potestad de los Príncipes Católicos y del Soberano Pontífice.

Soy portador de una Carta de presentación y recomendación que me han dado los Reyes para el Gran Khan, el Rey de Reyes del Cathay. El encabezamiento de la Carta mensajera reza : *A un Príncipe indeterminado de Oriente*. Sus Altezas me han hecho el honor de que yo mismo sea quien ponga en el encabezamiento de la carta el nombre del soberano de la China, según los usos de aquel poderoso reino.

Sus Altezas Serenísimas saben que este príncipe ha pedido ya hace mucho tiempo al Papado el envío de cien teólogos para cristianizar su numerosísima nación. En un segundo viaje, si éste se cumple, yo mismo podré transportar a este centenar de testas teologales a presencia del Gran Khan. Son testas pesadas. Me servirán de lastre sacrificando barriles de vino y quintales de bastimento siempre más necesarios que estos aprendices de misioneros. Que empiecen a sembrar la mies de Cristo en aquel lejano colmenar de pueblos paganos.

PARTE 6 - EL ORO QUE CAGÓ EL MORO

GENTE muy principal, además de los ya nombrados y santos franciscanos, me ha ayudado en la realización de este proyecto, en todo lo que era menester. Debo mencionar, entre ellos, a Su Eminencia el cardenal don Pedro González de Mendoza, arzobispo de Sevilla y Toledo, y a fray Diego de Deza, obispo de Zamora, Salamanca, Palencia y Jaén, arzobispo de Sevilla y Toledo, Inquisidor General y tutor del Príncipe D. Juan. Estos dos prelados impidieron que me marchase de España, muertas ya mis esperanzas en los Monarcas Católicos, para ofrecer el proyecto al rey de Francia, de Inglaterra, o al mejor postor entre los que hoy día se reparten el dominio del mar y sus riquezas.

Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, fue quien me presentó a los influyentes prelados a mi venida de Lisboa. Otro protector, D. Luis de Santángel, escribano de ración y tesorero del Reino, me presentó con las mejores recomendaciones a D. Enrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia y conde de Niebla, y a D. Luis de la Cerda, primer duque de Medinaceli y quinto conde de la Umbría. Fue a ellos a quienes propuse, en primera instancia y sucesivamente, la expedición a las Yndias.

Los condes me adelantaron dinero a fin de adquirir calzas y ropas nuevas para asistir al recibo de los Reyes. Me hicieron comprar uniforme, sombrero y espada de capitán general, talabartes y tiros del mejor cuero adornados con virolas de oro y plata. Me alimentaron y hasta me alojaron en sus palacios. Los aristócratas andaluces declinaron después su interés en financiar el proyecto del Descubrimiento en el cuidado de evitar disensiones con los Monarcas. «Éste es un negocio real», dijo con el semblante nublado el conde de Niebla. «No lo admitiría Su Majestad», dijo después, umbroso, el quinto conde de la Umbría.

Bajo cuerda, sin embargo, estos dos nobles, juntamente con el Escribano de ración y Tesorero del Reino, D. Luis de Santángel, aportaron, casi en secreto, un millón de maravedís, cada uno, a cuenta del Oro de

Indias, para el aparejo de la escuadra. Pero todo el caudal del tesorero converso, de los nobles andaluces, todo el aporte de la Corona en barcos y buenas intenciones, las encíclicas y el interés personal del Papa valenciano Alejandro VI, son apenas una pequeña parte del costo moral, religioso y material que demanda la expedición.

Sin la ayuda providencial de los banqueros genoveses asociados por mí al proyecto descubridor, también a la chita callando, con la garantía de mis títulos y de los documentos que les he firmado, la empresa no habría podido ser cumplida. Esto es lo que el orgullo gentilicio de la Corte no quiere reconocer. No debo dar el nombre de estos banqueros para no empañar el carácter nacional exclusivo de la celebración. Excluidas las potencias de Portugal, Francia e Inglaterra, aun la propia España, ¿qué otro país civilizado del orbe europeo hubiera podido financiar, respaldar esta quimera y aun hacerla propia y realizarla?

Sólo la poderosa y luminosa Italia. La cornucopia inagotable de Occidente. ¡El Lacio, el Lacio... donde el Tirreno mira hacia el Poniente soñando desde que el mundo es mundo en juntarse con el Índico! ¿Por qué no habré empezado por aquí?... ¡Ah... mi querido Paulo Físico, mis admirados, mis muy venerados Pierre d'Ailly y Silvio Eneas Piccolomini, mi cárdeno cardenal, mi pío Papa Pío II, que ya estáis en la gloria del cielo!... ¿Por qué habéis alimentado en mí esta vocación de ser crucificado sobre el madero de mis errores con vuestros propios clavos?... ¿Seré beatificado y canonizado alguna vez como el primer santo y mártir marítimo de la Cristiandad? No aspiro a tanto pero creo en la Divina Justicia distributiva de Nuestro Señor Dios Uno y Trino.

Sé que el duque de Medina Sidonia ha enviado un memorial a los Reyes reclamando lo que le corresponde en restitución de los gastos que le he ocasionado. El duque de Medinaceli ha escrito, por su parte, al gran cardenal D. Pedro González de Mendoza con un reclamo un poquitín más ambicioso. Rememora los orígenes del proyecto del descubrimiento y su inicial intervención en el mismo desde mi llegada de la corte portuguesa, hace siete años.

Le recuerda que me tuvo alojado en su palacio a cuerpo de rey. Y que cuando yo, desanimado por las dilaciones de la corte española, determiné ir a presentar el proyecto al rey de Francia, el conde duque me hizo desistir

ofreciéndome enviar desde el Puerto con tres o cuatro carabelas aparejadas por su cuenta y riesgo a descubrir las Yndias. Le declara además al gran cardenal, bajo reserva, que sólo desistió de seguir asistiéndome cuando vio que esta empresa estaba aderezada para la Reina Nuestra Señora.

En vista del éxito del primer viaje, al que él dice haber contribuido con mucho dinero y atenciones, entre ellas el haberme hospedado en su casa durante dos años, alimentado y vestido decentemente, me hace cargo de haber embarazado a una de sus criadas. El conde duque, pasa por alto este ultraje y suplica con devoto encarecimiento al gran cardenal su altísima mediación y ayuda ante Sus Altezas Serenísimas para que también la Casa de Medinaceli y de la Umbría pueda enviar algunas carabelas con su insignia y escudo cada año en busca del oro de las Yndias. No se le olvida a D. Luis mencionar su contribución a la reconquista del reino de Granada y la que está dispuesto a seguir prestando a la Corona para la Reconquista del Santo Sepulcro.

Cada uno cuida las alforzas de su bolso. En cuanto a la Décima Cruzada del rescate del Santo Sepulcro, incluida la Novena Cruzada de los Niños, en el siglo XIII, enorme y delicado episodio que la historia no registra, fui yo quien le metí en la mollera al conde duque esta idea sacratísima y secretísima de llevar a buen fin esta décima Cruzada financiada con el oro de las Yndias. En cuanto a la preñez de su criada y sobrina, tendría que preguntarle a ella quién le metió ese hijo en las entretelas, que de todo es capaz esa muchacha. Métese ella misma a buscarlo con su racimo de vid y su chirimoya aderezada con zumo de cantárida, pócima infalible para excitar el apetito carnal.

A todo esto, en la Corte, el intrigante protonotario *Godo* Rodríguez-Cabezudo, llamado el Flauta de Alcalá por su vocecilla eunuquilla, y el retorcido fray Bernardo Büyl propagaban chismes y burlas contra la empresa con la disimulada complicidad de Joan de Coloma. Son los infaltables perrillos ladrones cuyo único oficio es prender sus dientes de leche en las bocamangas de los transeúntes creyéndose fierabrases de toda ferocidad llamados a grandes destinos.

No son, los pobres, más que pequeños homúnculos perrunos de diario, sin otra cosa que hacer que ladrar al trasero de los viandantes. Han sido castrados y amaestrados para eso. Con algo tienen que justificar y merecer la diaria pitanza. Pero ¡qué harían los reinos sin esta fauna de pequeños mamíferos infradotados! Yo les tengo mucho aprecio. Su inutilidad

irremediable pone de resalto la utilidad de las demás especies, por ínfimas o infames que sean. Fray Buril, el dogo eclesiástico, familiar del Santo Oficio y agente doble, viene en la nao. Me lo han endilgado como capellán. Él sabe a qué viene. No es difícil imaginarlo.

PARTE 7 - UN JÚPITER CON MARMITA

MUY pronto todo se restablecerá en su justo equilibrio. En tres días, a más tardar, encontraré esas islas y tierra firme de las Indias. Es el plazo que he impuesto a los alzados contra la autoridad de los Reyes, contra la causa sagrada de esta expedición, contra mi mando de almirante y visorrey en suspenso.

De nada valieron mis razonamientos sobre la proximidad de las tierras. Esos pájaros volaban sin ninguna duda hacia o desde una costa cercana. Es cierto que volaban hacia atrás, cosa poco frecuente en los volátiles del mundo conocido. Menos aún les conmueve ahora la proximidad de las grandes riquezas que me empeño en refregarles por las narices. Se han puesto así desde que se percataron de la alteración de la brújula. La aguja magnética se les ha clavado en el seso.

La falta de viento y la inmovilidad de las naves los ponen al borde de la locura. Quiera Dios enviarnos pronto los más rápidos vientos: el áfrico, el euro, el aquilón, el volturno, el ábrego, el noto, el lóbrego, el descuernacabras, los más terribles monzones, estesios y altanos. Tifones, tempestades, temporales, huracanes, ciclones... ¡Soplad con fuerza, vientos avaros y mezquinos! ¡Soplad con furia, míseros y renegados eunucos! ¡Soplad, impotentes cabrones! ¡Inflad vuestros flácidos carrillos! ¡Soplad con todo el poder de vuestros agujereados pulmones!

De nada vale que sigáis misereando por los puertos como muleros sin trabajo, les digo tratando de llegar con mi voz más meliflua a la civilización interior de estos brutos. Sois gente arrecha de mar, no moluscos. Un paso más y podéis llegar a ser señores opulentos. Y quién os dice, hasta con títulos de don y espuelas de oro entre los mil dones y doblones que recibiréis de los Reyes como verdaderos Caballeros Navegantes que sois. Yo mismo, desde ya, ofrezco un jubón de seda al primero que vea tierra. Y la subasta no acaba en el jubón...

Alguien, un cántabro de descomunal estatura, me escupió en la cara, sin decir palabra. Desenvainé la espada. Me la cogió con el meñique y la quebró en mis narices como si de un mondadientes se tratara y yo no fuera más que un alfeñique de azúcar cande. El plasto del gargajo en el ojo sano me dejó sin visión, sin razón, sin movimiento.

Silenciosos pero insufribles son estos cántabros que reclutó Juan de la Cosa. El gigante es primo suyo. Los andaluces hablan hasta por los codos. Se puede decir que sólo han nacido para hablar, pero son más civilizados y transigentes. Han aprendido algo de los árabes y judíos a lo largo de ochocientos años. Los vizcaínos son más duros que leños en los que no entra el hacha. Menos mal que no hay aragoneses en la tripulación, porque éstos son ya la piedra pura.

Los hombres se apelmazan. Están dispuestos a todo. Veo las caras cenicientas, sus caras agrietadas en un tajo casi invisible del que ha huido hasta la última gota de sangre. Quieren cobrarse la mía. Cinco tripulantes, a los cuales no distingo, encabezados por el cántabro, han desenvainado de un solo golpe sus cuchillos. Los blanden amenazadoramente y avanzan hacia mí. En la duración de un relámpago, sucede algo increíble. Nadie se da cuenta al pronto de lo que ocurre.

El pregonero Torres, casi invisible, armado de un codaste y un cazuelo, se abre paso como una exhalación aturdiendo el aire con su silbato de alarma. Salta sobre los cinco cuchilleros como un cuadrumano encendido y furioso. Encaja la marmita, llena de caldo hirviendo, en la cabeza del cántabro, que aúlla de dolor. Colgado de un asa, como de un trapecio de circo, el humanoide enclenque y contrahecho, que parece articulado con resortes de relojería, descarga con el codaste golpes fulmíneos sobre los brazos armados. Uno a uno hace saltar al mar los cinco cuchillos en límpidas parábolas de peces voladores. El mono jupiterino salta del trapecio y hace sonar la campana en arrebatíña de naufragio.

Recupero la voz tonante. Vuelvo a tronar la intimación de los tres días de espera. Los tres de la resurrección y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, dije con entonación de púlpito. Siento que me estoy volviendo abyecto. Yo os digo: si no alcanzamos esas tierras en tres días, podéis cortarme la cabeza, podéis arrojar me al mar y podéis volveros vosotros a España. Sin miedo a la horca. Yo mismo firmaré la orden de mi ejecución: mar, horca o degüello. Un girón de la vela cangreja cae y me cubre la cara de inventado

cordero Pascual. Veo entre los pliegues que se les vuelve a levantar la cresta de su orgullo mariner. No va a durar mucho el remilgo crestigallo.

Yo sé que esas tierras están ahí adonde las voy a buscar, como si las tuviera guardadas dentro de una cámara bajo siete vueltas de la llave. La llevo cosida al forro de mi destino. Lo dirá mi amigo y futuro panegirista Bartolomé de Las Casas convertido después en defensor de los indios, en tratante de negros, en uno de los inventores de la leyenda negra contra los blancos, tratantes de indios.

Lo bueno del ser humano es que tenga sus estaciones y sus cambios, ¿no es verdad, suavísimo y discreto Bartolomé? Cuando tú hayas recibido los hábitos de Santo Domingo, ya habré tomado yo los del otro mundo. No sin el reconcomio de no haber descubierto lo que creí descubrir, yo el primero, entre los navegantes de la humanidad, en la inmensidad del Mar de las Tinieblas.

Los grandes descubrimientos nacen póstumos. Los descubridores también. La posteridad no es rentable. ¿Quién se acuerda hoy del que inventó o descubrió la rueda? ¿Quién fue el primero en descubrir Europa? ¿Quién se acuerda del caballero Altazor y aun del Caballero de la Triste Figura? Forman primero su leyenda. De ellas surgen, andando el tiempo, como personajes fabulosos. O desaparecen sin que quede memoria dellos. Espero que el destino sea conmigo más generoso. Hay que poner plazos largos a las dificultades, un margen de duda a las ilusiones.

PARTE 8 - CUENTAN LOS CRONISTAS. EL PILOTO DESCONOCIDO

EN la fantasmagoría de la empresa descubridora, la velada y misteriosa presencia del Piloto anónimo precursor, es otro fantasma más. Su existencia real ha sido desvanecida por el halo de su leyenda y ésta, a su vez, fue dando paso a una historia no menos nebulosa pero acaso no menos real que la del propio Almirante, que los ha pegado espalda contra espalda como dos hermanos siameses.

Desde que el descubrimiento de la esfericidad de la tierra echó por tierra el viejo mito que la concebía como una rueda planetaria geo-céntrica, o mejor, egocéntrica, los cosmógrafos e historiadores de Indias han venido declarando, en número creciente y cada vez con mayor certidumbre, la posibilidad de que dos antípodas, recorriendo el camino inverso, juntaran sus pies en cualquier punto del globo terrestre.

Admitida esta hipótesis lógica y cosmológica, era absurdo pensar que alguien, en algún momento, por azar o por accidente, no hubiese penetrado ya en los dominios desconocidos del planeta, cruzando tierras y mares incógnitos para la ecúmene. Navegantes muy anteriores al fallecido Piloto protonauta —celtíberos, gaélicos, escandinavos, anglosajones, mongólicos—, lo habían hecho miles de años antes dejando grabadas las huellas de su paso en inscripciones rupestres que no han sido todavía totalmente descifradas en las profundidades de cavernas prehistóricas, en los sitios más extraños y distantes del lugar donde mucho después se produjo el descubrimiento. La existencia de poblaciones y culturas venidas desde el Asia y la Polinesia, demuestra *in situ* quiénes han sido los verdaderos descubridores.

Un mito emblemático del Almirante, que lleva su nombre, persiste hasta hoy en las junglas de un país mediterráneo semejante a una isla boscosa rodeada de tierra. A miles de leguas del lugar donde llegaron *los*

hombres venidos del cielo los indígenas en sus comarcas milenarias, totalmente incomunicadas con el resto del continente, nada podían saber del Almirante. Cuando ya el olvido había devorado su nombre, comenzó a formarse en medio de esas espesas selvas la leyenda del *Rey Blanco* en torno, sin ninguna duda, al Descubridor, presentido o adivinado por la mentalidad llamada *primitiva*. En otra parte, si Dios me da salud y paciencia al lector, contaré la historia de este rey misterioso, muy a la europea, surgido como una deidad menor de la imaginación animista de los naturales.

La aventura no prevista ni buscada por el piloto anónimo, por el *protonauta predescubridor* —como lo denomina el historiador que ha dado al enigma carta de nobleza—, pudo correr la misma suerte, haberse esfumado en el olvido. Lo desconocido y la muerte se mueven en el mismo viento. Lo que la ha convertido en leyenda es el desconocimiento en que ha quedado sumida y el uso «algo» fraudulento que de ella ha hecho el Almirante. La historia de éste no se puede entender sin la leyenda del Piloto.

El debate continúa hasta nuestros días y probablemente no cesará jamás. Las dos grandes tentaciones de los hombres de todos los tiempos han sido la utopía y los mitos; la fantasía convertida en realidad o a la inversa. Los mayores acontecimientos tienen a veces orígenes muy modestos y hasta ocultos. Algunos de los cronistas antiguos y modernos más confiables aseguran, incluso, que la historia del piloto precursor y su relato mítico fueron los elementos decisivos en la génesis de la empresa descubridora del Almirante. Y los indicios que se han ido acumulando lejos de desautorizar han confirmado la historia como leyenda y la leyenda como historia.

Los que se muestran más renuentes a aceptarla no son los que menos creen en ella sino los defensores más acérrimos del Almirante como el solo y único descubridor del Orbe Nuevo. Otros, más prudentes, esperan, anuncian y niegan a la vez la existencia de documentos irrefragables. Los hombres de ciencia sienten un pudor paralizante ante lo desconocido. Pero ¿puede esperarse que existan tales documentos sobre un fantasma o sobre un mito que ya se ha instalado en la tradición oral, en la memoria colectiva y hasta en los anales de la ciencia histórica?

¿Cómo optar entre hechos imaginados y hechos documentados? ¿No se complementan acaso en sus oposiciones y contradicciones, en sus respectivas y opuestas naturalezas? ¿Se excluyen y anulan el rigor científico

y la imaginación simbólica o alegórica? No, sino que son dos caminos diferentes, dos maneras distintas de concebir el mundo y de expresarlo. Ambas polinizan y fecundan a su modo —para decirlo en lenguaje botánico— la mente y la sensibilidad del lector, verdadero autor de una obra que él la reescribe leyendo, en el supuesto de que lectura y escritura, ciencia e intuición, realidad e imaginación se valen inversamente de los mismos signos.

PARTE 9 - ¿EXISTIÓ EL PILOTO DESCONOCIDO?

A un historiador de Indias, partidario de la «verdad» científica en libertad, amigo muy querido, le consulté sobre la posible autenticidad del Piloto incógnito.

—Tú debes saberlo —le dije, responsabilizándole del enigma— porque eres un sabio que cuestiona los hechos y se cuestiona a sí mismo.

—No hay sabios —me dijo—. No hay sino momentos de sabiduría que puede tenerlos el más ignorante de los analfabetos. Lo poco que se sabe no son más que lagunas, actos de fe, incertidumbres. El dicho socrático sigue teniendo vigencia universal. Saber que no se sabe, o aun lo poco que se sabe, es un punto infinitesimal en las tinieblas del universo. Hay que trabajar también con la intuición y el presentimiento.

Tu famoso Piloto vive en una de estas lagunas, infestada de grifones y monstruos con rostro humano, llamados *cronistas*. Habría que retroceder quinientos años y preguntarle a él mismo, mientras vivía, su secreto. O tal vez habría que esperar otros quinientos años, para que nuevos «momentos de sabiduría» digan algo más sobre este enigma, sobre este hombre interminable del que todos hablan sin saber quién es...

Por lo demás, en términos de casuística histórica, los roles están bien repartidos: si existió ese piloto, él fue sin duda el precursor del Descubrimiento; quedaron muchos vestigios de su presencia en las islas. El otro, El Almirante, no es más que el precursor del Encubrimiento, puesto que a las tierras recién descubiertas superpuso sin más las del Oriente asiático. Y no hubo autoridad temporal ni divina que lo hiciera apear del burro hasta su muerte. Además la encubrió de muchos otros modos. Y si es así, el dilema es simple: él pretendió haber descubierto las Indias del Oriente asiático, pero esas tierras ya estaban descubiertas. El proyecto del Almirante se limitó a llegar por el Poniente a las Islas de las Especias. Pero esas islas también ya estaban descubiertas. Si aseguró después haber descubierto las Indias Occidentales, tampoco descubrió nada pues no hizo

sino superponer en ellas las del Oriente. Hasta su último suspiro ignoró que había descubierto en verdad la puerta de entrada a un Nuevo Mundo.

Si el Piloto Desconocido le dio la llave de entrada a las Indias, él fue el precursor del Descubrimiento junto con innumerables predescubridores anónimos, desde hace por lo menos 30.000 años, en plena Edad del Hielo en Europa, el Almirante es sin duda el precursor preclaro de conquistadores, inquisidores y encomenderos que descubrieron y expoliaron para Europa el Orbe Nuevo ampliando y profundizando el proyecto del Almirante. Título no pequeño que nadie le puede disputar ni arrebatarse. Fue el primer funcionario de la Corona que inauguró en las nuevas tierras las famosas fórmulas jurídicas del *requerimiento* y la *repartición* por las cuales los indígenas quedaban sometidos a perpetua esclavitud.

Tu Almirante debió ser achicharrado en las parrillas del Santo Oficio por sus repetidos robos con fractura, por el doble y premeditado sacrilegio de una falsa confesión con la que complicó a los frailes de la Rábida, sus más fieles benefactores. Y a través de ellos, a la propia Isabel la Católica, quien no podía dudar de su confesor. Por las orgías bestiales a las que los «descubridores» se entregaron teniendo como víctimas a las inermes y desnudas mujeres que no eran para ellos más que las primeras bestias de la creación. Bestias para descargar la lujuria de los «hombres venidos del cielo». Bestias de carga. Bestias para producir hijos. Bestias irredimibles estos seres desnudos cuya desnudez era, para los hombres vestidos de hierro, el estigma más evidente de su bestialidad. Había pues que despellejarlas vivas. ¿No castigaba la Inquisición con el fuego el comercio carnal entre seres humanos y bestias? El Descubrimiento fue en realidad una orgía bestial en todos los sentidos, que duró siglos. Después se encargaron de ello los mestizos.

De hecho fray Fernando de Talavera, también confesor de la Reina, prior del Prado y obispo de Granada, acusó a tu Almirante de ser judío. Pidió al Rey su entrega a la Inquisición. Fray Fernando, que aconsejó a los Reyes la toma de Granada, fue víctima del Santo Oficio, pero el Almirante tenía ya muchas campanillas y era amigo de D. Tomás de Torquemada, a quien no le gustaba el ruido de la corte, salvo el murmullo de las oraciones y del fuego.

Lo que hizo el primer conquistador y colonizador de las Indias, pudo hacerlo cualquiera y en cualquier otra parte. Creyó testaruda y ciegamente

hasta el último suspiro que había descubierto, conquistado e *ganado* las tierras del Cathay y del Cipango en el Oriente asiático invadiendo los dominios del Gran Khan, al que por otra parte hacía más de medio siglo que la dinastía de los Ming había destronado y mandado asesinar. El Almirante no tenía por qué saberlo. Hizo algo más importante: transportó el Cathay, el Cipango y otras posesiones del derrocado Rey de Reyes a las Antillas mayores y menores. No pudo traer los templos y las casas reales con tejados de oro puro. Lo que realmente fue lamentable para él, para la Corona y para el Papado.

La grandiosa hazaña del genovés estimulaba evidentemente la vena satírica de mi amigo historiador.

—¿Sabes —me dijo— cuál fue la verdadera grandeza de esa hazaña? La descomunal ignorancia que tenía con respecto a ella quien la ejecutó, gracias al azar, a su ineptitud cosmológica, a la devoción a sus errores, a su frenética ambición de riquezas, disfrazada de hipócrita misticismo. Protonautas predescubridores desconocidos hubo a montones antes de tu Almirante, miles de años antes que él.

En realidad, para los europeos, el nuevo continente ya estaba descubierto en los libros. El orbe ignoto y enorme salió de la escritura falsa y falsificadora. Pero los hombres y los hechos que salieron de ella no hicieron más que falsear y convertir el descubrimiento en encubrimiento, según lo dice con sensatez un sabio jesuita de nuestros días que lucha en tu país por la causa de los indígenas sobrevivientes. El piloto desconocido es otra invención del resucitado Almirante. Olvídate de ambos.

No me desalenté. Volví a los cronistas clásicos. Releí casi todo lo que se había escrito sobre el Piloto. Efectivamente, lo cercan y desamparan por todas partes actos de fe, de mala fe, dudas, incertidumbres, absurdas contradicciones, negaciones malhumoradas, documentos que se desdicen unos a otros; pero también aserciones, testimonios clarísimos, verifican que el protonauta anónimo no fue un personaje ficticio y que existió realmente, acaso con más fuerza que el propio Almirante, como lo prueban los cronistas.

Gonzalo Fernández de Oviedo, ex mozo de cámara del príncipe Juan, luego cronista oficial, admite ambiguamente su existencia. Algunos afirman, dice, que a una carabela que desde España pasaba para Inglaterra cargada de mercaderías, bastimentos, vinos y cosas de comer le

sobrevinieron tales y tan violentos temporales que la empujaron al Poniente. Los hombres conocieron allí algunas islas de estas Yndias. Salieron a tierra y vieron gente desnuda de la manera que acá no la hay. No había hombres. Solamente mujeres de hasta veinte años.

En muchos meses repararon la carabela y pudieron volver a Europa. Otro temporal los empujó de nuevo a la isla de Madera. En este tiempo se murió cuasi toda la gente del navío a causa del largo y penosísimo sacrificio y sólo sobrevivió el piloto, tan doliente como los demás, que en breves días también murió.

Dicen junto con esto, que este piloto era muy íntimo amigo de un conocido navegante genovés establecido en Madera y que lo recogió en su casa. Dicen que antes de morir y en mucho secreto el piloto dio parte al navegante de las islas descubiertas y le indicó los rumbos y las distancias con toda exactitud que él había registrado en un mapa en el tornaviaje.

Que esto pasase así o no, ninguno con verdad lo puede afirmar, pero aquesta novela así anda por el mundo entre la vulgar gente. Para mí, yo lo tengo por falso. Pues como dice el Agustino: mejor es dubdar en lo que no sabemos que porfiar en lo que no está determinado.

Algún dato más, un documento o indicio irrefragable, inclinaría la balanza hacia el fantástico piloto y lo pondría en fiel con el peso de la verdad. Hasta el presente todo está en el aire y envuelto en tinieblas. Entretanto, yo tengo al Almirante por primero descubridor e inventor destas Yndias y pido se le levante una estatua de oro, tanta y tan grande es la gloria que su descubrimiento ha traído a España, a la Corona y al mundo.

El cronista oficial es tajante y seguro en sus afirmaciones, las del hombre que simula tratar de no creer en una patraña del vulgo. Frente a la historia del Piloto desconocido, sobre el cual rehúsa tomar partido, quiere, en otro asunto más fabuloso aún, rendir un arcaico homenaje a los Reyes en cuyo servicio exploraba las oscuridades de la historia de Indias. Sostuvo que las tierras descubiertas por el Almirante habían pertenecido en remotos tiempos a Héspero, duodécimo rey de España, contando desde el rey Túbal, más allá de las Puertas de Hércules, 1587 a. C.

Hace, pues, más de 3.000 años que esas tierras pertenecían al Cetro Real de España, según la tesis de Fernández de Oviedo. Con lo cual, el descubrimiento que él mismo atribuye al Almirante y por el cual pide que se le erija una estatua de oro, no era tal descubrimiento sino simple devolución de las legendarias Hespérides al patrimonio real de la antigua España. El

reino de Héspero resucitaba así y se incorporaba a los cinco reinos. Y la costosa empresa del Almirante quedaba reducida a una honrosa aunque un poco tardía restitución.

Francisco López de Gómara, criado luego capellán de Hernán Cortés, opina que las Indias fueron descubiertas por un desconocido piloto sin lo querer y para desdicha suya puesto que acabó la vida sin gozar dellas. Bien que no fue culpa suya sino malicia de otros o juegos caprichosos de la que llaman fortuna.

Quedáranos siquiera el nombre de aquel piloto, se precave Gómara, pues todo lo que al hombre toca con la muerte fenesce. Solamente concuerdan todos en que falleció en casa del futuro Almirante, en cuyo poder quedaron las escrituras de la carabela y la relación de todo aquel luengo viaje con la marca y altura de las tierras, con los grados de longitudes y latitudes de esas islas por primera vez vistas y halladas.

No era docto el Almirante, mas era bien entendido autodidacta — observa López de Gómara—. E como tuvo noticias de aquellas nuevas tierras por relación del piloto muerto en su casa, así tuvo noticias de las Indias, pero nunca pensó en el descubrimiento dellas hasta que topó con aquel piloto, que por caprichos de la mar las halló.

Y si el Almirante fue de su cabeza a redescubrir esas tierras, como algunos quieren, merece mucho más loa; y tal, que nunca se olvidará su nombre, ni España le dejará de dar siempre las gracias y alabanzas que merece.

Ambos navegantes, forzoso e infortunado el uno, visionario y afortunado el otro, contribuyeron a gestar el más grande acontecimiento de todos los tiempos. Reclamo pues para ellos dos estatuas de oro, una cabe la otra: de oro nocturnal la del Piloto Incógnito; de oro meridiano y bruñido la del ya para siempre famoso Almirante.

Para fray Bartolomé de Las Casas, amigo de juventud y panegirista del futuro Almirante, obispo de Chiapas y defensor de los indios, el piloto descubrió al marinero ligur todo lo que le había acontecido y dióle los rumbos, los caminos que habían llevado y traído y el paraje donde esa isla fuera hallada, lo cual todo traía por escrito. Esto es lo que se dijo y tuvo por opinión y lo que entre nosotros, los de aquel tiempo y en aquellos días se platicaba y tenía por cierto en las Indias.

El Almirante tenía la certidumbre de que iba a descubrir tierras como si en ellas personalmente ya hubiera estado (lo cual por cierto yo no dudo).

Fue, pues, así, que el Almirante concibió en su corazón certísima confianza de hallar lo que pretendía, como si este orbe lo tuviera metido en su arca y sólo él hobiera la llave della.

Por todo esto yo censuro y reprocho las contradicciones y contraverdades de los fiscales del Rey porque se sepa la verdad y no se usurpe la honra y gloria que se le debe a quien Dios eligió para que con tan grandes trabajos y sacrificios descubriese e inventase este orbe, y porque siempre me despluguieron las persecuciones que vide y sentí que injustamente se movían contra este hombre, a quien tanto debe el mundo.

Pedro Mártir de Anglería, milanés de origen, n. Pietro Martire d'Anghiera, capellán de la Reina, enviado de los Reyes ante el sultán de Egipto, consejero real, cronista regio, protonotario eclesiástico, senador cesáreo, miembro del Consejo de Indias, compatriota, amigo del Almirante y escoliasta de sus escritos, cuenta que, habitando el genovés a la sazón en la isla portuguesa de Madeira, llegaron por un azar del tornaviaje hasta su casa unos marineros que habían navegado y recalado en las islas del «otro lado del mundo» arrastrados por gran tempestad.

Los acogió solícito —dice el milanés— pero los náufragos fueron muriendo uno a uno de las penalidades sufridas. Antes de morir, el piloto desconocido le confió el secreto de ese increíble y no buscado descubrimiento de las islas y tierra firme. Preguntóle el genovés si en esas islas había visto templos y casas reales con tejados de oro. El Piloto ya no podía hablar. El genovés decidió que el protonauta desconocido no las había visto; no podía por tanto haberlas descubierto. Don Pietro Martire era también abad de Jamaica. No pisó una sola vez las «lueñes tierras». Se limitó a escribir sus *Décadas oceánicas* en homenaje a cardenales y papas de los cuales obtenía favores o con los cuales reñía y se enemistaba al no obtenerlos.

Otro religioso español, el ermitaño jerónimo fray Ramón Pané, que acompañó al Almirante en su primer viaje, recogió entre los naturales estas mismas noticias de la aparición de los *hombres blancos*, anterior en pocos años a la llegada del Almirante. Según las tradiciones y creencias de los indios taínos de la isla, esta primera aparición de los hombres blancos anticipaba la profecía del ídolo supremo de los taínos, *Yucahuguamá*, Señor del Cielo y de la Tierra.

Los habitantes de aquella isla tenían pues reciente memoria de haber llegado a esta isla otros hombres blancos y barbados como nosotros, antes

que nosotros, no muchos años. Bien podemos pasar por esto y creerlo o dejarlo de creer, puesto que pudo ser que Nuestro Señor lo uno y lo otro lo trujese a la mano, como para efectuar la obra tan soberana que determinaba hacer y que fue hecha con la rectísima y eficacísima voluntad de su beneplácito.

La mixtificación de los herederos de Martín Alonso Pinzón con la que pretendieron hundir definitivamente al Almirante ya caído «en los arrabales de la senectud», según se queja al Rey Católico, y vencido en los pleitos que le amargaron la vida, fue veraz en un solo punto. El «descubrimiento» de la isla Cibao (cuyo nombre él tomó como corruptela lugareña del nombre de Cipango) confirmó en el Almirante la seguridad haber llegado a los reinos del Extremo Oriente. Este error, como artículo de fe, marcó uno de los episodios más significativos del fenómeno de «encubrimiento» del Orbe Nuevo, encubrimiento que iba a proseguir sistemáticamente a lo largo de quinientos años.

A este fenómeno corresponde pues, en cierta medida, la leyenda del Piloto desconocido, cuyo secreto el Almirante trató de guardar celosamente en al arca de siete llaves que le atribuyó metafóricamente el dominico Las Casas. La identidad del Piloto, o más bien, los confusos datos de esta fantasmal identidad, empezaron a ser «desvelados» tardíamente. El primero en hacerlo fue el Inca Garcilaso, más de un siglo después del Descubrimiento. En la primera parte de sus Comentarios Reales, la leyenda del Piloto desconocido, no negada como leyenda por el gran cronista, toma forma, nombre y nacionalidad: los del navegante Alonso Sánchez, de Huelva. La leyenda se hace en cierto modo historia para el Inca. Los tiempos se precisan, los personajes se definen en un hecho irrecusable: los primeros *hombres blancos* llegaron a las Antillas diecisiete años antes del Descubrimiento.

Al propio Almirante se le escapan alusiones y datos reveladores del «secreto» que le confiara el Piloto en Madera, una decena de años antes de afincarse en Castilla. En su *Libro de las Memorias* hay una mención muy explícita en el relato del sueño de la inundación de arena que le sobreviene en la nao, pocos días antes de llegar a la isla predescubierta por el onubense Alonso Sánchez.

En el sueño, éste lo recibe en compañía de los demás tripulantes. El Almirante se regocija de encontrarlos en excelente estado de salud, rozagantes y muy entrados en carnes, semidesnudos en sus andrajos, que un

poco más y se quedan en cueros como sus madres los parieran, al igual que los naturales. Se abrazan y reconocen como compatriotas y viejos amigos, pero el Almirante cuenta que abraza el vacío de los cuerpos y que al tocarlos se deshacen y fluyen, como le sucede a él mismo, en la avalancha de arena que inunda el mar.

El Almirante habla de la *Isla de las Mujeres*. Observa («alelado» dice en el relato del sueño) la presencia de varias muchachas de tez muy blanca, como no tocadas por el sol; algunas de ellas lucen ojos de colores claros y cabelleras rubias. Alonso Sánchez presenta a siete de ellas. Son mis hijas... —dice sonriente, guiñando los ojos al Almirante con cierta pícara intención. Los otros marineros presentan las suyas. Todas son muy hermosas y garridas. Cada una se inclina con una ligera genuflexión y da su nombre hispano, seguido de su sobrenombre taíno.

—Tenemos nuestros muchachos también —dice Pedro Gentil, el isleño adoptivo—. Pero ellos no pueden estar aquí. Y no sabemos nada de ellos...

El relato del sueño termina con la última frase de Pedro Gentil, mientras los cuerpos se van diluyendo y desaparecen sepultados en el mar de arena, en la pesadilla despierta de la cual lo saca la tempestad. Más tarde el Almirante tratará de verter, como puede, en su *Libro de Memorias*, el relato del sueño. La relación fue suprimida después por el dominico Las Casas o por su hijo Hernando, sin saber que el Almirante también la había relatado a Pedro Mártir de Anglería, quien la escribió en sus *Primeras Décadas del Orbe Nuevo*. La leyenda pasó por fin al dominio común. Lo que confirma el natural y simple hecho de que la tradición oral es la única fuente de comunicación que no se puede saquear, robar ni borrar.

Tal es la diferencia que existe entre las historias documentadas y las historias fingidas que no se apoyan en otros documentos que no sean los símbolos. Las dos son géneros de ficción mixta; sólo difieren en los principios y en los métodos. Las primeras buscan instaurar el orden, anular la anarquía, abolir el azar en el pasado, armar rompecabezas perfectos, sin hiatos, sin fisuras, lograr conjuntos tranquilizadores sobre la base de la probanza documental, de la verificación de las fuentes, del texto establecido, inmutable, irrefutable, en el que hasta el riesgo calculado de error está previsto e incluido.

El historiador científico siempre debe hablar de otro y en tercera persona. El yo le está vedado. Los historiadores son de hecho

«restauradores» de hechos. A partir de documentos reales, fabrican la ficción de teorías interpretativas semejantes a las «historias» y a los diagnósticos clínicos sobre la mente humana. ¿Y son menos caóticos e indescifrables los hechos, llamados «históricos», que los inescrutables laberintos de la mente?

Las historias fingidas, en cambio, abren la imaginación al espectro incalculable del azar tanto en el pasado como en el futuro; abren la realidad al tejido de sus oscuras leyes. En esa tela de araña invisible tejen su propia realidad, su propia necesidad, su espacio, su tiempo, en una tercera y aun en una cuarta dimensión, que no es la del sueño solamente. Sus inventores no son ni buenos ni malos ni astutos ni cínicos ni embaucadores ni impostores. Siempre hablan de sí mismos aunque hablen de otros como otros y se dirijan a «otros sí mismo». El yo de ellos es el yo del otro. Se limitan a elegir los símbolos que les convienen para hacer verosímil la representación fingida de la realidad. Su lenguaje es pues simbólico, no descriptivo. A partir de hechos míticos, fabrican alegorías.

Hay un punto extremo, sin embargo, en que las líneas paralelas de la ficción llamada *historia* y de la historia llamada *ficción* se tocan. El lenguaje simbólico siempre habla de una cosa para decir otra. Alguien escribe tales historias sobre Gengis Khan, Julio César o Juan el Evangelista y no tiene por qué decir la «verdad» sobre ellos. Toma sus nombres e inventa una vida totalmente nueva. O finge escribir una historia para contar otra, oculta crepuscularmente en ella, como las escrituras superpuestas de los palimpsestos.

PARTE 10 - CUENTA EL NARRADOR «PLACE A SUS ALTEZAS»

PARA entonces el inminente aunque no todavía eminente Almirante había pasado ya a Castilla. Tras siete años de empeños y trabajos pudo llegar a las Capitulaciones de Santa Fe, en las vegas de Granada.

En la corte de Castilla no tuvo reparos en usar la carta y el mapa de Toscanelli como documentos dirigidos a él mismo. El Almirante se enorgullece de esa epístola del sabio florentino y del mapa original que se jacta de haberlos recibido en Madrid. Han desaparecido de los archivos y no es difícil adivinar qué fue de ellos bajo el celo encubridor de su hijo y albacea Fernando que trabajó con el mismo celo encubridor y en ocasiones despellejador de su progenitor.

En las Capitulaciones de Santa Fe mostró la carta y el mapa de Toscanelli. Describió las islas como si él hubiera estado ya en ellas en lugar del Piloto. No tuvo necesidad de alegar más de lo necesario. Fray Juan Pérez, el confesor de la Reina, habló por él y fue el mejor abogado de la empresa descubridora.

Hubo sin embargo un factor inicial de triunfo, sólo conocido por dos personas. Fue el hecho de que al inminente Almirante se le ocurrió confiar, en secreto de confesión a fray Antonio Marchena y a fray Juan Pérez, la relación confidencial del protonauta predescubridor. Les habló de Caonabó, el Señor de la Casa del Oro, en el Cipango indiano. Mostró a los frailes sin decir palabras el gorro de plumas con adornos de oro y piedras, obsequio del señor del Cibao o Cipango. La gota de sangre que maculaba una de las laminillas de oro los encandiló y acabó de convencer.

Seguro de que la mejor manera de guardar un secreto es contarlo de manera diferente a dos personas distintas, y más aún bajo el velo ilevitable del secreto de confesión, aguardó tranquilo y confiado el desenlace de los acontecimientos. No se hicieron esperar. Los mejores presagios se confirmaron cuando el secretario del Reino, Joan de Coloma, se vio

obligado a estampar en las actas de las Capitulaciones el regio ábrete sésamo del «Place a Sus Altezas».

En las largas veladas anteriores que el ligur mantuvo con ellos en la Rábida, comprendió claramente que la Orden de San Francisco era la parte más interesada en la cruzada descubridora para llevar la luz del Evangelio a los gentiles paganos de aquellas lueñas tierras del Oriente asiático. De hecho, la Orden constituía la vanguardia de la Fe en las partes más alejadas del mundo. Y sus hijos, los más activos propagadores de la Doctrina de Cristo. Para los frailes de la Rábida, el oscuro ligur era el enviado de Dios que en buena hora llegaba y a quien como a tal recibieron.

La precisión y verdad del relato del piloto predescubridor, aderezadas con la dialéctica dialectal del ligur que sabía tañer la cuerda mística, eran por sí mismas suficientemente persuasivas. Su carácter de secreto absoluto mezclado a la superchería deslizada por el confesando de haber vivido personalmente la odisea atlántica, le daba un trasfondo de misterio y verosimilitud irrefutable. En la junta de expertos Fray Juan traducía y transfiguraba el relato con su verbo de orador sagrado blandiendo de tanto en tanto ante los sabios asombrados y perplejos el gorro de plumas. El nombre de Caonabó, régulo del Cipango almirantino, vibró con remotas resonancias en el alto tribunal de la Corte.

Otro argumento de peso manipulado por el ligur, en el plano político, militar y religioso con innegable habilidad de estratega, era el que la alianza con el rey de China iba a permitir a España coger al Islam y destruirlo en la formidable tenaza que las fuerzas sino-española coaligadas bajo el mando de los Reyes Católicos y la insignia de la Fe iban a cerrar sobre ellos por el Atlántico y por el Mediterráneo. Lo que a su vez iba a significar la eliminación de Portugal como potencia hegemónica.

Al pretendiente, hierático y parco, no le costó embaucar con el proyecto de esta doble empresa primero en las dos confesiones, sigiladas y santificadas por el sacramento; después a los duques de Medina Sidonia y Medinaceli, que fueron los dos primeros grandes de España en interesarse en la expedición a las Indias; luego a sus dos benefactores principales, el escribano de ración y tesorero del Reino D. Luis de Santángel y el cardenal Pedro González de Mendoza, arzobispo de Sevilla y Toledo, íntimo del Inquisidor General. El poderosísimo dominico Tomás de Torquemada dio indirectamente su apoyo. Por último, o mejor dicho en primer término, los Reyes Católicos acabaron también por ser embaucados.

El espejismo de la Media Luna y del Corán abatidos por la Cruzada que el Descubrimiento iba a engendrar con la expansión del cristianismo por todo el Oriente, era a un tiempo fabuloso y realista pero no irrealizable. En las sesiones secretas del Consejo, a las valer todo su saber y su inmensa influencia en favor que al ligur le estaba vedado asistir, fray Juan hacía de esta doble causa para la mayor gloria de Dios. En las discusiones de los expertos al nombre de Caonabó y de las Indias se unieron los del Gran Khan y de la China con su carga de exóticas promesas.

En los intervalos de las sesiones, fray Juan refería al pretendiente punto por punto lo que se decía y comentaba en el lento proceso de las negociaciones. En el relente de las cautas y contemporizadoras palabras del fraile, el ligur percibía el desprecio de los sabios, de los nobles y de los funcionarios. La repugnancia que producía en todos ellos su presencia se tradujo en el exabrupto «despreciable aventurero extranjero», que uno de los nobles le espetó en plena cara. El ligur no se inmutó en lo más mínimo. En el fondo el ligur se alegraba ante estos desplantes que iban haciendo crecer su presencia. El insulto, se dijo, no es más que el hijo bastardo de la desesperación como la cortesía no es sino la hermana gemela de la hipocresía. Entre estas dos aguas navegaba el ligur que conocía otras más despiadadas e implacables.

Cuando el proyecto amenazó con zozobrar, fray Juan alquiló una mula y peregrinó tras los desplazamientos de los Soberanos durante el sitio de Granada para convencerles de la importancia de la cruzada descubridora. No podían los Reyes al principio hacerle mucho caso al tenaz defensor de la causa. «Primero reconquistaremos lo nuestro», le dijo el Rey. «Luego conquistaremos lo ajeno. Ahora la lucha contra el Islam está aquí. Después veremos...»

Fray Juan volvió a pie a la Rábida pues la mula se le había muerto de hambre, atada a un poste ante la tienda real de Santa Fe durante los tres días que duró el asedio de fray Juan a las Altezas Serenísimas en los tres últimos días del asedio al reino de Granada. De aquí salió la copla malintencionada de que fray Juan había logrado «meter la mula» a la Reina con el señuelo del gorro de plumas del reyezuelo indiano envuelto en la bandera del derrotado Islam.

Las demandas del ignaro e ignorado marinero ligur fueron aceptadas en su totalidad por los Reyes con la enunciación, por siete veces seguidas, a cada una de las siete peticiones del Almirante, del mandato real «plaze a sus

Altezas que así sean ellas comedidas». En el preámbulo los Reyes se llaman a sí mismos «Señores de las mares oceanas» y delegan su soberanía en el marinero extranjero, convertido en Almirante de todas las islas y tierras firmes ya descubiertas y por descubrir. Lo nombran con carácter perpetuo y hereditario Visorrey y Gobernador General de dichos territorios, y el cargo de Almirante de la Mar Océana tiene igualdad de rango con el de Almirante Mayor de Castilla.

Él mismo eligió, exigió, el título, inspirado en la más rancia tradición de los nobles y grandes de España. Lo cual pone la autoridad del Almirante y completa sus poderes por lo más alto en el escalón próximo al de los propios Reyes. En siete días de negociaciones, luego de los siete años de espera, el bigardo ligur improvisó un blasón de nobleza de setecientos años. Incluso se le ha otorgado el título de juro de Don, tan deseado, que le saca de golpe y para siempre del plebeyo anonimato.

En el acta de antecedentes genealógicos y limpieza de sangre, que obtuvo gracias a la mediación del poderoso cardenal González de Mendoza, el hasta ayer oscuro ligur declara: «No nací yo en un establo sino en cuna ilustre aunque venida a menos por azares de la fortuna. No soy el primer almirante en la familia. Hay un tío obispo en Milán y una vaporosa bandada de monjas que llegarán a posarse como palomas seráficas en la plaza de la catedral de San Pedro, cuando ésta se acabe de construir...»

La afirmación elusiva «No soy el primer almirante en la familia...» no podía por supuesto nombrar al almirante gascón Guillaume de Casenove que, en su oficio de pirata, llevó su mismo nombre Christophe Coullon o Collons, que era el que verdaderamente le correspondía por razones genealógicas y aun por otras que se callan por discreción y por decencia.

Recuerda el ligur y lo calla que en Lombardía y Emilia el apellido de familia que él lleva era común entre los incluseros y los huérfanos criados en casa de expósitos. Los de origen judío (*Jonás* significa en hebreo *paloma*) se contaban en mayoría entre ellos. El secretario de la cancillería, docto en genealogías, le preguntó si ese apellido no era de origen sefardita catalán. El pretendiente genovés dijo no saber nada de esa leyenda inventada por enemigos de su familia.

De la tejeduría paterna de Nervi no dice ni pío. Nada de la taberna donde don Domenico, cansado a su vez de macerar lana, pasaba bebiendo y dando de beber a los sedientos. No nació el primogénito en un establo, es verdad, sino en un lugar al mismo tiempo más abierto y cerrado; nació en la

Puerta de Olivella, una de las más hermosas e historiadas de la ciudad de Génova. Su padre era guardián de la Puerta antes de dedicarse a tejedor de paños y tabernero y de abrir su tienda de textor pannorum lane. Por licencia especial la familia también tenía en ella su vivienda. Nacer en una puerta es más fácil que poner puertas al campo; no es desdoroso para nadie; sólo que ese nadie está de hecho más expuesto que otros a las corrientes de aire y a los resfríos, mal que se le declaró al futuro almirante desde la pubertad.

En el primer folio del incunable de la Imago Mundi, del cardenal Pierre d'Ailly, apostilla con letra caligráfica: «No sería extraño que mi propia efigie aparezca andando el tiempo en los retablos de santos o de varones ilustres de la Cristiandad. Un augur de mucho nombre en Sevilla me pronosticó no hace mucho que esa efigie ornará andando el tiempo uno de los retablos de la Capilla Sixtina cuya construcción ha comenzado.»

No ha sido fácil. Y sólo la obstinación de algunos de sus benefactores, en especial la de fray Juan Pérez, ha hecho posible que se llegara a un acuerdo entre los Monarcas y ese marinero apestoso a salmuera, casi desconocido en la víspera, de osadía altanera, rayana casi en atrevimiento. La opinión de Luis de Santángel ha sido decisiva. Si la empresa fracasa, ha dicho el influyente marrano a la Reina y al Rey, poco se arriesga en ella; si tiene éxito, las ganancias serán incommensurables. Ese gorro de plumas, que cualquier mercero puede fabricar en un periquete pero que en este caso es auténtico, redundó el escribano de ración, es apenas una ínfima muestra de aquellas riquezas.

Pensaba y pesaba todo esto el oscuro navegante cuando se redactaban las Capitulaciones. Sentía que estaba imponiendo su voluntad a los Reyes Católicos y aun al mismo Soberano Pontífice, ofreciendo en venta su quimera, bajo la simulada mansedumbre y humildad del vasallo. ¿No era quizás éste el desquite que se tomaba, después de tantas humillaciones, de la larga peregrinación por las cortes hasta que encontró a la Reina, su protectora?

«Pensando en lo que yo era —dice el ligur en su *Libro de memorias*— me confundía mi humildad. Pensando en lo que yo llevaba, me sentía igual a las dos Coronas. Yo les vine a convidar con esta empresa en sus reinos y estuvieron mucho tiempo sin proponerme aderezo para la poner en obra; bien que esto no era de maravillar, porque esta empresa es ignota a todo el mundo y no hay quien crea en ella salvo yo y mi pequeño delirio.»

La voluntad, se habría dicho el Almirante, es un acto a la vez de memoria y de olvido, de aceptación y de rechazo. El que parece ser inferior, el que parece ser el esclavo, bien puede resultar ser el amo. Se repetía esto a cada genuflexión, en cada besamanos, las dos rodillas hincadas sobre el carmesí de los almohadones al recibir los pergaminos sellados con las armas de Castilla y Aragón. El filo de la espada del Rey le tocó levemente el hombro.

«Lo fizo con cierta inusitada energía... —dirá en sus Memorias—. En un rayo de estupor y un apagón de mi consciencia yo hube de tomar el real espaldarazo como la degollación ejecutada por un verdugo real, e bien hube la voluntad de reprimir el más leve temblor de los ojos que veían reflejada mi cabeza en la hoja de la espada, como la del Bautista ante el rey Herodes...»

Así, el peregrino de la víspera, el mendigo que ofrecía a los soberanos europeos y hasta al mismo Papado un mundo desconocido, se ve convertido súbitamente en Almirante, Virrey y Gobernador. ¿Pero de qué reino, provincia o territorio si aún no han sido descubiertos y acaso no existan en ninguna parte, salvo en la mente de un chiflado de poca monta?, murmuran los nobles ofendidos.

¡Títulos más altos que los del Príncipe heredero, entregados en la más loca empresa de la Corona a un judío catalán de oscura prosapia!... Y las burlas y las diatribas. Más de un noble empingorotado fue obligado a guardar arresto a causa de ellas. Las comidillas no cesaron en torno al émulo enlutado de Marco Polo que había hecho comulgar a los Reyes con la rueda de molino de oro puro de la reina Saba y del rey Salomón. Lo de siempre, se dijo con íntimo consuelo, la desgracia granjea al desgraciado la indiferencia general. El éxito solivianta contra el triunfador la envidia, los celos, el odio, la humillada impotencia de los que no tienen más riqueza que su irremediable mediocridad.

El Contrato de Partida estipula en su beneficio «una décima parte del oro y otras mercaderías que se obtengan. Desde perlas a piedra-imanés; desde metales y piedras preciosas, a productos de druguería y especierías. Todo el cielo de las plantas aromáticas, medicinales y reconstituyentes. Fauna, flora, oro, loros, especies fabulosas, hombres y mujeres indias, sin despreciar las dychas sirenas, amazonas, dríades, hamadríades y endriagos que puedan resultar de alguna utilidad e como esparcimiento».

Item más, agregan las Capitulaciones, corresponde al demandante la octava parte de los beneficios generales que por cualesquiera razones hobiese. Todo esto bajo los emblemas de autoridad del Almirante, Visorrey de las Islas y Tierra Firme, descubiertas y a descubrir. Sólo debe sufragar la octava parte de los gastos generales y pagar el tributo de la quinta parte del oro reservado para las arcas reales, según las normas del derecho minero español muy anterior a las minas de Guinea.

De todos modos, la ascensión ha sido fulgurante. De cardador de lana en la Liguria a Almirante de toda la armada de los reinos de Castilla y Aragón, a Capitán General, a Visorrey y Gobernador de todas las tierras descubiertas y por descubrir, el grumete genovés ha avanzado mucho. Más que Visorrey es ya casi un Vicediós en potencia levantado sobre el austero escenario de la Corte por un *deus ex machina* de chirriantes poleas.

Con el solo título de *Don* le habría bastado. Don de dones que al oscuro aventurero se le ha negado siempre en su deambular por las cortes europeas: Inglaterra, Portugal, España, las mayores potencias marítimas de la época. Peregrinaba ofreciendo a reyes, príncipes, papas y cardenales un mundo portentoso de riquezas. El mendigo en hábito de penitente ofrecía en venta una quimera inaudita que nadie quería aceptar bajo su sola palabra de honor. La que en un mendigo de maloliente origen y sucio de sangre sólo inspira compasión y sospecha.

PARTE 11 - A GRAN SEÑOR TODO HONOR

¿QUÉ responde el flamante Almirante a este derroche de generosidad real que le convierte por adelantado en Adelantado de una nueva Jauja sin rival en un mundo muy superior a los reinos de Tarsis y de Ofir?

El Almirante de la Mar Océana escribe a los Reyes su primera extensa carta, precedida de todos los títulos de Sus Altezas Serenísimas. Les dice con reverencia de humilde vasallo, después de haber asistido a la rendición del rey moro tras la caída de Granada: «Vide salir al vencido rey Boabdil a las puertas de la cibdad y besar con mucho llanto e homildad las reales manos de Vuestras Altezas Sereníssimas y del Príncipe mi Señor. Dio las llaves de la Alhambra y de las otras fortalezas y cibdades a su Alteza Sereníssima. Vuestra Majestad pasó luego las llaves a Su Alteza Sereníssima la Reina, y ella con solemnidad ceremonial diólas al Príncipe don Juan, vuestro Sereníssimo Hijo, mi Señor».

«La caída de estos infieles, luego de tantos siglos, así como la expulsión de los malos judíos que mataron y crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo y que se han resistido a convertirse a nuestra Fe, han levantado mi ánimo para realizar yo a mi vez la Reconquista de esas tierras alejadas de la manos de Dios, nuestro Señor, y ponerlas en vuestras manos...»

¿No presintió el Almirante que la suerte de Boabdil y la diáspora de los judíos prefiguraban la suya que había sido durante toda su vida la imagen del judío errante sobre las tierras y los mares del mundo?

«En cuanto a este anhelo firmísimo de descubrir el camino hacia el Oriente —escribe—, estoy muy cierto de que he de lograrlo. Ahora que ha caído la morería y la judería ha sido expulsada, voy en busca del oro que he prometido a Sus Altezas Sereníssimas para la conquista del Santo Sepulcro, tras el abatimiento y la derrota del Islam en tierras del Oriente. En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras, cosmografías, historias, crónicas, filosofías y otras artes, a que me abrió

Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, que era hacedero navegar de España a las Yndias y me abrió la voluntad para la ejecución del magno proyecto...»

«En cuanto a la conquista del Santo Sepulcro propuesta a los Reyes — escribe en sus Memorias— no fue un argumento especioso. Menos aún lo fue el de atrapar a los sarracenos en la tenaza que va a armar mi expedición descubridora produciendo la Santa Alianza entre el Gran Khan convertido a la fe de Cristo y los Reyes Católicos. Aborrezco los sofismas. Mencioné la causa eficiente de la empresa, acorde con los principios de los Padres y Doctores de nuestra Santa Yglesia Católica. No hablé de la recuperación del Pesebre de Belén. La miseria está mejor repartida, y un establo pobre puede encontrarse en cualquier parte. Aunque ya no sea un niño, siempre digo la verdad, apoyado en la ciencia de los sabios.»

Pide luego en su Carta de Reconocimiento, con la unción del vasallo que no olvida que lo es: «Ruego a Vuestras Altezas que me sea otorgado un grabado en el más modesto metal que sea, con las efigies e la dedicatoria de los Reyes para llevarlas en mi cabecera durante el viaje como numen y áncora de salvación... Así mismo desearía portar un volumen de la *Gramática Castellana* del P. Antonio de Librixa que acaba de parescer y que habrá de ayudarme a pulir mi menguado lenguaje en loor a Vuestras Altezas y en honor del idioma castellano para escrebir el *Libro del Descubrimiento*.»

El Almirante, abrumado de júbilo y gratitud, ha cometido un solo error: en la lista del nutrido patrimonio nobiliario de los Reyes ha omitido involuntariamente la mención de los títulos de Duques de Atenas y de Neopatria. La epístola le es devuelta por secretaría al Almirante para que la corrija. Este reescribe íntegramente los 13 folios en pergamino ribeteado en oro, incluye los títulos omitidos y agrega por su cuenta «Emperadores del Nuevo Orbe donde no se pondrá nunca el sol». Firma la carta con las iniciales afilegranadas en triángulo de Christo Ferens, que serán en adelante su firma de nobleza suma como Portador de Cristo.

Joan de Coloma, en un raptó típico de su humor y buen talante, devuelve por segunda vez la carta al remitente intimándole «a que la corrija de nuevo depurándola de majaderías, lisonjas y fábulas escritas por plumíferos a sueldo, y que la firme con su verdadero nombre y no con uno inventado y blasfemo».

Prolijo el Almirante, su paciencia se ha decuplicado, cumple el mismo día la ofensiva intimación y produce la mejor epístola de las miles que han de salir de sus manos durante una década con alabanzas, informes, protestas y quejas elevadas a Sus Majestades y en especial a los duques de Atenas y Neopatria que han adquirido en su espíritu un nimbo de particular nobleza. No a va dejar que el descuido más insignificante empañe el blasón de su triunfo.

El antiguo grumete ligur ha puesto en este triunfo sólo media vida. La otra media de Caballero Navegante dedicará a descubrir el Vellochino de Oro de las Indias y a compartirlo con la Corona y el Papado, según escribe en sus memoriales, cartas y oficios. Éstos se repetirán al infinito sobre la santísima trinidad del Descubrimiento: oro, posesión de las tierras, expansión de la religión cristiana. «La doctrina de Jesucristo, Nuestro Señor, se propagará entre los infieles bajo la trinidad de la Cruz, la Corona y el Papado. A sangre y fuego si fuere necesario —añade para su coleteo el Almirante—, como lo hace el Santo Oficio con beneplácito de Dios, Nuestro Señor», declara en su *Libro de las Profecías*.

En este centón donde transcribe todos los versículos de las Escrituras sobre el próximo fin del mundo, que acaecerá al fin del segundo milenario, el Almirante echa cálculos y establece su estadística del rescate de almas y del castigo de herejes y relapsos.

«Que el Padre Eterno ha sido el Primer Gran Inquisidor General — copia a la letra— es punto tan asentado que no admite ninguna duda ni discusión, afirma el Libro de Pedro Páramo. Desde el primer año de su establecimiento en Sevilla, con jurisdicción pontificia y real, en abril de 1480 ($1 + 4 + 8 + 0 = 13$), se quemaron en el horno trasmundano de Comala dos mil protervos, judíos, infieles, o hereges.»

»Más de mil ardieron en los diez años siguientes, y tal era la maña que a quemar hombres se daban aquellos varones de Dios, que la cibdad se despobló casi enteramente, y los benditos no hallaron medio más alertado para que volviesen los prófugos profanos, que el darse a perseguir a los que se habían refugiado en los pueblos cortos, por huir de su encendido zelo. Afán tan cumplido se dieron, que sobre ese despoblamiento a sangre y fuego Luciano de Samosata escribió su *Diálogo de los muertos*, situando la acción, por precaverse de las uñas del Santo Oficio, en las cavernas sirias del Imperio romano.

»Además de los hereges, son relaxados al brazo seglar y condenados con pena ordinaria del fuego purificador los sodomitas y los que cometan cualquier pecado de bestialidad, pecados que se están expandiendo por toda Europa como el cólera y la sífilis traídos por los Cruzados del Extremo Oriente. Tal pena está ratificada en las *Pragmáticas de los Reyes Católicos*, del 25 de agosto de 1493 (1 + 4 + 9 + 3 = 17).

»Nuestro serenísimo Rey D. Fernando dio al Santo Oficio jurisdicción sobre los sodomitas e incestuosos. Se la dio igualmente sobre los usureros y traficantes en pólvora, salitre y azufre, porque puede suceder que estos tales traidores y criminales vengan a servir a los príncipes infieles o hereges, para mover guerra a los católicos.»

«Se agregan a ellos los pecados de profanación de sacramentos, en especial el de la confesión; los de blasfemia, bigamia, incesto, parricidio; los de la usura, con doble pena si se trata de usureros judíos; los de hechiceros, hipócritas y embusteros; los de lectura de libros prohibidos y perversos con temas sexíficos, en tratándose de violaciones y aberraciones, como son las relaciones entre seres humanos y bestias, muy común entre las damas solitarias, amantes y protectoras de perrillos, gatos y demás animales domésticos, a falta de la honrada compañía marital. Pecado más grave aún son las relaciones entre padres e hijos, o entre hermano y hermana, y aun entre primos carnales. Debe prohibírseles el matrimonio y prohibir el concubinato e toda carnalidad entre los tales, aunque no fuera más que de tocamentos, bessos y carizias, como afrenta a Dios y a las sagradas leyes del parentesco», dicen las *addendas al Manual del Perfecto Inquisidor*.

«Cuando Juan Preciado, hijo bastardo de Pedro Páramo, pasó a las Yndias y anduvo buscando por esas tórridas regiones del Mal el alma de su padre, encontró tantas ánimas perversas, desposeídas de sus cuerpos corruptibles consumidos por el fuego, que no le fue posible encontrar la de su progenitor. Peregrinó él mismo, cubierto de polvo, miseria y tristessa, seguido por las miradas en hilera de aquella infinita pirámide de indios muertos, amontonados unos sobre otros, que resistían a la corrupción de los tiempos. Más de cien millones, en el primer siglo de la Conquista.

»Esto es lo que haré, yo el primero, en las Yndias y seré el precursor de la Santa Cruzada contra los idólatras. Con la *Gramática* del P. Librixa, llevo también entre mis portulanos el *Manual del perfecto inquisidor*, de Pedro Páramo. De mucho me servirán en tierras de paganos e infieles, peores que bestias (caso que las bestias posean alma) para sacrificarlos a la

pureza de nuestra Santa Fe matando con la espada material sus cuerpos perecederos y corruptibles y salvar así sus ánimas perdurables e incorruptibles, vivificándolas con la luz del Espíritu (copio a la letra el *Manual*).

»No entraré a segar a golpes de espada la bárbara mies. No imitaré a los Atilas, Herodes o Nerones. La fe católica no es un asunto de bárbaros sino de santos. La obra de San Francisco es el ensiemplo más puro de Fe, Caridad y Homildad perfectas que debo imitar. Sólo que tampoco este papel de precursor y abanderado de la Fe me será tenido en cuenta. Lo mismo que el de primer descubridor, conquistador y colonizador del Orbe Nuevo.»

PARTE 12 - BIENVENIDO, JOB

AHORA el Almirante va en busca de los tesoros de Yndias. Esos tesoros brillan a lo lejos, en la antigüedad, pero hay que ir a buscarlos en el futuro. Hay que ir a descubrirlos y conquistarlos y traerlos. El Almirante no pide tanto. Se empeña en publicar su modestia a quien quiere oírle mientras prepara su armada. Con llegar a las Islas de la Especiería daría por bien despachado este viaje inédito hacia Oriente por Occidente.

Con llenar sus naves de varias toneladas de pimienta, canela, azafrán, clavo de olor, sándalo, benjuí, ruybarbo y otras mil y una especias, se daría por satisfecho. De esas esencias sacará el paladar del mundo civilizado su sabor y melodía. Hay también en Oriente la liana, llamada *milhombre*, de cuyo cocimiento se saca el remedio infalible contra las *saetas pallidas* de la sífilis, del sida, ese flagelo virídeo traído por los Templarios. Esto sólo colmaría su sano orgullo de traficar con materias nobles, declama orgulloso y humilde.

Sólo parece desear el Almirante, antes de partir y como abriendo los brazos resignadamente a lo inevitable, que el nuevo camino quede abierto a los más codiciosos. Desos mezquinos y avaros que cuando todo lo tienen echan afuera a la gente a comer de las sobras. Ante la corte de adulones y nepotes que en se guida alzan sus cabezas reptilíneas hacia la curvatura y el olor de la pitanza, se resiste el inédito Almirante a admitir con austeridad conventual la trascendencia universal de la empresa.

Oro, plata e piedras pressiosas sólo sirven para no tenerlos en cuenta e para dar cuenta dellos en fechos de público bien, dice con voz engolada a su amigo Santángel, ante el coro de áulicos embobados por el aura seráfica del Almirante, en el despacho de la Tesorería.

—¡Vamos, hombre! —le dice D. Luis palmeándole el hombro—. ¡No sea coñazo!

No lo es, no. «El oro es excelentísimo —le escribe en su billete de despedida—. Del oro se hace tesoro y quien lo tiene hace con él cuanto quiere en el mundo... Quien lo haya se tornará poderossísimo, tanto que hasta podrá echar las ánimas al Paraíso... Las riquezas de Oriente que voy a

descubrir y traer a España harán de este país el más rico del mundo, el más virtuoso, el católico escudo y blasón de toda la Cristiandad...»

Las Capitulaciones subsidiarias permiten a futuros descubridores menores la libre importación y distribución en España de las especias y de los metales preciosos encontrados... Oro o plata o cobre o plomo o estaño, joyas, perlas, piedras preciosas, así como carbunclos, diamantes, rubís e esmeraldas e balaces... toda manera de esclavos negros e otros de los que en España son tenidos por tales..., o monstruos e animales e aves e todas otras cualesquier serpientes e pescados que sean, e asimismo toda manera de especierías e druguerías e plantas medicinales e también criaturas mitológicas como sirenas de la mar e de las florestas... e desas que llaman amazonas... Mas siempre supeditado todo esto a la autorización del Almirante de la Mar Oçeana.

Poco después —ante la invasión de los aspirantes a descubridores—, el Almirante protestará:

«... agora esta gente cobdiciosa y de ninguna pro, sólo sueña con caer ávidamente sobre el oro de Cipango y de Ofir. Hasta los sastres suplican por descubrir. Es de creer que van a sastrear y se les otorga mercedes y premios que cobrarán con mucho perjuicio de mi honra y daño del negocio. Bueno es dar a Dios lo suyo y a César lo que le pertenece, pero dar lo ajeno a esta contragente de mercenarios cobdiciosos es harto riesgo para el orden que debe reinar en aquellos mundos que van a ser descubiertos por mí...»

PARTE 13 - HACIA EL ORIENTE

LA escuadra zarpa del Puerto de Palos, de la barra de Saltés, el viernes 3 de agosto, a las ocho de la mañana, camino a Las Canarias. El Almirante inicia su Diario de a bordo con la displicente observación: «El mismo día que los judíos fueron obligados a abandonar España y en el que el Papa valenciano Rodrigo de Borja estrena la silla de San Pedro con el nombre de Alejandro VI.»

De acuerdo con el manual de instrucciones que ha dictado para la nao capitana y las dos carabelas, el Almirante dirige sus naves hacia las tierras del Cathay y del Cipango. Conjetura y jura que son las mismas descubiertas por el Piloto en una de cuyas islas él y los hombres de su tripulación vivieron y gozaron de indecible felicidad, según la confesión del Piloto, durante más de un año, procreando los primeros mestizos de las Yndias.

La carta de Toscanelli, los libros de Marco Polo y del cardenal d'Ailly, como de otros reputados geógrafos y cosmógrafos, hablan de templos y de casas reales cubiertas con tejados de oro. Esos reinos se encuentran en el fin del Oriente, afirma el sabio de Florencia. El Piloto anónimo le habló de unas tierras pobladas por gente desnuda como su madre la parió, le habló de gente simple, que vive al aire libre o en chozas de barro y paja, y en algunas partes, en profundas galerías subterráneas pobladas por mujeres que defienden con arcos y flechas las entradas abruptas de las cavernas. Esas tierras están situadas hacia el fin de Occidente, le dijo. Setecientas cincuenta leguas al oeste de la Isla de Hierro. Desde que le habló el Piloto de las galerías subterráneas, el Almirante no las puede apartar de su imaginación. Está seguro de que son las galerías que el rey Salomón mandó excavar en las comarcas de Tarsis y Ofir para extraer el oro de sus templos.

¿Cómo armonizar en su fantasía esos reinos, de los que habla el sabio de Florencia, con las rústicas tierras no salidas aún de la naturaleza virgen, que le indicara el protonauta desconocido? Grandes dudas se ciernen sobre su espíritu. ¿En qué se basa la ciencia sino en las lecciones de la experiencia?, monologa en voz alta en las pausas de la escritura del *Diario de a bordo*. Y la sabiduría ¿no es acaso toda la memoria de la experiencia

humana? Si la memoria no fuera comunicable, el olvido y la ignorancia juntarían su oscuridad. Los viajeros ven la realidad tal cual es. Los libros de novelistas y poetas describen por signos y figuras de la mente la realidad que la tinta paraliza y desfigura. Siempre dicen algo diferente de lo que dicen.

Los libros de ciencia, cosmografía, astronomía y demás, ¿no son acaso, todos, simple relatos de viajeros que han visto las mismas estrellas desde lugares diferentes, la mismas verdades científicas, las mismas fábulas imaginarias que son el revés de la realidad más común?

La confesión del Piloto le inspira fe. El sabio de Florencia le conforta con su sabiduría porque es patente que él, a su vez, la bebió de la de Marco Polo, de los Esplandianes y Amadises, de los Caballeros Navegantes, locos de toda sabiduría. Por el momento, hasta más ver, el Almirante llamará a las tierras de Toscanelli *las tierras de allá* ; a las del protonauta descubridor, *las tierras de acá*, sin perjuicio de seguir creyendo con fe firme que estas últimas no son más que provincias del Cathay, posesión inmemorial del Rey de Reyes. Tales precauciones de lenguaje le precaverán, asimismo, de confundir el oro de los templos de Tarsis y de Ofir con el oro de los desnudos cuerpos taínos.

El joven ex cardador de Liguria, en sus peregrinaciones por los libros ha leído aquí y allá la existencia de esos reinos descritos en los textos ilegibles de códices e incunables. Los ha leído en la biblioteca del arzobispo de Génova, amigo de su padre, a cambio de ayudar misa los domingos y días de guardar. Ha leído los libros de viajeros y exploradores; también las obras de sabios que lo saben todo sin haberse movido de lugar. Los tiene repletos de subrayados y apostillas que delatan al indocto autodidacta, al navegante de genio en crisálida, al cosmógrafo que guarda dentro de sí el secreto de su «pequeño delirio» que sabe de estrellerías y oscuros libros de alquimistas, astrólogos y herbolarios.

En plena altamar, cuando ya se considera fuera del alcance de los deslenguados de la corte, se quejará también amargamente de la corrección que los Reyes han impuesto al texto original de las Capitulaciones de Santa Fe. Su queja es la de una conciencia culpable y atemorizada. Las primeras Capitulaciones, firmadas el 17 de abril, otorgaban explícitamente al Almirante los cargos y títulos que se expresan en ellas sobre las tierras que *ha descubierto*.

La Carta de Privilegio, expedida trece días después, el 30 del mismo mes, rectifica la frase *ha descubierto* que aparece sustituida en la Carta de Privilegios por la más velada y casi inexistente: que *hayades descubierto e ganado*, dejando en suspenso dichos títulos y prerrogativas.

Ya hemos visto que el Almirante trató de capitalizar y «oficializar», por decirlo así, en las Capitulaciones, la apropiación de las tierras descubiertas por el Piloto, robándole dos veces su secreto. Se ha presentado ante los Reyes como predescubridor. Ahora se propone como descubridor absoluto de las tierras primiciales que él aporta a España y al mundo y como gestor de la coalición sino-española contra el Islam. La promulgación en tan corto tiempo de los privilegios restrictivos y en cierto sentido punitivos, introduce un equívoco de tan vastas proporciones que puede desbaratar el proyecto.

Para el Almirante, «colgado» moralmente antes siquiera de lanzarse a su incierto destino, sólo hay dos explicaciones posibles. O los intrigantes de palacio, entre ellos el propio Coloma, mal casuista, han sembrado cizaña «por lo más conspicuo», logrando detener, interrumpir o condicionar los honores, pero no el «trabajo sucio» de la expedición. O lo que sería mil veces peor aún, el doble sacrilegio de sus confesiones ha empezado a fermentar en el curso de los fatales trece días, exudando los efluvios de su veneno mortal.

Considera a fray Juan Pérez y a fray Antonio de Marchena, sus amigos, herméticas tumbas del secreto de confesión. Pero las tumbas —se dice— tienen también sus gusanos que las horadan desde el interior. Teme que la tomaña del pecado, siempre más fuerte que toda lápida, se haya filtrado a través del incorruptible mutismo sacerdotal de los dos santos varones. Ha eludido visitarlos por temor a comprometerlos y se ha despedido de ellos con sendos billetes quizás excesivamente discretos.

Antes de partir ha estado huroneando por la cancillería del Reino sin percibir el menor atisbo de sospecha o de recelo. Ha conversado sobre cosas baladíes con el propio Fernando Álvarez de Toledo, secretario privado de la Reina, que ha estado con él más amable que nunca y le ha deseado pleno éxito en la empresa. Piensa el pecador que la discreción de los que callan sabiendo el secreto se vuelve más impenetrable que el secreto mismo.

Durante el viaje, a 500 leguas de la Isla de Hierro, escribe en la última página de su *Diario Privado* (que será arrancada después y arrojada al mar;

ni fray Bartolomé de Las Casas ni su hijo Hernando se refieren a este treno de temor y temblor del Almirante):

«¿Bastan 13 días (mi cifra pitagórica más querida y afortunada) para que los malos humores de un sacrílego secreto de confesión filtren como el agua del mar a través de los agujeros de la cala y amenacen ahogarme con más poder que la mar eterna? ¡Y sin embargo he trabajado en ese minuto de confusión, quiero decir de *confesión*, más que a lo largo de toda mi vida!... Y en ese instante sentí la tentación de la muerte y creí que me moría de horror y del anhelo de no morir... Un horror capaz de hacer sudar a un leño... Morí dos veces contigo, Alonso Sánchez... Estoy lleno de secretos y no sé nada. Estoy repleto de repugnancia, de odio contra mí mismo... Sólo el hallazgo de esas tierras podría salvarme. O en caso contrario hacer que encuentre en ellas un remoto lugar para mi sepultura. Un agujero entre las breñas de las desoladas latitudes.»

Esta lenta marcha sobre el lomo jorobado del mundo es la que está aún sin decidir. Voy escalando el Mar de las Tinieblas por la pared Oeste. Un muro, un desfiladero cortado a pico sobre insondables abismos. Y puedo decir con autoridad que en la más alta montaña del mundo no existe un paredón tan inaccesible como éste.

Para recibir lo mejor hay que aguardar lo peor. Dicen que el hombre se convierte en rey del tiempo cuando aprende a mirar como ya pasado el peor momento sin preocuparse del porvenir. Si es el peor no le sucederá otro igual. Lo tengo experimentado. Sólo que mis malos momentos son tantos que no sé distinguir ya los grados del peor como distingo los grados de la Polar. En todo caso, ellos velan por mí.

Soy un predestinado, un elegido de Dios. Lo ha dicho sin ambages otro elegido de Dios: Bartolomé de Las Casas. En este caso debo considerar las innumerables vicisitudes a que soy sometido como el camino iniciático de los elegidos que deben atravesar forzosamente las pruebas de su enriquecimiento y purificación espiritual antes de llegar al estado de santidad interior, de purificación, de glorificación, que sirva a la causa de la mayor gloria de Dios y de los hombres.

Busquemos otra probabilidad. Echemos las cuentas justas. Las promesas reales de privilegios y honores, una vez cumplidas, harán de mí el hombre más poderoso de la tierra. Mientras tanto continúo siendo no más que un peregrino de los mares, un mendigo despreciado y molesto en tierra de los hombres. Un peregrino, un mendigo, el más despreciable, es

necesariamente un ser bifronte que mira hacia el pasado y hacia el porvenir, confundiénolos a veces. De hecho siempre se confunden.

Soy ese peregrino bifronte. No cuento con más bienes que mis males. Mi única riqueza es esta obsesión de hallar a toda costa, aun al precio de mi propia vida, el oro de las Indias. Que nuestro Señor, en su misericordia, me ayude a encontrar ese oro... sin el cual estoy perdido de todo honor y de toda grandeza y más muerto que en la propia muerte...

Si esto sucede, podré considerarme par de Moisés, conductor de un pueblo, de una multitud de pueblos, a los cuales debo entregar las Tablas de la Ley en el Sinaí de esas tierras desconocidas. Si esto sucede, después de estos cuarenta días de peregrinación sobre el desierto marino, el Mar Tenebroso también se abrirá a nuestro paso como el Mar Rojo, y podremos atravesarlo a pie enjuto.

No en vano Moisés fue salvado de las aguas por la hija del propio faraón que ordenó la matanza de los hijos varones de los judíos. A la edad de cuarenta años, la misma que tengo yo ahora, debió huir al desierto por haber matado a un egipcio que degolló a un hebreo. Cuando recibió las Tablas de la Ley, tras los cuarenta días del éxodo, Moisés dudó de la palabra del Señor que le había ordenado sacar a su pueblo de la esclavitud. Las tablas de piedras del Decálogo, pesadas como el mundo, se le cayeron de los brazos. No tuvo fuerzas para sostenerlas.

Fue condenado a no entrar jamás en la Tierra de Promisión. La Tierra sin Mal fue para él la tierra de todos los males. Murió a los 120 años contemplando desde el Monte Nebo la Tierra Prometida convertida en Tierra Prohibida. Allí envejeció, perdió la vista, perdió la fe de su pueblo y casi perdió su alma, hasta que Josué derribó las murallas de Jericó con la complicidad del sol y del sonido sideral de la herrumbrada trompeta del Juicio Final, usada en aquella ocasión.

Debo evitar todo error. Un conductor de pueblos no puede permitirse la menor debilidad. La zarza ardiente se encenderá para mí en forma de una candela lejana. Debo ser yo el primero que la vea arder pues ella testificará sobre mi misión salvadora. No dudaré un solo instante de la Divina Providencia que me ha ordenado sacar de la esclavitud a esos pueblos sumidos en las tinieblas de la idolatría y la negación de Dios, Nuestro Señor, y llevarlos a la Tierra Prometida de la Fe Católica.

Al pie del Monte Sacro, que yo bautizaré con el nombre de *Monte Christi*, surgirá un colmenar de pueblos y naciones de todas las razas, unidos por una sola religión, la de Nuestro Señor Jesucristo, que se hizo Hombre y quiso morir en la Cruz para redimirnos de nuestra condición mortal y salvarnos en la bienaventuranza eterna. Copiaré estas reflexiones en un memorial que enviaré a los Serenísimos Reyes tan pronto descubra esas tierras que me están prometidas.

No es un cólico místico el que me asalta. Siento abominación por los torrenciales flujos palabreros cuando hablo; sobre todo me enredo en el tejido de mi difícil escritura. Es la fe inextinguible en la Divina providencia la que abroquela mi espíritu y mi carne en torno al bastón de hierro de mi voluntad. Por eso he sido llamado por Dios para conducir a un pueblo y llevarlo al extremo de sí. Debo llevar a esos pueblos nacientes al extremo de su destino, a su naturaleza originaria, a su fin último. Por eso mi voluntad es irreductible, infatigable, inmisericorde, casi sobrehumana. No imagina el descanso y va mucho más allá del presente.

PARTE 14 - CUENTA EL ALMIRANTE. SECRETOS DEL DESEO

TENGO ansias de una mujer en este momento. No de cualquier mujer. Sólo de esa porción de amor y de pasión, de felicidad y de tragedia, de fugacidad y eternidad que una determinada mujer puede brindar al hombre más ruin, más desvalido, más infame.

En los momentos de mayor riesgo, de cara a la muerte, cuando he sentido su aliento helado y me ha atraído la insaciable succión de su cuerpo de embudo oscuro, es en la mujer vencedora de la muerte en la que pienso. El duro clamor de la carne, la inmemorial trompeta del deseo, resuena en mí. Me atacan erecciones terribles, no sólo del órgano genital. Todo el cuerpo, todo el ser, se me pone rígido y enhiesto. Mucho más que ese mástil tironeado por el velamen que pende de él, cargado con el furor del mar y de los vientos. Y todo el velamen no es más que un refajo, una falda, una pequeña braga con olor a mujer. Y en ese olor la mujer misma es mortaja suavísima con la que nos envuelve y acoge en sus brazos hasta la resurrección.

No pienso en la fornicación. El sexo no debiera ser la parte más vulnerable del ser humano. Es su parte más noble y más santa puesto que ella es la que se encarga de la propagación de la especie. El adulterio, la violación, el incesto, el estupro más violento, no son más que profanaciones y engañabobos a que nos empuja el instinto animal. Pienso en la posesión natural y total que hace la mujer del hombre. Su entrega sumisa y aterciopelada le hace creer al varón que es él quien la posee imperativa y furiosamente. Pero es la mujer quien le sorbe los tuétanos delicadamente, incansablemente. Puede dejarle los huesos vacíos, chuparle la última gota de sangre. Matarlo. Peor aún..., puede destruirlo, dejarlo hecho un pelele, que se arrastra a sus pies pidiendo más y más goce, cuando ya no puede más que morir.

El hombre, dominador de la mujer, es la mitad de la mujer. Es ella la que tendrá finalmente el dominio del mundo. Y será mejor para todos. El hombre como género es una especie en extinción. La mujer no necesita de ningún infatuado garañón para procrear. Con sólo meter en la úvula del óvulo un dedo untado de polen viril puede tener un hijo sin necesidad del varón. Y ese polen está en el corazón del helecho macho y otras plantas bien conocidas por herbolarios y alquimistas cuya ciencia de infusiones, diluciones y transfusiones me precio de frecuentar.

El doctor Locquo, médico espagírico de Su Majestad, sostiene que para preparar en sus retortas la simiente masculina los Magisterios toman una ampolleta en forma de teta de mujer, y para preparar el principio femenino de la fecundación, un vaso en forma de testículos, al que llaman Pelicano. En estos recipientes se mezclan y diluyen a velocidades extremas el corazón de estas plantas previamente machacado en un almirez de ámbar. Así, lo que se llama impropriadamente hombre es una creación del deseo y lo que se llama con toda propiedad hembra (varón y mujer a la vez) es una creación de la necesidad; no sólo una inversión de letras.

El polen seminal de estas plantas es muy fértil e inflamable. La mujer puede también encontrarlo como un pequeñísimo huevo alargado y gelatinoso entre los pelos de su propia axila. El blanco piojo del Génesis. O más abajo, en los repulgos suavísimos del ombligo, en la tacita redonda cuyo néctar el rey Salomón amaba sorber y celebrar. Y aun puede encontrarlo entre el enrulado plumín del pubis. Sabia es la naturaleza para enmendar omisiones y faltas, sobre todo cuando las faltas son las sobras.

Sé de mujeres virtuosas que han tenido un hijo sin que hobiesen necesidad de comercio alguno consentido o fementido con el varón. En la isla Fuerteventura, de las Canarias, conozco a una mujer que parió un hijo a los 85 años sin el menor auxilio de esperma masculino. Doña Pepina Palma amó en su juventud al hombre único de su vida que el mar le robó. Se hizo desde entonces comadrona. Ayudaba a desobligarse a las parturientas y escribía las cartas que las muchachas le pedían para comunicarse con sus enamorados navegantes. Ella había conocido esos dolores y sabía transformarlos en palabras de vida y esperanza para los jóvenes.

Navegaba ella sola en un batel a vela hasta Tenerife. Iba a traer las cenizas curativas del volcán para sus bebedizos y cataplasmas. La conocí yo en un viaje a las Canarias. Me echó suertes y dijo que vería yo cumplidos mis deseos. Me animé a preguntarle cómo se había hecho ella misma ese

hijo. «Con los huevos de la memoria calentados bajo mi trasero durante 85 años...», me respondió sin ánimo de chanza. Llevo al hijo de esa anciana como gaviero en la nao capitana. Rafael Palma será el primer hombre concebido y parido por una mujer sola sin ayuda de hombre, que pisará las tierras de Yndias. «¡Devolvédme entero y vivo!», gritó doña Pepina al despedirse. Creí que me increpaba a mí. Apostrofaba al mar enseñándole sus puños callosos y negros como tizones.

Pienso en esa clase de mujer que nunca envejece, ni viva ni muerta; en la porción de eternidad que únicamente esa mujer única puede brindar al hombre que muere de deseo, parecido a todos los hombres muriendo... Pienso en la piel fina y blanca o morena que envuelve ese cuerpo en el cual se encierra el mayor misterio de la creación. El pellejo delgadísimo de un fruto del Paraíso, mil veces saboreado, mil veces deseado, que no sacia jamás. El fruto se deshace en delicia mientras su forma muere en una boca.

Acerca uno los ojos a la piel elástica y tensa y ve crecer en cada poro un cráter echando llamas. Pasa uno los labios sobre esa piel húmeda en su propia salmuera y siente latir la maravilla tan cercana y desconocida que guarda una mujer en su ser más profundo. Pienso en Simonetta Lualdi, mi primer amor en Génova, fresca como una flor en sus 17 virginales años. Pienso en Felipa Moñiz, madre de mi Diego; en Beatriz Enriquez de Arana, madre de mi Hernando; en la otra Beatriz, de la Gomera, que no fue mía sino en préstamos de tránsito por las islas: la brava señora Beatriz Amorós de Bobadilla, parienta del comendador y juez que iba a destituirme y apresarme.

Las recuerdo y las deseo. A todas y a cada una de ellas, sin juntarlas, diferentes y únicas. Cada una a su modo, me devuelve la juventud resucitando mi mortalidad carnal. Una de ellas, entre todas, la sevillana Beatriz Enriquez de Arana, sigue siendo para mí muchos años después de muerta este paradigma del amor físico.

El fuego del amor y la pasión arde en esta tierra de Andalucía que el sol dora y la naturaleza adora. Tierra llena de soles interiores, con más intensidad que en parte alguna de la tierra. Este fuego de la sangre férvida, la vibración de los cuerpos de junco, el taconeo de los pies como enajenados sobre el cuero de un inmenso atambor, el habla más dulce y chispeante que haya ocupado con su sabor y melodía la garganta humana,

los ojos como brasas, son el emblema de sus mujeres, de la misma Sevilla, de lo mejor de Andalucía que dio a luz un mundo entre sus muslos.

Si Dios me conserva con vida y hace que se cumplan las Escrituras con relación a este viaje, contaré la vida de Beatriz de Arana, iris del sol de Andalucía, que hacía del amor su ejercicio de guerra florida. Si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que fue para mí el amor de mi Beatriz, más rústica quizás pero no menos legendaria que la del Dante. De seguro os daría mayor esparcimiento y os colmaría de admiración harto mejor que con el cuento de este viaje paralizado en el pudridero de algas.

El tiempo mismo parece pudrirse en este mar seco y húmedo a la vez de plantas fósiles y esqueletos de bestias marinas. Con apenas trece años y diecisiete días de diferencia entre la eternidad y lo transitorio que huye, escribo a la vez en mi camareta de la nao y en mi cuartucho de Valladolid, que bien pudo ser en el futuro un palacio en la Cartuja. Reescribiendo mis recuerdos en el mar de sargazos de la memoria, me he convertido en espantapájaros de mis desventuras. Es lo grotesco de querer resucitar el pasado cuando el tiempo no es más para quien escribe. Recordar es retroceder hacia la nada que es el morir. La vida es un perpetuo retroceso hacia el fin último.

Siento ansias de una mujer en este momento que bien puede ser el último. La santidad no se concibe ni puede practicarse sin la lubricidad, sin las tentaciones extremas de la carne. Ellas son las que ponen a prueba, fortalecen y enriquecen las virtudes de la pureza y de la castidad, tanto en el hombre como en la mujer. El misticismo carnal de San Juan de la Cruz con el Amado, en la doble aproximación de la oración y la poesía, no le impidió alcanzar las palmas de la Iglesia. San Antonio de Padua, combatiendo en el yermo con las tentaciones de los íncubos y súcubos de la concupiscencia, supo merecer la gracia de Dios. San Agustín, el luminoso Doctor de la Iglesia, nos ha dejado en sus *Confesiones* la historia de su lucha gigantesca con el demonio; de su transformación de hombre disipado y pecador en el Santo purificado de los vicios más execrables. Y qué diríamos de María Magdalena, hetaira y santa, que enjugó los pies de Nuestro Señor Jesucristo, llagado por los clavos, con su cabellera abundosa que sólo había conocido las almohadas del pecado.

No diré que más de una vez no haya sucumbido yo a las tentaciones. Sabido es que el recurso más eficaz para resistirlas y volverlas inocuas es cediendo a ellas. Con cierta moderación desde luego. Y hay otro recurso no menos astuto para combatir las tentaciones lascivas: el de contrarrestarlas con los frenos de la contención en medio de la propia lujuria, cediendo a ella pero a la vez abjurando de ella. Un fenómeno de la concentración en la dispersión, si así puede decirse.

¿Qué cosa es la alquimia, la mayor ciencia oculta de la humanidad, sino un saber atravesado por una inmensa e inmemorial ensoñación del sexo? La destilación de la piedra filosofal es una engañifa. Lo que busca el viejo sueño alquímico es inscribir el amor humano en el corazón de las cosas. La más infinitesimal de esas cosas oculta un sexo que sueña el deseo y lo convierte en realidad; mejor diría, en una deidad entre cuyos muslos palpita la sabiduría del mundo. Si no pareciera una profanación, diría que Dios mismo ha creado el universo como un sexo sin fin cuya fuerza de gravitación es el deseo. El sexo es el rey del tiempo. En él vivimos y por él morimos.

Para acabar definitivamente con el demonio lúbrico he tenido que matar en mí al hombre viejo e incurable, indigno de vivir en la miseria del deseo siempre insatisfecho a que están reducidos todos los hombres viviendo. No es difícil aniquilarlo. Lo probé por última vez en Sevilla cuando caí enamorado hasta los huesos de Abigaíl, una belleza morisca, absolutamente deslumbrante, la sobrina adolescente de D. Luis de la Cerda, duque de Medinaceli y quinto conde de la Umbría, en cuyo palacio me hallaba hospedado.

Una siesta en que el calor abrasaba, a través de la celosías contemplé a Abigaíl, totalmente desnuda, bañándose en una alberca oculta entre los setos quemados y raleados por el sol. Caí de rodillas en la penumbra ante esa aparición terrenal que parecía estar fuera del mundo. Cupido es docto en apoplejías. Ensayé de nuevo el antídoto espirituoso que suelo usar en casos semejantes. Afortunadamente no me ha fallado una sola vez. Pensé en Abigaíl a mi lado, en la cama. La imaginé de pronto completamente sin piel. La silueta ingrávida de la Giralda echaba su sombra sobre ella a contraluz. No impidió que la visión fuera atroz. La muchacha fresca y bellísima de hacía algunos instantes se transformó en una aparición de ultratumba. Me sonreía y me tendía los brazos. Más repelente que la *Amante resucitada* pintada por Grünewald en un aquelarre de trasmundo.

La mujer despellejada se sale del cuadro. Avanza hacia el espectador. Vibrante y envolvente en su lascivia sinuosa y feroz. Comida por la muerte, pero *viva*. Al lado, su compañero está más muerto que ella. A través de sus cuerpos despellejados se ven pasar las siluetas de los monstruos de la noche.

Abigaíl sin piel ya no era Abigaíl. Las venas azules seguían latiendo bajo una blanquísima membrana inconsútil que enfundaba todo su cuerpo. Un vaho de leche azulada manaba del cuerpo escurrido y cuarteado como cuajada agria bajo ese tegumento azulino. Un tejido de venas varicosas, tremendamente hinchadas, le cubría las piernas. Veía su carne en el pan cortado sobre la mesa, que no podría volver a comer jamás sin sentir en su blanda miga descortezada el sabor de la muerte.

Una debilidad de la sangre es ser invisible. Sobre el cuerpo de Abigaíl la púrpura se mostraba circulando en torrentes a través de las venas azules y transparentes. En medio de esta red de canales azul índico, se veía latir su corazón como un pezón encarnado. En el cuerpo desollado y latiente había vida. La propia desnudez de su piel era vida y deseo. En alguna parte ese cuerpo mantenía toda su belleza. Igual pero a la inversa de lo que sucede con un cuerpo desnudo que uno encubre con las sábanas arrugadas y húmedas después de haber dormido a su lado. Y así, el amante despierto encuentra ese cuerpo encubierto aún más bello y excitante en sus adivinadas reconditeces. Abigaíl, dormida bajo las sábanas, nada perdía de sus hechiceros encantos. Su cuerpo recubierto había recuperado toda su hermosura. El presentimiento de la belleza siempre es superior a la hermosura real. Es la belleza absoluta.

Esa piel volvería a florecer. Habría que desollarla de nuevo. A cada tentación. No es fácil. La corteza madura por los años se desprende con naturalidad por sí misma de su vieja piel. Pero desollar un cuerpo joven de su piel más fina y suave que un pétalo de rosa es tarea delicada y feroz. No siempre la imaginación dispone de la fuerza visionaria necesaria para realizarla. Entonces hay que ensayar un antídoto parcial, más fácil pero no menos eficaz.

En los sucesivos encuentros imaginé a Abigaíl sin labios; corté de raíz esos labios cuyos besos con su lengua de pequeño áspid son el mayor deleite de la creación. Pero aun así su embrujo hechizó mi frágil voluntad de indiferencia. Acercó en la penumbra su rostro al mío. Los desnudos dientes de fiera dejaron salir la lengua bífida mientras la boca como una

vulva encarnada se abrió hasta la úvula. La lengua de esta niña, de apariencia angelical pero de alma abominable, no sería una lengua de niña sino una rata. La cola bífida busca mi boca.

Me retiro horrorizado. Más turbada aún por el deseo el ánima sale disparada del cuerpo. Voy a traer hierbas frescas. Las mojo y macero con saliva y un poco de esperma y las pongo sobre su vientre y sobre su rostro acalaverado. La oigo gemir todavía bajo la más cara de hierbas fragantes. Su gemido es el de un orgasmo interminable.

Entra un perro oscuro, vagamente humano, enfermo de haber lamido durante mucho tiempo el pulgar de su amo. Lame el dedo gordo del pie de Abigaíl y sale a aullar a la muerte entre los cipreses. La luna vuela sobre esos aullidos humanos, tiñe de harina al perro. Reconocí en ese momento al perro negro que montaba guardia al borde de la alberca cuando ella se bañaba. Sobre el blanco mármol el perro semejaba un tótem sagrado bajo la sombrilla de la dueña. La resolana volvía leonada la rizada y espesa pelambre retinta. De la lengua bermeja le goteaban estalactitas de sudor que el calor volatilizaba en enroscadas volutas de vapor.

Una siesta Abigaíl, húmeda aún por el agua de la alberca, golpeó la puerta de mi habitación. Abríle. En una canastilla me traía en ofrenda un racimo de vid y una extraña fruta acorazonada ornada de púas, semejante a una chirimoya o a un corazón de la India. Se la tomé sin poder articular palabra. Ella me echó los brazos al cuello y cerró la puerta de espaldas empujándola con un pie. Succionó con sus labios los míos y su lengua me erizó la piel, me hizo correr un temblor convulsivo por la piel, por cada una de las vértebras, por todo el cuerpo. La lengua adolescente tenía la sabiduría de las lenguas vivas más habladas de la humanidad.

—Volveré esta noche —dijo con una sonrisa felina yéndose. El perro oscuro la seguía pegado a sus faldas.

Quedé enloquecido de placer y de espanto. Huí del palacio ducal. Vagué toda la tarde por los lupanares de extramuros para huir de la tentación a la que no podía resistir. ¿Por qué he de tener miedo de esa muchacha, me decía, si no es mayor ni más fuerte que las pálidas muchachas que en su pueblo tienen hijos antes de casarse? Volví a la hora señalada. Entré como un ladrón en mi habitación. Abigaíl, desnuda, me esperaba entre las sábanas.

No oigo pasar más pájaros. El pudridero de hierbas se ha cerrado por completo en torno a la nave. Se oye el sordo fragor de la tempestad bajo el mar, entre dos cielos. Se la ve relampaguear en el hinchado vientre de las nubes. En el vientre de la nao hierve la rebelión de los hombres a punto de estallar. No es una rebelión contra mi autoridad. Es una revuelta contra el miedo de la muerte. La naturaleza humana tiene también, sin solución de continuidad, sus colapsos y explosiones de violencia. Es violencia ella misma. Y el día en que la violencia deje de existir será que la especie entera habrá dejado de existir. La bestia humana, la más civilizada de las fieras, es la bestia del Apocalipsis.

PARTE 15 - SECRETOS DE LA ARENA

SUCEDE algo extraño desde que estalló el motín. El reloj de arena y la clepsidra marcan dos tiempos desiguales que no puedo concertar en las dos ampolletas y en el tubo del hidrante. Diez ampolletas de arena son cinco horas. Las que a seis leguas por hora equivalen a treinta millas. El hidrante marca treinta y cinco. Según la cuenta de Alfragano, el astrónomo de los Abasidas, habrían sido 57 millas y dos tercios. No me guío yo por la milla árabe sino por la italiana. En el cuaderno de bitácora llevo anotadas 43 leguas. El maestro Juan de la Cosa me mira con ojos torvos.

De todos modos, vamos adelantados un día en la cuenta del calendario en la marcha real de la navegación. No deben de faltar más de 70 leguas, de las 750 que me indicó el Piloto. Tuvimos que remediar en la Isla de Hierro el gobernario de *La Pinta* y cambiar sus velas latinas por otras redondas más cogedoras del viento. Al pasar por la isla de Tenerife, la cumbre nevada del Teide nos saludó con una salva de fuego que alumbró todo el cielo con fuegos de artificio de los más naturales, nacidos de su propia entraña. Creí ver en este fuego un vaticinio favorable. Anticipo inmenso y agorero de la candela lejana. Los pájaros que cruzaban esta corona de fuego llevaban los picos encendidos como ascuas.

De esta suerte, si los tres días se cumplen, avistaremos la tierra ignota el día sábado 13 de octubre. Dios Nuestro Señor permitirá que sea una fecha gloriosa para la Cristiandad, prevista desde el comienzo de los tiempos. No hemos sacrificado aún el cordero. Esperar no es desesperar. Amo a mi paciencia más que a mí. Las moscas ganan batallas después de las batallas.

La arena del globo parece más pesada y grumosa, atacada desde dentro por su calor masculino. Los gránulos se dilatan como coágulos de esperma y pasan por el orificio de una ampolleta a otra con dificultad y dolor. En la clepsidra, sin embargo, el frío femenino del agua dulce rechaza el salobre humor del océano que altera desde afuera su esencia.

Hay tres clases de fuego: el natural, el innatural y el fuego contra natura. El fuego natural es el fuego femenino, que es de todos los fuegos el fuego. El fuego innatural es el masculino. El fuego contra natura es el de los sodomitas y las lesbianas. Y en un grado menor, al punto de rozar otra vez el estado de naturaleza, es el fuego de las doncellas y los efebos cuyos cuerpos no saben aún si quieren ser de hombre o de mujer, aunque al fin opten por los dos.

Esta indecisión de su naturaleza los torna mucho más hermosos que los más hermosos hombres y mujeres bien definidos, hechos y derechos, educados para el amor, para el placer y para la procreación. Estos seres epicenos, como los ángeles o las figuras desnudas de los sueños, no tienen sexo. Son inocentes y bellos y terribles. No hay muchacha verdaderamente hermosa, constantemente en éxtasis ante su propio cuerpo, que no desee poseer un sexo masculino. Lo mismo les ocurre a los efebos. Se aman en el otro, en su opuesto; son los contranarcisos. En estas permutaciones que el demonio manipula en sus marmitas contra la procreación, la especie humana juega su destino a cara y cruz. La única manera de tener en cuenta estos desvíos es no tenerlos en cuenta y hacer como que no existen.

El fluir de la arena en el globo superior ha cesado por completo. Algún gránulo más gordo que todos los demás, ha obstruido el paso hacia abajo. También las ampolletas del cristal más fino tienen sus micciones difíciles. Mil años atrás, cinco minutos equivalían a 40 onzas de fina arena del desierto de Gobi. Hoy, una hora de sol es igual a 490 onzas de arena de las costas de Guinea, filtradas al tamiz como el oro, o sea 22.360 átomos, cuya suma da 13, mi número favorito. Es también el número de Marco Polo, el primero en descubrir el reino del Gran Khan y la cábala numérica, según lo cuenta en su libro *Las cosas maravillosas...* Antes sabía yo de cuántos átomos estaba compuesto el cuerpo humano, incluidas las uñas y las partes pilosas. Lo he olvidado por completo. Se envejece.

Hay ciertas cosas que le atrasan a uno. He cargado en el reloj arena fina del Guadalquivir, y que el Señor me lo tome en cuenta. Es bueno llevar partículas de arena, moléculas de agua de la tierra que nos es grata y propicia. Actúan después como pequeños imanes que ayudan a tirar de los navíos en el tornaviaje, si éste llega a producirse.

La arena me trae a la memoria uno de mis sueños más constantes de niño. De pronto, dormido en una suerte de duermevela o de vigilia en

sueños, veía aparecer una gran luminosidad coloreada con los siete colores del espectro. En medio de ella me encontraba en un inmenso arenal. Dunas de oro puro que se movían en una extensión ilimitada. En ese desierto sin fin me veía sentado en una pequeña silla de oro, tal el Niño Jesús de los villancicos de la aldea natal. Me invadía una inmensa felicidad. Cerraba los ojos y veía en torno a mi frente, a mis rojizos cabellos, encenderse la aureola del Niño Dios. Puedo, me decía, estar en su lugar en el establo de Belén, y nadie lo notaría.

Irrumpía un repentino fogonazo de sol en mi cabeza y empezaba a tener alucinaciones de místico arrobó contemplando la aureola que circundaba la cabeza del Niño, como si yo mismo me viera por espejo en oscuro en medio de tanto resplandor. Me sentía disperso en el espacio y en el tiempo: un pie en la cumbre de la montaña de Génova, el otro en el Gólgota, el ánima doble en Belén y en Jerusalén; una mano en las aguas del Jordán, la otra en el mar de Portugal; un ojo en España, en Castilla, en Aragón; el otro en Nervi, en Quinto de Mocónesi de Fontanabuona, en Legine di Valcalda, en Cogoleto, Bettola, en Saona, en Calvi y en otros poblados cercanos a Génova; hasta en Córcega y en la aldea ilerdense de Santa Fe, donde también dicen que vi la luz en un kibutz de judíos conversos, adelantados a su época.

Nunca quise por ello mencionar el lugar de mi nacimiento. Preferí dejar que todas las villas, poblados y puertas de Génova y aun los de los países de Europa contendiesen entre sí por haberme dado el ser y tenerme como hijo suyo. De tantos nacimientos simultáneos en tantos sitios, como si ya antes de nacer se disputaran los pueblos el privilegio de ser mi lar natal, sólo me queda una vida menguada, como la de no haber nacido todavía. Es una sensación que tengo a veces de girar en el vacío; de estar en todas partes y en ninguna, en un lugar que se llevó su lugar a otro lugar, flotando en un líquido placentario ilimitado como el mar.

Simonetta amaba este sueño de mi transfiguración en el Niño del Pesebre. La emocionaba hasta las lágrimas como si la conturbara en él un doloroso presentimiento. Me lo hacía contar a menudo en la oscuridad del pajar. Se cubría hasta la cabeza con los jergones y oraba de rodillas con sus manos entrelazadas a las mías. Adivinaba en ella una instintiva necesidad de mortificación, de purificación. Latía ya en sus entrañas ese niño engendrado en el pecado y en la oscuridad. En plena soledad animal... sollozó una noche en mi pecho con amargo llanto y el ánima desgarrada.

Cuando se calmaba hacía que apoyara mi cabeza sobre su vientre y tratara de escuchar las palabras del niño. «El niño habla —me decía—pero yo no alcanzo a oírlo... Se llamará Ludovico, como el abuelo paterno que era sordomudo...» No, Simonetta, le dije, los nombres de los antepasados son nefastos para los recién nacidos. Se llamará Ludovico como el poeta, que oía y hablaba como los dioses.

Podía yo reírme de estas escenas tan patéticas y vulgares, ¡tan distintas de las del comienzo!, como las que se describen en la literatura de cordel o pintan en los puertos los pintores de brocha gorda. De hecho me reí más de una vez en mis adentros. Una noche, incluso, ante otro gesto melodramático de Simonetta, se me escapó una carcajada que yo traté de disimular en un sollozo. Lo que no significaba en absoluto que me mofara del sufrimiento de Simonetta. En otra situación, ella misma se hubiera unido a mi hilaridad con su risa fresca y llena de la alegría de vivir. Me parecía que estábamos representando, al modo de la *commedia dell' arte*, la despedida de *Dei poveri amanti*, que en ese tiempo hacía furor en Génova: «...*tu me vestisti / queste misere carni, e tu le spoglia...*»

Una de las últimas noches de nuestros encuentros en el pajar, encontré en el jardín, entonces ya en ruinas, una lozana rosa apenas entreabierta. Bajo la luna incierta tenía un color de otoño y de tristeza. La corté y la llevé a Simonetta. La encontré sumida en un tembloroso delirio de ansiedad y temor. Temblaba y exhalaba suspiros y palabras incoherentes. Cuando le di la rosa salió de su extraño estado. Llevó la rosa a los labios y la besó con pasión insensata como si hubiera querido retener en ella todo lo que se le escapaba. Sólo fue un instante. Un dolor agudísimo la dobló en dos. Arrojó la rosa y se apretó el vientre con las manos, respirando convulsivamente, de nuevo enajenada a todo lo que la rodeaba, a mis caricias, a mis besos, a mis palabras musitadas en su oído.

La imagen de Simonetta se me aparece con la sonrisa que era el puro resplandor de su juventud en la oscuridad del granero. Para mí se ha perdido ya aquella porción de amor, aquella primera mujer que con su juventud y su inocencia me reveló el paraíso del amor único. *¡Vuelve, vuelve...escapa del mar, amor!...* Oigo su llamado. Siento que ese amor estuvo únicamente en un lugar, en un momento, en un cuerpo, en una voz fuera ya ahora de la tierra, de la vida, del tiempo. Sólo puedo responder con

una voz que ya tampoco me pertenece... *Carne de mi carne... sangre de mi sangre... memoria de mi carne, de mi sangre y de mi memoria...*

PARTE 16 - EL PEZÓN DE LA PERA

DESDE que la armada zarpó de la Isla de Hierro, vengo reduciendo a postas la cuenta de las distancias. Estos mentecatos se han amotinado porque creen que ya estamos bordeando el fin del mundo. Ven el disco plano de Eratóstenes flotando en el agua. No les ha entrado aún en el cacumen el que la tierra tiene forma de la inmensa teta que vio Plinio.

Es lo menos que se puede decir desde que la redondez de las formas ha dejado de ser pecado mortal. *Terra est rotunda spherica*, anoté en los márgenes de mi ejemplar de *Imago Mundi* concordando con su autor, el cardenal d'Ailly, aunque no tanto. Un poco más con Silvio Eneas Piccolomini, Pío II, que honró a la cosmografía desde el papado con su prodigiosa *Historia rerum*. Fue el primer papa viajero de la historia. No paró de recorrer lejanos países hasta que lo finaron a flechazos en Sumatra.

Yo no he hallado jamás escritura de latinos ni de griegos que certificadamente diga el sitio en este mundo del Paraíso Terrenal, ni he visto en ningún mapamundi el sitio situado con autoridad de argumento. Algunos lo ponían allí donde son las fuentes del Nilo en Etiopía; mas otros anduvieron todas estas tierras y no hallaron conformidad de ello en ninguna parte. Salvo el Piloto que también anduvo por esas comarcas y vio el Paraíso Terrenal, como una isla fuera del mundo distinta de las otras, y me indicó la manera de allegarme a él. Todos los santos teólogos, desde San Isidro y Beda a San Ambrosio y Scoto, conciertan que el Paraíso Terrenal está situado en el Oriente, en el lugar exacto donde he de ir a encontrarlo.

Siempre leí que el mundo, tierra y agua, eran esféricos. Luego vi en él tanta deformidad, par de la humana especie, que volví a pensar todo el asunto y hallé que no era redondo, sino en la forma que dijo Plinio: de una pera o de un seno de mujer, salvo en la protuberancia aerolada del pezón que se eleva por debajo del Ecuador. Lo mismo ocurre con los senos e las caderas de la mujer cuando deja de ser moça. Algo semejante a la curva más suave en un cuerpo; a un recodo apacible sin parigual en la mujer, en el mundo. Allí donde dije que se levanta el pezón de la pera y que poco a

poco, andando hacia el colmo, desde muy lejos se va subiendo a él en medio de la suavísima temperancia del aire.

Allí, en ese golfo redondo, es donde yo creo que está situado el Paraíso Terrenal. En esa ubre divina podrían amamantarse todas las razas del mundo en la más perfecta armonía, salud y cohabitación. En ese Jardín del Edén, inagotable como la Providencia de Dios Nuestro Señor, de Su Santísima Trinidad, Dios, Hijo y Espíritu, y de nuestra Santa Madre la Iglesia, todos tendrían su nutrición inagotable. Lo tuyo y lo mío quedarían abolidos, como dijo el santo Rey Alfonso El Sabio. No habría más guerras, ni pestes, ni locuras colectivas. No existiría la cobdicia humana. El deseo carnal se saciaría con sólo comer una manzana, invirtiendo así el origen del pecado. La edad de los seres humanos habría hallado la fuente de la perpetua juventud. Viviríamos todos en una Edad de Oro de imposible fin...

La arena es para mí el símbolo de la disgregación universal: en el tiempo, al medir las horas con el caer de sus partículas; del espacio, como producto de la desintegración de la tierra y del mar. Símbolo del poder que sólo puede reinar sobre la división y desintegración de los súbditos convertidos en partículas dóciles y obedientes a la ley de la gravedad. La arena es también para mí el símbolo de la predestinación.

El viejo maestro de escuela de Nervi nos decía en clase de geología: «La arena es un conjunto de partículas que provienen de la desagregación de los fragmentos de roca bajo la acción del viento, del agua, del calor del sol, del frío del invierno y de la noche. Suele incluir calamita, estaño y la irídula del cobre. El tamaño medio de la partícula de arena, cuando no lleva oro, es de 2 a ½ mm. En algunos lugares, sobre todo a orillas de los ríos, la corriente acarrea oro.»

Decía el *signore* Vittorio que estamos compuestos de mitad de agua y mitad de arena, y que la muerte sobreviene cuando ambos se mezclan. Tal vez sea cierto. Cuando la arena salada absorbe una buena cantidad de neblina se endurece como el engrudo y toma el color de los capullos de la angustifolia turgente. Las gotas de agua que caen sobre esas flores brillan como gotas de mercurio; se deslizan pero no caen sino que remontan las nervaduras de esos tallos y pétalos de terciopelo. Las corolas y los pistilos hacen de imanes.

Vivimos —decía con una voz que parecía venir de lejos como entre las resonancias de un acueducto— en un universo donde todo remonta hacia

atrás, hacia las fuentes, y no hacia adelante como se suele creer. Vivimos —decía— en un universo que se divide constantemente en infinitas partículas. Cada uno de los astros, las estrellas, los seres humanos, las plantas, los animales, todo lo que vive tiene la suya pero no puede sacarla de su lugar. Nunca olvido las palabras del maestro Vittorio y del experimento que hacía con su viejo caleidoscopio para demostrarnos cómo el tiempo retrocedía dándonos la sensación de que nosotros avanzábamos. Mirábamos fijamente las paredes del cuarto a oscuras donde se proyectaban tres focos luminosos que se entrecruzaban. Sentíamos que nuestros ojos giraban mareados, encandilados; que nosotros mismos éramos las figuras de esa proyección y que nos entrecruzábamos sin tocarnos a fantástica velocidad.

De repente alguien gritaba. Un grito agudísimo; el grito de pavor que sólo puede exhalar alguien que ha visto *su* muerte. También yo sentía que ya no estaba separado de mi muerte. Yo era igual a ella. Estábamos pegados como dos hermanos siameses unidos por la espalda. Nos aceptábamos los dos con un sentimiento de aquiescencia y complicidad. Muchos años después me ocurriría algo semejante con el Piloto que murió en mis brazos.

Cuando se acababa el experimento, la vida y la felicidad volvían para todos; la risa sonora, cristalina, la risa de los niños que ignoran el insomnio de los mundos. Para mí, el abatimiento, el vacío, la separación, el sufrimiento. Una soledad animal, como decía Simonetta. La angustia de querer *morir* y fundirme en el cuerpo oscuro del que me llevaba y era llevado por mí.

El *signore* Vittorio encendía la lámpara. Se acercaba, me miraba fijamente y me daba un papirotazo en la mejilla. Me fluía la sangre de la nariz y volvía a ver el sitio donde estábamos, la figura alta y encorvada del maestro apagando la bujía del aparato que nos mostraba el tiempo. Había una especie de magia en ese viejo amigo sin edad. Bajo sus ropas pobres y zurcidas adivinábamos su cuerpo transparente, sin espesor; él mismo haciendo de cuarto espejo en el tubo del caleidoscopio; ese espejo de los sueños del hombre que da la *cuarta dimensión* inaprehensible.

Llevo la aguja de marear fijada con una oblea de cera en dirección sudnorueste en lugar del norte invariable. Los Pinzones y los Niños llevan su propia cuenta del itinerario y saben por dónde enderezar el torna-viaje si se atreven a finarme. He variado el rumbo para engañarlos, con lo cual hemos perdido otro día más. Todos mis cuidados y ardides no han logrado

impedir el motín. No han hecho más que fomentarlo y reventarlo como un forúnculo. Fuera de mencionar los pájaros, señal segura de costas cercanas, no he vuelto a dirigir palabra a los amotinados. No lo volveré a hacer hasta que las naves se pongan de nuevo en movimiento y podamos aunque más no sea navegar de bolina con el aliento del austro.

Oigo abajo el bate-ola de los amotinados. Han pasado volando hacia atrás dos alcatraces y tres petreles casi rozando los masteleros. Los amotinados no los ven. Profieren gritos inarticulados. No se comunican, se atacan entre ellos. Cada uno ya se ve muerto en el otro. Lo odia por eso. Quisiera matarlo antes de morir él. Es el odio al sobreviviente posible. Ruido inhumano el miedo de la jauría. Inmenso. Monótono. Salvaje.

PARTE 17 - LA REINA ALFÉREZ

NO me preocupan los mandrias de la escuadra. Me inquieta el desajuste en la marca de las ampolletas. Estos dos tiempos me dan la sensación de que vamos mareando por dos caminos diferentes. Demuestro a los alzados que no les temo echando largas parrafadas con fray Buril sobre las Sagradas Escrituras, o jugando al ajedrez con el veedor real Rodrigo Sánchez de Segovia, tuerto de un ojo y miope del otro. También con el otro Rodrigo, el corcovado Escovedo, escribano de toda la armada, y con Pedro Gutiérrez del Oro, repostero de estrados del Rey. Me ha puesto el Joan de Coloma la peor gente para vigilarme. A los tres les tengo ganadas en total, si no la confianza, al menos las famosas Siete Partidas que Alfonso el Sabio le ganó a su gran visir poco antes de morir de aflicción guerreando contra su hijo Sancho, el usurpador.

Mi fuerte son los movimientos con la Reina alférez, hacia la que ellos sienten supersticioso temor. No se atreven a tocar la pieza como si de la propia Reina se tratara. Lo tengo que hacer yo, en lugar de estos pusilánimes, con delicadas genuflexiones del índice y del pulgar como si hincara las rodillas ante Su Alteza Serenísima la Reina. Ellos inclinan sus cabezas en señal de acatamiento pero también, los muy hipócritas, para acechar más de cerca mis rápidos y sigilosos movimientos de prestidigitación sobre el tablero. Se quedan estupefactos. Por más que hagan no alcanzan a distinguir la añaenza de la trácala.

El escribano Escovedo vuelca suavemente el rey sobre el tablero, aceptando su nueva derrota. Levanta la reina con enorme respeto y fatiga y la hace girar entre sus dedos observándola a contraluz por todas partes.

—¿Por qué designa su merced esta pieza como la reina alférez?

—El asunto es simple y remoto, escribano. Cuando el ajedrez fue descubierto en la India en el siglo VI, el llamado por los indios Shaturanga, era ordinariamente un juego de guerra. Lo sigue siendo; la única guerra matemática y emblemática del mundo civilizado. Contendían en él los cuatro angas, o sea las cuatro armas llamadas hoy infantería, caballería, los carros y los elefantes. El Sha, el rey varón, era ya entonces la pieza central

del juego. Su pérdida es irreparable. El que pierde el rey, pierde la partida. Continúa siendo lo mismo después de casi diez siglos.

Lo que hace la perfección del juego-ciencia, proclamó el Sabio Rey Alfonso, es que sus lances no propenden al triunfo de lo mío o lo tuyo, sino al triunfo de la inteligencia en abstracto. Aquí, la suerte del uno no insulta la mala suerte del otro. Escovedo, obtuso a todo lo que no sea su péñola escribana, parpadea sin entender.

—¿Y la reina?

No existía. La guerra no es el lugar adecuado para una dama. En su lugar, al lado del rey, se hallaba el gran visir, o farzin. En los tratados de los *Juegos de Axedrez* que mandó compilar Alfonso el Sabio, el gran rey de las Partidas, el visir o *farzin* se llama Alferza, o sea alférez mayor.

—¿Cómo el alférez mayor se convirtió en dama, es decir, en reina?

—De la manera más natural. No era una cuestión de familias dinásticas sino de biología y fisiología. La existencia de los géneros, llamados naturales, reposa en una razón central que es la clave misma de la sobrevivencia de la especie humana: el hombre, aunque sea rey, no puede existir sin una mujer.

—Pero está el hombre... No se puede eliminarlo así como así. El género masculino es la columna de la creación —arguyó Escovedo desde su recalcitrante misoginia.

—Los géneros no son modos puramente biológicos de existencia. No se reducen a una mera anatomía de órganos genitales. Responden a una ley de la naturaleza bajo la cual masculino y femenino, macho y hembra, tienen funciones específicas, inmutables e impermutables. Esto es así desde el comienzo de los tiempos. Si este orden se perturba la especie humana entera puede sufrir una catástrofe, extinguirse, desaparecer. Por ello, el Alferza, o alférez mayor, se transformó en Reina alférez junto al Rey. No es sólo una cuestión de nombres. Es una cuestión de espíritu. Lo dice el P. Elio Antonio de Nebrija en su *Gramática de la Lengua Castellana* que ha dedicado a Su Alteza Serenísima la Reina Católica.

Le tiendo el libro del salmantino, abierto por la parte que marca el señalador : —Lea aquí.

—«De todas las comparaciones que se pueda imaginar, la más demostrativa es la que se establece entre el juego de la lengua y una partida de ajedrez. En ambos juegos estamos ante un sistema de valores y asistimos a sus modificaciones. Una partida de ajedrez es como una realización

artificial de lo que la lengua nos presenta bajo una forma natural...» —tosió gravemente el escribano, hundido en una ácida niebla.

—Es también lo que ocurre en la relación carnal hombre / mujer. Pero en este juego, la mujer es la pieza vital. Y es muy difícil que sin la Reina alférez el Rey más poderoso de la tierra gane una batalla. Ni en el tablero, ni en la guerra, ni en la batalla de la vida. El juego del ajedrez es una guerra figurada contra las guerras reales.

—Siguen existiendo las dos —ironiza Escovedo.

—En el tratado de los *Juegos del Axedrez*, mandado compilar por el Rey Sabio, se cita un viejo proverbio anónimo: Meum et tuum incitant omne bellum.

—¿Dice usted que si no hubiera lo mío y lo tuyo no habría más guerras?

—Exacto. No lo digo yo. Lo dice un proverbio de los tiempos del Rey Sabio.

—Lo que es a mí, los manes del ajedrez no me han permitido ganarle una sola partida.

—Vea, Escovedo —le dije con voz gruesa—. En el ajedrez no hay uno que gana. Sólo hay uno que pierde. Y ése merece que se le corte la cabeza.

He ordenado al escribano que labre un acta con los nombres de los cabecillas de la insurrección y de todos los tripulantes que militan en ella con el grado de su intervención en el motín. «Mande arrojar al mar a dos o tres de los principales —me encarece el escribano—, y verá su merced cómo la sedición se aplaca en una balsa de aceite.»

Le he contestado que el remedio sería peor que la enfermedad. Si impongo esa pena, serán ellos los que a vuelta de hoja nos arrojarán al mar. A la fuerza bruta sólo se la puede vencer con la astucia. Por ahora me contentaré con tenerlos enterrados hasta el cuello en dos o tres toneles llenos de arena amarrados al palo mayor. Le he preguntado por el ermitaño Jerónimo fray Ramón Pané. ¿No ha recibido ningún daño de los amotinados?

El escribano Escovedo asegura que no se ocupan de él. El ermitaño, me informa, sigue metido de rodillas en su cartujo, en lo más hondo de la sentina, orando sin cesar. No prueba alimento. Sólo bebe agua y mordisquea las hierbas que él mismo ha traído en su hatillo.

—¿Ha levantado ya el acta sobre los cabecillas del motín?

—Se han negado a firmarla, Señor.

—Vea a mi hermano Bartolomé. El embarcó en la Isla de Hierro diez hombres de su entera confianza. Instrúyalo de mi parte para que los ponga en acción contra los amotinados. Vienen armados para una emergencia como la que estamos viviendo. He estado en muchos motines. Sé lo que hay que hacer.

—No creo que esa guardia pretoriana disfrazada pueda ya actuar contra los rebeldes. Ella misma se ha plegado al motín. Sus esbirros son los más duros. Han liberado a los tres tripulantes que estaban enterrados en barriles de arena y lo han puesto en uno de ellos a su hermano Bartolomé, enterrado hasta el cuello.

—No importa mucho eso ahora. ¿Sabe usted lo que va a ocurrir?

—No, Señor.

—A medianoche caerá un temporal de magnitud desconocida. Los barcos de la escuadra naufragarán. Dentro de pocas horas vamos a encontrarnos todos en el otro mundo donde el mar es de fuego. Nadie quedará vivo para contar la historia.

Rodrigo de Escovedo se ha vuelto intensamente pálido. Le tiembla la barbilla. La voz se le ha cuajado en el súbito espanto.

—Vaya usted a prepararse a bien morir. Felices de nosotros que sabemos lo que nos espera para ponernos en paz con Dios y con nuestra conciencia. Guarde el secreto para evitar el caos de un suicidio colectivo en medio de la catástrofe. Suelen ocurrir. He visto más de uno. Todos querrán arrojar al mar o saltar a las barcas. Lo que no remediará la situación en lo más mínimo. Llame por favor a fray Buriel.

PARTE 18 - CÁBALA

A medida que avanzo en la redacción de los papeles, voy comprobando la precisión de mis cálculos pitagóricos. El mar tiene nieblas y tempestades, vértigos y cóleras, y de pronto, por breves instantes, una calma inmortal. La mente debe mantenerse clara en medio del polvo matemático. Por algo los judíos tienen su fuerza incontrastable, más que en sus cuerpos esmirriados, en sus figuras ridículas de usureros astigmáticos, en la alquimia y en la ciencia de la cábala que les permite interpretar con números el sentido de las Sagradas Escrituras y aplicarlo a sus escrituras de compra y venta, de expolio y de rapiña, así como salvarse de las grandes hecatombes cada 52 años, hasta el fin de los tiempos.

Moisés se equivocó en sus cálculos porque era un mal cabalista. Un judío refugiado en Lisboa me enseñó a echar suerte con los números de acuerdo en todo con las tradiciones astrológicas. Por mi maestro Averruyz ya conocía el secreto. Mis números cabalísticos son 7 y 13.

Su influencia astrológica en mi vida es suficientemente clara. Algunas fechas de muestra. Nací en 1453, cuya suma da 13. Cuando llegué a ofrecer mis servicios al rey de Portugal, después del naufragio que me arrojó en las playas del Algarve, yo tenía 28 años (4×7). Este naufragio, en el que el cadáver de un corsario francés, mi propio pariente, me salvó la vida y me regaló la fortuna que llevaba amarrada entre los muslos, ocurrió el 13 de agosto de 1475 ($1 + 4 + 7 + 5 = 17$). Trabajé para el rey Juan 14 años (7×2). En la corte española bregué por 7 años hasta llegar a las Capitulaciones de 28 artículos y addendas ($7 \times 4 = 28$).

Esto me permite vaticinar que descubriré la entrada a las Yndias el 13 de octubre de 1492 y la Tierra Firme del Cathay a los 43 años ($4 + 3 = 7$), el 13 de junio de 1493 ($1 + 4 + 9 + 3 = 17$). En este mismo año prometeré a los Reyes entregarles en un septenio oro a raudales para la Reconquista del Santo Sepulcro. Los milagros y apariciones se producen de 7 en 7 años : Navidad de 1492 y Navidad de 1499.

Recuerdo todos estos fechos y fechas como en sueños. El sueño es más fuerte que la experiencia y la incluye. El único sueño, el último, que no se

podrá recordar, es el de la muerte. Moriré en 1507 ($1 + 5 + 7 = 13$), en Valladolid con aguacero, un día del cual tengo ya el recuerdo. Testigos son los días jueves y los huesos húmeros.

Los que escriban sobre mi vida no podrán pasar de 337 folios *in octavo*, cualesquiera sean los caracteres, la calidad del papel y la encuadernación que se elija, incluidos los dibujos y las ilustraciones. Prohíbo desde ahora (1 de octubre de 1492), según lo dicta uno de los codicilos de mi testamento, que en la impresión de mis obras y en todas las que se escriban sobre mí, se incluyan grabados o dibujos que pretendan reflejar o esbozar mi imagen. Ninguna imagen puede reemplazar a la persona real que ya no existe.

PARTE 19 - EL NÁUFRAGO

EL viaje que había de cambiar mi destino terminó en naufragio. Estoy marcado por los naufragios. Pero si un náufrago sobrevive una y otra vez a la cólera de los elementos, de los hombres, de los dioses, del mismo Dios Nuestro Señor, este sobreviviente se torna invencible. Es más fuerte que la muerte. A Dios mismo plugo preservarle para mayores destinos. No estoy hablando de mí, pero quizás...

Navegaba yo de Génova a Inglaterra en una flota comercial de cuatro barcos de mis patronos genoveses Centurione y Di Negro. A la altura del cabo de San Vicente, cerca de Portugal, fuimos atacados por una escuadra de siete corsarios franceses al mando del famoso Guillaume de Casenove, apodado Colombo el Viejo. ¡Ah estos villanos desheredados! Para cometer sus fechorías se escudan en apellidos ajenos.

La lucha fue desigual. No era aún la batalla de Lepanto que sucedió mucho después, pero en cierto modo la anunciaba como una caricatura. En poco tiempo nuestros hombres fueron acuchillados y los barcos hundidos o incendiados. Me asombraba estar vivo. El estupor me paralizaba. Ninguna herida, ni el menor rasguño. Ningún tiro de lombarda me había volado una mano. Ni manco ni difunto. Estaba vivo entre los muertos. Mi estupor se descongeló entre las llamas. Salté al mar y empecé a nadar en dirección a la costa.

En el desesperado bracear me topé primero con un remo que boyaba entre las olas, luego con el hinchado cadáver de un pirata francés que flotaba envuelto en una casulla de corcho manchada de sangre. Parecía un obispo de los que suelen acompañar a los corsarios ricos. Me abracé al cadáver como a un salvador. Me di maña para convertirlo en un improvisado esquife. Monté a la turca sobre el hinchado abdomen y, ayudándome con el remo, navegué hacia la línea brumosa de la costa.

Durante las dos o veinte leguas de la travesía, no recuerdo si fueron menos o más, los ojos abiertos del corsario muerto iban clavados en mí observándome con mirada glacial. Veía la fibrilación de las venillas rotas sobre las pupilas pálidas e indignadas. Empecé a insultarlo para desahogar

la furia que me ahogaba.. ¡Maldito falsario... vas a pagarme la cuchillada de mi sangre... Voy a hundirte en el cuerpo un bastón de hiechame....

Nada. Ni el más leve parpadeo. Los ojos turbios del muerto se iban hinchando, ya salidos de las órbitas, perdido ya su color de porcelana azul. Empecé a pensar otra vez en la arena como una manera de escapar a la siniestra magia de esa mirada que me interpelaba desde el frío del agua, desde lo oscuro de la muerte en la que también yo sentía que me iba hundiendo a cada remada, de suerte que ya éramos un ahogado y medio. Probé a despojarle de la escafandra flotante para vestírmela y desembarazarme del cadáver. Hubiera sido más fácil arrancarle los dientes. Quedéme intensamente quieto un instante interminable hasta recuperar el aliento. En un fogonazo reconocí en el muerto flotante sobre el que yo iba montado al mismísimo Guillaume de Casenove, el almirante gascón, comandante de las naves piratas, mi pariente, con el que hice mis primeras armas de navegante predatorio.

Contemplaba el inmenso cadáver del almirante prensado entre mis piernas, y pensaba: este desdichado ya ha vivido todo lo que amaba y odiaba. La eternidad ha caído de golpe sobre él. Lo ha llenado por dentro. Lo ha inflado de gases mortuorios, de silencio. Lo ha salvado. Ya no puede recordar nada porque la eternidad no tiene memoria. La temida muerte no es más que este mudo e insensible despojo. En lugar de temerla, los seres humanos deberíamos desear y amar la muerte puesto que su delgadísima frontera nos separa para siempre de la cruel obsesión de recordar y de soñar. Ah muerte, suelo apostrofarla, no puedes despojarme de lo ya vivido aunque no sea más que infortunios y adversidades, sin excluir, por cierto, la idea fija que me atraviesa como un bastón de hierro.

Mientras navegaba a caballo sobre el cadáver del francés la arena me agobió de nuevo con una representación semejante a una pesadilla. No estaba dormido de cansancio. Sólo mis brazos lo estaban. La humedad del agua me calaba hasta los huesos. Nada podía hacer para que aquello cesara. Sólo mi sensibilidad al dolor había cesado. Deseaba, por el contrario, que esa escena irreal continuara hasta la extenuación final de mi ser, hasta la consumación total del mar, del universo. Veía la pesadilla realizarse ante mis ojos. Y una mirada más honda veía que la arena comenzaba ahora a luchar contra el mar y que podía dejarlo enjuto.

Desde las ampolletas del reloj fluía un torrente de arena que fue aumentando pausadamente pero también a gran velocidad como si la

maquinaria del tiempo se hubiese descompuesto. En incesante y creciente movimiento se volcaba la arena desde lo alto en una avalancha de partículas infinitesimales. Catarata de agua seca. Penetraba por todas partes pero convertía todo lo que tocaba en una materia seca y movediza. La inundación de arena crecía en un lento pero inexorable turbión que acabó devorando todo lo que encontraba a su paso. Devoró el cadáver. Me arrancó el remo de las manos. Sentía que me comía el rostro, el cuerpo, la voluntad, el ánimo.

La arena devoraba el mar y lo reemplazaba con una materia más sólida que el agua, pero a la vez más fluida e inestable. Me encontré sumergido en el oleaje de ese mar seco que fue sofocando mi respiración, sin que pudiese aferrarme a nada. Me abandoné por completo al movimiento de la arena que me llevaba arrastrado hacia alturas y profundidades desconocidas. Quise tocarme el rostro pero ya no tenía manos. Mi rostro, mi cuerpo entero habían empezado a diluirse, a desintegrarse y mezclarse con la arena. Todo el mar era un desierto de arena que seguía moviéndose en un pesado y lento oleaje semejante al de las dunas batidas por un viento duro hecho de lija.

Sentí de pronto que mis pies tocaban fondo. Recobré el conocimiento. Me encontré varado sobre una playa, siempre abrazado al cadáver, endurecidos los dos, solidificados por el frío y la humedad. Me pareció que estaba cayendo la noche sobre un paisaje sin formas ni relieves. Pensé en árboles. No vi ninguno. Sin poder hacer el menor movimiento, como embutido en una funda de goma, me dejé caer de nuevo en el pesado sueño del cansancio.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Con el sol alto desperté. Solté con repugnancia a mi compañero muerto que parecía tallado en piedra. Mi tío, el pirata francés, era más duro que un pedazo de mampostería. Hurgué sus bolsillos, sus ropas. Lo desnudé por completo. En un retazo de vela, colgado entre las piernas de un cinturón lleno de monedas de oro, llevaba un saco de cuero. Adentro había un verdadero tesoro en joyas y piedras preciosas: esmeraldas, diamantes e un estrañísimo metal de alquimia. Collares, brazaletes, cinturones constelados de oro, perlas, esmeraldas, diamantes, un cinturón de castidad gastado por el uso, un impoluto portasenos de oro puro que simulaba dedos finísimos como patas de araña para ser prendido sobre la clámide, y una aguja también de oro para zurcir virgos, larga de un jeme y con la punta roma. Enfundada en los testículos, encontré una media máscara de oro, calcada de la que usaba la reina

Nefertiti, según se ve en los grabados antiguos, durante sus amoríos con Octavio en Roma.

Calculé que había allí más de un millón de ducados. Guillaume de Casenove, mi tío, había sido inmensamente rico, y yo lo estaba heredando en ese momento. Tendí mis ropas al sol cuyos rayos también secaron y calentaron mis escarchadas carnes, mientras contemplaba como un sonámbulo el brillo de las monedas y el fulgor de las joyas sobre la arena. Giré la vista en todas direcciones sobre la desierta playa. Como vi que ni siquiera pasaban pájaros me ceñí el paño con todo su contenido en el sitio recoleto que había elegido el almirante pirata. Donde fueres haz lo que vieres. Me ajusté de nuevo el cinturón. Vestime las ropas del muerto, y como soplaba un viento frío, me calé la casulla de corcho. Dije «gracias» al francés por su principesco presente. Encomendé su cuerpo a los pájaros caníbales del cielo.

En otra parte del *Libro de las Memorias* relato la historia íntegra de mi pariente pirata, el famoso almirante de la armada francesa, que había adoptado mi nombre para sus correrías piráticas; nombre que en dialecto gascón sonaba a *Coullon* o *Collons*. Debo destruir la mala fama que me han atribuido como lugarteniente de mi tío gascón. Lo que sólo en parte es verdad.

Me erguí en lo que pude. Sentí que estaba aderezado como para una ceremonia de fasto real en la corte más rica y extravagante del mundo o para un carnaval de negros en Guinea. En la playa tomaban sol muchachas desnudas. Algunas danzaban al ritmo de las olas y de cánticos sarracenos de arrastrado lamento. Lanzaron carcajadas al verme pasar como un espantapájaros ambulante. Algunas se acercaron. Arañaban mi caparazón con sus uñas pintadas y larguísimas. Sentía cosquillas por debajo, en mi piel. Me acompañaron un pedazo de camino danzando a mi alrededor. Mi marcha era muy lenta a causa de la casulla de corcho.

Lentamente, casi doblado en dos por la fatiga y el peso de lo que llevaba entre las piernas, empecé a caminar rumbo a las lejanas torres de una ciudad. Después sabría que había recalado en el Algarve, al sur de Portugal. Desde entonces allí estaría mi patria provisoria hasta más ver. El corsario muerto me había salvado la vida, regalado una fortuna y dado un ejemplo de silenciosa circunspección y largueza total. Su principesco presente me proveería también de casa y comida por mucho tiempo. Sólo que ahora tendría que ocultarme a mi vez bajo un nombre falso para entrar

con auténtico fasto en la corte de Portugal. Me hice llamar entonces, para devolverle la honra del parentesco, Guillaume de Casenove. El fantasma de mi tío me iba a perseguir por largo tiempo.

Esto aconteció, bien lo recuerdo, el 13 de agosto de 1475 ($1 + 4 + 7 + 5 = 17$). No sé por qué menciono esta fecha. No tiene ninguna importancia. El tiempo ya no cuenta para mí. Antes lo sentía como la necesidad de un apuro insensato para llegar a alguna parte sin saber adónde. Sentía el tiempo como un intenso dolor en las entrañas. Ese retorcimiento de las tripas que le lleva a uno corriendo con los codos hincados en el vientre a descargar sus heces en cualquier parte. Luego eso se calma.

Uno aprende a ser un hombre del último cuarto de hora. Con ojos de peregrinación llega uno siempre tarde a un lugar desconocido que no es el buscado y deseado. Pero siempre le quedan los postreros trece minutos. Luego los siete milenios de la Cábala y, por último, la eternidad interminable en que flotan las Escrituras con las páginas alborotadas por los aquilones de las edades.

No siento el tiempo ahora. Desde aquel horror que presencié en Zambia no tengo más sueños. Mi cabalgata sobre el corsario muerto no fue un sueño. Aunque mucho se le asemejase. No sucede nada. Acaso no esté recordando sino lo que ya ha sucedido. Tal vez sólo estoy expiando esos recuerdos, según ya dije en el *Libro de las profecías*, desde mi cartuja en Valladolid.

Cuando recuerdo un hecho pasado, mientras escribo estas Memorias, sólo existe lo que escribo: las letras de mi escritura ilegible, la jerigonza de mi lengua macarrónica. Escribo palabras. Y en ellas no hay nada de lo que siento que existe como distinto entre el mundo y yo mismo y que no puedo expresar.

Las palabras y las frases que he robado de los libros, robadas a su vez de otros libros, están ahí, sobre los folios, vacías de su sentido original. Para que digan algo de lo mío, yo necesito vivificarlas con el aliento de mi propio espíritu; decirlas con mi manera de decir que dice por la manera. Y sólo así el que me lea sabrá lo que quise decir y no he podido decirlo antes de que él me leyera, siempre que él también reescriba el texto mientras lo lee, y lo vivifique con el aliento de su propio espíritu, a cada página, a cada línea, a cada letra. Y sobre todo, esto es lo esencial, que vea y oiga lo que no está dicho ni escrito que llena el libro y lo sobrepasa. Un lector nato

siempre lee dos libros a la vez: el escrito, que tiene en sus manos, y que es mentiroso, y el que él escribe interiormente con su propia verdad.

La palabra escrita, la *letra*, es siempre robada porque nadie puede llegar al vacío que está antes de la palabra última-última-primera, después de la cual todas fueron palabras robadas y todas las que sigan serán palabras robadas hasta la última-última-última que sea escrita en el mundo. Irremediablemente.

Lo mismo le sucede a la palabra proferida públicamente o susurrada en secreto por un agonizante. Por alguien que va a morir de su propia muerte. O por alguien a quien lo están haciendo morir en el tormento, rodeado por tumultuosa compañía, en medio de oraciones, ruido de fierros, de atizadores, del zumbar de las llamas, de alaridos de dolor y el olor de la carne asada en parrilla y servida en bandeja de sacrificio a Dios Justo, Santo y Mortal.

El habla y la escritura son siempre, inevitablemente, tomadas en préstamo de la palabra oral, a un hablante en trance de convertir su pensamiento en sonidos articulados. No nos podemos comunicar sino sobre este suelo arcaico. Tal es la naturaleza del robo originario que se perpetúa sin fin y hace de todo aquel que se quiere «creador» un mero repetidor inaugurante. Salvo que éste imponga el orden de su espíritu a la materia informe de las repeticiones, imparta a la voz extraña su propia entonación y la impregne con la sustancia de su sangre, rescatando lo propio en lo ajeno. Yo he perdido mi lengua en el extranjero. Y lo que expreso está dicho y escrito en una mezcla de lenguas extrañas con las que mi hablar no se siente solidario y de las que mi espíritu no se siente responsable.

En este instante siento que el futuro no existe más y que por tanto el pasado tampoco existió. Y este momento en que inscribo una coma, marco un acento o cuelgo una cedilla del trasero de la Ç desaparece en el mismo momento. Se reabsorbe en sí mismo. Sólo una tenacidad inhumana puede salvar tu humana debilidad. La quilla de hierro corta la entraña del mar mientras el gusano carcome la cala. Y es el mar quien ganará la partida al final.

Frente al cabo de San Vicente el cadáver de un corsario pariente mío me salvó la vida. En Portugal, un piloto desconocido murió en mis brazos legándome un secreto del que nació el proyecto de este viaje a las Indias. ¿Es que únicamente abrazado a un cadáver, un viviente puede conocer los

secretos que salvarán o cambiarán su vida, o que le darán la muerte arrojándole al infierno?

Es probable. No sé nada. No me interesa saberlo. Toda revelación no es más que un robo al futuro, o si se quiere, un préstamo que tomamos al futuro a cuenta de nuestra propia existencia. Nadie nace solo. Nadie muere solo. En el instante extremo de la muerte siempre hay alguien al lado de quien muere, que se queda con su vida y le despoja de sus secretos, de su herencia, de sus tribulaciones.

Estaba yo al lado del Piloto desconocido. Murió él y yo creí alzarme con su secreto; es decir con su vida. Pero después ocurrió que el Piloto, invisible ahora, se convirtió en mi perseguidor furtivo. Llega siempre antes que yo al lugar adonde vaya. Me persigue a todas partes como mi doble, doblándose, sobrepasándose siempre, como si en lugar de perseguirme a escondidas ese Piloto muerto, fuera mi propio ser el que me sigue como una sombra. Me sigue, me persigue, me precede. No se aparta de mí. Me rodea por todas partes.

Todos ven en mí a ese Piloto muerto. Y estoy seguro de que cuando llegue yo al lugar adonde he elegido ir, siguiendo el camino que él mismo me indicó, será el Piloto muerto quien me estará esperando en ese lugar sólo por él conocido. Y de que, como él, también yo moriré indigente, enfermo y desconocido. Sin nadie, a mi lado, a quien pueda transmitir o que me pueda robar mi secreto. Sin nadie a quien legar la portentosa herencia que la casualidad puso en mis manos.

Mi pacto con el Piloto es de otro orden. Siento como si nos hubiéramos dado la palabra el uno al otro. El piloto en agonía me dio su palabra cuando ya no tenía nada más que dar sino su propia muerte. Darse uno al otro la palabra. Y en ella, el código secreto de una cita y de una promesa y la verdad de aquellas islas donde dejó hijos de su sangre y entendió que el amor es igual para todas las razas y que el temblor de lo carnal es la verdadera duración de lo humano en cualquier lugar de la tierra. Porque apenas algo comienza ya está la eternidad devorando esa ínfima partícula del universo. Y nada puede sustraerse a la inexorable, furiosa, desmemoriada voracidad del olvido.

No será el Piloto muerto quien me estará esperando si llego a esas tierras descubiertas por él. En todo caso, será el marinero Pedro Gentil, ignorado jeque en su serrallo de mujeres taínas, el que me recibirá, me

guiará por ese laberinto de islas, me servirá de faraute con los nativos y de guía hacia los lugares del oro.

PARTE 20 - EL CORTESANO

EN Lisboa, la corte inhóspita del rey Juan no hacía feliz a nadie pese al enorme tráfico de navegaciones y al tráfico de esclavos y del oro en Guinea que hacían de Portugal la mayor potencia marítima de Europa. No logré embarcarme. Podía esperar a tener mi propia flota en colaboración con los banqueros y comerciantes genoveses. Mi hermano Bartolomé, residente desde hacía varios años en la ciudad, había trabado con ellos prósperas relaciones. Enterado de mi naufragio, me urgía a que yo también lo hiciera. Le dije que el momento oportuno llegaría y que por el momento tenía yo otros designios.

La indemnización que recibí de mis patronos genoveses, cuando ya me había olvidado del naufragio, más que irrisoria era humillante. La devolví con un billete insultante firmado, para más escarnio, por *El Náufrago Mendigo*. Mis hermanos Bartolomé y Diego, estaban asombrados de que en la situación en que me encontraba dispusiera yo del poder económico de que hacía gala en total mutismo de su origen.

Poco tiempo después hice boda con Felipa Moñiz de Perestrello, dama de alcurnia, hija del difunto descubridor y capitán donatario, luego gobernador de Puerto Santo. Costéé una fiesta de gran rumbo con invitados principales. Mi obsequio de boda a mi joven y bella esposa fue un collar de perlas y diamantes, digno de una reina.

Nuestra casa era una de las mejores de la villa y corte lisboeta, bastante cercana al palacio real. No tardaron en anudarse en torno mío influyentes relaciones que reconocían en mí a un gran navegante y cosmógrafo, ávidos y orgullosos de granjearse la amistad de hombre tan principal.

Al año de nuestra boda, la adorable y discreta Felipa me dio a Diego, nuestro hijo, cuyo nacimiento dio muerte a su madre. Me afligió mucho este duelo, pero había que seguir adelante. Mi suegra, la viuda de Perestrello, madre de mi difunta Felipa, era pariente del canónigo João Martins. Me abrió las puertas de su casa y de su archivo. Sabía yo que el canónigo, consejero del Rey Juan II, había recibido una carta y un mapa del gran

cosmógrafo florentino Paolo Dal Pozzo Toscanelli relativos a un posible viaje por el Poniente hacia el Levante que el rey Juan estaba deseoso de hacer para completar la fabulosa aventura de Guinea y del Oriente por el Mediterráneo.

Mi difunto suegro, horro de conocimientos náuticos, había debido su suerte a dones de otra suerte. La propia gobernación de Porto Santo se la debía al canónigo Martins, prendado durante muchos años de las tres hermosísimas hermanas del gobernador. El tríplice hechizo le duró al canónigo hasta la edad senil. Veía sus rostros hasta en las patenas. No me preocupé de estos entuertos de familia. La vida de cada quien no le atañe más que a él.

Me ocupé de buscar la carta y el mapa, hasta que los encontré. No me fue difícil sustraerlos. En pocos días los retorné a su legajo, una vez copiados en mi *Libro de Navegaciones*. Devolví las copias, no los originales, en las que por supuesto omití los datos que podían revelar las pistas de la exploración a los entremetidos y curiosos de la corte. La guerra de Portugal con Castilla no permitió al rey Juan hacerse cargo del proyecto.

Allí no podía utilizar la carta y el mapa de Paulo Físico. El fraude hubiera sido muy evidente. El canónigo Martins, presidente honorario del Consejo, no estaba tan lelo todavía como para que se dejase embaucar por la sustitución clandestina de los documentos. Y la trinidad de las beldades Perestrello, tías de mi Felipa, estaba desintegrada. O mejor dicho, había proliferado. Casadas una a una y abarrotadas de hijos, el canónigo no tenía ya quien le diese arrobo y encendiese su lucidez y entusiasmo de vivir.

Otro acontecimiento no menos secreto e importante me esperaba en Portugal. El azar me llevó a la isla de Madeira. Fue entonces que conocí allí al piloto incógnito. Ese infortunado navegante, del que ahora todos hablan sin conocer su nombre y sin saber quién es, me reveló en trance de muerte el camino a las Indias. La distancia desde las Islas Afortunadas hasta las Indias es de 750 leguas y no más, me dijo.

Al «préstamo» de la carta de Paolo dal Pozzo Toscanelli, acto inofensivo y útil para la humanidad más que para mí mismo, se sumó el secreto del Piloto. Otro préstamo que me fue deparado por la casualidad. Su muerte lo volvía impenetrable. Los rumores confusos que luego surgieron no hicieron más que reforzarlo. Los rumores maledicentes no se equivocan.

Se adivinan y comunican. Se juntan y engordan comiéndose unos a otros. Luego de un tiempo, se confunden, se anulan, se esfuman. Se

transforman en otros rumores, ya olvidados de su origen, para ser a su vez no olvidados por la flaca memoria de las generaciones.

Los datos del Piloto coincidían, casi punto por punto, con las indicaciones de Toscanelli, y éstas con el globo náutico de su amigo Martín Benhaim, salvo ese desajuste de las 300 leguas, según ya dije. Pedí una nueva entrevista al rey Juan. No me la concedió. Por el canónigo me enteré de que el monarca había enviado en secreto una carabela a buscar el Oriente por la ruta de Toscanelli. La carabela no encontró tierra en ninguna dirección. A su regreso naufragó en una de las islas de las Hespérides. El piloto contó que no había hallado tierras en ninguna dirección en seiscientas leguas a la redonda. Cuando lo supe suspiré de alivio. Un poco más y se habría convertido en otro protonauta predescubridor.

PARTE 21 - FRAGMENTOS DE UNA BIOGRAFÍA APÓCRIFA

EN un lugar de la Liguria de cuyo nombre no quiere acordarse, nació hará una cuarentena este hombre de complexión recia, crecida estatura, seco de carnes, cara alargada y enjuta, frente espaciosa con una hinchada vena en la sien derecha. El ojo izquierdo empequeñecido por una cicatriz corrugada entre la frente y el pómulo torna inquietante y perturbadora su mirada. Rojizos cabellos que han encanecido de pronto hacia la treintena de su edad. Su aspecto es autoritario y a la vez sumiso y aquiescente del que sabe mandar y obedecer. Así nos lo muestra de medio perfil el pintor florentino Domenico Bigordi, llamado Ridolfo Ghirlandaio, en un retrato tomado del natural un año después del primer viaje.

El genovés aparece revestido con su traje de almirante y tocado por un extraño bonete negro que no corresponde a la investidura naval sino a la de prior del convento de los Hermanos Menesterosos de Florencia. Hay dudas sobre este retrato. Todo en la vida del Almirante es sujeto y objeto de dudas e incertidumbres. Algunos eruditos sostienen que es el retrato de Martín Alonso Pinzón, tomado por el pintor como el verdadero jefe de la empresa descubridora. Otros, que el Almirante nunca fue retratado en vida por ningún pintor, sin contar que el mayor de los Pinzones murió en Bolonia al regreso del primer viaje acabado por la enfermedad de las bubas, según algunos, y según otros por el sufrimiento que le produjo no haber obtenido audiencia de los Reyes Católicos en su carácter de autor y actor principal del descubrimiento. De todos modos, el retrato del Ghirlandaio, conservado o más bien se diría oculto en el Museo Naval de Génova, contribuye a espesar, en genio y figura, el enigma del Almirante.

No sólo no quiere acordarse del lugar en que nació, sino que finge haberlo por completo olvidado. Probablemente el Almirante no olvida nada en su vida salvo que alguna vez estuvo vivo en ese punto preciso de la Liguria, o de cualquier otro lugar que se llevó su lugar a otro lugar, y que

ahora debe morir día por día lo que le queda de vida sin esperanza de resurrección.

Era el Almirante —dice un ilustre humanista contemporáneo que hurgó en su arcaica vida— maestro en el arte de sufrir en silencio lo que no le convenía publicar. Consumado maestro en el arte de disimular las ofensas inferidas a su persona y los daños causados a sus bienes y privilegios —cosa que le ocurrió con los propios Reyes Católicos—. Que disimulara su disgusto con el poderoso rey de Portugal cuando éste rechazó su proyecto, está en la línea de su personalidad cautelosa y paciente, pero en el fondo empecinada y altanera en extremo. Un ejemplo claro de esto: nunca rompió con el rey Juan, de quien tiene desde 1488 una carta de seguro y amparo en respuesta a un pedido que le hiciera el Almirante.

Quiere saberlo todo, pero en definitiva no sabe sino lo que le interesa y todo muy mezclado y confundido. Su costumbre de apostillar los libros que lee es de un estudiante que está aprendiendo. Es casi la mano de un niño de la escuela primaria la que garabatea esas notas agitadas e incomprensibles, escritas al apuro en la oscuridad bajo la sola lumbre de una idea fija. Se le ha puesto entre ceja y ceja despellejar la cebolla del mundo que tiene como el bulbo liliáceo trece espirales hacia arriba y siete hacia abajo, conforme lo saben hasta los cocineros de los mesones. Por allí es por donde meten la punta del cuchillo para hacer saltar las rodajas sin lagrimear, según lo ha popularizado en lengua de patanes el dicho de agarrar la cebolla por el c..., Y esto es lo que trata de hacer el mustio y larguirucho bachiller que estornuda a cada rato y llora a lágrima viva acaso por el picor de un deseo desconocido con infinidad de espirales y pellejos superpuestos.

Un día descubrió que el amor es como la luz del día encerrada en la oscuridad de un pajar, y que ese amor está vivo en un cuerpo solo y desnudo fuera del mundo en la duración de un suspiro, y que ahí había que tocarlo y morir aunque se sobreviviese después con el alma disecada y el cuerpo hecho un harnero para cernir viejas palabras vaciadas ya de su úlcera amorosa...

Simonetta, hija única de los nobles lugareños Annari Lualdi-Stassei, se enamoró perdidamente del joven cardador que llevaba de tanto en tanto a su casa paños y tejidos, zaleas y alfombras, chales, capillos, camafeos de raso y de sedas de China. No faltaba de tanto en tanto algún corderillo balador recién nacido. Una tarde se trajo una túnica más liviana que el aire y como el aire sin ningún color. El cardador la arrojó hacia el techo. Quedó en lo

alto flotando ingrávida como una mancha de niebla nocturna. Por arañas, candelabros y retablos tuvo que treparse el artífice de esa joya para rescatarla y entregarla como presente de Navidad a Simonetta. Explicó que la había tejido con pelos de dracociélagos especialmente criados y alimentados en las cuevas de la tejeduría de su padre. Los dracociélagos ven en la oscuridad. Simonetta se vistió la túnica y quedó invisible, salvo en los ojos que recorrían sonrientes el salón rosa como dos pequeñas estrellas nictálopes, ante el aplauso de sus padres y de las criadas de cámara.

Con el invierno las visitas del cardador se hicieron más frecuentes. Los ampos de lana, como de nieve y suspiro, supieron disimular muy bien la pureza del idilio. Sus padres no se dieron cuenta de que la hija adolescente sólo bebía el aire que respiraba el joven de las lanas. Nada favorecía esta suposición. Menos aún la cara caprina del muchacho, afeada por una nariz algo protuberante y más que aguileña, la que seguramente reflejaba tempranamente su instinto rapaz. Sin contar el indeleble hedor de las ovejas pegado ya de por vida a la piel del tejedor, los dedos ennegrecidos por el lavado de las lanas. Debía sumarse a estos atractivos el invencible prurito de constantes estornudos a los que él sabía dar agradables modulaciones como un consumado flautista.

El tejedor sedujo a la candorosa muchacha con su aire de halcón en acecho, de ojos penetrantes y soñadores. De pronto se volvía locuaz y recitaba fragmentos del *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto, cuentos de Bandello, de las *Mil y una noches*, variados o inventados por él. A Simonetta le fascinaba uno en especial: la historia de la «muchacha-espejismo» que aparecía sobre la extensión infinita del desierto. La voz pastosa del cardador, iluminado por la belleza de Simonetta, la inventaba cada vez, modificándola en los detalles. Contaba que el rey había ofrecido dar por ella a las caravanas que la encontrasen trescientos camellos y tres de los mejores oasis de su reino. Los camelleros se comían el sol y se bebían la arena por hallarla.

El rey mandó a sus orfebres que tallaran en oro puro las ajorcas más hermosas del mundo que él mismo quería ceñir a los tobillos de pájaro de la muchacha-espejismo. Era inencontrable. Aparecía y desaparecía alguna que otra vez en la tiniebla blanca del mediodía, siempre en un punto distinto del cuadrante.

Simonetta quería saber el fin de esa historia que el cardador demoraba adrede entre una aparición y otra. El rey —le dijo éste por fin, una vez que

se habían quedado solos— salió de su abatimiento. Sheherezada creyó que el rey había encontrado a la Muchacha-espejismo. Lo que significaba para ella el fin de sus historias y el fin de su vida. Radiante de felicidad, el señor de los desiertos se arrodilló y prendió las ajorcas a los tobillos de la propia Sheherezada. Las tenues campanillas tañían suavemente al ritmo de los relatos. Tan sensibles que sonaban hasta cuando los latidos del corazón de Sheherezada se aceleraban en la emoción de contar esas historias que tenían la virtud de detener el tiempo y de prolongarle a ella la vida.

Simonetta, como en éxtasis, dio un beso al cardador. En el lenguaje cifrado e inaudible de los enamorados éste se inclinó y le musitó al oído la conjura de la primera cita y le enseñó el camino del oasis nocturno: el granero en ruinas, sólo poblado de ratas que se pasaban devorando el cuero de los aperos de labranza. Su amor los volvía más invisibles que el argón del aire. Los jóvenes amantes sabían escabullirse del cerco de criados, de caballerizos y jardineros. Simonetta, vestida con la túnica de dracociélagos, podía zafarse de la implacable dueña que la celaba con los cien ojos bien abiertos de Argos. A la hora en que el dulce sueño ocupa a los mortales, encontrábanse por las noches en el pajar y su amor ardía en la oscuridad. A Sheherezada la salvaron las ajorcas de oro. A Simonetta la perdieron las que urdió para ella con lana de estambre el tejedor. Seis meses después, Simonetta ya no podía ocultar su gravidez. Los padres lograron que un pariente cercano salvara de la deshonra a los Annari-Stassei con un matrimonio íntimo y precipitado. Ludovico nació muerto y mató a su madre en las entrañas.

El joven ligur supo entonces que la memoria de ese amor, de ese hijo que pudo ser suyo, sólo podía caber en el mar, en la soledad o en la muerte. Huyó como polizón en un navío rumbo a la isla de Quío, posesión genovesa en el Egeo. Se enganchó luego como grumete en la armada de un rico comerciante y desapareció para siempre. Se vuelve al lugar del crimen, pero nadie retorna al lugar donde la felicidad ardió con breve llama que la tragedia apagó.

Ninguno de los hijos, y tuvo más de tres (contando a Ludovico que no nació), desde el Diego al Hernando, leales y amantes hijos, ninguno de ellos acalló el tristísimo murmullo del Nonato. Dondequiera que esté el genovés, que en el fondo de sí guarda un adolescente, un pálido joven de cristal herido, oye resbalar ese murmullo como un eco sobre el descarnado muro del viento.

Simonetta y Ludovico habitaban el limbo más secreto del navegante. Una vez más hubo de verlos, andando los años, y hasta paseó con ellos llevándolos de la mano en las tierras del Paraíso Terrenal cuando pudo llegar a ellas tras muchas navegaciones y penurias. Simonetta, feliz como siempre, hecha mujer esbelta, vestida con espumilla de niebla, y el pequeño Ludovico, creciendo en la muerte, llegado ya a la edad adolescente que tenía el padre cuando lo engendró. De tanto en tanto suele escuchar los vagidos del nonato, por lejos que esté. Y la voz de Simonetta que lo llama: «¡Vuelve, vuelve! ¡Escapa del mar, amor!...»

Después de muchos años, el joven ligur sigue creciendo en la muerte como Simonetta, como Ludovico. Vivo pero petrificado en un bloque insensible. Oye a veces un murmullo de infinita tristeza hacia el cual se vuelve el Almirante con ojos de ciego. El joven ligur murió más que ellos aunque les sobreviviera. Ya se le ha momificado el alma en la porción de amor y de pasión y de tragedia que toca, sólo una vez, a cada hombre, a cada mujer... Y ya no más... —exclama en su *Diario de memorias*. Ya no más fornicación, ni adulterio, ni alucinaciones con mocas, harto mocas, bajo el toisón de Virgo, ni con mujeres hechas y derechas cuyo capricho es lo único inquebrantable que hay en este mundo de caprichos.

La mujer ha muerto para mí. Acaso más honrado sería admitir que yo he muerto para la mujer. Aunque nunca se sabe. Muere una mujer y se la ve pasear tan campante. El hombre tras ella, siempre, como su sombra oleaginosa. Yo no duermo ya con ninguna, pero conozco a hombres que se acuestan con una mujer y despiertan con otra. Y nadie quiere tocar estos temas de pecado por miedo a la Santa Inquisición desde que al pobre Giordano Bruno le han quemado en Roma como hereje por haber hablado de cosas que no entendía.

La historia de Simonetta está bellamente contada por un compatriota y coetáneo del Almirante, el saonés Miguel de Cuneo. Encandilado, como tantos otros, por el oro de las Indias y el sabor exótico de la aventura, de Cuneo acompañó al Almirante en uno de sus viajes. Recordaron sin duda los días de la juventud, cardador el uno, descendiente de antiguo linaje el otro. Igualados ahora en la comunidad de riesgos y de intereses, el Almirante relató a su antiguo amigo y ahora subordinado marinero su secreto romance con la hija de los Annari Lualdi, a quien también Miguel

de Cuneo llegara a conocer de pequeña. Llegaron a la conclusión de que Simonetta era pariente del saonés.

Acaso para comprar su discreción y su silencio, conocedor del natural fogoso y expansivo de su amigo, el Almirante le regaló la isla de Adamei y con ella a la bellísima hija del cacique del lugar. La llevó a rastras a su cabaña. La muchacha indígena se resistía con toda la ferocidad de que era capaz a los escarceos de D. Miguel. Ya tenía éste el torso bañado en sangre por arañazos y mordiscos que la fierecilla indígena le propinaba sin ahorrarle certeros puntapiés en los testículos.

Creyó éste en un primer momento que la frigidez de las mujeres indias mentada por los españoles era la causa de su taimada resistencia. Tomó entonces un látigo y la empezó a azotar hasta que se le durmieron los brazos en medio de los aullidos de dolor y de humillación con los que se desgañitaba la muchacha indígena. Finalmente ésta se sometió en apariencia y se comportó, a partir de ese momento, como las más experimentadas mujeres de las mancebías de Saona. Su entrega fue total cuando le reveló su nombre secreto, Araguarí, el que le habían dado según las tradiciones taínas.

En un momento dado, Araguarí se arrodilló junto a los muslos de D. Miguel y empezó a jugar con su miembro. Creyó éste que el vicio del *felatio* estaba difundido también entre esas criaturas salvajes como había visto que ocurría con el de la sodomía entre los varones sometidos y vejados por los caníbales. La dejó hacer a su placer. En pleno transporte de un deleite jamás soñado en esas latitudes, sintió D. Miguel una feroz dentellada que le tronchó el sexo de raíz. La princesa indígena huyó con el trozo del mutilado genital. El ensangrentado miembro anduvo de mano en mano en medio del griterío y el regocijo de las mujeres indias que recibieron en triunfo a su princesa. El trofeo de Araguarí llegó después a manos de los caníbales que cumplieron el rito ceremonial devorándolo colectivamente en finísimas lonchas humeantes.

El propio Miguel de Cuneo refiere con lujo de detalles la anécdota en su famosa relación, sin omitir, por supuesto, al final, la triste historia de Simonetta, aunque sin aludir al Almirante. El secreto de éste estaba ahora compensado por el de D. Miguel, asegurándose ambos mutua discreción y reserva.

PARTE 22 - AMADISES, PALMERINES Y ESPLANDIANES

LOS ratos en que el ligur está ocioso, que son los más del año, ya en posadas malolientes de puertos o en las largas rutas marítimas, se atraca día y noche con la lectura de los libros de navegadores y exploradores, los Amadises, Esplandianes, Palmerines y Doce Pares del Mar, sin olvidar a Florismarte de Hircania, ni al joven marinero Tifis, el primero que hizo navío y que guió a los argonautas hasta la Cólquide y los puso bajo las barbas del propio Vellochino.

Éstos son para él los Caballeros Navegantes. Sin sus salidas al mundo de la aventura, el mundo real no habría sido conocido y él no estaría navegando por el Mar Tenebroso. Su preferido es Marco Polo, el de las tierras de Asia, el gigante veneciano a quien el Gran Khan le obsequiara un yelmo de oro por sus servicios. Podía cortar por la mitad de un solo golpe con el filo de su espada al enemigo más corpulento. Podía escribir con la punta pequeños poemas chinos en un pétalo de loto. Ha leído el ligur más de cien veces su *Libro de las cosas maravillosas*, y se lo tiene aprendido de memoria.

En resumidas cuentas, tanto se enfrascó en estas lecturas, pasando las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio trajinando esas miles de páginas con los ojos y los dedos en la lengua, que no lograba saciar su curiosidad y más y más crecía su desatino. Así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro con el que celebraba esas maravillas.

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, sergas y monsergas de encantamientos como de pendencias, batallas y desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates en los que toda imposibilidad hace su nido. Asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad todo el aparato de aquellas soñadas invenciones, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Podría decirse que enloqueció de oír y leer historias contadas por otros porque él era incapaz de inventar ninguna. Pues así como algunos caen en

la obsesión de contar y enloquecen de ello, a él le dio por leer las historias contadas y remontarse a través de ellas hasta extraños hogares. Cayó en la manía de que aquellas historias, en particular la de descubrir un mundo resplandeciente de oro y pedrerías al otro lado del mundo, él podía ir pasándolas poco a poco a la realidad. Y esto sin ser historiador ni poeta.

Vivía pues nuestro hombre en medio de una babel de libros. No le iba en menos ser antepasado y émulo del futuro Caballero de la Triste Figura. Nada de lanza en astillero ni adarga antigua que le guardasen, ni rocín flaco que le soportara, ni galgo corredor que le ladrara. Súbdito extranjero en cualquier parte, más que hidalgo; advenedizo con su mucho de labia y su poco de pícaro, eso sí, más que segundón, siempre vestido de luto pobre, lleno de remendones y zurcidos, entre fúnebre y alumbrado como un velón de entierro.

Leía todo el tiempo lo que le viniese a la mano; de día el libro abierto en una mano delante de su ojo sano, pues el otro lo tenía trastabado y regañado, la otra mano metida en los fondillos del jubón. Paseábase a grandes zancadas entre marciales y litúrgicas, pues no podía leer sentado. Lo que además le parecía una falta de respeto a los libros como recipientes del saber y a los autores que admiraba. Rasgo de urbanidad que más de una vez le costó estrepitosas caídas y hasta cabezazos contra la pared.

Se paseaba y leía en voz alta repitiendo los párrafos hasta estar bien seguro de que al menos los granos gruesos quedaran cribados en el filtro de su memoria rehacía a la escritura. En llegando la noche, encendía una palmatoria y continuaba su marcha de lector peripatético a la luz de su candela de sebo. Por mucho tiempo fue su sola estrella doméstica. Tenía el presentimiento de que la luz de una candela iba a marcar algún día el mayor acontecimiento de su vida. En todo caso, el fuego constituía para él el elemento primordial de la naturaleza. En un antiguo bolso de piel de león guardaba dos pedazos de hueso de la fiera con cuyo frotamiento hacía saltar la chispa que encendía su candela. Luego empezaba a marchar y la lectura comenzaba a rugir.

En la primera página de su Libro de las profecías tiene apostillado este epígrafe, que él llama pro-locuo: «Una cosa es escribir como poeta y otra como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron sino como debían ser; el historiador las ha de escribir no como debían ser sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.» Vano exorcismo. Le alucinaban cada vez más los libros de fantasías, así surgiesen

inspirados en la realidad más cruda, en los que se contaran las cosas no como fueron y no como debían ser, sino como la invención del más puro delirio. Sostenía que la realidad sólo podía ser vista y sentida en todas sus dimensiones a través de las más locas fantasías.

Desvelábase nuestro hombre por entender y desentrañar el sentido de estas historias de los Caballeros Navegantes, que no lo sacara ni entendiera si resucitara para sólo ello el mismo Aristóteles. Sólo tenía fe en Juan el Evangelista, porque le consideraba un visionario como lo era él mismo, y en Sócrates, el sabio más puro de la antigüedad, que no escribió una sola letra en toda su vida. Consideraba un agravio a toda la cultura del mundo que lo acusaran y condenaran a muerte por atacar a los dioses y corromper a la juventud y que pusieran fin a su luminosa vida haciéndole beber la cicuta. Fuego o veneno, la Inquisición era la misma en todas partes.

En todos estos sabios y en particular en los cosmógrafos y astrólogos de la antigüedad el joven marino alimentó su obsesión de descubrir el mundo en toda su complejidad y extensión. Su locura era sin embargo opaca y apacible. Se disimulaba muy bien en un reflexivo silencio de ojos entornados como si todo él se volviese para adentro y se dejara caer en sus profundidades. Hablaba poco, menos que nada. Sabía que más pronto cae un hablador que un cojo, y él buscaba librarse de caer evitando el tropezón de las palabras.

No lo hacía el ligur por artificio sino por necesidad de su temperamento, al punto que le tenían por prudente, discreto y maduro. Cuando debía contestar a alguna pregunta respondía siempre con la misma pregunta, pero en forma afirmativa, pues sostenía que en el diálogo humano lo único importante es la pregunta y quien pregunta con verdad ya no necesita respuesta. Lo que dejaba intacta la pregunta suma: «¿Por qué la verdad ha de preguntar si ella misma es ya la respuesta?», escribió en su *Libro de las cosas extrañas*.

La única anormalidad que le trajo su mansa locura fue que cuando tomaba un libro para leer volvía a atacarle el antiguo ictus del estornudo que ya en la adolescencia le había hecho imposible la vida entre las lanas de la tejeduría paterna. Esos estornudos encadenados podían persistir horas y aun días mientras durase la lectura de un libro, de cualquier libro, sobre todo los más sobados y polvorientos portulanos, códices e incunables.

La pituitaria no es una glándula selectiva. De modo que el aspirante a caballero navegante debía leer sus libros en una permanente llovizna que borroneaba y empastaba las páginas. Tuvo que fabricarse una sombrilla de hule con dos agujeros para sólo meter la vista sobre lo escrito protegiendo la página de sus aguaceros equinocciales. Es probable que de esta circunstancia desdichada derivase su odio a los libros voluminosos.

El joven novicio Bartolomé de las Casas, su amigo y futuro comentarista, dolido de su mal, le indujo a leer *De omni re scibilis* del sapientísimo Pico de la Mirandola, su compatriota. Las narices pluviosas llovieron a más y mejor. El marino genovés no entendió el volumen y dejó que se le cayera de las manos a medias lecturas, a medios viajes de no más de cien millas náuticas.

No podía leer un libro de más de cien páginas no por pereza ni por fatiga, sino porque entendía que lo que no pudiese ser condensado en menos de cien páginas no valía la pena de ser leído. Leía cien páginas y cerraba el libro, aunque contuviera mil, imaginando el resto, en beneficio y ahorro de su tiempo como lector y a mayor gloria del autor.

Del famoso mamotreto de *Tirant lo Blanc* leyó las cien páginas consabidas de la primera parte. El resto lo dejó librado a su imaginación, en la secreta convicción de que mejoraba el original. Creía, incluso, que el propio Joanot Martorell debía de estarle agradecido por esa lectura de lo no leído, enriquecida por lo imaginado.

Sólo cuando, dos años antes del viaje a las Indias, apareció la segunda parte escrita por Martí Joan de Galba o por Alonso Fernández de Avellaneda (si no eran cosmógrafos o astrónomos los autores, siempre se le confundían los nombres), leyó el *Tirant*, entero y con provecho, en un mesón de Argamasilla de Alba, comiendo jamón y pan mañana, tarde y noche, durante dos meses seguidos sin que le alcanzaran para más los ochavos del navegante parado en tierra firme. Sintió que este libro le confortaba en sus peregrinaciones por las cortes europeas en busca de ayuda a su proyecto.

Descubrió también que los libros esenciales crean su propia lengua. Por un tiempo volvió a hablar un perfecto catalán en Castilla mientras leía el *Tirant*. Cosa que también le había ocurrido en Lisboa donde por un tiempo habló el perfecto castellano de los tiempos heroicos mientras leía los romances anónimos del *Cantar de Mío Cid*. Y en España no le fue difícil comunicarse en dócil portugués mientras leía *Os Lusíadas* de Camoens.

En Castilla, sin embargo, tuvo que inventarse su lengua luso-hispano-ligur que iba a pasar a la historia como la *Lengua del Descubrimiento*, superior a todas las otras porque no era una lengua de escritura sino de hechos que se forjaron en el mar a fuerzas de penurias, trabajos e infortunios; hechos que sólo después pasaron a los intrincados manuscritos del Almirante puestos en limpio, depurados y destilados, según el estilo de cada cual, por escribas ociosos, por oficiosos copistas, entre los cuales se cuenta el narrador de esta vera historia del Almirante Magnífico y Vicediós en desgracia.

Al regreso de uno de sus viajes de corso por el Mediterráneo, el lector demediado devolvió a su amigo y propietario, Las Casas, el libro *De omnire scibili*. Creyó éste, en un principio, que se trataba de un queso de bola. No era más que una bola de engrudo petrificado. El navegante le dio en cambio una buena noticia: el mal tiempo de los estornudos había pasado. Estoy curado del romadizo de las lanas —le dijo—. Sólo que ahora ya no pierdo tiempo en escribir sino en apostillar libros escritos por otros y almacenar el grano ajeno en la troje.

Sabía ya todas las cosas que pueden saberse y algunas más. En el fondo de sus ojos había crecido el ascua de la pasión única: esa obsesión total que concentra el pensamiento en un foco invisible en su propio resplandor fuera del cual todo es tiniebla, ignorancia absoluta. Él sabía ahora que la extrema condensación de un pensamiento era ya casi el porvenir.

Mostró a Las Casas una herida de labios aún abiertos junto a la nuez de Adán. En el golfo de Guinea —contó— su barco había tenido un combate con el de unos piratas turcos. Alguien le clavó una azagaya en la garganta. Estuvo varios días sin poder emitir sonido alguno. Recuperó la voz y no volvió a sufrir molestia alguna en las vías respiratorias.

En sus paseos volvieron a hablar del proyecto de Indias. Fue entonces cuando el ligur dio a su amigo el consejo de que una vez descubiertas las Indias y cristianados los indios, aprovechara la trata de esclavos negros llevándolos del África al mundo recién descubierto para aliviar el trabajo de los naturales. El futuro dominico y uno de los presuntos inventores de la Leyenda Negra sobre las atrocidades de Indias, se mordió el labio superior y quedó pensativo. Sólo un instante después murmuró: «¡A su merced se le ocurre cada cosa que parece dos!...»

El futuro dominico le dijo que en los reinos que el futuro Almirante iba a redescubrir en el Asia y el Extremo Oriente, el comercio del oro y de las especies ya estaría bien organizado y no habría necesidad de esclavos indios, blancos o negros. Salvo la conversión de los gentiles a la fe del Dios católico que estaría a cargo de sus siervos evangelizadores. Esclavitud teológica, más atemperada que las otras, de algún modo.

En cuanto a mí —reflexiona en voz alta el futuro Almirante, la barbilla clavada en el pecho—, ya tengo hecho mi contubernio conmigo mismo. Si esas tierras que voy a descubrir no tienen oro, lo cual las haría inútiles y perdidas, de seguro tendrán gente. Se puede la prender a toda ella y traella como esclavos y consumilla en las minas, y aun vendella a buen precio en las granjerías de la misma España y aun del resto de Europa.

—¡Oigan sus oídos lo que su boca dice y no trabaje desde ahora para su perdición! —resopló fuerte el seminarista.

—¿No está dicho en las Escrituras que el hombre mentiroso perecerá? Mas el hombre que oye permanecerá en su dicho.

—Está dicho también que el hombre impío esconde su rostro y sus palabras; mas el recto ordena sus caminos.

El joven ligur ha cambiado mucho. No sólo han desaparecido los aguaceros nasales. También la locura del juicio se ha convertido, sin que tampoco él se de cuenta de ello, en su segunda naturaleza, fortificada por la robusta salud de los insanos encalabrinados por su desvarío.

Las muchas cosas que pueden saberse (y algunas más, como agregó algún chusco gálico o tedesco al título del libro de Pico de la Mirandola) las sabe el ligur a su guisa y esto siempre del lado del pie cojo. Tampoco entenderá La primera cena de Leonardo, pintada diez años antes del Descubrimiento, cuando lo visita en su taller de Florencia, pero quedará deslumbrado por sus máquinas de volar y navegar. Con estos artefactos «sí podría hacerse apriesa el abscondido camino hacia las tierras ignotas por donde hasta hoy no sabemos por cierta fe que obiera pasado nadie...», escribe en sus Profecías.

¡Ah el abscondito camino que le alucina!

Formado en el duro oficio de marino, no entiende muy bien la agitación de las Cortes, la hipocresía de los cortesanos; menos aún la falsa

atmósfera de foros y cenáculos científicos y literarios. No le falta sin embargo cierto instinto práctico para lidiar hasta con esas especies extravagantes de lunáticos, de togados epicenos, flacos chirimíos, dulcineos de pluma y de dulzaina, de bovinos canónigos de enormes coranvobis, floripondiosos y pintarrajeados poetas, astrólogos de la escritura... Ni el Arca de Noé que los salvara del Diluvio.

PARTE 23 - CUENTA EL NARRADOR. EL MARINERO TIFIS

MUY joven trocó por el mar las agujas de tejer que sus progenitores no lograron hacerle entretener más allá de los diecisiete años, cuando la muerte de Simonetta Lualdi lo dejó a oscuras y debió huir en noche cerrada. Mucho antes de hacer navío se sintió ya hijo del mar, pues a la propia Simonetta la sedujo con historias de caballeros navegantes cuyas hazañas le aseguraba que iba a tratar de emular y sobrepujar. De modo que cuando Simonetta murió, él cumplió su promesa de hacerse a la mar ya que el mundo terrestre sólo le había deparado sinsabores e infortunios.

Ninguna otra mujer, de las muchas que él negó o que le atribuyeron (...*a tornadizo navegante / en cada puerto una amante...*), pudo borrar en su alma seca el rostro angélico de Simonetta. En la Gomera se cuentan aún algunas historietas urticantes del genovés con su amante Beatriz de Amorós y Bobadilla.

Una noche, el genovés huyó en paños menores perseguido por Beatriz que lo amenazaba con un arpón ballenero. Lo hizo trepar a un copudo gomífero. ¿Dónde crees estar montado, marinero?, se le oyó gritar a Beatriz abajo. En un árbol del principio del mundo..., contestó el ligur. Pues te quedarás ahí hasta el fin de los tiempos..., le replicó la montaraz mujer, montando guardia con el arpón. Al amanecer dejó descender al cuitado, hecho una bola de caucho derretido de calor. Regresaron a la casa abrazados tiernamente como si se volvieran a encontrar después de un largo viaje.

Con la sinuosa fe del converso sólo cree en la verdad de las agujas de marear. A ellas se remite, y ya ha trazado estelas en todos los mares y océanos del mundo. A los que alaban su ciencia de marino siente necesidad de replicar: «Ya dije que para la ejecución de la empresa de Yndias no me ha aprovechado razón, ni matemáticas, ni portulanos, ni mapamundos. Lo soñado antes no se puede estudiar ni convertir en teorías. Llanamente se cumplió lo que dijo Isaías, e también lo que dijo el profeta Esdrás», escribió altanero el ligur en su *Libro de las Profecías*.

Este hombre elegido por la casualidad está tratando de formar su leyenda. Invoca en su ayuda nombres que ya están fuera del tiempo y que no podrán testimoniar en su favor. Esto aparte de que tanto el profeta Isaías como el profeta Esdrás no habían dicho una palabra sobre tales Yndias y menos sobre el viaje del genovés. Lo que él busca nadie lo sabe más que él que es al fin de cuentas quien menos sabe lo que busca..

Fraguado entre dos edades, no parece un ser de este mundo. Semeja más bien un producto de alquimia deshumanizado en el corazón de lo humano. Residuo prehistórico que se adelanta a la historia y la prefigura. Nacerá póstumo con quinientos años de retraso y morirá de muerte anticipada, en total abandono y olvido de coetáneos, antepasados y descendientes, con mil quinientos cuatro años de antigüedad. Muere cuando muere Isabel la Católica, su protectora, dos años antes de su propia muerte.

Los acontecimientos humanos y los hechos naturales han elegido a este hombre de todas partes y de ninguna como puente entre dos edades. Lleva el alma quebrada por la mitad: una parte de ella permanecerá enterrada en el sombrío Medioevo; la otra, apuntará hacia el recién nacido Renacimiento, con el que no tendrá posibilidad alguna de identificarse, pero que de todos modos apoyará su luminoso pie sobre este escalón de piedra negra.

La hazaña inverosímil de este hijo de cardadores y tejedores, de la que él mismo no tiene la menor idea, es la palanca que levantará el mundo de la Edad Moderna. Todo él está alucinado por una realidad que no conoce, a la que nunca verá la cara y que le tiene cogido por la nuca. Ha puesto apostillas a varios fragmentos de la tragedia Medea, de Lucio Anneo Séneca. En el reverso de la página 59, el genovés tradujo y copió el fragmento del maestro cordobés que corresponde al coro del segundo acto:

*... Vernán tiempos a los tardos años del mundo
en los cuales la mar oceána afloxa
los atamentos de las cosas
y se abrirá una enormísima terra incógnita y un nuevo marino,
como aquel que guió a Jasón en el descubrimiento
del Vello de Oro,
un marino que oye el nombre de Típhi
descubrirá un Nuevo Mundo
y entonces non será la Isla de Tíle la postrera de las tierras...*

El traductor cambia el nombre de la diosa Tetis —que usó Don Lucio Anneo—, la más joven de las Titánides, casada con su hermano Océano, con el que tuvo miríadas de hijos, y lo sustituye por el de Tifis, el marinero adolescente, el primero que hizo navío, guía de Jasón en la nave Argo.

Don Hernando, uno de los hijos del Almirante, su biógrafo, mediocre retórico pero bibliófilo excelente, colombófilo de vocación (adoraba las palomas), apostillará a su turno el fragmento numinoso:

«Esta profecía fue cumplida por mi padre /... el Almirante, en el año 1492...

A más de un milenio y medio del vaticinio de Séneca, el Almirante es Jasón pero también Tifis. O por lo menos se toma por ellos, o los toma como alegoría del viaje en el descubrimiento y conquista del Orbe Nuevo, del Vellochino de Oro de la edad moderna. Ya han pasado los tardos tiempos y es llegado el nuevo tiempo en el que se aflojarán los atamientos del océano y se abrirá una nueva tierra al nuevo marinero que va a descubrirla. Sólo que ahora los nuevos argonautas se han levantado en abierta rebelión contra Tifis.

A Levante por el Poniente siguiendo la ruta del sol, a la inversa de las caravanas terrestres en peregrinación por las rutas del Mediterráneo y del África, busca un camino desconocido hacia el mundo conocido del Extremo Oriente. Pero él no sabrá que ha descubierto uno distinto del que buscaba y morirá sin saberlo. Creerá hasta el último suspiro que ha llegado hasta las tierras fabulosas de Cathay y del Cipango, a los dominios del rey Salomón y de la reina de Saba, a los reinos de Tarsis y de Ofir. Éstos eran el destino real de su viaje; destino al que el Gran Ausente jamás llegó.

El mundo da muchas vueltas, lema del navegante genovés, se cumplió para él una vez más. Después de dar vuelta al mundo de su propia ausencia descubrió sin saberlo un mundo real pero lo encubrió en seguida con el mundo de su obsesión, de su ambición. Sólo después de muerto el Almirante los europeos descubrirían el tardío descubrimiento, y ya otro, que no el suyo, sería el nombre que le pusieran al mundo de estas Yndias que no eran las Indias de los europeos.

Ignorará el Almirante que ha descubierto el borde de un mundo, descubierto antes que él, miles de años antes, por protonautas primordiales de la Edad del Fuego; luego por protonautas de la Edad del Hielo. Acaso también por oscuros marineros europeos arrastrados por las tempestades

más allá de las Puertas de Hércules, más allá de la Última Tule, que evidentemente no era la última.

Esas tierras ya están pobladas. El Almirante lo sabe. Va a descubrir a su turno a esas gentes. Después hablará de ellas como si no las conociese, denigrándolas e imponiéndoles desorbitados tributos y extorsiones. Y aquí el encubrimiento va a rayar en menosprecio, que es otra forma de negar lo que la humanidad tiene de mejor en cualquier parte, bajo cualquier piel, bajo cualquier sangre.

Su destino es saber y no saber. Descubrir y encubrir. Ser glorificado y humillado. Poseer la riqueza del mundo y pasar al otro en la indigencia. Dio a los europeos un mundo que no lleva su nombre, como si hasta las genealogías lo omitieran con vergonzante pudor. Pero aun de este encubrimiento de su nombre él fue el responsable. Al fin de su vida encomendó a su compatriota y amigo Amerigo Vespucci «que fiziese todo lo que pudiese por ese mundo descubierto por él y completase todo lo que él ya no hobiese de poder fazer».

Se reproduce entonces una situación pareja y paródica a la que tuvo el Almirante con el Piloto. Curiosa simetría. A pocas horas de emprender en su lecho de agonía el quinto viaje a tierras ignotas de las que no se vuelve, dicta esta manda a su hijo Diego: «... fablé con Amerigo Vespuchi, portador d'ésta. Es mucho hombre de bien y siempre tuvo deseo de me fazer placer. La fortuna le ha sido contraria como a otros muchos, como a nosotros mismos... Él va por mío y en mucho deseo de hacer cosa que redonde en mi bien y alcance a redondear mis bienes, si a sus manos está... Trabajad por él y con él, si os puede aprovechar, que él lo hará todo y lo porná en obra... y que sea todo secretamente porque non se haya d'él sospecha... Yo, todo lo que se haya podido decir que toque a esto, se lo he dicho ya e informado de la paga que a mí me corresponderá en lo que el Vespuchi haga en mi nombre, bajo su nombre... Todo vendrá a su hora de la mano de Nuestro Señor, que te haya en su santa guardia... Tu padre que te ama más que a sí...»

La misma noche Amerigo Vespucci vino a visitar al Almirante y éste le confió a su vez el secreto que el Piloto le había confesado en trance de muerte. Sólo que ahora ese secreto se había hecho realidad y era, no ya solamente una isla habitada por mujeres, sino todo un mundo nuevo de inconmensurables dimensiones y riquezas. Sin percatarse de que el Almirante había llegado al punto de no retorno, D. Américo le invitó a

brindar con un trago del mejor vino de Valladolid el traspaso de poderes. —
Otra vez será, caro mío... —musitó el Almirante.

PARTE 24 - MEMORIAS DESMEMORIADAS

HACE tres días con sus noches que el Almirante escribe sin cesar en su Libro de Memorias. Justo los tres días y noches en que la nave está al paio. No hay una gota de aire en las velas, pero sí los signos cada vez más cercanos y amenazadores de una tempestad. El terrible calor agrieta el cielo plumizo, color vientre de pescado muerto. Jadea el hombre con la boca abierta, como un pez colgado del anzuelo.

Se levanta pesadamente arrastrando la pierna tal un leño que colgara de él. Guarda el espeso y sobado libro de comercio en el cofre de bronce que vigila la cabecera del lecho. No se olvida de echarle las consabidas siete vueltas de llave. Suele alternar la escritura de sus anotaciones diarias en el Diario de a bordo y en el Diario del Descubrimiento con las del Libro de Memorias, el Libro de las Profecías y el Libro de las cosas extrañas. De los cinco centones, el único que se apodera del lector desde las primeras líneas por su austeridad y naturalidad es el Diario de a bordo. Los otros flotan en la retórica ambigua y ambivalente del dominico Las Casas y del hijo archivero Hernando, sus copistas y restauradores.

Esta vez sólo se ha atacado encarnizadamente a escribir con letra convulsa en El Libro de las Memorias. Asienta en sus folios los ajustes de cuenta de sus sentimientos y resentimientos. Los párrafos van zigzagueando entre listas de mercancías, baratijas para el trueque, que él llamará rescate: cuentas de vidrio, cascabeles, alfileres, espejuelos (lleva varios miles), cajas de bizcochos, botellas, armas, nómina de tripulaciones, arqueos de ingresos, donaciones, deudas. En el estilo de las viejas casas comerciales y marítimas de Génova.

La letra minuciosa y perfilada de escolar aplicado en los asientos comerciales, se torna ilegible y rencorosa en la escritura privada. Ésta oculta por transparencia sus olvidos reales o deliberados. Se diría que este hombre opaco, adusto y despreciativo, busca desesperadamente que sus memorias íntimas sean públicas alguna vez. Escribe un mensaje para ser

lanzado en una botella al mar. Trata de adelantarse al futuro hablando del pasado. Pero el librote no cabrá en una botella. Va a tener que arrojarlo en un barril. Lo tiene previsto. Ha mandado a los maestros calafates de su mayor confianza aparejar un tonel totalmente hermético e insumergible con guardas de hierro. Se oye su clamor a la posteridad : «¡Arrojad la red aquí, en las inmediaciones de un mundo que no será descubierto sino encubierto por mí!... No creo en las glorificaciones póstumas. La posteridad no es rentable. Éste es el lugar del mundo donde me encontraréis... Adiós...»

Tiene el Almirante la apariencia de un condenado a muerte que debe revelar todo lo que sabe o recuerda antes de la ejecución. En el margen de la portadilla ha escrito, acaso hace mucho tiempo, u especie de epígrafe o epigrama: La máxima condensación de un recuerdo es ya casi el porvenir...

La tinta está seca de varios años. Pero es evidente que el Almirante ha perdido la memoria o no se interesa ya en la pulcritud cronológica. En todo caso la condensación memoriosa se ha evaporado. Mezcla el Almirante en su almirez recuerdos y presagios. Amores y enconos. O mejor dicho, enconos sin amores. Requerimientos, protestas, reclamos, consejos, ocultamientos, descabelladas ambiciones, ilimitada austeridad, implacable rigor consigo mismo y con los demás. Escribe acerca de ellos como si se tratara de sentimientos ajenos que nunca formaron parte de él. El bloque pétreo de esa voluntad en permanente estado de estallido y fusión cree encontrar sus fragmentos fuera de él. Se siente perseguido por la difamación, por los imitadores, por la conjura de los rivales.

No lleva más que un par de ojos de uso interno. Esto ocasionará su perdición. No puede ver hacia afuera sino lo que esos ojos le hacen ver hacia dentro. Si le alucinan los espejismos hace responsable a la realidad de tales fantasmagorías. Es furiosa y metódicamente pragmático. Pero ese pragmatismo no es más que el espejo deformante de sus quimeras, instalado en su mente y llevado al extremo límite de la deformación.

Experto navegante, inepto cosmógrafo, ignorará hasta el último suspiro qué es lo que ha descubierto. O peor aún, se empecinará en «descubrir» el Oriente asiático en las tierras ignotas que no llevarán su nombre, sino el de su colega y amigo don Américo. Sus memoriales a los Reyes, los reclamos y los pleitos de doscientos años, que aún continúan, testimoniarán hasta la saciedad sobre este error inicial. Lo que no empece la

magnitud de su hazaña sino que exalta el insondable poder de la imaginación aun ligada a una obsesión equivocada.

Trata en lo personal, sin esforzarse demasiado, de mejorar al leerse la imagen interior que tiene de sí. Aprendiz de todo, maestro de nada, no se empeña en buscar giros ampulosos y alambicados. Pierde menos tiempo copiando descaradamente a los autores clásicos y modernos. Ensaya aquí y allá gorgoritos de un lirismo de segunda mano. Un arte gótico tardío degrada al máximo su retórica de lobreguez medieval. O el falso brillo de miniaturas arábicas calcadas de *Las Noches*. Tentación al parecer inescapable de aprendices escripturales.

Parece desconfiar de su lealtad a los Soberanos y se esmera en declamarla. A la menor ocasión, vengan o no a cuento, repite como un encantamiento sus constantes protestas de adhesión y vasallaje a los Reyes Católicos y en particular a la Reina. Par de su devoción a la Reina del Cielo. ¿Espera acaso que esta machacona insistencia de sumisión y acatamiento oculte o disimule su ambición de consolidar su poder absoluto sobre las tierras que le han mandado descubrir y conquistar? ¿Puede el futuro Visorrey de estas tierras vasallas ser vasallo él mismo de una Providencia Superior? En su fuero íntimo, el Almirante parece albergar otras ideas. No le fue posible traducirlas en hechos pues el título de visorrey de las Indias quedó definitivamente anulado.

En cuanto a su imagen, no busca inmolarse al culto de una falsa modestia. No insiste mucho en lo que desearía ser o en cómo querría que los otros le viesan. Su capacidad de disimulo es de otra especie. Sabe que la única manera de mentir correctamente es decir la verdad como si mintiera. Y en cincelar esta máscara se esmera con la sufrida estolidez de un derviche.

Cuando él mismo declara que ha robado la carta y el mapa de Toscanelli, o que ha robado el secreto del piloto muerto, no lo hace sin antes haberlo negado al sesgo, rotundamente, anticipándose a cualquier sospecha maledicente. O para negarla con redoblada energía, más adelante, en el momento en que lo crea oportuno.

Los principios de su método son simples. Nadie se confiesa de buenas a primeras como autor de robos flagrantes. En su descargo, compone melancólicas filosofías sobre el robo a los muertos y sobre *la palabra robada*, sacadas de distraídas lecturas de Luciano de Samosata, en particular de su Diálogo de los muertos, y de otros autores de la antigüedad.

Sabe que la confesión increíble será atribuida a los copistas y correctores que han metido mano a sus escritos; a los cronistas de imaginación novelesca que han reinventado y reescrito, «robado», sus escritos. Rinde, eso sí, su forzoso homenaje de acatamiento apologético a la Santa Inquisición glosando el libro de Pedro Páramo que escribió el Manual del perfecto inquisidor, considerado el catecismo oficial del Santo Oficio.

Su mayor aspiración es escribir con los hechos marítimos un libro semejante al Quijote, como la epopeya suprema de la lucha entre el bien y el mal. Le intriga cómo lo concebirá y escribirá su autor un siglo después. Cuenta con el respaldo de numerosos y falsificados Cides Hametes Benengelis. Este Quijote no es honrado como el Otro. Derriba molinos de vientos a nombre y por cuenta de otros. Ha olvidado su antigua pasión por los Caballeros Andantes y por los Caballeros Navegantes. En su juventud, cuando vendía libros de estampas de Amadises y Palmerines, de Marcos Polos, de cardenales y papas cosmógrafos, entre viaje y viaje, en su imaginación confundía las historias, los personajes y los hechos, los escenarios y los tiempos de hechos memorables. Continúa mencionando en ellos los nombres de las tierras de Cathay, de Cipango, apenas desfigurados por las que él cree que son corruptelas de las lenguas comarcanas. Los seguirá confundiendo hasta la confusión final de su testamento acrecido con los flequillos multicolores de los codicilos, flores de ultratumba que no florecerán ni nadie recogerá.

Los libros le daban para comer y soñar. Y entretanto pasaban cosas en la historia. La que se hace todos los días, la que recoge los acontecimientos descomunales como los más insignificantes y anónimos. Cuando muere el Almirante en Valladolid, el 20 de mayo de 1506, se inicia en Roma la construcción de la Catedral de San Pedro, Juana la Loca, hija de Isabel la Católica, reina en España por mediación de su esposo el príncipe Regente, Felipe el Hermoso, y luego, cuando éste muere, por mediación de su padre, el ex rey Fernando. La Torre del Oro, inaugurada al retorno del primer viaje del Almirante, sigue tan vacía como antes. El oro no afluye a la Torre que le ha sido construida. Los sótanos blindados deben de hacer aguas por toda partes. Los conquistadores están arrasando poblaciones y culturas milenarias y sometiéndolas a esclavitud. El iniciador del holocausto americano muere sin que nadie se apiade de él.

Nadie da demasiada importancia al óbito del Almirante, caído en desgracia. Deslizamiento inevitable de todo ambicioso fracasado en la

pétrea terquedad de sus propios errores: ese hombre arrastrado por una voluntad tan colosal llega a navegar mares que no existen, a cambiar tierras y montañas de lugar, a buscar el no lugar, a trastocar nombres, longitudes, latitudes, fechas, años, épocas, razas, culturas, religiones. Este hombre a quien nadie conoció bien y a quien muchos quisieron muy poco se extinguió como la candela de su palmatoria. De tan excesiva la ambición de un hombre como él se volvió anodina. Este hombre, este personaje, que parecía embalsamado en vida, que no sufrió ninguna transformación hasta el instante mismo de su muerte, no dejó más que una secuela de pleitos, una confusa estela de naderías.

El poder de la escritura no le permitirá ni a él ni a sus herederos entrar en la posesión de tierras y privilegios otorgados, suspendidos y finalmente negados. El poder de la escritura sólo existe cuando es escritura del poder. Así sucedió cuando el Almirante, en nombre de los Reyes firmó el acta del Descubrimiento y tomó posesión de las Indias en la equivocada fecha del 13 de octubre de 1492. Después de esto la escritura no le sirvió para nada, ni siquiera para conservar los dones y títulos que a título póstumo le habían conferido. Ni siquiera para renunciar a ellos.

Harto de no tener razón, de no cosechar más que derrotas y fracasos, de comprobar a cada paso la ineficacia de sus métodos, decidió hacer otra cosa. Decidió finalmente no hacer nada. Consideró que había llegado al último minuto de su final cuarto de hora. Y que debía irse de este mundo sin pretender llevar la piedra filosofal como cabezal de su féretro.

Casi en la misma fecha de su muerte, como hablando de hechos sucedidos en la antigüedad, el cura Bernáldez, párroco del pueblo Los Palacios, en Sevilla, escribe: «En el nombre de Dios Todopoderoso, en lueños tiempos hubo un hombre de la tierra de Génova, mercader de libros de stampa, que trataba en esta tierra de Andalucía de vender a los Reyes Católicos las tierras del rey Salomón y redimir a los numerosísimos gentiles que había en ella...»

Nadie se acordará de él hasta casi el final del segundo milenio. Y entonces resurgirá como otro: la imagen de un hombre oscuro, sin rostro, sin nombre, sin edad, sin memoria; la leyenda de un hombre que quiso ser importante y que en realidad no importó a nadie. Quiso llegar a lo más alto y sólo pudo vivir bajo su línea de flotación, sumergido en la humedad, en el catarro, en los disgustos, en la incoherencia total. Trató de querer lo que más odiaba y odió lo que más quería. Quiso lo que no quiso.

En su aislamiento, el Almirante antes de morir se siente huérfano desde la muerte de la Reina, su protectora. Se siente borrado por la niebla de un anticipado traspapelamiento. Es el primer protonauta de los Archivos de Sevilla cuyo naufragio en un mar de papeles nadie sabe muy bien dónde ha ocurrido. Sobre este desconocido se han escrito no obstante más libros que granos contiene la arena del desierto; tantos, que con ellos se podrían construir las pirámides de Egipto. Y aún sobrarían para erigir otras tres.

Ya en el límite extremo de su vida se operará en él una transformación repentina e increíble. Algo semejante a un estallido, que lo rescatará, en tanto ser humano, como uno de los más enigmáticos personajes de la historia de Occidente. Nadie se enterará tampoco de esta última y única transformación antepóstuma del Almirante, vuelto a su verdadera naturaleza de mendigo y peregrino de mar y tierra. En su Libro de las Memorias dejó escrito: «No temo a la muerte. Temo al desaparecido que aparece cuando se queda verdaderamente solo...»

PARTE 25 - EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

CIEN años después vendría el Quijote. Pero el futuro Almirante ya lo había presentido con esa especie de premonición absorta que los héroes soñados inspiran a sus lectores ingenuos y alucinados y los impulsan a imitarlos. Héroes que únicamente las grandes novelas acogen y hacen revivir en sus páginas o anticipan en el juego de fantasmas que el mito con el tiempo mantienen para esparcimiento y regalo de todos.

El Caballero de la Triste Figura pudo tal vez ser imitado un siglo antes por el Caballero Navegante y ser éste su más notable antecesor. Sólo que lo hizo al revés y se convirtió en su polo opuesto. Le faltó la grandeza de alma que el otro tenía. Nadie pareció enterarse de ello. Los tiempos patas arriba, trastocados por los poetas, trabucan el orden cronológico, caro a los científicos de la historia, pero no pueden trastocar el flujo interior de las fábulas sin las cuales la gente sencilla y común no puede vivir.

El autor del *Quijote* —como otro de sus personajes, el celoso extremeño que recalaba en Sevilla, santuario de todos los sueños y utopías—, viéndose tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, quiso acogerse al remedio al que muchos otros perdidos se acogen, que es el pasarse a las Indias. Refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quienes llaman ciertos los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos, no pudo acogerle. Este don de dones no le fue concedido. Mejor dicho, le fue negado. En mala hora el manchego, celoso de su genio y de su honra, justo un siglo después, en 1583, quiere pasarse a las Indias, que su antecesor, imitador y falsificador pretende haber descubierto.

Al Manco de Lepanto (que perdió una mano en la más alta ocasión que vieron los siglos, y que escribió con la otra una obra que los siglos no olvidarán) no le aparejan una escuadra, ni aderezan su nombre con los más altos títulos de nobleza, ni sazonan su esperanza con promesas. No le

permiten siquiera la posibilidad de salir de España, irse a buscar fortuna como uno más de esos hidalgos segundones que mueren, o se enriquecen, más allá del tenebroso océano.

No irá a las Indias el Príncipe de los Ingenios. No hará el pasaje al Imperio. Pero un siglo después de muerto el Almirante, exactamente en mayo de 1606, los primeros cinco ejemplares de su *Quijote* lo harán en su nombre. Llegan los volúmenes de la donosa historia en el navío *San Pedro* a las Indias Occidentales, ya llamada América, cuando los conquistadores y encomenderos están dando la tierra con enorme esfuerzo y eficacia a los primeros cien millones de infieles.

Más le valió a Don Miguel, cuando sintió que ya no estaba el alcazel para zampoñas, quedarse en su terruño manchego a esperar serenamente la muerte como su Alonso Quijano el Bueno. Morir de su propia muerte; no ir a complicarse en una historia que él no habría podido imaginar ni aceptar y contra la cual seguramente se hubiera alzado con otro libro aún más famoso que el primero que acabó con los Caballeros Andantes. Más claramente dicho, mejor le fue no desear nada y ser en la indigencia el hombre más rico del mundo, que ir a hacerse cómplice de los que, en nombre de Dios, produjeron la mayor matanza humana que vieron los siglos.

La quintaesencia del oro es siempre la corrupción, escribió en latín el valenciano Juan Luis Vives, amigo de Erasmo, nacido el mismo año del Descubrimiento, uno de los que en plena hecatombe americana se levantaron como lúcidos defensores de la conciencia anticolonial. Tanto el *De causis corruptarum artium* del valenciano como el *De indis*, del alavense Francisco de Vitoria, continúan siendo tan actuales como entonces. Vertidos al romance explicarían hoy, mejor que muchos libros de historia, las causas de la decadencia y caída del imperio de Indias al que la hazaña del Almirante dio nacimiento.

PARTE 26 - LIBRO DE LAS MEMORIAS

EL Almirante deja en este libro, perdido para siempre, su confesión antepóstuma. Pone en ella el acento sobre su castidad incorruptible. Cosa de la que un hombre ya entrado en años, relativamente discreto, no debería vanagloriarse. Y junto a esta persistente baladronada, la incontenible y deliberada propensión a relatar historietas escabrosas, de una erotomanía senil bastante ridícula. Lo hace el estafermo de una manera sibilina. Gozo y rechazo ficticios del perdulario falsamente arrepentido, que resultan doblemente procaces. Sicalipsis del Apocalipsis.

Tal vez no quiere con ellas sino hacer resaltar, por contraste, su virtud de forzosa abstinencia, connatural de su edad y condición. En realidad, el evidente propósito es autoalabar por elipsis su pretendida potencia genésica que puede engendrar hijos, descubrir mundos y fundar imperios. Bravuconadas de todo garañón domado. Castidad en la impotencia, como coronación de la santidad en la lubricidad.

No se puede negar, sin embargo, que la afección que siente por su numerosa descendencia es realmente genuina y conmovedora. Aun considerada como el tenaz empeño de retener las cartas de nobleza y opulencia que le otorgará la Corona en la fundación de una dinastía. Póstuma y malograda como serán todas sus empresas, con el remate de pleitos centenarios que serán la comidilla de los nobles legítimos, de abogados, jueces, picapleitos, albaceas y alguaciles, de cronistas, bibliotecarios y archiveros.

En sus mejores momentos, el Almirante tiende a hacer desaparecer su figura sin nombre bajo las figuras de nombres muy conocidos. Nada impone con tanta fuerza la magia de la verosimilitud histórica como los nombres de personajes eminentes y consagrados. Todo lo que se dice a su sombra cobra un relieve irrecusable. *Imago mundi*.

En su dialecto escriptural el *Libro de las Memorias* los evoca con vivacidad e ingenio. Da la impresión de que sigue codeándose con ellos. Es

un innato pintor de brocha gorda pero de sutiles recursos. Intuye que la fuerza de un retrato no emana del conjunto de la imagen sino de los detalles apenas perceptibles. El autorretrato debe aparecer honesto en sus deformaciones. Sabe sugerir el tic de un pómulo, el temblor de un párpado, una verruguilla con pelos, el timbre y la entonación de una voz, el filo de una boca despiadada de quien parece llevar entre los dientes una navaja invisible. Sabe interpretar el lenguaje de los gestos, más que describir en abstracto la hermosura física o la deformidad moral de un individuo. Ducho en el arte fisiognómico adivina, en sus menores repliegues, el carácter de su interlocutor en los rasgos de su rostro. Y no hay quien pueda engañarle.

En cuanto a sus ideas, todas monótonas, grises y primarias aunque secundarias de origen, va al grano. Pero ese grano, como el de una nuez enmohecida, hiede al aceite rancio de una vanidad incurable disfrazada de ascetismo; huele a despiadado desprecio de los otros, a la ignorancia orgullosa de su propia mediocridad.

No tiene el Almirante la menor idea sobre la desproporción, inimaginable para él, que existe entre la empresa que le obsesiona y su irremediable inferioridad para realizarla; o mejor, entre la empresa que un prodigioso encadenamiento de hechos fortuitos le ha impuesto y sus limitaciones de cosmógrafo, sus limitaciones de político, su esencial limitación como ser humano megalómano y egoísta. Navega en el mar de sargazos de sus confusiones. Él mismo se otorga plazos largos en sus dificultades, obsesionado por la utopía milenarista de las Órdenes a las que sirve y de las cuales se sirve.

El arte del disimulo, la paciencia para soportar las peores humillaciones, le han ocultado su propio yo, al que seguramente nunca conoció en medio de los vapores inquisitoriales. No sabe quién es pero tampoco quién es el otro. El yo desmesurado y carismático aparece al trasluz, ceñido por el cingulo de dominicos y franciscanos a cuyas Órdenes los Reyes Católicos y el Papado han confiado la tarea ciclópea de cristianizar a gentiles e infieles. El Almirante los ha encandilado con su apariencia de místico y asceta. Es el elegido de Dios, el Santo de las Carabelas, cuya canonización mantiene en suspenso a la cristiandad hace quinientos años.

Para este Caballero Cruzado, la Gloria celestial de Dios, Uno y Trino, está indisolublemente ligada, fundida, confundida con el poder de la Trinidad terrestre del Oro, la Espada y Cruz. Esta devoción lo hace aún más

inerte y desvalido ante el contrapoder del oro, la espada y la cruz que él mismo asentará en las tierras que llegue a descubrir y someter. Precursor absoluto de los conquistadores, colonizadores y encomenderos, que serán los verdaderos descubridores del Orbe Nuevo. Pues no basta pisar su orilla con pie ignorante y distraído mirando hacia otra parte, sino meterse hasta sus entrañas y hacer brotar la sangre oscura.

No tiene nada a qué aferrarse. Salvo ese bastón de hierro del que habla constantemente. Una figura, un exorcismo, surgidos de las fraguas de las hermandades artesanales. Bigornia de herreros. Barra de cardadores de lana. Algo que pueda convertirse en vara de mando, en insignia de poder o en bastón arzobispal. Su sentimiento de inferioridad le ha forzado a reducir el mundo a su dimensión más pequeña para imaginar en él otro mundo a su escala. Le han dado la llave para abrirlo. Pero esa llave corresponde a otra cerradura. Tendrá que inventarse otra puerta y superponer las Indias del Oriente asiático a ese Nuevo Mundo que nada tiene que ver con ellas.

Lo redescubrirá para los europeos bajo la inexorable ley del azar y él no sabrá que lo ha descubierto porque lo confundirá con el de los libros leídos al apuro. Con el de los mapas robados subrepticamente. Con el de un secreto sonsacado a un navegante agonizante. Con las profecías de las Escrituras, que no tenían por qué ocuparse del Descubrimiento.

El mundo que él lleva adentro es el de una cultura en tinieblas. El otro, hacia el cual va, está envuelto en el resplandor de la naturaleza primigenia, en el hervor de culturas nacientes; incluso de algunas más antiguas que las europeas. Y allí este troglodita medieval no sabrá inventar ni imaginar el fuego. Ni siquiera cuando ve la candela lejana flotar y subir hacia el cielo en las costas del Paraíso Terrenal. No la ha encendido él con el frotamiento de sus huesos de león. Creerá al principio que es un pez luminoso que sube y baja encaramado a la cresta de una ola. O que es un súbdito del Gran Khan que los saluda desde un alminar con el fulgor ondeante de una antorcha.

Quinientos años después, el mito del *Hombre venido del Cielo* seguirá portando el bastón de hierro, la Vara Insignia de los grandes chamanes, en medio de las selvas vírgenes meridionales. *El Rey Blanco*, que lleva su nombre, vive todavía en esas junglas, protegido por jaguares amaestrados. Papagayos, que han aprendido a hablar varias lenguas, le sirven como intérpretes y mensajeros. La tradición oral de cierto país mediterráneo,

semejante a una isla rodeada de tierra, amurallada de selvas y de infortunios, modula estos símbolos en lengua indígena y los varía de tiempo en tiempo dejando intacta, después de cinco siglos, la figura epónima del albo rey anacoreta.

El *Libro de las Memorias* desaparecerá sin dejar rastros. No está enterrado en ningún archivo, en ninguna colección privada. No hay ningún vestigio de él en la memoria colectiva. No lo conocerán sus historiadores, apologistas ni detractores. Nada sabe de ese libro esfumado el dominico Las Casas, que corrigió casi todos sus escritos y diarios de navegaciones y que ensayó la más discreta hagiografía que un hombre santo y veraz, aunque equivocado, haya podido componer sobre un fabulador de supercherías en las que creía seriamente con la tozudez del converso a una religión inexistente.

No llegará tampoco el *Libro de las Memorias* a las manos del erudito rapsoda de las Décadas Oceánicas, el obispo y diplomático pontificio D. Pedro Mártir de Anglería, amigo y exégeta del Almirante. Don Pietro Martire se extasiará ante los papagayos índicos traídos por el navegante en honor de la Reina. Describirá prolijamente a los volátiles en su abigarrada copia de colores, pero no nos dejará la menor semblanza del Almirante, el más anodino plumón de su oscuro plumaje. La imagen del bigardo envuelto en silenciosa dignidad, en su falso y al mismo tiempo verdadero ascetismo de monje penitente. Don Pietro sólo vislumbrará y pintará con gracejo de cortesano el largo pescuezo pelado del Almirante, parecido a un ave de rapiña indiano.

No conocerá el *Libro de las Memorias* ni siquiera su hijo D. Hernando, que heredará la marrullería del progenitor y que compuso su célebre *Vida del Almirante*, sin su genuino talento de saber meter gato por liebre hasta por el ojo de una aguja. Todo esto autoriza a pensar que este *Libro de las Memorias*, capital en la historia del Almirante, fue inventado y escrito totalmente por anónimos hagiógrafos contemporáneos. Acaso corregido, ampliado y deformado por los sucesivos escribas que echaron su red en el revuelto cementerio marino de las Indias en busca del barril. Lo que de todos modos habría resultado inútil pues el barril no fue arrojado a la mar oceánica cuando la tempestad se ensañó con la nao capitana.

Lo más probable es que el mismo Libro de Comercio con su balance de Memorias haya sido arrojado al mar en medio de la tempestad, cuando ya todo parecía perdido. Este boato de rayos, truenos y relámpagos, de

vientos enfurecidos, este maelstrom de oleajes tres veces más altos que la nave, es el que hubiera deseado el Almirante como escenario de fin de mundo para su propio fin.

Tal hecho, notorio aunque indocumentado, autoriza asimismo a cualquier cronista de buen ánimo e ingenio a escribir, si le place y si a ello se atreve, el *Libro de las Memorias* a su gusto y paladar. El más romo de ellos podrá sacar de este tema el sabor que depara a cualquiera la emoción de narrar sucesos desconocidos e imaginarios.

De todos modos, es casi imposible seguir y penetrar los principios y causas últimas que movieron a este hombre enigmático y contradictorio, amazacotado y sórdido. En perpetua obsesión de la grandeza que no tiene, se concibe y describe a sí mismo como un iluminado y un elegido de Dios. Bajo el signo y los estigmas del poder del oro, de la acumulación del dinero, del poder político y religioso, cuya degradación extrema fue el combustible que iluminó las lámparas del Renacimiento. El pobre Almirante y su desaforada hazaña náutica no fueron más que un instrumento ciego de los cambios profundos que se estaban produciendo en los imperios de Occidente.

PARTE 27 - CUENTA EL ALMIRANTE

HOY cumpla 43 años. Nací el mismo año en que nació la Reina Sereníssima en Madrigal de las Torres, bajo el mismo signo de Scorpio. Vimos el mismo sol en sitios diferentes. Ella es 7 minutos más joven que yo, y no se puede decir que sea una Reina vieja ni yo un Almirante joven. Ya no soy un hombre joven. Soy un legendario peregrino de mar y tierra. En iguales condiciones, habríamos podido jugar juntos de niños en aquellos desiertos de mis sueños infantiles. Ahora ella es la Reina Sereníssima y yo su vasallo homildísimo que va en busca de otros desiertos cubiertos de arena de oro puro para ofrecérselos como presente regio.

No puede haber yerro. Estamos acercándonos a la provincia de Mangi, cerca del Cathay, por la ruta que marcan Toscanelli y el Piloto. Pero ahora Ptolomeo vuelve a tener razón al asentar la derrota al Indo a 24 grados por debajo de la línea equinoccial.

Esto lo supe presto por palabra del Piloto cuando ya temblaba en mis brazos con la prisa y el ansia de morir. Lo supe entonces con palabras de ese hombre anónimo que hablaba desde la muerte. Habíalo aprendido yo antes, larga y difícilmente, en todos los libros de caballeros navegantes que leí y en cuantas navegaciones y caballerías de corsos y piratas tengo hechas por todos los mares del mundo. Trescientos treinta y siete en total, incluida esta salida por el Oeste hacia el Oriente, la primera de la que hay memoria cierta entre los nautas de Europa y de Asia. Conozco al menos un caso, pero ése es mi secreto. Vale más guardar lo que bien se sabe que contar lo que se sabe mal.

La experiencia está a la vista. Tengo que escribir el Memorial a los Reyes con ornamentos de la Sacra Escritura. Pediré otra vez a fray Buriel que me ayude en los adornamientos. La pluma se me traba a cada trazo cuando se aparta de describir lo que sólo veo y conozco de la dura realidad, que es siempre indescriptible. Describir el vello del pubis de una mujer o la cumbre helada de una montaña ofrecen las mismas dificultades. Sólo que

están de por medio las buenas maneras, la sangre fría, el buen ojo del observador.

No soy una *persona contemptibilis*. Me precio de no arreciarme más allá de mis posibilidades y mis límites, de no calarme el gorro de sabiondo por lo más conspicuo. Siento adoración sin igual por Juan el Bautista porque era vagabundo y decía palabras incoherentes. Por Sócrates que enseñaba mientras caminaba regando su sabiduría en las plantas jóvenes que caminaban a su vera.

La palabra viva dice siempre la verdad aunque no la diga; la dice con una manera de decir que dice por la manera. Vuela libre. La Letra se ha hecho para mentir. Cristaliza en la tinta la parte oscura de la verdad, la infinitud del universo en unas decenas de caracteres cuyas posibilidades combinatorias son muy limitadas. Menos de mil palabras tenía el castellano oral del Cid Campeador, pero ellas le bastaron para hacer lo que hizo con la fuerza de su brazo y de su coraje.

Lo mejor es no hablar más de la cuenta. Mejor todavía es no hablar en absoluto. Guardar la palabra silenciosa. De los dos agujeros por donde salen las heces de la persona humana, el peor es el de la boca, dice un proverbio árabe. Ya vendrá en mi auxilio, ahora o cuando deje de estar vivo, el seminarista Las Casas, que me conoce y me aprecia como a sí mismo y que corregirá todos mis escritos como mejor convenga. También mi hijo Fernando; mi hermano Bartolomé, que ya sabe dibujar cartas náuticas, pero que no ha aprendido todavía a no ser disipado mujeriego, y cuya conducta nos costará las Yndias; el diplomático pontificio y luego obispo Pedro Mártir de Anglería, que me elogiará oblicuamente en sus *Décadas del Orbe Nuevo*. Contará en ellas mis hazañas del Descubrimiento como si las hubiese vivido él mismo. De lo mío hizo cosa propia como yo de lo ajeno. Estamos en paz.

Es cierto que Pedro Mártir no escribió las *Décadas* para glorificarme sino para rendir homenaje y proporcionar esparcimiento al cardenal Sforza, protonotario y canciller apostólico. Le importaba granjearse la voluntad de Alejandro VI, el papa valenciano, con quien al final riñó de muy mala manera.

El dominico Las Casas y mi hijo Hernando reescribirán a su modo todos estos papeles borroneados de sudor y de mar. Pondrán en ellos cosas que no han sucedido o que han sucedido de otra manera, muchas otras que no conozco y las más dellas sólo para indisponerme con mis amigos

portugueses, malquistarme con los Soberanos que me han otorgado su más plena confianza y dañar mi reputación y prestigio de primer descubridor de las Yndias.

Los comineros de postín que pululan en la Corte no soportan el orto vertiginoso que me ha dejado a mí en el cenit y a ellos en el nadir de la pura nada. Mancha negra de hormigas que arrastran por palacio su cascarón movedizo. No sirven ni para exhumar lo que la gata entierra. ¡Ah, pero sin ellos qué! La elegancia, la cortesía, la hipocresía, la genuflexión, los nidos de piojos en los pelucones.

Luego acudirán cronistas, nautas sapientes de los archivos, cosmógrafos, doctores de la Santa Iglesia, novelistas de segundo orden, a deshacer con sus trujamanerías lo por mí no hecho, lo por mí no escrito; a inventarme fechos y fechas por los que nunca he pasado. Un documento prueba lo bueno y lo malo, y todo lo contrario. Con el mismo documento se pueden fabricar historias diferentes y hasta opuestas. Los traductores y copistas de la Escuela de Toledo con el ensiemplo de su arte lo demostraron. Acabarán tales amanuenses y traductores encallando por siglos en una tilde, en una cedilla, en una coma, en una virgulilla que puede contaminarles el morbo encorvado del cólera asiático latente en las letras infectadas. Hay que andarse con tiento cuando el diablo tienta a los escribas en las criptas escripturales.

He avanzado muy poco en el estudio del Nebrija que su Alteza Serenísima a mi pedido me obsequió, antes de partir. Don Elio Antonio de Nebrija tiene mucha estima por mi amigo Pedro Mártir de Anglería. Le ha puesto un prólogo a la primera de sus Décades. Le rogaré que también honre mi Libro de Navegaciones con un prefacio de su hondo saber y en la lengua de estos Reinos.

Sostiene don Pedro Mártir que la lengua castellana es la más hermosa y difícil del mundo. El Alighieri, me ha declarado don Pietro, no habría podido escribir la *Commedia* en castellano ni en latín. Creó otra lengua para escribir su gran poema sobre el estado de las almas después de la muerte, dice el Anglería. Famoso pleito entre el infierno, el purgatorio y el paraíso, que yo nunca pude entender. Yo sólo entiendo los Siete Círculos de la Mar Océana. Y no tengo Virgilio que me guíen ni ya Beatrices que me inspiren.

El escrivano Escovedo solo conoce la escritura curialesca de su oficio más chirle y plana que el cocido de a bordo. No puedo seguir su fabla judiciaria. Y fray Buril sólo masculla el latín como en misa. Pidióme que le

prestara la *Gramática* para estudiar la correcta composición de la frase y poder enseñármela a su vez.

Los verbos y los géneros, le pedí muy especialmente; los verbos para la verba; los géneros, para los congéneres. No es cosa de andar mezclando masculino y femenino a cada paso como me sucede a mí. En todo caso, yo usaría siempre el femenino. Por la Reina, mi Señora Serenísima. Ella es la que puede y sabe. Está escrito, ya lo dije, que un día la mujer acabará dominando al hombre. Y así andará mejor el mundo porque el hombre sólo desea y la mujer procrea.

Desde Isla de Hierro acá, sólo fueron dos las lecciones del Nebrija que me impartió el capellán. Como quien dice dos huevos pasados por agua de 700 leguas. Con un huevo solo me hubiera bastado para ponerlo de pie, aunque la gramática no es el huevo de la lengua pero está contenida en él. Alega Boíl o Buril que se le ha perdido el libro. Sospecho que los desvelos del Padre Nebrija han ido a dar a la mar. Creerá el fraile que los peces van a ponerse en lo frío a disprender el castellano.

Tampoco he podido garabatear en el Cuaderno de *a bordo* las anotaciones de los días que me faltan. Menos aún trabajar en el Libro del Descubrimiento. Lo malo es que con la mar lisa y la nave clavada, los moluscos en la cala y los gusanos del motín en la gente de los navíos, nada puedo hacer sino esperar. Y esperar sin razón deja las velas lacias y no deja henchir la voluntad.

Si el naufragio se produce, el Memorial desaparecerá con la nao en este estercolero vegetal de miles de leguas. Meteré el Memorial en el barril hermético, recubierto de cera y pez, y lo mandaré poner en la proa del barco para que éste lo arroje a la olas en el momento del hundimiento, y el tonel mensajero entregue algún día el Memorial a sus Majestades.

PARTE 28 - PLÁTICA DE MESANA

VIENE a mi camarote fray Buril con su Libro de Horas y su rosario de Quince Misterios, sonando a hueso y oliendo a queso. Está enterado de todo. El aviso furtivo de Escovedo le ha dejado terriblemente perturbado. Le noto cara presagiosa no de querer pasar la uña por mis entretelas, sino de temer que yo pase las mías por las suyas.

—No, fray Juan —le dije—. No le he llamado para que venga a confesarme. Voy a oírle yo a usted en confesión.

Pregunté a fray Juan qué era para él la esperanza. Se desconcertó un poco de momento. Supuso, cuando entró, que yo iba a querer sonsacarle el por qué la Corona le había puesto como capellán de mi nave. Se puso más sereno y me contestó que la única esperanza es la fe y la caridad en Nuestro Señor, de quien provienen todos los dones, entre ellos el de la esperanza.

—Y también el castigo —apunté mirándole de reojo.

—También, sí, Señor —dijo—. ¡Los más terribles castigos por nuestras faltas y nuestros pecados!

—¿No cree, su Reverencia, que la esperanza puede ser también el recuerdo de lo que se poseyó alguna vez como lo más precioso y lo más amado?

—La esperanza no es recuerdo, es fruto del por venir. No viene de la memoria sino de los deseos.

—¿Cómo la podríamos entonces reconocer si no sabemos qué es ni cómo es?

—Cada uno conoce la forma de su esperanza.

—Pues yo no la he podido ver —dije—. Ni en las alucinaciones premonitorias. Ver de ver. Verde verdad.

Me pareció oportuno el momento.

—Fray Juan, ¿ha tomado ya usted confesión a los amotinados?

La brutalidad de mi pregunta, pese a la mayor delicadeza de tono que puse en insinuarla y aun en embotarla, le hizo dar un respingo.

—No, Señor... —murmuró—. Todos han rehusado el santo sacramento.

—La salvación de sus almas es asunto suyo —le dije clavándole en los ojos una socarrona mirada.

—Lo sé, lo sé... —dijo sobándose las manos con aire culpable.

—Puede sobrevenir un naufragio..., hay un eclipse. Mejor dicho, hay dos eclipses y la amenaza de una terrible tempestad puede medirse en horas con los cinco dedos de la mano. Ya se lo dije a su merced. Tal vez no podamos regresar nunca más.

—Eso es lo que dicen y eso es lo que temen... —Fray Juan se detuvo como si se le hubiese bloqueado la voz.

—¿Qué dicen?

—Lo que su merced ya sabe. Anoche han proclamado que le van a echar al mar con el barril de sus papeles atado al cuello de su merced. Eso le permitirá flotar, al menos por un tiempo. Dios no abandona a sus elegidos. Yo espero que a usted, Señor, le recoja algún barco...

—Por aquí únicamente navegan si acaso los portugueses. Si ellos me encuentran flotando por estos parajes además del barril me pondrán un ancla al cuello.

—Los amotinados han resuelto regresar de torna-viaje. Todos están de acuerdo: los capitanes de las tres naos, los contra maestres, los marineros.

—No encontrarán el camino de regreso. He mandado arrojar todos los mapas y las cartas de marear en la estela de popa.

—El más exaltado es el capitán de *La Pinta*, don Martín Alonso Pinzón. Él dice que tiene su propia carta de marear...

—No la tiene más. He mandado secuestrarla sin que él lo sepa. No me extraña que el Martín Alonso sea el más recalcitrante. Cree que yo le he birlado la dignidad de Almirante y Adelantado. Por eso va siempre por delante con su carabela más velera.

—También el maestre Francisco Martín Pinzón, Don Vicente Yáñez Pinzón, don Juan Niño y su hermano, don Cándido Francisco Niño, dispensero de *La Niña*... Los siete hermanos Niños de *La Niña*..., Señor Almirante... El único que no ha entrado en el motín, Señor Almirante, es su hermano don Bartolomé...

—¡Eso faltaba!

—Lo han enterrado hasta el cuello en un barril de arena.

—Ya lo sé. No es buena sepultura. Y no la mejora el que sólo sea media.

—Pero hay más, Señor Almirante. El señor don Juan de la Cosa, contramaestre y propietario de *La Gallega*..., quiero decir de la *Santa María*, de nuestra nave capitana, ha propuesto a la tripulación huir en las barcas y buscar refugio en los otros navíos, después de prender fuego a ésta. Han resuelto dejarlo a usted amarrado al palo mayor para que arda vivo en la pira con la nao. Los capitanes opinan que hay que dejar con vida y llevarlo preso a su hermano, don Bartolomé, para que sea él quien responda ante los Reyes, Nuestros Señores, por los graves cargos que le hacen a usted, Señor Almirante.

—Pero si los graves cargos se me hacen a mí, ¿por qué han de llevarle preso al pelafustán de mi hermano?

—Porque el Señor Almirante estará ya bajo agua después de haber estado en el fuego.

—¿No les ha dicho su merced que los Reyes los tratarán como traidores y que serán ahorcados apenas alcancen a llegar, si esto es todavía posible? Por el motín y por el asesinato.

—He tratado de persuadirles de ese riesgo cierto. Pero ellos prefieren ser ahorcados en España después de volver a ver a sus familias por última vez. Prefieren ser enterrados en una fosa común en su tierra a morir ahogados en las profundidades del Mar Tenebroso. Algunos incluso desean que sus restos sean abandonados en los altozanos para que los devoren las aves de rapiña. Ya se sienten muertos y esto les da una fuerza terrible...

—No se preocupe usted, Fray Juan. No cumplirán sus amenazas. Estamos a un palmo de la Tierra Prometida. No me echarán al mar ni me quemarán vivo, sino que dentro de poco me echarán loas y me bendecirán cuando vean resplandecer los techos de oro de las Casas Reales del Cathay y del Cipango. Veo exactamente cómo se van a producir las cosas. Ellos son como mis hijos. Pase lo que pase yo debo velar por su suerte. No voy a olvidarme de ellos hasta la Resurrección. Vaya su merced a tomarse un refrigerio y siga usted hablándoles con palabras de paz, alternándolas con amenazas y la verdad cierta de la muerte, de los castigos infernales. Esto siempre da buenos resultados.

Fuése fray Juan, a mucha prisa, con cara de que iba a inclinarse de nuevo ante el cubo de sus deposiciones orales. No se le ha calmado la náusea del mar. Al inspector eclesiástico siempre le precede, como un anuncio, o le sigue, como una estela, el olor del cubo con el cual se confiesa. Diríase que es el aire de su interioridad.

Quedéme contemplando el palo mayor en torno a cuya base brillaban innumerables reflejos, algo así como un incendio visto a través de cristales rotos muy espesos. Y víme en medio de las llamas retorciéndome sin poder soltar las ataduras hechas con cables de abordaje...

PARTE 29 - CUARTO INTERMEDIO

LA noche cae suavemente con cara de amante furtiva y buscona. De inmediato otra noche se le monta encima. La noche que anda sobre la noche. Su irresistible marea penetra hasta los lugares más recónditos del navío con curiosidad de mujer tomando posesión del lugar que le está reservado para desnudarse.

Esto hacía la hermosa Beatriz de Arana, mi mujer, cuando me llamaba, serpenteando ya desnuda sobre el lecho, para nos ayuntar y hacer la bestia de dos espaldas. Conocía por instinto todos los secretos del éxtasis. Me inició y ejercitó en todos ellos sin decir una sola palabra, sin explicarme ninguna teoría, sin musitar a mi oído promesas de quiméricos placeres. Los daba sin palabras. Se movía y nada más. Hacía pases de manos como los ilusionistas y encantadores de serpientes. Y su cuerpo hablaba. ¡Con qué elocuencia, mi Dios!

Era un elemento acuoso y femenino de la naturaleza. Agua de carne y hueso dotada del movimiento de grandes vientos interiores. Se levantaba en las pausas a beber del ánfora. Cruzaba desnuda la habitación con la parsimoniosa ingravidez de una nube en forma de mujer. Bebía mucho cuando hacía el amor. Después todo su cuerpo llovía a borbotones y los prados verdecían. Toda ella no era sino el flujo desbordado de la creación. Una mujer verde, un viento marino, espeso de algas, de algos, de gemidos, de risas cantarinas: el borbollón de un manantial de la montaña, la fuerza de un temporal aterciopelado. La mujer es experta en los secretos de su oficio. Cuando más ignorante más sabia, cuando más silenciosa más melodiosa.

Antes del acto carnal, se empeñó en adiestrarme en una extraña gimnasia de cromokinesis. Ayudan mucho los colores en los calores, decía, aprontando sus almohadones, a encontrar el equilibrio interior. Y en verdad tenía razón. Los resultados eran maravillosos. El método consistía en concentrar la energía de la mente en las zonas vitales del cuerpo según los siete colores del espectro.

Puestos en la posición del Gautama, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, ¡*Rojó!*, decía Beatriz y ambos debíamos poner los

dos lóbulos del cerebro en el sexo. ¡Amarillo!, y todo nuestro ser se condensaba en el vientre. ¡Naranja!, y el plexo solar se nos saturaba de misteriosos cosquilleos coloreados. ¡Azul!, el cerebro se llenaba de cielo, la frente se refrescaba con el viento de las cumbres. ¡Verde!, el corazón apagaba con sus latidos todos los ruidos del universo. ¡Violeta!, la garganta se nos llenaba de una llovizna con olor a menta. ¡Índigo!, y el cuerpo entero comenzaba a levitar suavemente. Así, espectrales y luminosos, el *arco iris* nos conducía en su barca a nuestras nocturnas auroras boreales. Beatriz estaba hecha de la pasta de las amazonas y las sirenas.

Me enseñó a concertar de consuno los estertores de la agonía en la pequeña muerte. Hacía de los ruidos del amor sus propios suspiros. Dicho de una manera más rústica: sabía ajustar las flautillas del alcacel para el buen sonar de la zampoña. La alcoba convertida en lupanar, en sala de música, en santuario, en jaula de dos tiernas fieras enfebrecidas. Entrelazados y arrodillados podíamos beber hasta la última gota en el pozo inagotable de goces desconocidos. A las cansadas levantaba en el aire con la punta de un pie su camisola blanca.

—Bandera de rendición... —murmuraba hecha un ovillo de quejidos y suspiros estrangulados con la cabeza entre las rodillas, las grupas aceitadas por el óleo de la vida y las dos nalgas apuntando hacia el techo como dos faroles de baliza flotando en el revuelto lecho. Sin duda Dios hizo la manzana inspirado en el trasero de la mujer para que Eva, no la serpiente, pudiese tentar a Adán, hombre de poca fe y muchos deseos, y llevarlo a la perdición.

La serpiente tentadora es un elemento extraño en la heráldica del pecado. La inventaron tal vez los teólogos mal inspirados en la condición serpentina de la mujer. Pero esta ondulación de su cuerpo es su mayor encanto. Sin la danza del vientre en decúbito dorsal, ¿cómo hubiera podido proliferar la especie fuera del Edén? ¿y no valió acaso la pena cometer el pecadillo de morder la manzana? ¿Con pasar los labios sobre su tersa y encarnada piel hubiera bastado en el desjardinamiento inaugural?

De algún modo la pareja debía desemparejarse y proliferar en la innumerable descendencia de hijos, de razas, de familias fundadoras. ¿Quería tener Dios, Nuestro Señor, eternamente clausurada en su solio, a la pareja sola, en la insoportable soledad de dos en compañía, bajo su omnipresente y eterna mirada? Pienso yo, si no estoy muy errado, que el

desjardinamiento inaugural estuvo previsto por el Creador desde el principio. De hecho fue el comienzo de los tiempos para la especie humana.

Oh la fuerza del amor no consiste sino en hacer del hombre y la mujer dos tontos juntos un momento..., en tomar uno de la otra lo que a ésta le sobra y al otro le falta... Digo, el amor del cuerpo. El otro, el amor del espíritu, se basta a sí mismo y no tiene reglas, quiero decir calendas purpúreas, incómodas de prever según el calendario de las estaciones y los ciclos lunares.

Beatriz se quejaba de ello. Tengo —decía— unas reglas lunáticas. Ella se refería a los desarreglos intempestivos de su loca meteorología que le impedían navegar cuando más le apetecía. Vivía a merced de la inoportuna aparición de sus menstrosos. Mis queridos monstruos los llamaba. No te preocupes, trataba yo de consolarla. Mejor es gozar de lo bueno de vez en cuando que tarde, mal y nunca.

Beatriz decía que tenía doble sexo: uno para ella, otro para el hombre. Y yo sé que sólo decía una parte de la verdad. Tal vez tenía un tercero, de reserva. Beatriz era mucha mujer para el hombre más pintado. El hombre, decía, no tiene sexo. Si es verdadero, él mismo es su sexo. Cuando es egoísta y mezquino, y lo es casi siempre, se refocila él solo y no comparte el placer con su compañera. Tañe su flautín para satisfacerse a sí mismo. Y lo enfunda apenas ha comenzado el concierto que ha terminado para él.

Me acusaba a mí de ser un virtuoso egoísta que abusaba de los solos para mí solo. Pon la zampoña a sonar para ambos hasta el fin sin detenerte a medio camino, se quejaba. Barrunto que en esta apreciación se deslizaba un reproche algo injusto. No soy un cerdo de los rebaños de Epicuro. Pero esta mujer sabía sabía. No iba yo a discutirle su dictamen mientras acariciaba el portento de sus nalgas, última razón de las sinrazones.

Pero no soy un virtuoso egoísta en ningún género de instrumentos musicales, ni de los otros. Soy más vale un pésimo ejecutante con finales abruptos e incontenibles en lo mejor del andante. Ocurrió una noche, en nuestra casa de Sevilla, mientras hacíamos la bestia de dos espaldas. La brisa ligera que subía del Guadalquivir no aliviaba la acidez del calor y enfervorizaba los ánimos de Beatriz.

Trataba yo de no pensar en lo que estaba en juego fingiéndome el distraído en aportar la parte que me correspondía. Los talones de Beatriz espoleaban sin éxito mis riñones, mis nalgas. Me divertió pensar que en

ocasiones la montura puede aguijar al caballero. Coces de yegua caricias son para el rocín, según el refrán de Correas. Accedo a veces al amor en una suerte de indiferencia hechizada por la infinita capacidad de goce de la hembra. Este embrujo se vuelve entonces más intenso que el transporte carnal. Gozar con el goce de la mujer que el del hombre nunca puede igualar.

Los *¡Olés y arriba España!* se sucedían sin éxito. Me fijé de pronto en un ratón que en el ángulo de la pieza pugnaba por abrirse un túnel hacia la cocina. Sus pasitos quedos y frágiles, el arañar de sus pequeñas uñas en la madera, se deslizaban clandestinamente abriendo el agujero en la penumbra. También la bestezuela hizo una pausa en su trabajo como interesada en el nuestro. Las antenas de los mamíferos roedores tienen un olfato sideral. Me aferré a esa imagen absurda como quien se agarra a una ramita del cauce en el torrente que lo arrastra. Mientras el roedor cavara el túnel yo podía seguir simulando el movimiento aunque no el son de la zampoña, ahorrar esfuerzo improductivo, decir no al sexo aceptándolo, gozar de una abstinencia prevaricadora en el pecado. Mantener, en una palabra, el hechizo de la indiferencia.

Nos observamos sin recato alguno. Una especie de complicidad se ha establecido entre el mur y yo. Arruga el morro, entrecierra los ojos, mueve sus bigotes en un código de señales que yo no alcanzo a descifrar por más obvio que sea. El ratón, él sí, se convierte en un solista inverosímil. Mueve su cuerpo en una especie de danza del vientre que se acompasa con la nuestra como para estimular y acelerar el stacatto. Comprendí que el ratoncillo estaba aguardando la consumación. Le guiñé un ojo. El ratón continuó su trabajo en la apertura del túnel. Beatriz seguía protestando contra mi inusual falta de colaboración.

La luz de la luna iba penetrando en el agujero a medio roer. Del otro lado, en la cocina, estaba la abundancia; el olor de los quesos, de las viandas, hacía vibrar las antenas del roedor y lo azuzaba. El ratón trabajaba febrilmente salpicado de plata. Cayó la última barrera. Con un chillidito de alegría saludó el ratón la turbia claridad que se filtró al fin por la grieta. Beatriz también chilló con su típico ulular y me llenó de besos, en realidad innmerecidos. Me quedé dormido. Cuando desperté se había hecho tan repentinamente noche que en el mismo lugar que ella ocupaba en la cama se alzaba ahora una sombra lunar en la posición del dios Gautama. Mordía con

avidez un buen pedazo de queso manchego. Con la medialuna de su brazo me atrajo hacia los arcos de su frente. Juntó su boca con la mía y empecé yo también a masticar el queso, completando así el recital del trío, que tuvo para mí sabrosas consecuencias.

Dije antes que en el mismo corazón de la lascivia, cualesquiera sean sus grados, puede encontrar uno el elemento de contención, de abstención, de virtud, que contrarreste y anule la lubricidad y haga posible la santidad para el más recalcitrante pecador. Yo lo encontré por casualidad en la intervención de ese pequeño e insignificante mamífero roedor; recurso del cual pude derivar un entero sistema de diques y hasta de murallas contra el pecado. Lo emblemático del mundo permite estas transgresiones a la realidad.

Mi hermosa Beatriz nunca se enteró del entremés ratonil. Tampoco volvió a quejarse de mi egoísmo solipsista. Me declaró el mejor de los acompañantes. No hubo bodas ni bobadas. Después de lo gozado, el sacramento sobraba y faltaba el condumio. Mi Beatriz Enriquez de Arana tuvo que hacerse cargo de la dirección de las carnicerías de Córdoba, gracias a la mediación de fray Juan Rodríguez de Fonseca, arcediano de Sevilla, después obispo de Badajoz.

Fray Rodríguez de Fonseca fue la primera persona que por delegación real se ocuparía de los asuntos relacionados con las Indias (construcción de la Torre del Oro, apresto de armadas, concesión de licencias, etc.) Estrenó el cargo, si así se puede decir, con el otorgamiento de la licencia a mi licenciada Beatriz. Luego, acrecentando sus beneficios, le cedería yo a ella los diez mil maravedís de recompensa, ofrecidos por los Reyes Católicos, que me valdrá el grito de «¡Tierra!...» por avistar, yo el primero, las costas del Nuevo Mundo.

A Beatriz se le murieron varios parientes cercanos en la dura faena del Descubrimiento. Tíos, hermanos, primos. Un personal nepótico de primera. Ella misma quiso acompañarme en este primer viaje. No —le dije—. Una dama no está hecha para faenas de guerra. *Velis nolis* te quedas, y le adelanté los diez mil maravedises con sus lises. Tras el gozo el pozo. Poco le duró la licencia pues la pobre murió pronto a causa de la contaminación de la carne.

De aquellas navegaciones salió mi hijo Hernando. En muy distintas circunstancias que los otros. El más inteligente pero sobre todo el más

natural... Detesta el mar pero defiende la gloria marinera de su progenitor. Será mi albacea testamentario. Tiene la inteligencia que yo no poseo. Él sabe porque piensa. Yo pienso porque ignoro todo salvo el ir hasta el fondo de mi pensamiento convertido en acción. He logrado matar el deseo de la carne. No puedo legar el bien póstumo de un deseo muerto a mis hijos que han mujer e deben evitar la visitación de la lujuria, la fiebre insana de la lascivia pero no hasta la austeridad absoluta. Los excesos siempre son perversos.

PARTE 30 - EL VISIONARIO

LA pierna acapara todo el sufrimiento del cuerpo para sí. Es un dolor en grietas que me atormenta día y noche. Pero sólo la pierna. Concentrado en la uña del pulgar es cuando el dolor ataca más rudo. La uña entonces ya no está en el pie sino clavada en algún lóbulo del cerebro. Lo demás del cuerpo queda flotando en un bienestar indecible. ¡Ah si pudiera arrojar la pierna a los tiburones sería el hombre más feliz del mundo! Fray Juan miró el fémur enlagaado parpadeando mucho y arrugando la nariz por el huzmo de la pestilencia.

—Vea, fray Juan —le dije para desviar su atención— yo tengo una enfermedad que me asalta en los momentos más críticos.

—Ya lo veo, ¡ay sí, mi Señor Almirante! Esa pierna...

—La pierna no. Eso es una gota. Mi enfermedad es un torrente. Mi enfermedad del ánima es ver lo que va a pasar. De repente un globo de luz vivísima se me enciende en el cerebro y me lo agranda como una inmensa, cegadora esfera. Es sólo un relámpago redondo pero tengo la sensación de que alumbrá un camino interminable a lo largo de toda mi vida. En estas ocasiones veo claramente el futuro como si ya estuviera en él, e incluso como si ya lo hubiera pasado. Porque en realidad siento que todo lo que me va a pasar ya es pasado y crece desde dentro de mí como de una gran semilla.

—Esa semilla es perversa.

—Son visiones o alucinaciones, una incubación fulgurante de sensaciones y percepciones. Las creo falsas pero no puedo menos que creer en ellas. En tiempo imprevisible, se cumplen en lo bueno y en lo malo. Por eso ayuno, como los cemíes, que lo hacen para tener más claras las visiones, según también me reveló el Piloto.

—¡Los cemíes son ídolos!

—Ven el pasado y el futuro.

—¡Pero eso es don de profecía! —se santiguó fray Buril—. ¡Eso solamente Dios Nuestro Señor! ¡Hacer profecías es mortal sacrilegio! ¡Un

mortal en pecado mortal! ¡Y más esos paganos que no han salido todavía de su condición de bestias!

—No sé yo cómo verá Nuestro Señor el futuro. Él, que es la suma de todos los tiempos, ¿verá la esperanza en alguna parte? ¿La esperanza de que la raza humana se regenere de su barbarie?

—Él lo ve todo en todo tiempo y lugar.

—Hace siete años vi yo claramente este viaje tal como se realiza ahora en estos tres bajeles. Los Reyes, el prior de La Rábida, después de la confesión de mi secreto, convenciendo a la Reina de que sí tenía que respaldar mi proyecto. No hay mayor poder en el mundo que la voluntad de la mujer cuando prospera en capricho. No hay más que fomentarlo.

—¿Cómo ve usted? Quiero decir., ¿qué es lo que usted ve?

—Vi, hace siete años, el acto de las Capitulaciones de Santa Fe que fueron firmadas hace un mes. Los privilegios reales, los cargos perpetuos y dinásticos de Almirante, de Gobernador, de Adelantado, para mí y para mi descendencia por siempre jamás. Lo que no preví fue la Carta de Concesión de Privilegio en la que se me suspendían los privilegios, trece días después.

—Pero ya todo eso es pasado, mi Señor Almirante...

—El pasado también para mí es futuro. Dirá su merced que mis visiones están fuera del tiempo. No sé qué es el tiempo ni sé si estamos hechos de su sustancia. En este momento veo todo lo que me aguarda en el curso de los siete años siguientes. Este viaje, si salimos con bien, se va a multiplicar por cuatro. Y por tres viajes más después de muerto. Mis restos mortales, en homenaje póstumo, serán paseados de una catedral a otra, de un convento a otro, hasta los confines de la tierra. Pero en la tierra y en vida se me niegan el óleo y la mirra.

—No hable usted así, Señor Almirante...

—Dirá usted que mis visiones son sueños. No, reverendo Padre. Ya no me asaltan sueños buenos ni malos. No los tengo más. Desde aquella vez en que me ocurrió aquel hecho atroz en una aldea de antropófagos en Zambia, no he vuelto a soñar una sola vez.

—¿Antropófagos, dijo usted?

—Sí, antropófagos. Había ido a buscar el lote de esclavos que debía transportar en mi barco. Por el camino, los antropófagos zambeses me tomaron prisionero. Me habían envuelto en una red de pescar amarrada a un árbol. Me condenaron a presenciar la fiesta ritual del descuartizamiento y comida de un enemigo cuya suerte sin duda iba a seguir yo de inmediato.

Trajeron al prisionero, un hombre muy negro que estaba pálido de terror hasta el color de la ceniza. La sangre que le manaba de todo el cuerpo tenía el mismo color. Cuando lo despellejaron, viró el color del negro al de la leche cuajada. Ante mis ojos horrorizados lo desguazaron miembro a miembro, pedazo a pedazo, y lo empezaron a comer crudo. Lo devoraron hasta la última hilacha de carne. Luego empezaron a roer los huesos.

Su cráneo mondo y lirondo, convertido en recipiente de la bebida ceremonial mezclada con su sangre, circulaba de mano en mano, de boca en boca. Me la hicieron beber a mí a través de la red. Vomité entre mis piernas como usted en el cubo. Perdí el conocimiento. Sólo recobré el sentido pero no la razón tres días después en una fortaleza de Guinea. Desde entonces no he vuelto a soñar. Aquellos antropófagos no llegaron a devorarme. Se comieron para siempre mis sueños.

Fray Buril estaba caído de rodillas.

—¡Dios mío!... —murmuró—. ¿No ha hecho usted un pacto con satanás?

—No. Lo he hecho conmigo mismo. Vivo, desde que nací, bajo la hoja de un mal árbol. No me ampara de las lluvias. Esa hoja continúa lloviendo sobre mí después que ha dejado de llover. Y quedo empapado hasta la próxima lluvia.

—Ponga su confianza en la gracia de Dios, Nuestro Señor.

—Véome volver preso del tercer viaje, en compañía de mi hermano Bartolomé. Degradados ambos, encadenados, como vulgares delincuentes, como amotinados contra el cetro real.

—Ahora la tripulación de las tres carabelas es la que se ha rebelado.

—Ese motín de las naves es poca cosa. Hay un motín general contra mí en la Corte. Usted...

—¡No irá a creer, señor Almirante, que yo...! —me interrumpe fray Juan.

Yo le corto a mi vez: —Acosado por los enemigos que tengo en la Corte, iré a librar batalla de fingida humildad. Bajaré del navío en hábito de franciscano sin orden de la Orden, mi cayado de peregrino a Tierra Santa en la siniestra mano y en la diestra la Santa Cruz.

—No caiga en su propia condenación, Señor Almirante. No deje que la culpa imaginada sea desde ahora su nueva carne mortal. Muchas cargas pesan sobre su merced. A veces todo el peso del mundo cae sobre uno solo...

—Demás desto veo que haré el quinto viaje, el último hacia la eternidad, quieto en mi lecho, dictando mi Memorial de despedida y protesta a los Reyes Serenísimos. Después mi alma vagará por el Hades buscando el sitio donde ha de morar en la eternidad. De modo que mi peregrinación no cesará jamás ni en esta vida ni en la otra.

—Su lengua es la de un pagano, Señor Almirante —dijo fray Buril apretándose los oídos—. Sus pensamientos y sus hechos también lo son.

—Mientras todo eso ocurra, vendrá una muchedumbre de gente codiciosa y malvada a usurpar mi señorío sobre las tierras descubiertas y conquistadas por mí. Acudirán en multitud a devastarlas en mi nombre y bajo la insignia de mi autoridad sembrando muerte, esclavitud y terror. Como ocurre en África y en otros lugares de la tierra conocida desde hace siglos, pero en mayor medida aún en la Yndias Orientales, sobrepujando todo lo que una conciencia honrada puede concebir y soportar. Y esos usurpadores e impostores serán los «hombres barbados venidos del cielo» cuya llegada la gente de las Yndias tiene anunciada en sus profecías.

Fray Juan me mira como si estuviera yo poseído por un frenesí delirante. Me busca a través del maderamen del piso, como si hubiese desaparecido en un sumidero. Veo en su labio superior titilar el verrugete filiforme. La boca se le ha fruncido en un tajo casi invisible. Los ruidos de hueso arrecian en una crepitación que hace pausas repentinas como las de un corazón averiado.

—¡Vamos, fray Juan! —lo increpo—. No es como para que usted esté haciendo tañer su esqueleto por adelantado. Le estoy hablando a su merced de una enfermedad que me sobreviene en los momentos graves. No es una enfermedad del cuerpo sino del alma. El cuerpo lo he tenido siempre entero. El ánima, en ocasiones, más vale demediada.

Fray Juan estaba lívido, la quijada sobre el pecho. Esperé la respuesta no porque me importase demasiado su consejo sino porque hablar de Dios y de la muerte es la única forma de comunicación posible con esta raza de custodios de la fe en servicio de solapada vigilancia.

Fray Juan sabe todo y lo ignora todo, y ésta es quizás su única sabiduría. Lo someteré a una prueba más. Voy a referirle, bajo secreto de confesión, la propuesta de mi amigo Luis de Santángel. No hace falta el sacramento de sigilo, me dije. Además el sigilo no existe para la Santa Inquisición. Si ella es el ojo y el brazo de Dios en la tierra no puede haber secreto que se le escape. Se moriría de asfixia el fraile, tragándose su

lengua, antes de revelar la más mínima partícula de una revelación semejante. Le aferré la mano con el garfio de la mía, como lo habría hecho el dominico vallisoletano D. Tomás de Torquemada, con fanatismo inexorable. Bajé la voz hasta el susurro más suave de que fui capaz y le soplé al oído la confidencia que estaba seguro iba a resultarle atroz.

—Usted sabe que don Luis de Santángel es judío converso. Él conoce mi origen judío que me viene resbalando en la sangre de abuelo en abuelo desde hace siglos. Me pidió bajo total reserva que llevara en mi tripulación, convenientemente disfrazado y con el mayor disimulo, a un rabino judío que estaba siendo buscado por la Inquisición. Hay cargos tremendos contra él. Su peor pecado es el de tener mucho dinero y los deudores son los primeros que le van a echar la red encima. Está condenado a muerte. Era necesario salvarlo a toda costa y esto sólo llevando a este santo varón a las Yndias envuelto en el más impenetrable de los secretos.

—Está dispuesto el rabí, me dijo don Luis, a vivir en un cenobio en el desierto, en una cueva, en los riscos de una montaña.

—Vea, don Luis, le dije. Lo descubrirán por las manos. Los hombres de religión tienen las manos muy blancas, finas y amujeradas. Lo llevaré de todos modos, si su merced me lo pide. Será el primer inmigrante judío en tierras del Gran Khan. Acaso logre convertir al Rey de Reyes al judaísmo, y entonces su ermita será de oro bruñido. No vivirá en el desierto sino en los jardines del palacio real. Acabará llevando sus rollos de sinagoga en sinagoga por todo el Oriente transportado por los propios trirremes imperiales.

Me detuve con cierto pudor. Estábamos entrando otra vez en las *Mil y una noches*, o en la *Cábala*, y la repetición daña el sabor del vino más fino.

Reparé que las manos de fray Juan estaban violáceas bajo la presión de las mías habituadas a los gobernarios de bronce. Sufría el capellán en su cuerpo la condenación pálida del rabino. Su rostro afilado parecía esculpido en yeso; la frente, en cobre viejo cubierto de verdín. Toda su sangre había afluido a esa mano prisionera de la mía. La veía hincharse monstruosamente. Estaba a punto de reventar salpicándome de sangre, de horror, del miedo de sentirse cómplice de esa evasión que podía costarle a él también la hoguera.

—¿No se estará usted refiriendo, Señor Almirante, al hermano Jerónimo Ramón Pané, que viene encerrado en un cajón en la sentina, todo el tiempo arrodillado y en oración?

—No. El hermano Pané es un ermitaño del monasterio de Huelva que ha resuelto venir a continuar su vida de anacoreta en las Yndias. Quiere trabajar en la redención de los gentiles.

—Entonces..., si he entendido bien, ¿viene el rabí Efrem... con nosotros?... —se atrevió a susurrar. Me miró con ansiedad sabiendo que de mi respuesta pendía la amenaza de que el día del terror fuera también para él su nueva carne mortal puesta en la parrilla. Se apretó las narices como si oliese ya el huzmo de la carne quemada. Ante mi obstinado silencio, fray Buril repitió mirándome fijamente:

—Viene con nosotros el rabí Efraím?...

Clavé en sus ojos una mirada glacial y solté su mano. Se apoderó de todo su cuerpo el temblor de la vejez. En la mitad de su vida, lo vi de repente enormemente viejo. Un esqueleto fósil acucillado en la silla en posición fetal.

¿Cómo sabe usted el nombre de ese hombre?, estuve a punto de preguntarle. Era inútil. Fray Buril está siempre enterado de todo. A veces se le escapan cosas, como esta treta que he empleado con él. El ardid de confiar a alguien, en absoluta reserva, un hecho de imprevisibles consecuencias, es infalible. O produce cómplices a muerte o mortales enemigos. Los extremos se tocan. Se levantó y salió.

Le oí devolver por la borda toda la bilis de su espanto. El color del mar se tiñó de un verde enfermizo, del verde cantárida del mar de los sargazos. Le oí toser al aire de cubierta, acatarrado de sollozos. Le vi abrir los brazos a la redondez del mar como si hubiese querido abrazar la infinitud de Dios. Apretarlo, exprimirlo como una gran fruta oscura para sacarle todo el zumo de su divinidad. El inmenso rosario revolaba en el aire como convocando a la Divina Presencia y apagando con su rítmico matraqueo de crótalo el ruido del oleaje batiendo la carena.

Fray Juan Buido o Buil o Boíl o Bernardo Boyl o Juan Buril volvió y me miró un instante de una manera curiosamente ciega como si viniera de muy lejos y se encontrara de pronto en un país desconocido. Tenía cruzados los brazos sobre el pecho, las manos metidas en las cuevas sin fondo de las mangas. Las cuentas no hacían ahora ningún ruido.

—¿Y el rosario? —le pregunté.

—Con el movimiento de los brazos, se deslizó y cayó al mar... —dijo tristísimo, y luego como si murmurara entre dientes una jaculatoria, le oí decir : —¡Perdóname, Dios mío, por haberte pedido consejo bajo tierra!...

¡Por haber arrojado al mar sin quererlo mi áncora de salvación!... ¡Estoy condenado hasta el día del Juicio Final!...

Me saqué las botas por huir de las jeremiadas de Buril. Le mostré los dos pies atravesados por sendas llagas desde el empeine hasta las plantas. Los miró con temor supersticioso.

—Vea su merced —le dije—. Mire estos agujeros sanguinosos. ¿No ve usted en ellos los estigmas de los Clavos de la Cruz?

—Como no sean el producto de los clavos de sus botas... —farfulló como ante un sacrilegio execrable.

—Quién le dice que no fuese yo mismo quien levantó la lápida del santo sepulcro para que Cristo saliera de allí cuando resucitó al tercero día.

—¡Está usted completamente loco!

—Tal vez tenga usted razón —señalé con el índice el escapulario—. Algunos llevan la locura en el pecho, un amarillo y cumplido tumor, un ácido fruto que les amarga la vida. Pero vivir loco y morir cuerdo, ¿no es acaso la culminación de una vida cumplida más allá de la muerte?

Buril se dobló como atacado de bascas.

—Márchese usted y prepárase a bien morir. La tempestad caerá en seguida.

Encorvado y asqueado salió Buril. Si la tempestad nos perdona y alcanzamos a volver alguna vez a la sede de su poder, el diocesano Buril será uno de los arquitectos de mi caída. Confío sin embargo, si salimos de esta, en que su robusta mala salud acabe con él antes de que suceda para mí lo peor.

PARTE 31 - EL PÁJARO SAGRADO

EL Almirante saca de una gaveta *el Cuaderno del Descubrimiento*. ¡Descubrimiento, aún no!..., se oye que tartamudea echando lumbre por los ojos hundidos en las cuencas empozadas de sombra. Le crujen los dientes. ¡Sucio cuaderno!... Lo lanza sobre la mesilla como si lo arrojara por la borda.. Esto es más duro que tallar con las uñas un bloque de pedernal... Siempre encuentro los pedazos que me faltan fuera de mí. ¿Qué valen las palabras ahora? Escupe en el bacín lleno de flema negruzca.

Por debajo del sonido llega la hueca reverberación del mar. Voces borrosas, crujir de aparejos, entrecortada respiración del alisio que vuelve a golpear las velas con misteriosas y repentinas pausas. Suelta una pierna por debajo de la mesilla. La bota rotosa deja ver la pantorrilla ampollada hasta el hueso. Pequeña y desencuadernada es la camareta que se ha mandado fabricar con tablas mal aserradas bajo el castillo de popa y una puerta recia con cerrojo. Puede tocar con la mano el reluciente vástago de bronce del gobernalle que gira en sus ejes con las orzadas y que a veces parecería hipnotizarle con su inmovilidad.

No es sólo la rebelión de sus hombres lo que le preocupa, los mil menesteres menores a los que tiene que hacer frente con astucia y coraje. Ya está habituado a ellos. Lo que le abruma ahora es la propia encrucijada en la que él mismo se ha colocado frente a la empresa descubridora por la que los Reyes y el Pontífice le han llenado de mercedes y distinciones superiores a las de un príncipe. Cierra los ojos y el brillo irreal de los techos de oro de las Casas Reales, cuyas descripciones ha leído mil veces, le hace latir las sienes. La visión mitiga en parte su ansiedad, la conciencia culpable de sacrilegio y falsedad, a los que debe este viaje.

Le tortura sobre todo la culpa de haber mentido a la Reina por mediación de su propio confesor. Lo ha complicado también a fray Antonio de Marchena, el amigo y protector que a su venida de Portugal los ha acogido en La Rábida a él y a su hijo Diego cuando ya desfallecían de hambre y de fatiga. Bajo sigilo de confesión, el navegante ligur, con dolor y con dolo, les ha relatado como propia la aventura del Piloto anónimo,

ocultando la historia de éste, su vida y su muerte. Éste era el único elemento verdadero de la confesión puesto que efectivamente el Piloto anónimo ya no existía. Les ha dicho que él ya conoce el camino y que incluso ha estado en esas tierras. El navegante estaba seguro de haber puesto un doble seguro a su secreto. Secreto contado a uno, secreto ninguno. Secreto contado a dos, no lo sabe Dios.

Sólo sabe ahora que, a los riesgos del viaje en busca del «desconocido» camino a las Indias se suman los de la rivalidad, celo y recelo de los otros capitanes, principalmente de Martín Alonso Pinzón, que se considera el verdadero inspirador y propulsor de la empresa descubridora.

En junta de capitanes, al comienzo del motín, el Almirante ha revelado también a Martín Alonso y a Vicente Yáñez el secreto del Piloto. Estamos a un paso de la entrada a las Yndias, les ha dicho. Los mellizos no se inmutan y toman a burla y agravio la nueva patraña. Martín Alonso es dueño del secreto de otro pre-descubridor, encontrado por azar en Roma. Ha hablado al Almirante varias veces de este hecho, sin lograr resquebrajar su mutismo. Y ahora éste le replica con otro semejante y quiere hacer prevalecer el suyo. ¿Hay pues un secreto públicamente universal? ¿El continente desconocido lo es sólo para los que van a buscarlo?

El Almirante pasa la mano, como en demanda de clemencia, sobre la efígie de la Reina, su protectora. El gesto de conjuro se detiene ante la efígie del Rey que le mira de soslayo. Piensa que éste ha sido siempre con él más adusto y reticente que la Reina. Se plañe de ello en su *Libro de Memorias*: «He vido al Rey algo seco y contrario a mis negocios que son también de la Corona. Si la Reina desaparece, lo que Dios Nuestro Señor no lo ha de permitir!, bien sé que el Rey me abandonará a mi suerte...»

Debió anotar este vaticinio más vale en su *Libro de las Profecías*, o en su *Libro de Memorias*, en los que va trabajando alternativamente en la alta noche cuando hay calma. Hace veinticinco días, desde que la armada partió de las Canarias, que el Almirante no pega los ojos, ni come ni bebe más que un trozo de pan duro y el jarro de agua o la infusión de licopodio que le alcanza el paje de cámara y pregonero Torres. Rito propiciatorio que le sirve de poco en cuanto a aliviar su conciencia culpable, pero que estimula y desata en él las visiones premonitorias.

El Piloto le habló de *Yucahuguamá*, el ídolo supremo de los nativos taínos, el Gran Señor que vive el Cielo, y del ritual de ayuno que practican los sacerdotes isleños, para obtener revelaciones relativas a victorias sobre el enemigo, adquisición de riquezas, llegada de mesías protectores o de invasores nefastos, y otras cosas tocantes al porvenir. Su poder es inmenso, le habría dicho el Piloto, pero sólo el ayuno total por un ciclo lunar, la maceración del propio cuerpo con autoflagelaciones y llagas, propician las revelaciones deseadas.

El Almirante cuenta en su *Diario* que ha tenido una revelación abrumadora de la que prefiere no hablar por el horror que le ha producido. Piensa que las divinidades más crueles son las más generosas, y que lo son precisamente por la virtud purificadora de la crueldad. Se promete, apenas llegado a la misteriosa isla a la que arribó el Piloto, buscar a los hechiceros guardianes de los ídolos *cemíles*. Les pedirá que le conduzcan a la piedra negra de tres puntas, esculpida hace miles de años con aspecto de mineral de hierro, jaspeado de pequeños cristales iridiscentes. Su peso es tan grande, que las fuerzas de tres hombres no alcanzan a levantarlo ni siquiera a moverlo de su sitio.

El Piloto abocetó al dorso del mapa de Toscanelli el triángulo del ídolo taíno. Entre los tres brazos aparece en bajorrelieve el perfil de un rostro inescrutable con un solo ojo doble extendido en la frente; un rostro pétreo en el que los rasgos humanos no han amanecido todavía o se han desdibujado ya.

Esta figura de la divinidad, a la que llaman *Yucahuguamá*, «el ser inmortal que vive en el cielo y que no puede ser visto por nadie, y que tiene madre, mas no tiene principio», domina las fuerzas del cielo, de la tierra y del mar por las tres puntas del icono que la representa.

El Almirante se aferra a este improbable auxilio de las divinidades primordiales en tierras ignotas ya que las religiones conocidas le han sido más bien desfavorables. Con letra ilegible, en la lengua críptica que se ha inventado para su uso personal, escribe: «He padecido bastante en la irrealdad del mundo como para merecer ahora que los ídolos paganos se ocupen de mí con alguna simpatía concediéndome un poco de realidad...»

Lo que no sabe el Almirante es que, precisamente, *Yucahuguamá* profetizó la llegada de los hombres blancos vestidos y barbados, venidos del cielo. Lo sabrá después, pero ya será tarde. En uno de sus raros momentos de lucidez, como si de pronto se hubiera acordado de algo que

no le había dicho aún, el Piloto refirió el extraño suceso que le ocurrió en la isla. El reyezuelo taíno le envió con dos de sus servidores un pájaro semejante a un ave del paraíso, pero sin los colores que adornan a ésta. Su plumaje totalmente oscuro no despedía ningún destello. Con un cuchillo de piedra uno de los emisarios cortó el penacho de botones negros, abrió la cabeza del pájaro y se lo tendió al Piloto. Le indicó con señas que posara los ojos sobre la cabeza descortezada del ave que parecía seguir estando viva. Aleteaba débilmente sin emitir el menor graznido.

Bajo el sol del mediodía, la luz era cegadora. El Piloto se aproximó y observó la cabeza abierta del ave. Halló con estupor que en el lugar del cerebro había un pequeño espejo ovalado. Vio en él las estrellas de la noche. A su pregunta los naturales le dijeron que se llamaban *yvaga-rata*, o fuego-del-cielo. Cuando las estrellas desaparecieron, el Piloto vio reflejada en una turbia lejanía la turbamulta de muchos hombres vestidos de hierro que parecían bajar del cielo pero que en realidad desembarcaban de grandes galeones. El ave expiró en un postrer aleteo. Las imágenes se desvanecieron. Los emisarios enterraron en la arena sus despojos y se marcharon sin decir palabra.

PARTE 32 - CASTRAR EL SOL

ME preocupaba el acre olor salino de la mar que parecía una enorme bestia en celo contrayéndose en espasmos felinos. Me hallaba concentrado en el salvaje hedor cuando entró de nuevo Buril sin ser llamado. Miré con curiosidad al fraile como si también lo viese yo por primera vez. Carraspeó un poco. Las palabras le tardaron en salir como recogiendo memoria bajo los párpados entornados.

—Para algunos —dijo echando los ojos al suelo—, la esperanza es la enfermedad del oro, de las riquezas, del poder, de los grandes honores... ¡Tanto los tiene ciegos la cubdicia!

Me había olvidado ya del tema de nuestra plática. —Este viaje.. — plegó los labios en un rictus de reprobación.

—Pero su merced sabe que los Reyes y el Santo Pontífice aprueban y apoyan este viaje a las Indias. El oro, las perlas, los metales de toda especie y las riquezas de la especiería servirán para reconquistar el Santo Sepulcro de Jerusalén. Ésta será la última, la Novena Cruzada de la cristiandad hacia el Oriente para la cristianización de los infieles en los reinos asiáticos del Gran Khan. Antes que ella se cumplirá la cruzada contra el Islam encerrados entre Oriente y Occidente.

—No se pueden hacer dos cosas en el mismo momento.

—Yo lo estoy haciendo. Este viaje se dirige al mismo tiempo a dos destinos diferentes. Vea, Fray Juan, se han producido las coincidencias más extrañas. Después de miles de años los judíos fueron expulsados de España exactamente el mismo día mes y año en que comenzó este viaje, hace 27 días. Después de 800 años de la guerra de Reconquista los sarracenos fueron expulsados también el mismo día mes y año, hace 27 días. A mi regreso, con las riquezas de las Indias, aproximadamente asimismo en 27 días, los Reyes de España emprenderán la novena Cruzada para expulsar a sarracenos y judíos de Jerusalén en menos de los siete años que anuncia el Pentateuco. Hubo otra de la que nadie habla

—¿Otra qué?

—Otra Cruzada. La Cruzada de los niños, en el siglo XI —dije—. Tenían esos niños la esperanza de poder atravesar los mares a pie enjuto. Un empresario de Amiens hizo de flautista alucinador. Los arrastró a esa terrible aventura. Fue como una nueva degollación de inocentes mil años después de la que Herodes mandara ejecutar para asesinar al Hijo de Dios, nacido en Belén. Los franceses querían eliminar a todos los niños de Alemania.

—Para que no les trajesen más guerras.

—Y las guerras continuaron. Dios permitió que los sobrevivientes de esos cien mil niños fueran secuestrados por traficantes de esclavos y vendidos en lugares tan distantes unos de otros como Egipto, Etiopía y Guinea.

—¿En Guinea, dice usted? —la historia imprevista y desconocida perturbó a fray Buril profundamente.

—En Guinea, en Egipto, en los pueblos costeros del Mediterráneo. No llegaron jamás a Jerusalén. ¡En aquellas terribles soledades africanas y orientales se perdieron sin remedio esas almas inocentes!.. Daban un niño rubio por cada tres negros sanos y fuertes... o por un adarme de pimienta, dos tomines de canela y tres celemines de ruybarbo. La Cruzada de los Niños, aunque no figure en los incunables, produjo increíbles ganancias.

—El tiempo ha envejecido mucho desde entonces.

—Ha empeorado, fray Juan. Todo lo que envejece empeora, se falsea, se corrompe. La vejez es la enferma edad. Vamos, la enfermedad.

—Esos niños murieron de una cuchillada de su sangre. Dios los había escogido como víctimas propiciatorias para rescatar el sacrificio de su hijo. Los habrá recogido en su infinita misericordia. Desde aquel mismo momento, el Santo Sepulcro quedó liberado para siempre de turcos y sarracenos. Lo que no pudieron lograr los Caballeros Cruzados, lo hicieron esos niños con su sacrificio increíble.

—Habrá otros —dije soplando mis llagas.

—¡Dios no lo permitirá!

—Dios permite siempre el sacrificio humano. Impide que la especie maldita prolifere. Permitió el sacrificio de su Hijo hecho hombre.

—Para salvar de los sacrificios al género humano...

—Que sacrificó a su Hijo. La cadena es infinita y el último eslabón sólo saltará bajo el mazo del Apocalipsis.

—¡Ah entonces..! —y el grito de fray Juan fue un clamor de fiera herida— ¡Que a los malvados les sobrevenga todo el dolor que puede caber en el universo!

Esperé que se calmara. Entonces le hablé con la voz de un viejo amigo hipócrita.

—¿Conoce su merced la historia de la Isla de las Siete Ciudades que figura en las primeras cartas marinas y en algunos cantares de juglaría?

—De oídas, Señor Almirante.

—Es una historia edificante. En 724 del nacimiento del Hijo de Dios hecho Hombre, diez años después que los moros conquistaron España en la batalla de Guadalete contra el rey Don Rodrigo, siete obispos con su gente se embarcaron en siete naves fabricadas con el maderamen de sus iglesias. Setecientos hombres, ancianos, mujeres y niños. La primera peregrinación de que se tiene memoria. Cargaron altares, pesadas cruces de piedra, tallas, iconos, cálices, ornamentos litúrgicos y hasta las vestiduras de ceremonial, y fueron a poblar la *Antilia* donde cada uno de ellos fundó una ciudad. Sus nombres permanecen en el misterio. Con el fin de que su grey no pensara más en volver, quemaron las naves, legando un ejemplo heroico a los que vinieran después a conquistar esas tierras. En esas aventuras extremas no hay retorno posible.

—Setecientos años hace de ese legendario hecho. Ya nadie lo recuerda.

—Hay más, fray Juan. La leyenda encerraba una profecía. Aseguraba que aquella isla iba a quedar oculta hasta que el Islam fuera derrotado en toda la península ibérica por el cristianismo. La profecía se ha cumplido, justamente ahora, con el fin del reino nazarí en Granada.

—Ha sido obra de Nuestros Soberanos, los Reyes Católicos, con el auxilio de la Divina Providencia.

—Así es. Y ahora nosotros vamos a redescubrir y poblar esas tierras del Oriente.

Ahuequé la voz: —¿No le gustaría, fray Juan, ser obispo de esa Antilia, o del Cathay, o del Cipango, sitios inmensos poblados de infieles?

—Yo cumplo las órdenes de mi Orden —dijo bajando la cabeza.

—Tendremos necesidad de otros siete obispos. Usted sería el Primero. ¿Se da cuenta? El primer obispo de la Fe católica en las Yndias. Salvo que a usted le interese más ser delegado apostólico de la Santa Inquisición. Inestimable, insustituible, importantísimo sería su concurso en esta tarea de purificación y salvación de almas.

Fray Buril se quedó en silencio arrastrando los ojos sobre las tablas.

—¿Sabía usted que hoy es el día de mi cumpleaños?

—Que Dios, Nuestro Señor, lo preserve en su Gracia...

—Lo celebraremos en el fondo del mar. ¿Sabía usted que esta noche nuestros barcos naufragarán y que no habrá sobrevivientes? Vea usted el mar.

—Está bastante picado...

—Pues más lo estaremos nosotros. Los tiburones se encargarán dello. Dentro de pocas horas la tempestad levantará el mar en un solo bloque y nos aplastará. Yo escucho las tempestades antes de que se produzcan. O mientras se producen, invisibles, en la ignosfera, a miles de leguas de profundidad. ¿No escucha usted el fragor subterráneo parecido a un gran terremoto? Los grandes vientos soplan bajo tierra. Son el aliento del fuego central. Después subirán a la superficie y harán bramar el mar.

Fray Buril se persignó y comenzó a orar, a hablar consigo mismo, a increpar guturalmente entre jipidos a Dios y a la Santísima Trinidad. Y hasta me pareció oírle mentar a la Madre de Dios. No entendía yo sus palabras lamentosas, rencillosas. Palabras que se exhalan cuando se carece ya de razón.

Bajo la voz de fray Juan oí otra vez la del Piloto como si me cuchicheara algo a través de las resonancias y los ecos de un acueducto. Pensé otra vez en esos niños. No en los de la Cruzada. Pensé en los hijos que aquellos náufragos habían engendrado en las mujeres nativas de la Isla de las Mujeres, en las Antillas, llamada Matinínó. Esos niños, dije en voz alta, serán ahora adolescentes. Puedo imaginar a algunos con la tez blanca, cabellos rubios y ojos azules, como los del Piloto.

Fray Buril no sabía de qué niños le hablaba ahora. Ya que estábamos en plena aireación de secretos ante el fin próximo e inexorable, le referí también como mío el secreto del Piloto. Le hablé del comercio carnal entre los 37 tripulantes de la nave náufraga y las mujeres taínas durante más de un año. Uno de ellos se quedó en esa especie de Citerea de ultramar y montó un serrallo con las venus indianas. Producto de un precipitado y prematuro mestizaje en las Yndias, es la existencia de esos huérfanos. Son los primeros mestizos de las Yndias. Fray Buril se escandalizó hasta las lágrimas. Vertíanse por las pequeñas gárgolas de sus arrugas y le ensopaban la pechera del hábito, el escapulario marrón ahora oscuro.

—¡Pero esos niños no anhelan rescatar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo!.. —dije con indignación mística—. Nada saben del Dios cristiano ni del sepulcro del Hijo de Dios hecho Hombre... No han de imaginar siquiera que los dioses de los pueblos a los cuales ahora pertenecen pueden morir y necesitar sepulturas. No saben que esos dioses están reencarnados en la gente viva que adora sus representaciones... Las piedras... la luna... el sol... la lluvia... los pájaros sagrados..

—¿Decía algo, Señor Almirante? —preguntó inquieto fray Juan resucitando de entre los muertos.

—¡Pobres niños nacidos para esclavos de países que compran esclavos y que van a convertir en esclavos a pueblos enteros! El Piloto me refirió una leyenda de esos pueblos primitivos. *¡Castrar el sol... eso se pondrán a hacer aquí los extranjeros venidos del cielo!*... —dijo el Piloto que decía la leyenda—. Aquellos gentiles esperan con temor sagrado a estos mesías vestidos de hierro, con armas que escupen rayos y centellas, venidos del cielo. Nosotros somos esos hombres para ellos, fray Buril. Pero no hemos venido del cielo. Una exageración. Castrar el sol me parece imposible. Del sol la única imagen que tengo es la de un ojo reventado por haberlo mirado fijamente durante un cuarto de hora en el punto más alto del cenit.

Fray Buril se estaba hundiendo de nuevo como si de pronto una marea de moluscos le estuvieran devorando las entrañas por debajo de su línea de flotación y produciéndole un terrible cólico moral, en anticipación del inminente naufragio.

—La broma o taraza —observé sin humor— ataca la madera de los barcos del mismo modo que la broma del poder, de la riqueza, ataca el alma humana con una voracidad y una velocidad increíbles. La broma es una broma.

En alguna parte de su rostro de momia, Fray Buril sonrió con la sonrisa de una hiena muerta.

—No, fray Juan, no se ría. La broma no tiene ninguna gracia cuando devora la madera y la gente. Lo único que se puede hacer en casos semejantes es cambiar el barco y cambiar la gente. Ahora no podemos hacerlo. Nuestras naves vienen horadadas por los náutilos como panales de miel. Sólo que esta miel va a anegarnos en las amargas e infinitas aguas de la mar oceánica. Vamos comidos por los náutilos. Acaso al llegar, si llegamos, podremos calafatear los agujeros. Por el momento eso es otro imposible.

Fray Juan no podía ocultar su malestar. Era impotente ante esa especie de invencible hostilidad orgánica hacia lo que rechazaba con toda su alma. Sabía que su destino físico estaba, por el momento al menos, ineluctablemente atado al mío, a la forzada complicidad que le imponía la cercanía de nuestro fin último, a las naves que hacían agua, carcomidas por los gusanos. Nada une tanto a los vivos como la proximidad de la muerte total, sin sobrevivientes posibles.

Pero él no se sentía unido espiritualmente ni a las naves, ni a mí, ni al rabino polizón, ni al ermitaño que yacía en la sentina, ni al sentido de esa navegación por el Mar Tenebroso rumbo al resplandor de la desconocida riqueza del mundo. Abominaba con toda su alma el delirio insensato de este viaje. A él sólo lo habían enviado a vigilar la vigilia del «loco» alucinado por el «oro de Yndias.» Y ahora, en pocas horas, iba a quedar sepultado con él en el fondo del mar, junto con toda esa grey de plebeyos y palurdos peores que bestias.

Probablemente fray Buril no tendría miedo a la muerte, pero no quería morir allí, en el extremo desconocido del mundo. Como el último de los marineros que sólo anhelaban volver a su miseria, a su cadena, a su condena, a sus hogares monótonos y aburridos (los que los tuviesen), Buril no quería sino retornar a la sede de su dignidad y poder en la corte, aunque no lo dijese. Se lo dije. Asintió con un parpadeo como de indecible nostalgia, de cólera feroz, de rabiosa impotencia. Todo él se iba pero seguía quedándose. Sus brazos estaban tendidos hacia la puerta. Tiraban de él. Con el rostro vuelto hacia atrás miraba hipnotizado en mis pies las llagas de los clavos. Temía yo que de un momento a otro sus hábitos siguieran colgados delante de mí, mientras su cuerpo desnudo salía disparado de la camareta.

Confío en el espionaje apostólico que indirectamente he encomendado a Fray Buril con los hombres de la tripulación. Lo veo muy aplicado a su tarea. Mira a cada uno en los ojos, le cuchichea al oído cosas de padre solícito a hijo rebelde. Sobre todo escruta las manos de sus interlocutores como al descuido en busca del inhallable rabí Efraím.

A veces, con aire de sospecha, toma una mano y la acerca a sus ojos de prósbito como si fuera a depositar sobre ella un ósculo paternal. Pero sólo la observa como a la lupa tras los gruesos cristales, y más de uno le ha soltado improperios a boca de jarro. ¡Espía del demonios! —vociferan. No saben que fray Buril sólo busca al polizón. Pero yo sé que Buril hace causa común con ellos y que insidiosamente los está incitando contra mí.

PARTE 33 - LIBRO DE LAS PROFECÍAS

DOS eclipses seguidos. El peor es la conjunción de Marte con Saturno. Siempre trae fuertes temporales y mar fosca. Son 700 leguas las que hemos andado desde las Afortunadas. No faltan más de 50 ó 70 para arribar a ese archipiélago de las Once Mil Vírgenes marcado en su carta agónica por el Piloto. Pienso que debe de ser el archipiélago que rodea a Cipango, conforme lo han descrito todos los cosmógrafos y viajeros, desde Plinio a Toscanelli, desde Silvio Eneas Papa a Marco Polo. Plegue a Dios que la vía del florentino y la del Piloto me conduzcan al mismo destino. Plegue a Dios que sean arrecifes perlíferos, o mejor aún promontorios de oro natural. El motín se calmaría de inmediato aunque después comience la ruda pelea por arrancar con los dientes pedazos de esas rocas auríferas.

Allegados a ese lugar y traspasado el cinturón de islas que es como el himen rocoso de su castidad intocada, la isla de Cipango y la tierra firme de Cathay, las ciudades de Zaytón y de Quinsay del Gran Khan, sólo distarían, cuarta al sudoeste, un cuarto de camino más, o sean las 300 leguas justas que faltan. O que sobran. Por esa ruta voy y espero allegarme a buen fin. Las profecías, sin embargo, parecen querer someterme a las pruebas de Hércules. Aquí estamos detenidos por este pudridero pestilencial. Ni yo tengo la fuerza de Hércules ni es posible construir sobre esta corrompida hojarasca una columna como la que el semidiós levantó como puerta entre el Mediterráneo y el mar de la Atlántida. Menos aún es posible esperar que el mar de algas se abra a nuestro paso como el mar Rojo lo hizo al paso del Éxodo conducido por Moisés.

Releo la profecía de Séneca, copiada en mi Libro juntamente con las de Isaías y Esdrás. Las he retocado apenas para entenderlas mejor. Las tres coinciden en lo esencial, casi con las mismas palabras: «Surcan el cielo gaviotas, cormoranes, petreles. No parecen venir de las costas. Vuelan hasta el confín del océano. Allí donde comienza en un grano de arena la tierra infinita rodando en un aro de plumas con un fragor de odisea. Un hombre

nació en la dirección del comienzo y va hacia el comienzo retrocediendo en la edad del mundo. ¿Quién es ese Desconocido de barba lunar que le llega a los pies? ¿Coronado de pájaros como hojas vivas de laurel, más alto que el mástil de cedro del Líbano, avanza por encima de tumbas y aguas?...»

Las viejas palabras tienen un sentido claramente actual. Me aluden y reconfortan. Soy ese desconocido, ese peregrino que avanza hacia el comienzo, hacia la enorme antigüedad del mundo último-último-primero. Avanzo y retrocedo al mismo tiempo, batido y combatido por las furias de la naturaleza, del cielo y de los hombres. Eso se hará, eso estoy haciendo. No servirá de nada si no encuentro lo que esencialmente busco dentro de mí. El universo humano es el más complejo y oscuro de todos.

No creo en la mágica utilización de las cosas. No creo en la inspiración del delirio solamente. No creo en los aerolitos mentales que recorren las circunvoluciones del pensamiento a la velocidad de la luz. Hay un punto de lumbré fosfórica en la oscuridad del universo donde toda la realidad se vuelve a encontrar, cambiada, metamorfoseada. Lo difícil es hallar ese sitio, la luz de esa estrella apagada hace millones de años, que todavía sigue llegando hasta nosotros, a los ojos de cada uno, según su cosmogonía individual. Mientras escribo estas palabras que acaso sean las últimas, el gran ojo verde y oriental de Sirio me observa despreciativo con sus torcidas miradas de usurero del cielo.

PARTE 34 - CUENTA EL NARRADOR

TREINTA y tres días —uno por cada año de la edad de Cristo, piensa el Almirante— han pasado desde que las naves soltaron amarras en el puerto de Palos. Van atrasadas con el despinte de *La Pinta* en Canarias. Treinta y tres días. O meses, o años, o siglos. Cinco siglos, para ser exactos. Y los que se continuarán mientras dure la historia y no se muera la mar ni la humanidad desaparezca, cosas sobre las cuales no hay certeza alguna.

Apenas zumba el mar en la oscuridad de la noche. El Almirante dormita en la camareta con la pistola al alcance de la mano. El pregonero Torres entra con la escudilla. Zalamero como siempre, dice: «Ahora sólo tenemos los días y las noches y en lugar del mar esta pradera podrida. Llegará el día de San Nunca en que descubriremos la tierra de los Santos Lugares donde desde el principio del mundo los pajarillos ya fueron gente como nosotros...» Lo hace callar el Almirante con la punta de la bota.

Por el ojo de buey ve volar sinuosas circunvoluciones de vapores. Sale a la escotilla y encuentra que esos círculos de niebla se han quedado inmóviles, haciéndose cada vez más densos en torno a la arboladura hasta semejar bloques de piedra, témpanos flotantes veteados de sombra, que van borrando mástiles y velas, la propia nave, el mar. Algo semejante a la muda y silenciosa paralización del universo. Sólo el murmullo cadencioso y tristísimo late en el corazón del Almirante.

Escribe el Almirante, alternadamente, el *Diario de a bordo*, sus *Memorias íntimas* y el *Libro de las profecías*. Al zarpar de la Isla de Hierro ha comenzado también a escribir la introducción al *Libro del Descubrimiento*, interrumpida con la navegación. De tanto en tanto echa los ojos por el ventanuco. La mar en calma pone la cara farisea de un viejo amigo que de pronto puede levantarse y ahogarte. La noche, más inmensa que el día, ciega con franqueza, mientras que la luz cenital ciega como una deslumbradora falsedad todo lo que ilumina y escuece los ojos hasta volverlos purulentos. El almirante siempre escribe sus papeles íntimos,

noche adentro, desde la hora nona; el *Diario de a bordo*, a la puesta de sol cuando el último borde del disco solar desaparece tras la línea del horizonte y el muecín ha cantado las leguas.

El tiempo sobre la mar continúa girando sobre sí, en derredor de sí, formando en torno a la nave un cono inmenso desde el círculo del horizonte hasta el cielo. El mar de los Sargazos ha ocultado por completo el mar. La nao capitana, esbelta aunque panzona y un poco lenta con la línea de flotación a flor agua por lo mucho que lleva en sus entrañas, está prisionera de las algas y del motín.

En largo duelo anticipado ha venido tejiendo el Almirante la ficción embaucadora del *Diario de a bordo*. No es otra la función de la palabra escrita, aunque la que usa el almirante sea extranjera para él, llena de sonidos y rasgos parásitos, flotantes: un pequeño mar de Sargazos también el *Diario de navegación*.

Cree a pies juntillas en el relato del protodescubridor, pero vuelve a trabajarle la duda de que las tierras de Cathay y Cipango que menciona Toscanelli, es decir las islas y tierras firmes de *allá*, pueden ser muy bien las islas y las tierras firmes de *acá*, descubiertas por el piloto anónimo, ésas que los cosmógrafos antiguos nombran ya Antyllas y que han sido mencionadas en las *Capitulaciones de Santa Fe*. El Oriente asiático se hallaría pues a corta distancia, como quien dice a la vuelta de la esquina. El Almirante se afirma en esa idea, la que por otra parte fue siempre la suya, y se confirmó en su casual y casi fantasmal encuentro con el piloto anónimo, siete años atrás. Él no cree que ese encuentro haya sido casual sino determinado por la Providencia misma. Ya ha visto y vivido demasiadas coincidencias en este sentido. El azar es un asombroso tejido de leyes —escribe en el *Libro del Descubrimiento*— cuyas causas el hombre jamás alcanzará a penetrar.

No le queda más que ganar tiempo. Manipula las coordenadas del viaje rebajando las distancias a fin de aplacar el temor al imposible regreso que inflama la rebelión. También para ocultar esa distancia de 750 leguas que hay que recorrer desde la Isla de Hierro, y que ya casi están cumplidas. Reúne de tanto en tanto a los capitanes de las tres naos y les hace notar que las estrellas, que se llaman guardas, se mueven en exacta correspondencia con las agujas de la derrota. La bitácora es aquí el pie del cielo, les dice. Y las agujas dicen siempre la verdad.

El único que va mintiendo es el Almirante porque a veces la verdad central —en este caso la llegada a las Indias orientales— hay que

defenderla y revelarla con mentiras parciales. La mentira es siempre un mal negocio, pero una vez dicha lo peor es no poder mantener el engaño. Tal es el terrible azar de la promesa que se torna enemiga cuando tarda en cumplirse, piensa el Almirante con cierto estupor.

No le alivia imaginar que el fracaso de una promesa puede no ser sino la forma de una promesa futura. ¿Sabe el Almirante que él mismo, en la deriva de sus naves, va en persecución de una promesa que cambiará de forma a medida que se cumpla? Lo importante por ahora es engañar a los tripulantes amotinados con el conteo de distancias de avance cada vez menores. Por una parte, para evitarles la sensación de un viaje infinito al otro extremo del mundo. Por otra, para esconder el tope de las 750 leguas que indicó el Piloto como distancia clave en la ubicación de las islas.

Noche a noche, desde el puente, hace cantar al pregonero Torres las leguas que se han avanzado. Cierra éste los ojos y abre desmesuradamente la boca al vociferar las leguas y los grados de latitud y longitud que le dicta el Almirante. Erguido tras él, sombrío, cual si fuera un ventrílocuo, sostiene con cuerdas invisibles al muñeco desgonzado. Cada legua que canta no es un don de la fortuna. Es un din don de campana funeraria. Un paso más hacia el fin. Un estrujón más a la sedición.

La doble contabilidad registrada en el *Diario de a bordo* establece la distancia real que será sometida a la realeza. La otra, la que acorta el camino recorrido, es la distancia irreal, fingida en la escritura del cuaderno, mentirosa en la voz del muecín alcoránico, falsificada en la obsesión del almirante, mide el roce de la mar oceánica en las quillas, el isócrono batir del alisio en los velámenes, pero encubre la posición de los navíos.

El dominio del Almirante sobre las tripulaciones estriba en mantenerlas en la ausencia de toda señal de ubicación, derrota y destino. Pero es también en este vacío donde la rebelión de los hombres se va haciendo más fuerte y apremiante. Los forzados nada saben de distancias, estrellas, latitudes y longitudes. Pero el instinto de los hombres de mar es infalible. El Almirante se ha visto obligado a revelar a los Pinzones el secreto del Piloto con el propósito de ganarlos nuevamente a su causa. La sinceridad, falsa por tardía, no ha logrado engañarlos tan fácilmente como a los sabios de Salamanca y de Córdoba, a sus confesores, benefactores, a los mismos Reyes. Martín Alonso, ya lo sabemos, tiene su propio piloto anónimo.

Con las naves paralizadas, hay una ausencia de sendero, una parálisis de la marcha en el camino bloqueado del futuro. El cerco se ha consumado. El capitán de *La Pinta*, el orgulloso Martín Alonso Pinzón, el calmoso Yáñez, los candorosos Niños de *la Niña*, acercan peligrosamente sus navíos a la nave capitana. Pleitean de borda a borda con el Almirante a gritos destemplados. Lo acusan de ignorancia marinera, de desviar el rumbo propuesto en las instrucciones de navegación. Están a punto de chocar las naves desgovernadas por la ira en el mar gelatinoso en medio de estampidos de lombardas y mosquetes. Es una parodia de batalla naval entre marinos rivales.

Hay un silencio, que el humo de la pólvora hace más cóncavo. *La Santa María* y *la Pinta* se han encajado en el abordaje. El rostro cárdeno de Martín Alonso lo muestra al borde de la apoplejía y prorrumpe en grandes improperios contra el Almirante. «yo soy el único capitán de esta armada!... ¡Yo traje las naves... recluté la tripulación!.. Conozco mejor que vos el camino a las Indias... Vos lo sabéis de oídas de ese fingido piloto que habéis inventado para engañar a la Reina... Pero a nosotros no nos engañaréis. ¡Ya está decidido el torna-viaje y en llegando os denunciaré como a corsario vil, como a un infame criminal..!»

Los hermanos mellizos son ahora el día y la noche: quemado, retinto, el uno por el sol y la ansiedad; hinchado y cárdeno el Martín Alonso por el avance de la enfermedad que no ha respetado para seguir creciendo el paio de diez días. El Almirante le dice calmamente : «Mi señor don Martín Alonso, traéis el rostro bermejo, muy alterado por los vapores del mal. Ved de atender vuestra salud. Debéis de cuidaros seriamente. El mal serpentino os está minando el cuerpo como los gusanos de mar la cala de vuestro barco. Es posible que en poco tiempo los bubones os cubran por completo... No os quiero ver morir a mi lado...»

Las carcajadas se amortiguan en el muro de niebla que avanza hacia las naves. El chapoteo de las olas contra los cascos semejan aplausos. La bronca voz del mayor de los Pinzones grita en alguna parte, invisible: «¡La mala llaga sana... la mala fama mata!... ¡No me verás morir, marinero extranjero!... ¡Pero tú si te verás morir de algo que no has visto jamás!...»

PARTE 35 - MEDIDA POR MEDIDA

EN los dos días anteriores el fraude de las distancias ha sido más irritante para los amotinados. El martes 9 de octubre la *Santa María* ha navegado entre día y noche 20 leguas. Contó a la gente 17 leguas no más. El miércoles 10 de octubre navegó 59 leguas. Contó a la gente 44 leguas no más. La aguja de la brújula no señala el Norte magnético sino la voluntad del Almirante.

A la puesta de sol el pregonero cantó, al dictado del Almirante, 584 leguas ya mareadas desde la Isla de Hierro. La cuenta que el Almirante guarda para sí son 707, leguas. Aquí la gente ya no pudo tolerar el engaño evidente. Le intiman a detenerse, no pasar adelante. Lo conjuran a volver. Los tripulantes gritan sin parar que el hombre de la Liguria los ha engañado, que los va a perder en el Mar Tenebroso, que nunca podrán volver. Ya enfurecidos, capitanes y marineros imprecaban con insultos y anatemas terribles contra el Almirante y proclaman que le van a echar al mar.

El escribano Escovedo se ha prestado muy a regañadientes a ser portavoz del Almirante. Pide a los alzados un poco más de paciencia. Les muestra los pájaros que pasan volando en bandadas, señal de tierra cercana. Peces golondrinos vuelan también como pequeños fuegos disparados por las olas. Muchos caen en la nao. Pero los amotinados no tuercen su voluntad de volver a todo trance. Aúllan frenéticos que el capitán está loco y que han de matarle sin esperar más. Han acordado poner un cordón de gente armada en torno al castillo de popa, que el Almirante no quiere abandonar desde que se ha hecho cargo del timón.

Hay mucha mar todavía; mucha más que la que han tenido a lo largo del viaje como si todas las mares oceánicas se reunieran y levantaran ahora ante las naves. Los hombres ciegos de cólera no ven los pájaros y peces que el escribano del reino señala con la mano. En su desvarío de indignación los hombres no los ven más que como hechizos que la flaca silueta convoca para reducirlos a obediencia.

El Almirante, impasible, continúa con un brazo amarrado con cables al gobernalle. Echa con el otro al mar, a todas horas, un aparejo de pescar mariscos, una rotosa red de amaño. En la mañana ha visto pasar muy bajo un ave blanca con la cola luenga, la que llaman rabo de junco o lunareta. Por la tarde, sin haber comido ni bebido, recoge en la red un haz de hierbas verdes y encaramado a ellas un cangrejo vivo, muy rojo, de patas largas y flexibles, que el Almirante ha metido en su bolso de mariscar.

Con el nacimiento de la aurora vence el plazo de tres días que el Almirante más que pedirles les ha exigido en nombre de los reyes y en sumisión a su real voluntad y al sagrado cumplimiento de las Capitulaciones. Como toda respuesta, los hombres armados cierran el semicírculo en torno al Almirante. Escovedo se aparta prudentemente de este cerco que no le concierne. No tiene por qué injerirse en asuntos que no le incumben jurídicamente. Depositario de la fe pública no puede serlo a la vez de la mala fe sediciosa. Fray Buriel se ha metido en la caja del ermitaño.

El miércoles 10 de octubre, a la entrada del sol, después del canto de las leguas por el pregonero Torres, el Almirante se ha esforzado por última vez en persuadirles del provecho que pueden sacar del viaje a las Indias en el que han comprometido su vida y trabajos por propia voluntad. Pone como ejemplo al pregonero que es el único que ha sabido mantenerse fiel a su deber. El aludido se tapa el rostro con las manos. No se sabe si ríe o si se ha puesto a llorar con entrecortados hipidos. Alguien le propina un puntapié que le aplasta contra la borda. Junto al Almirante se halla el gaviero.

Los gritos arrecian y le gente armada cierra el círculo, las culatas al hombro, los cañones en la mira, los gatillos levantados. El Almirante endurece la voz y añade que de nada les sirve quejarse y amenazar pues ese viaje a las Yndias será hecho de todos modos con la ayuda de Dios Nuestro Señor. Va a seguir adelante aun cuando tenga que llegar él sólo con todos los tripulantes colgados de los palos, pues ya saben cuál es la pena que merecen los amotinados.

Está a tiro de las ballestas y espingardas de los más díscolos y agresivos. Inmóvil y desafiante, la actitud del Almirante no admite réplica. Los domina la mirada que fulminan los ojos color ceniza, bajo párpados inflamados al rojo vivo. Los gritos y amenazas se acallan. Los tripulantes quedan a su vez inmóviles. Lomos jibosos de acobardamiento. Caras de desconsuelo. Cabezas volcadas sobre el pecho. Alguna suela cruje en la brea de las tablas. Algún escupitajo estalla contra las cuadernas. Alguien, un

desconocido, está erguido serenamente entre los amotinados que van a atacar y el Almirante, amarrado al gobernalle. Es el ermitaño jerónimo Ramón Pané, los ojos cerrados, los brazos cruzados sobre el pecho. Su silueta esquelética, envuelta en una túnica parda y andrajosa, se ha puesto como blanco de las balas.

—¡El marinero extranjero busca ahora escudarse en los frailes!... — grita el cántabro de la Cosa.

El Almirante suelta las ataduras que lo remachan al timón, sube a la banqueta, crecido al doble de su estatura, la barba rojiza encrespada sobre el pecho. Los apostrofa con palabras que semejan estampidos de fusilamiento. Ya estáis muertos y los muertos no se amotinan. Los convoca a disciplina y obediencia llamándolos a cada uno por sus nombres, oficios y procedencias. Su memoria se ha vuelto infalible en los menores detalles. Está pasando lista de los muertos en una batalla. Su discurso es un responso. Les recuerda a los ajusticiados sus familias, sus hijos, sus lejanos hogares, sus deudas, sus deudos, las penas infernales del más allá. No se salvan ni los desnarigados ni desorejados, que no tienen más que sus mutilaciones, la cárcel y el nudo de la horca alrededor de sus cuellos. Los cuerpos de ochenta hombres se balancean colgados de los palos de gavia y de mesana. La voz luctuosa resuena dura y despiadada entre el retumbo de las olas y el bramido del viento que ha comenzado a caer entre relámpagos.

Una centella chispea en la punta del mástil. La espiral de gas ígneo recorre la nave y se apaga en el mar con chirrido horrisono. La vela mayor cae a cubierta lentamente como un telón sobre los alzados. De improviso las ropas del Almirante comienzan a arder. Sin inmutarse se despoja sin prisa de las prendas en llamas. Queda completamente desnudo. La piel chamuscada se llena de manchas negras. Los pelos quemados echan chispas. La verga enorme le cuelga fláccida entre las piernas flacas y llagadas. Ahora es un espectro humeante. Entra calmoso en su camareta. El acre hedor a chamusquina se esparce en torno. Los hombres asoman sus cabezas entre los pliegues de la lona. Miran y lo que ven los deja petrificados como ante el anuncio de un desastre.

El Almirante ha vuelto a salir en seguida. Lleva el brazo en alto. La mano ensangrentada que se yergue ante ellos es una mano de cinco siglos. ¡Mirad, barbota con voz de trueno, he aquí la señal cierta de la Tierra Prometida! Los hombres ven primero un muñón sangriento. La mano mutilada retoña en largos dedos rojos que se crispan salpicando sangre.

Luego ven, asido en el puño, la forma de un cangrejo monstruoso. En el otro flamea el haz de hierbas bordado de escaramujos que les ofrece en prenda de paz. Hay un silencio total. Los tripulantes rompen a reír locamente con el ruido de una lamentación funeraria.

El Almirante experimenta en lo hondo de sí la exaltación de un orgullo innominado, semejante al de los profetas que conversan con Dios de tú a tú. Este orgullo místico llena todo su pensamiento. No es un símbolo ni una alegoría. Es un pensamiento real, palpable como el propio cuerpo y sus deseos; algo efectivamente experimentado, materialmente manipulado aun en las bajezas y simulaciones que está obligado a cometer para guardar su secreto.

Sabe que una verdad de esa naturaleza sólo puede ser expresada y protegida con mentiras. Él mismo, en guisa de descubridor, qué es sino un oscuro advenedizo de esos espacios no hollados jamás por quilla o pie de este mundo. Farfulla un dialecto incomprensible. Así, el pensamiento del Almirante no es una interiorización acongojada. No lo es ni siquiera cuando se queja contra todo y contra todos como si el universo entero estuviese lleno de ingratitud contra él. Nada pide pero su actitud parece reclamar sañudamente que todo se le debe.

Su pensamiento no está centrado sobre sí. Es un pensamiento de los bordes; un pensamiento que piensa sobre el límite de su limitada mente. Entre él y el mundo no hay sino un malentendido. Y en ese límite el Almirante es fuerte porque su megalomanía y su debilidad se ignoran y se anulan. Piensa en el fragmento profético del sabio cordobés. Llegado es el tiempo en que el océano soltará las barreras del mundo y Tetis o Tifis, el nuevo marinero, el primero que hizo navío, descubrirá un nuevo mundo. Ni siquiera la Biblia que refleja toda la sabiduría revelada por Dios hace referencia a otros mundos, a ese mundo que yo voy a descubrir. Pero en la misma Biblia ¿no habla el profeta Isaías de un hombre que descubrirá un mundo desconocido? ¿No me está señalando acaso?

PARTE 36 - VISIÓN DEL PARAÍSO TERRENAL

TRAS la lluvia persistente el viento ha cesado por completo. Ese viento inútil. Hay cendales rojizos sobre la nave encallada en el banco de hojas, de huesos y anguilas vivas que desovan entre las algas. El silencio es absoluto. Con las manos sobre los ojos que sangran en hilillos tenues desde los párpados hasta los pómulos, el Almirante no puede impedir que la visión del Paraíso Terrenal vuelva a surgir en la voz agónica del Piloto.

Ve el alto lugar, tan alto que llega hasta la esfera lunar, allí donde las aguas del Diluvio no pudieron alcanzarlo. Desde lo alto de las montañas las aguas descienden y caen en cascadas inmensas sobre un lago, redondo como luna en eclipse orlada por el filete luminoso del sol. El fragor que estas aguas producen es tan fuerte que las gentes nacen allí sordas.

Con los oídos muertos, las gentes de los primeros tiempos empiezan a escuchar por la piel. Y esa puridad del cuerpo, templo de los deseos más grandes, recoge las delicias que los ojos humanos pueden ver y gozar todo el tiempo hasta el último día de la creación. De este lago de aguas esmeraldinas fluyen los cuatro ríos centrales del Paraíso cuyas aguas remontan los cauces como si de nuevo quisieran subir a la cumbre de la montaña y otra vez caer y de nuevo saltar rugiendo con muy grande estrépito, con aquella furia de aquel rugir que los oídos asordados ya no pueden oír y que sólo puede verse estallar en vapores con los mil colores del iris tras las coronas de nubes... Nubes, coronas y promontorios afectando siempre la forma de la esfera... Pues en esta redondez está la infinitud de Nuestro Señor como la Sacra Scriptura lo testifica... Y allí Nuestro Señor hizo el Paraíso Terrenal y en él puso el Árbol de la Vida cuyos frutos todos son también esféricos, muy jugosos, y asemejados a los astros del cielo en la infinita medida de la esfera.

La habitación desconchada y desnuda de Valladolid se transforma otra vez en la camareta de la nao. Los ojos turbios vuelven a ver en lo hondo de la popa el fuste de bronce del gobernario que reluce como un rayo gordo de

sol. Pasa la mano por el brillo del metal y siente que él se vuelve más oscuro por dentro. Un decaimiento de su voluntad lo desmadeja sobre el tablón que le sirve de lecho. Tal una rajadura en una materia muy firme y muy fina como de acero y cristal en la que se sustenta todo su sueño.

Los derroteros se superponen y no coinciden. Las descripciones del Piloto son precisas pero el mar vegetal ha venido a interrumpir la continuidad de las singladuras. El Piloto moribundo le previno sobre los riesgos que ofrece el archipiélago de las Once Mil Vírgenes. Le proporcionó la ubicación exacta y le aconsejó que en llegando a esos lugares envueltos en un finísimo cendal de nieblas no navegara de noche y aguardara el día para sortear el inmenso collar de islas que protege como una sirte la entrada a ese lugar donde sin duda se hallan las maravillas del Primer Jardín.

El pregonero entra con la escudilla interrumpiendo el duermevela del Almirante.

—Le traigo, Señor, una tisana de ruybarbo. Ha estado usted bebiendo en exceso su jarabe de licopodio, azufre y abedul. El fuego de las plantas y del azufre es muy voluntarioso. Luego le traeré una chuleta de pollo seca y bastante enmohecida pero todavía comestible. No sacará usted della melodía para el paladar, pero sí alimento...

El pregonero Torres se detiene. Ve al Almirante con los ojos entornados. Piensa que está dormido.

—Yo mismo siento en el hueso la vecindad de un gran temporal. Al salir de aquí, voy a lanzarme al mar...

—¿Qué piensas hacer, idiota?

—Medir la profundidad del monte de hierba que nos impide avanzar. Si cae la tempestad, ese mar de naturaleza podrida montará sobre la nave y la hundirá.

—No te ocupes de lo que no es asunto tuyo.

—Bien, Señor. Pero yo no le tengo miedo al agua. Somos amigos desde siempre. En Palos yo sabía zambullirme lo menos hasta una profundidad de cien brazas. Mientras no echen sangre las narices no hay peligro. De muchacho, yo hundía la cabeza en el agua para oír hablar a los peces. Hablan con muy fina voluntad. Eran gente como nosotros antes de que el hombre dejara de ser pez. Hablan en andaluz, en castellano y hasta en vizcaíno, que yo no entiendo. Luego buscábamos a los ahogados vagando mansos y al garete por los zurales del aluvión. Por la noche cada

uno lleva su lucecita prendida en los ojos fríos. Pero no ven. Encienden bajo el agua esa pequeña candela sólo para que los vayan a buscar...

El Almirante mira fijamente el mar como si el pregonero Torres fuera invisible. Contempla una visión a través del cuerpo contrahecho y transparente, que ya está quedando del color del humo. El Almirante ha entornado de nuevo los ojos. Es inconcebible la profundidad en la que puede hundirse uno dentro de sí mismo.

El pregonero coge de nuevo coraje. En una mano le tiende la escudilla; en la otra, un pez que se agita asfíxiado en su puño.

—Los peces de este Mar Tenebroso deben de hablar en idiomas muy extraños, parecidos a gentes que se mueven y hablan al revés, como si recordaran. Aquí le traigo un pez golondrino que acaba de saltar a bordo. Vea, Señor. Un pececillo de hermosa cabeza en forma de látigo. La boca, los ojos y los dientes los tiene en la cola. Lo vi volar sobre la borda hacia atrás, como los pájaros...

—Si te ahogas entre las algas te concederán siete días más de vida después de la muerte...

Con la punta del pie el Almirante lo arroja contra la borda. Es un gesto sin encono, sin ira, desmemoriado. El pregonero sale volando de espaldas. Lleva en alto la escudilla sin derramar una gota. La deposita modosamente sobre un rollo de cuerdas y se lanza al mar con el pez apretado en el puño.

Al grito de *¡hombre al mar!...*, los tripulantes se apelmazan en la borda o trepan por las jarcias para ver mejor. En las caras quemadas alguna que otra mueca despreciativa refleja bien a las claras un cierto sentimiento de vindicación. En todo caso, a la mayoría de esos hombres, a los que el rencor sólo les ha dado una tregua, les tiene sin cuidado la suerte del pregonero. Hay gritos soeces contra el esbirro. Casi todos esperan el rápido fin cuyo desenlace no verán, oculto bajo la espesa capa de vegetales en putrefacción.

Un grito de júbilo hace girar los ojos en una dirección. El pregonero se acerca a la nave caminando sobre las algas. Sus pasos son elásticos como los de un gimnasta saltando casi ingrátido sobre una alfombra de juncos trenzados, de un islote a otro, de un tronco podrido de árbol a carroñas de bestias marinas.

—¡Cien brazas!... ¡Cien brazas de profundidad cala este maldito mar de hierba!

Chorros de espumosa sangre arroja el pregonero por la nariz, pero en sus ojillos estrábicos brilla la alegría del triunfo. Los hombres comienzan a

volverle la espalda. Un grito agudísimo, esta vez de dolor y de terror, es lo último que resta del pregonero, en medio del vórtice de materia verde y putrefacta en la cual el tiburón está haciendo su trabajo. Por una vez más emerge la cabeza triangular atacando como un tigre el cuerpo esmirriado del pregonero, teñida de rojo la triple fila de dientes más agudos que cuchillos de carnicero. Rápidos coletazos golpean como arietes la capa vegetal y hacen saltar rachas de agua negra. Los remolinos densos se van aquietando. Sólo se ha vuelto más denso el hedor en torno a la nave. Después nada. La noche tropical cae de golpe convirtiendo el inmenso mar en una pequeña isla erizada de temblores apenas un poco menos oscura que la noche.

El Almirante mete el sobado cuaderno en el cofre de bronce empotrado a un costado de la litera y voltea siete veces la llave en la cerradura. Mete el aro con llaves en la faltriquera, se alisa el faldón y sube al castillo de popa. Aspira hondo las bocanadas de aire tibio que vienen de la tierra todavía invisible, acaso inexistente. La dureza exterior del curtido navegante parece ablandarse en un aire de humanidad casi doliente. Los pómulos puntudos han reventado la seca piel. El filo de la nariz aguileña se vuelve luminoso como el de la cresta de las olas y las aletas de los peces golondrinos.

Como en estado de trance contempla la silueta de la nave sobre el mar, el perfil del velamen blandamente henchido, sus formas vagamente femeninas. Ha emergido de la espuma y camina suavemente sobre las aguas. Se aproxima a la figura de la nao-mujer. Bracea en el aire, la abraza con fuertes quejidos tratando de despojarla de su indumentaria de velas, de velos, de desvelos. Se afana con grandes estertores en besar su pura desnudez de náyade, de sirena, de espejismo, y al ir a palpar las formas carnales de la imagen que lo posee en su delirio, se desvanece y cae sacudido por espasmos sobre el tabladillo húmedo.

Los marineros espían erizados con encelados ronquidos de puerco espines el colapso del Almirante semejante a un rapto sacrificial. Miran los verracos y no pueden dejar de mirar. Los cuerpos tensos y rígidos, las bocas ribeteadas de baba. Contemplan inmóviles la silueta yacente que se retuerce con roncós gemidos, frotándose convulsivamente la entrepierna con las dos manos como en trance de morir. Estruja y hace escurrir el viejo trapo de sus ansias que ya para nada puede servirle, ni siquiera para enjugar el agua de

años y desengaños... Menos aún para escurrir el licor espeso como leche de mujer de los deseos de hombre...

PARTE 37 - CUENTA EL ALMIRANTE

OÍA pasar todavía alguno que otro pájaro en el silencio total del universo. Y no hubo más. Tras la calma engañosa desató sus furias la tempestad. Se rompió la noche en pedazos y sólo se oyeron caer truenos pesados como un derrumbe de témpanos rajando la masa de calor equinoccial que chirriaba como parrilla inmensa. Rayos y relámpagos taladrando la oscuridad en todas direcciones caían sobre la nave encajonada entre las exhalaciones de dos cielos, el que subía y el que bajaba. Había más mar que noche, cielo con más agua que mar. La nave menos que un leño saltando de un abismo a otro entre olas espesas de metal derretido.

Ojos nunca vieron mar tan alta, tan espantoso cielo, hechos los dos una sola masa de furia. El viento no era para ir avante y las montañas de espumas y algas seguían arrojándonos hacia atrás hasta el próximo abismo que sería el último y el que siguiera después. Era una tormenta que brotaba de las profundidades de los lechos marinos, de las hondas capas ígneas, un viento llegado del fin del mundo, amortajado de selvas fósiles. Cada partícula, una catarata de escarcha, de barro, de cierzo, de peces, de pájaros, de hojas, de humo, de limo primordial. Terrible número mortal de olas tres veces más altas que el mastelero mayor. Un mar inundado del fuego y del hielo de todos los tiempos antes de Cristo caía sobre nuestras cabezas. En esa eternidad en movimiento estábamos detenidos. Sobre aquella mar hecha sangre, hirviendo como caldero por gran fuego, nos quemábamos y nos helábamos.

Ardió el mar y así echaba su llama con los rayos. Miraba yo ciego lo invisible imaginando cómo se hundían los navíos y como el viento arrancaba las velas y los mástiles, las barcas y las jarcias, las cuerdas y las anclas y hasta alguno que otro de mis lobos de mar que ahora no podían ya amotinarse. No cesó de caer agua todo el tiempo. Y eso no para decir que llovía sino que se reasegundaba otro diluvio en el cual hasta el Arca hubiera perecido sin la ayuda de Dios.

Bajé del castillo de popa. El piloto giraba como una peonza en torno al timón. Juan de la Cosa, el contramaestre, echado de bruces sobre el puente, mordía un grueso cable. Aferrándome a las jarcias, me arrastré hasta el camastro de fray Buril. También él estaba amarrado a la argolla de las cuadernas, devolviendo las heces del cáliz. Me dijo, entre sus arcadas, que la gente estaba ya tan molida que deseaban la muerte para salir de tantos martirios. Eso es hablar de antes, le dije. Torné a la porfía de que era necesario continuar, Dios mediante, contra viento y marea, contra la tempestad, contra todos los demonios del infierno, ahora que la rebelión estaba aplastada por un castigo de la Providencia.

En la situación en que nos encontrábamos, sentía la necesidad de abrirle mi corazón en puridad de verdad y en porosidad de sentimiento, como ya lo había hecho con el confesor de la Reina, Fray Juan Pérez, y con el guardián astrólogo del monasterio de la Rábida y custodio de Sevilla, fray Antonio de Marchena, mis protectores. No iba a revelarle a fray Buril mi secreto ahora ya inútil y fenecido, sino el dogal de dos confesiones sacrílegas que iban a arrojar mi ánima a los infiernos.

Cuando las convulsiones de fray Buril cesaron y el pobre hombre ya no tenía nada que devolver, salvo su alma a Dios y su cuerpo a la mar, donde en poco tiempo más íbamos a reunirnos todos, me incliné sobre él y pegué mi boca a su oído gritándole con todas mis fuerzas:

—Ahora sí vengo a pedirle que me escuche en confesión... La mar oceánica ha soltado sus ataduras. Quiero asistir al Juicio Final, o por lo menos al mío, ligero de equipaje...

Fray Juan Buril o Juan Pérez o Antonio Marchena, que en ese momento ya no me acordaba de su nombre o lo confundía con los de todos mis amigos frailes, me miró con ojos acuosos de ostra recién abierta.

Sobre el filo de la muerte, me sentía yo también, a mi turno, como el Piloto, en la necesidad imperiosa y más que urgente de confesar mis culpas al hombre más indigno de recibirlas que había en el mundo: ése que boqueaba sus miserias y se arqueaba en las arcadas como un gusano. A esa alma mísera venía a suplicarle la redención de la mía.

En medio de las ráfagas le toqué de nuevo el hombro apremiándole a que me escuchara. En los oídos me tronaba mi propio aliento, voz ya no tenía. Sin levantar la cabeza intentó con la mano un vago gesto como de absolución o despedida y cayó en un profundo desmayo con la cabeza hundida en el cubo.

Volví al castillo de popa. Vi en ese momento, a la luz de los relámpagos, al gigante cántabro que trepaba la escalerilla de mi camareta con un cuchillo entre los dientes. Cuando estaba por forzar la puerta, una ráfaga de terrible violencia lo arrancó de la escalerilla y lo arrojó al mar. Los culpables empiezan a ser castigados por las furias naturales, pensé. Lo que me llevó a inferir que lo eran por la voluntad del mismo Dios, Señor del Universo.

El timonel había abandonado su puesto. Me lancé hacia el gobernalle que giraba enloquecidamente. Amarré mi brazo a su brazo de bronce con un cable. La tempestad se estaba encalmando. Y ahora sólo me quedaba esperar que la tormenta no volviera a recomenzar a bordo.

Voces estranguladas aún por el espanto me sacaron de mi abstracción oratoria y jaculatoria. Entreví entre las ráfagas de viento y espuma tres siluetas enteleridas. Enganchados de los brazos, tambaleándose en las orzadas y atravesando las murallas de olas y espumas, fray Buril, el escribano Rodrigo de Escovedo, y el dispensero Rodrigo Sánchez, se adelantaban por cubierta. Subieron uno a uno la escalerilla como equilibristas. Se espantaron al no encontrarme en la camareta. Me divisaron de pronto amarrado al timón. Se asombraron de verme allí. No entendían cómo había conseguido injertarme al timón.

Les señalé con la cabeza la clepsidra y el reloj de arena. Estaban intactos en sus sitios sobre la ménsula de la bitácora, más seguros que el palo mayor. La brújula acimutal había sido arrancada por la furia de los elementos. El agua del hidrante estaba roja. El escribano Escovedo pasó la punta de un dedo sobre el líquido y lo cató con la lengua. «¡Es sangre!...», dijo lívido. En el reloj de arena la pequeña pirámide relucía como polvo de oro en la ampolleta inferior. Fray Buril juntó el dedo en la arena y lo sacó dorado como el dedo de un Faraón. «¡Es oro!...» —dijo sofocado por el estupor.

—Ya veis —les dije—. Oro y sangre: es el rescate de este viaje. A Dios no se le puede estar regateando con cuentas de vidrio, cascabeles y espejuelos. Estáis vivos. Consolaos.

—¿Necesita algo, Almirante? —preguntó Escovedo con aire de hacerme firmar un auto de prisión.

—Sí, le dije. Todo.

Los despedí con un gesto. Regresaron por donde habían venido golpeados por los furiosos chubascos.

PARTE 38 - GANANCIAS Y PÉRDIDAS

LA luz del amanecer, al tercer día del plazo reclamado e impuesto por mí, muestra la nao capitana convertida en un espantapájaros de las tormentas, recubierta por espesa capa de hierba, de líquenes, de peces muertos. Las dos restantes carabelas están salvas pero han perdido también algunos hombres. El mar purulento se ha tragado, entre otros pobres marineros, al protonotario Rodríguez-Cabezudo, el Flauta de Alcalá. Q.E.P.D. Tu amigo Horacio llora tu desaparición. Bien enterrado estás en el pudridero de algas. Las anguilas rojas pondrán sus huevos y sus larvas en el cuenco de tu cráneo que nunca estuvo lleno sino de necedades. Duerme, noble príncipe, melancólico Hamlet de los perrillos ladradores. Un coro de ángeles arrulle tu eterno sueño.

La tempestad nos ha rescatado, a cambio, del infecto mar de los Sargazos. El suave aliento del alisio vuelve a soplar agitando los andrajos de las velas sobre nuestras cabezas. Rafael Palma, el gaviero, desciende al mar en la única barca que ha quedado intacta. Jarifo, el mozo canario, va a explorar un camino entre los escombros del mar de algas. A una legua de la nao ha encontrado flotando el cadáver de una sirena a la que los peces hambrientos le estaban arrancado el pelo. Cuenta que la sirena no tenía cola de sirena sino piernas y sexo de mujer. Por lo que piensa que no era una sirena sino una amazona. Me trae el collar de laminillas de oro que le ha sacado del cuello. Lo ciño al mío. Siento un pequeño escalofrío. Pequeña, alentadora muestra augural. Principio quieren las cosas.

No lejos de ella ha encontrado bogando al garete la embarcación excavada en un solo tronco de árbol en el que ha venido navegando. Ha traído de remolque la almadía excavada en el árbol de mazaré. Las raíces de esta rara especie son las que florecen bajo tierra, mientras el tronco de dos brazos de diámetro con cartílagos en vez de ramas sube recto y pelado hacia el cielo como una torre. En la base del árbol se forman toberas por donde las flores subterráneas respiran y emiten sus efluvios. Su madera es dura y

liviana como un extraño metal. He mandado izar la almadía al costado de la nave como reliquia del primer encuentro entre dos mundos. Es una lástima que el gaviero no haya encontrado viva a la amazona para traerla captiva y convertirla en nuestra lenguaraz.

Entre bascas y tambaleos de enfermos graves del mal de mar, los hombres se ponen a trabajar como galeotes cargados de cadenas. No ha habido necesidad de una sola voz de mando. Veo deslizarse hacia atrás el mar terso a babor y adelantarse en contracorriente a estribor. La luz rosada del amanecer, con su aderezo de arreboles, brillará como ascua al mediodía. El cielo se ha puesto de un azul tierno y recién nacido. He recuperado, como trazado a tinta sobre el mar, el derrotero del Piloto. No haremos la entrada a las Yndias por el archipiélago de las Once Mil Vírgenes, sino un poco más arriba, cuarta al lestenorueste. La nave, aunque algo desorientada todavía, vuelve a hacer bullir su estela de nácares y espumas.

Al alba del 12 de octubre se ven pasar bandadas de ardeltas y una masa verde de juncos de río al costado de la nave. Por un pedazo de día no hubo más hierba. Los rostros de los marineros se volvieron otra vez foscos. Las agujas noruesteaban una gran cuarta. Explícoles que la estrella es la que parece moverse y no las agujas. Después, como dándome la razón, volvió a pasar hierba muy espesa por el resto de día. Pasaban volando muy bajo bandadas de rabiforçados y lunaretas. Vimos una ballena de las que suelen andar cerca de las costas y una tropa de delfines. Tomé un pájaro posado en la vela bonete. Pájaro de río no de mar es, parecido a un garjao con pies de gaviota.

El tiempo es aquí como por abril y mayo en Andalucía. Ya se empiezan a sentir aires atemperadísimos, que es plaçer muy grande avanzar por esta mañana luminosa en la que no falta sino oír el canto del rui señor. Escovedo cuenta haber oído a uno. Lo llama Filomela. No confío en la audición ni en la erudición helénica del escribano al llamar filomela al rui señor de las Yndias, que otro nombre presiosso ha de tener por estas comarcas.

Los de *la Pinta* ven una caña y un palo, una larga pértiga con adornos trenzados en piel de víbora, de seguro vara-insignia de un rito ceremonial de los cemíes. Recogen otro palillo labrado a lo que parescía con fierro o con piedra. Los de *la Niña* también ven otras señales de la tierra cercana. El Niño, su piloto, cuenta que vieron cuatro alcatifes y tres cormoranes pasar en dos velas roçando las velas. El Niño ha recogido un palillo cargado de

escaramujos y una aveçilla amarilla semejante a un colibrí, con los que se ha puesto a jugar maravillado sobre cuvierta.

A estas señales el motín se ha desinflado por completo. Respiran y alégranse todos en el aire limpio y vuelven a reír con cara humana. Por primera vez desde que zarpamos de Palos, gritan y arrojan sus gorros contra los masteleros rotos. En un santiamén se reparan los daños, se cosen las velas, se unen y remontan los palos. Como ornitorrincos los hombres hacen piruetas trepados a las jarcias y los obenques.

He pedido al gaviero Rafael Palma, el hijo sin padre de doña Pepina de Fuerte Ventura, a quien ya estoy empeçando a querer como a un hijo, que ocupe el puesto del pregonero Torres, dado de baja en circunstancias aún no establecidas. Con extremo respeto y reserva me dijo Rafael que en la cofa del mastelero mayor había alguien desde anoche, en lo más recio de la tempestad. Una especie de sombra o de coágulo verde de apariencia humana y que ésta se asemejaba vagamente a lo que fue el pregonero.

—Continúa estando ahí el extraño vigía... —dice en un murmullo el gaviero.

—Está bien —dije—. Si es él, está en su lugar allá arriba. Tú te quedas aquí abajo encargado del gobernario.

PARTE 39 - LA CANDELA LEJANA

VE el Almirante que *la Pinta* avanza raudamente por barlovento. La más velera de las tres naos, blanca como un cisne, las velas infladas al tope, flota con ligereza, navega con agilidad como si en lugar de bogar bailara sobre las ondas. ¿Viene Martín Alonso Pinzón en busca de otra algarada? ¿Continúa amotinado y quiere tomarle por sorpresa al abordaje?

El cisne rebelde vuelve a girar en torno a la nave capitana en circunvoluciones cuyas figuras el Almirante no alcanza a comprender. El catalejo le muestra el rostro cárdeno del capitán, erguido en la proa, pero ya reconciliado y sonriente. ¿Qué hay mi señor don Martín? A través del megáfono éste le grita que ha visto multitud de aves volar hacia el Poniente. Cara de risa y corazón de diablo, Martín Alonso le anuncia que esa noche se va a adelantar. Quiere ser el primero en descubrir tierra.

Frunce el ceño el Almirante. No va a dejar que el mayor de los Pinzones, enfermo de bubas y de orgullo, le arrebathe la gloria de la primicia descubridora. El Pinzón estuvo entre los más cabecillas más duros del motín. Por el embudo de latón le grita:

—Gran riesgo es, mi señor don Martín, que os adelantéis hacia lo que no es conocido por vuesa merced. Certificoos que hay gran cerrazón y oscuridad de nublado espeso a la parte del Norte. No es tiempo de otear nada. No estamos todavía en paraje desde donde se pueda ver tierra. Navegad de bolina tras la Niña, que viene haciendo aguas, para la escoltar y la ayudar en lo que haya menester... Yo tomaré la delantera y ya os avisaré con un tiro de lombarda cuando avistemos la tierra...

Con gran carcajada Martín Alonso hace girar la nave en redondo. Burla burlando da un giro cerrado sobre *la Santa María* haciendo a sotavento pasos de contradanza. Recta como el vuelo de la lunareta, cuarta al noroeste, se adelanta hacia un punto en el horizonte donde el Almirante sabe que pueden emerger las islas. En un primer momento pensó en darle al Pinzón la dirección del mortal arrecife rocoso de las Once Mil Vírgenes, de modo que el implacable mar se hiciera cargo del mentecato enfermo, de todos sus marineros, de la gallarda nave que como yegua en celo trota de

costado sobre el picadero del mar. De ambladuras e diabluras sabe el Pinzón. A estas alturas el hundimiento de *La Pinta* con todos los tripulantes ahogados y las vituallas perdidas no es lo más aconsejable. El Almirante se encoge de hombros y manda al timonel cuarta al norestelueste.

Un poco después de la hora nona, el Almirante se pasea de popa a proa con una candela encendida en una palmatoria, como en los tiempos en los que navegaba en los libros. A pasos marciales y litúrgicos, protegiendo la llama con el cuenco de la mano inmensa y huesuda, el Almirante se anticipa a los acontecimientos.

A medianoche en punto, la voz cavernosa del pregonero Torres afantasmado en la cofa grita: ¡*Tierra a la vista!* El Almirante se apresura a subir sobre el molinete del ancla. Ve a lo lejos temblar una pequeña luz sobre el filo oscuro del horizonte. Levanta la palmatoria lo más alto que puede y a su vez grita: ¡*Tierraaa...!* A través de la hueca resonancia del mar llega el eco de otro grito henchido de un odio originario, ilimitado y profundo: ¡*Barcoooo!...*

El Almirante manda llamar al escribano de toda la armada Rodríguez de Escovedo, al veedor real Rodrigo Sánchez de Segovia, a fray Buriel y a los demás funcionarios para que den fe de lo que está ocurriendo. Arriban en tropel al castillo de proa. El Almirante señala un punto en la noche hacia estribor y díceles que ve lumbre. El escribano y el secretario mueven dubitativos la cabeza y dicen que nada ven. El Almirante torna a decir que le «parece ver brillar una lumbre».

—Debió de haber visto el brillo de una estrella fugaz, señor Almirante —apunta insidioso fray Buriel.

—No, sino que brilla en un punto.

Luego que el Almirante lo dice con tanta seguridad, el escribano y el veedor admiten que ven en efecto un tembloroso destello que sube y baja a lo lejos.

—Candelillas no serán —adujo el escribano Escovedo—. Acaso fogatas para saludar y guiar a la armada.

Con lo cual el Almirante tuvo por cierto que se estaban aproximando a tierra. Ordenó entonces que todos los marineros hicieran guardia en el castillo de proa y mirasen bien hasta descubrir la tierra a la primera luz del alba. También dijo que al primero que viese tierra le daría un jubón de seda. Pero nada habló de las otras mercedes que los Reyes habían prometido, que eran diez mil maravedís *de juro*, la cual merced es una pensión que se

concede a perpetuidad sobre las rentas públicas. Se hizo cargo del gobernario nuevamente y enfiló la nao rumbo a la candela lejana cuarta al norueste.

Cerca de medianoche se oyó un estampido de lombarda en *la Pinta*. El que la vido, se sabrá después, fue un marinero de nombre Rodrigo de Triana o Juan Rodríguez Bermejo, que hay sobre su verdadero nombre una gran duda. No se sabrá más de él. Sólo mucho después, a raíz de los pleitos del Almirante y sus herederos con la Corona, habrá de saberse vagamente que Juan Rodríguez Bermejo, llamado también Rodrigo de Triana, fuese a vivir al África donde se hizo mahometano y donde pasó hasta los últimos días de su vida maldiciendo al Almirante y denunciando en varios escritos la injusticia cometida contra él y los demás tripulantes.

En los pleitos de treinta años que seguirían al Descubrimiento, el Almirante alegó simplemente que las costas de esa tierra presentida y anunciada pero no visible aún en la noche del 12 de octubre, no podían haberla visto ojos mortales en tanta oscuridad sino ojos que estaban ya en otra vida más allá de la muerte.

La misteriosa frase se «desvela» (barbarismo equívoco usado hoy en toda España, en lugar de «revelar»; bastante desvelado viene ya el Almirante de no dormir durante 34 días). En el *Libro de las Memorias* el desvelado Almirante escribe: «Pocos navegantes en la historia náutica del mundo pueden vanagloriarse de llevar como gaviero a un aparecido...» Es indudable que se refiere al pregonero y mozo de cámara Bartolomé Torres devorado por un tiburón en el mar de los Sargazos cuando fue a coger a nado los huevos de las anguilas entre las algas.

En el sonado asunto del jubón de seda y de los diez mil maravedís, lo cierto parece ser, según Las Casas, que la pensión asignada por los Reyes a quien primero viese tierra, a cargo de las rentas de las carnicerías de Córdoba, la cobró el Almirante quien a su vez la traspasó a su mujer ilegítima Beatriz Enríquez de Arana, madre de su hijo Hernando, a cuyo cargo estuvieron dichas carnicerías hasta su muerte, según nos lo ha referido él mismo.

Al filo de esa misma medianoche, entre el 12 y el 13 de octubre, los tripulantes de las tres naves vieron del cielo un inmenso y maravilloso ramo de fuegos en la mar, lejos de ellos cuatro o cinco leguas. Lo que les confirmó el buen augurio que para ellos significó el gigantesco fuego de

artificios con el que los saludó la erupción del Teide desde su nevada cumbre a su paso por Tenerife durante varias horas.

PARTE 40 - SÁBADO 13 DE OCTUBRE. CUENTA EL ALMIRANTE

COMO a las dos horas después de medianoche pareció la tierra a unas 13 leguas de distancia. Mandé amainar todas las velas. Sólo quedó el creó, que es la vela grande sin bonetes. Pusiéronse las naves a la Gorda temporejando allí hasta el amanecer. El espectáculo que se descubrió a nuestra vista con las primeras luces del alba era deslumbrador. Entramos lentamente en una resplandeciente ensenada ovalada y tersa como un espejo donde la mar se mueve menos que el agua en el fondo de un aljibe. Después sabríamos que era una isla de las Lucayas, a la que los nativos dan el nombre de *Guanahani*.

A la vista de la costa y de innumerable cantidad de gente que nos observaba llegar con aire pacífico, ordené que se transportaran a tierra bajo custodia de gente armada diez cajas con los rescates preparados. Entendí que lo mejor era ganar su buena voluntad porque nos tovesen mucha amistad. Cognoscí al primer golpe de vista que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Sancta Fe por amor que no por fuerza.

Sentí que estaba viviendo las mismas imágenes y escenas que el Piloto me refirió haber contemplado en el espejo incrustado en el cerebro del pájaro. Sólo que aquí, también por gracia de Dios y por el momento al menos las escenas eran más apacibles y cuasi diría, con riesgo de parecer infatuado pero sin faltar a la verdad, de triunfal recibimiento.

Salí a tierra en la barca armada con la bandera real. Los capitanes salieron en sus bateles con las dos banderas de la Cruz Verde marcadas con las dos letras, una *F* y una *I*, inciales reales de Sus Altezas Serenísimas Fernando e Isabel. Llamé al escribano Rodríguez de Escovedo y al veedor real Rodrigo Sánchez de Segovia, y dije que me diesen fe y testimonio de cómo yo, el Almirante, por ante todos, tomaba posesión de la dicha isla y de las que se fuesen descubriendo, en nombre del Rey y de la Reina, Mis

Señores, haziendo las protestaciones del caso. La lectura del acta y toma de posesión duró un buen pedazo de día.

Mandé cortar un árbol de mazaré y labrar con él una cruz de más de veinte braças de altura. El árbol boca abajo, convertido en Cruz cristiana, fue plantado como marca y señal del sitio donde se levantará la Casa Fuerte. Las raíces frondosas, que florecen bajo tierra, luzían ahora a maravilla contra el cielo. Con una rodilla hincada en la tierra vermelha, yo mismo eché las primeras paletadas desa tierra recién descubierta en el hoyo profundo cavado en la çima de la colina que domina la ensenada.

Las dos vanderas con la Cruz Verde y las iniçiales reales ondeaban entre las flores moradas e glaucas e índicas, que se habían abierto bajo tierra y que ahora eran conspicuo adorno del emblema de Cristo en los altos e limpios aires. Su indefinible aroma a jazmín, a geranio a reseda, a plantas e flores tropicales desconocidas, embalsamaban el ambiente en ese acto irrepetible y único en la historia del mundo.

Mi espada de almirante, empuñada con mano firme, golpeó por tres veces la Cruz fundadora en medio del coro de las tripulaciones que saludaron cada golpe con el *¡Salve!* de los grandes aconteçimientos. Puse mi pensamiento con gran fuerça y emoción en Sus Altezas Sereníssimas los Reyes Católicos; en la Reina mi Señora, en el Rey mi Señor. Recordé el enérgico espaldarazo del Rey Don Fernando que tras las Capitulaciones me había armado caballero, almirante y visorrey del Nuevo Mundo a título perpetuo. Estoy aguardando todavía esas constancias sin esperaba de que los pergaminos se añejen y ganen como el vino en sabor y en poder por la espera de tantos años, a menos que esos títulos se me otorguen a título póstumo y no ya con calidad de perpetuos sino eternos, con lo que no sé yo quién saldría ganando.

Mis tres golpes de espada, cargada con aquel recuerdo, presente siempre en mi ánima con el peso de un mal pensamiento, castigaron el palo sin yo quererlo con tanta fuerça y ruido, que dejaron una herida profunda en su madera duríssima y violácea. La reacción airada del árbol ante esa herida gratuita rebotó en el metal de la espada. Al quebrarse la hoja su pomo me golpeó rudamente el pecho y me tumbó de espaldas contra el montículo de tierra donde quedé algunos instantes sin sentido, que algunos creyeron que la emoción me había matado al pie mismo del Arbol del Descubrimiento. Me incorporé como si nada hoviera passado.

Durante los cánticos y oraciones miraba esa herida pensando que iba a manar sangre della. No salió sangre pero la madera trasudó una leche blanquísima y espesa, que fue maravilla verla derramarse en gotas gruesas como perlas. Rodaban sin mancharse sobre la tierra recién removida hasta meterse en el hoyo. Vuscaban tal vez las raíles en flor que ya no estaban vajo tierra sino que avían asçendido a lo alto en derecho de sí. Después se erigió el rústico altar de troncos para la misa de acción de graçias conçebradas por fray Buril y fray Ramón, el ermitaño. Todo se fizo y se fizo bien. Todo suçedió en regla, salvo lo que ocurrió en la misa.

PARTE 41 - Natura naturans

En un silencio impresionante los indios nos miraban con pavor y curiosidad sin límites. En esta multitud de indios atónitos y desnudos, predominaban en número las mujeres harto molas. Hombres, muy pocos y como atemorizados; las mujeres, muchas, todas de buen ver e animosas e decididas. Todos ellos, hombres e mujeres (no vi a ninguno de edad de más de treinta años), están muy bien fechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, de buena estatura, de nobleça de gestos, todos ellos del color aceytuno de los canarios. Ni se deve esperar otra cosa pues esta isla está lestegueste en una sola línea rectísima, en el mismo paralelo, con la Isla de Fierro de Canarias, y recibe la misma cantidad de sol que los tuesta e los dora por dentro e por fuera.

Todos ellos andan desnudos como su madre los parió. Únicamente las mujeres que han perdido su virginidad llevan una telilla de algodón que escassamente cobija sus naturas. Los varones llevan los cabellos corredíos, cortos e gruessos como seda de colas de caballos, que aquí no existen. Traen los cabellos cortados por encima de las çejas e muchos de estos mancebos los traen largos por la espalda e jamás los cortan. Su piel, como dije, es de la color de los canarios en los sitios donde no está pintarrajeada e covierta de tatuajes con figuras de animales, estrellas e un triángulo con un ojo en el centro que es la imagen de su ídolo mayor, el que ya he nombrado y que ahora me abstengo de nombrar, que no se crea, como lo cree fray Buril, que yo también me voy volviendo idólatra por identificar ese triángulo çemí con la Santíssima Trinidad. Lo que es absolutamente falso de toda falsedad, e no puede caver en el ánima ni en el corazón de un fervoroso católico.

Llegó un viejo, muy viejo, en una almadía en la que él mismo remaba con gran desuela. Subió la colina y gritó con fuerte voz a la multitud, al menos por lo que yo entendí de sus gestos: «¡Éstos son los hombres llegados del cielo! ¡Traedles de comer y de beber y tradles vuestras cosas!»

Estaban aturridos al ver a los hombres barbados que veníamos del cielo según las antiguas profecías tan encubiertos de ropa e armaduras e yelmos e guanteletes e armados de espadas e lombardas. Se allegaban a nosotros y tocaban con manos temblorosas las barbas que nos habían crecido a lo largo del viaje pues allí los indios varones ninguna tenían. La mía, que se había vuelto más rojiza aún por el sol y la sal, ocultaba todo el peto hasta las rodillas, y los cabellos me caían por detrás hasta la cintura por lo que me rodeaba constantemente un racimo de mujeres e hombres desnudos escarvando y revuscando en mi materia pilosa, pringosa de yodo e gelatina de algas. Me acariciaban la barba, se frotaban contra mí, en espeçial las donçellas que paresçían las más candorosas y al mismo tiempo las más desenvueltas e deçididas.

Aquí era impossible despellejarlas más de lo que ya lo estaban y lo estarían aún más después. Ensayé el antídoto antiluxurioso con una moça muy fermossa que me palpava e urgava las partes. Todo fue en vano. Sentía que su piel tostada por el sol de hierro de esas latitudes era más impenetrable que el metal de los petos. Su desnudez era el signo más visible de su bestialidad natural a la que no se podía pedir ni exigir modales cautos por manera civilizada.

Sufría yo gran desvelo y repugnancia del ánima ante esos seres desnudos. Vi la ola de pecado que se çernía sobre la isla como otra tempestad invisibile que iba a desatarse e asotar sin piedad estas tierras de gentiles. Tuve que propinar un papirotazo a las manos curioseas de la moça que no entendía cómo los hombres venidos del cielo tenían los mismos bultos e aun más grandes e duros que los que sus hombres llevaban al descubierto entre las piernas; e que ellas mismas llevaban al aire sus naturas orladas de vello muy ralo y sus tetas erectas e torneadas como si un Praxíteles indiano oviera modelado los cuerpos de esas afroditas silvestres, tan bellas como no se podía imaginar otras.

Tal aire afrodisíaco manaba de esas muchachas de espejismo e reales a un tiempo, que a su sola vista los «hombres llegados del cielo» con mucha hambre y fatiga y desvelo y abstinencia de mujer sentían que sus cabeças tornaban e tornaban en el vaguido de la luxuria y que sus miembros viriles

habían crecido y endurecido mucho. Nada podían fazer contra ello sino agacharse para ocultar tales súbitas e indeclinables hinchaciones e aguardar lo que viniere, que a su tiempo todo sería servido.

Mandé repartir los rescates para tenerlos a unos e otras ocupados en otro menester más alegre e menos comprometido. Golpeando una mano sobre otra, en el toma y daca de usureros y comerciantes, les fiçe entender que esos presentes yo se los dava a cambio de lo que ellos me dieran. Yo estaba atento e trabajava en disimulado escrutinio por saver si avía oro en cantidad, por maneras de minas, montañas e ríos auríferos, pues veía que casi todas esa mujeres traían colgados de las nariçes y de los lóbulos de las orejas perforados aros de oro, collares de laminillas muy finas toscamente acorazonadas, manillas de oro en los braços y ajorcas tintineantes en las piernas... ¡ay esas piernas que no se podían mirar sin çerrar los ojos!

En un santiamén se fueron más de 3.000 espejuelos, bonetes colorados, cuentas de vidrios, cascaveles e otras muchas cosas de poco valor, escudillas de vidrio ordinario e hasta vaçines de bronce, con los que ovieron mucho plazer e quedaban los naturales tan nuestros que era maravilla. Lo que más los fascinan son los cascaveles. A cambio trajeron y nos dieron con muy buena voluntad muchos objetos de oro pequeños de bajos kilates. Los indios menos ricos traían hilados de algodón, y todas maneras de comidas e frutos como para alimentar no ya una flota de guerra sino un ejército entero. La colina empezó a brillar con todos esos presentes obtenidos en un primer ensayo de rescate muy logrado, que pareçía también un portento de nunca acabar. Los marineros foscos y esitados se miraban en los espejos de oro y no querían creer en sus figuras de espectros.

Las doncellas indias se pusieron los adornos en los cuellos largos y flexibles como de garlas e çisnes e se coronaron con los vaçines a guisa de sombreros començaron a vailar como en un carnaval improvisado con un ritmo tan seguro como el de las sevillanas y aragonessas. Era un portento ver dançar esos cuerpos desnudos con la graçia innata de los elementos de la naturaleza: aire, fuego, agua, tierra escultural, materia viva de formas umanas en movimiento.

Yo defendí que no se les diesen cossas tan sí viles e inçiviles como pedaços de vidrios rotos de escudillas e culos de botellas e botones de sus braguetas; haunque quanto ellos podían coger les paresçia ayer la mejor joya del mundo. Por cossas que muy menos e nada valían daban mucho más e todo. Para ellos eran cossas «caídas del cielo». Así todos, hombres e

mujeres e moços e doncellas, después de ayer el corazón seguro de nos, venían y todos traían algo de comer y de beber, que davan con un amor de maravilla, e cuando no tenían más ofrescían sus cuerpos maravillosamente modelados con muy deseoso corazón de dar e darse enteras sin pedir más. Tendían los brazos para nos asir e darse en prenda de los cascaveles.

Los hombres no traen armas ni las cognosçen. Les amostré espadas e las tomaban por el filo e se cortaban por ignorancia. Algunos hasta perdieron algunos dedos, que ovieron de vendárselos nuestros hombres para que no se desangraran. No tienen ningún fierro. No cognoscen el fierro. Sus azagayas son unas varas de caña sin puntas de fierro e sólo traen en su lugar un diente de jabalí o espinas de peçes o la aguja que la raya gigante lleva como aguijón mortal en la cola. Lo mismo las flechas. Sus conteras y ranuras están adornadas de plumas de papagayos de brillantes colores. Bueno oviera sido que tovieran las puntas de oro, e ansi poderlas recoger cuantas tirasen los gentiles arqueros.

Al arrojarlas al aire por demostración de cortesía e buen ánimo semejan finas saetas de flor. Vuelan y se clavan con çertera puntería en los grandes cocos de las palmeras que les devuelven altissimos chorros de leche muy blanca cuya ambrosía beben golossamente sin perder una gota con piruetas de gimnastas griegos e algunos volando.

Estos pobladores de San Salvador deven ser buenos servidores e de buen ingenio. Veo que muy presto dizen e contestan con señas muy elocuentes a todo lo que se les dile e pregunta como si toda su vida desde haçe miles de años no ovieran fablado sino con las manos. Porque lo que hablan por la boca no es sino por manera de gruñidos y ladridos, de ruidos que no se entienden, por la priesa que se dan en amontonarlos y emitirlos con la boca chiusa y la garganta inflada con tanto viento apalabrado adentro.

Es gente mansa, muy símplice e muy pobre. Pero todo lo que tienen lo dan a cambio de cualquier cossa que les den, sin pedir más, ni robar nada porque no tienen el sentido de la propiedad, ni siquiera la de sus propios cuerpos y ánimas. No saben de lo tuyo e lo mío. No esperan en esta vida ni en la otra el bien ni el mal, pues para ellos el único bien es el de la naturaleza que es de todos, como el sol, la luna, las estrellas, la lluvia, el fuego, la tierra, el viento, el mesmo universo.

Yo creo que ligeramente se harían cristianos, que me paresció que ninguna secta tenían. Ninguna fe tienen, salvo en sus ídolos fementidos. La

inmortalidad está más valía para ellos que un odre seco, e hay que llenárselo con la presencia de Dios. Yo, plaziendo a Nuestro Señor, con la autorización de Sus Alteças Sereníssimas llevaré de aquí al tiempo de mi partida siete mancebos indios para que deprendan a hablar en castellano e sirvan a su Majestad el Rey como moços de quadra. Llevaré también, plaziendo a Sus Altezas, siete doncellas mestizas, cuya historia referiré luego, que mucho portento es, y que pueden servir con su buen natural como azafatas de Su Alteza Sereníssima, la Reina, a quien le encantará ver estas ninfas de dos sangres nascidas en las florestas de Yndias. Las primeras que conocerán los Reinos de España.

Crean Vuestras Altezas que es esta tierra la mejor e la más fértil e temperada que aya en el mundo. Es mi aspiración más profunda que algún día, paçificados e puestos en orden estos pueblos que son desde ahora súbditos y vassallos vuestros, los más rendidos, podáis visitar estas tierras recién descubiertas y recorrerlas con todo el esplendor de vuestra realeça, pues ellos esperan al Mesías que ha de salvarles e regirles con bondad, rectitud y sabiduría. E desta manera sobre vuestro imperio sin orillas no se pondría nunca más el sol.

PARTE 42 - ITE MISA EST

EN cuanto al oficio solemne de acción de gracias, como ya dije, fue celebrado tan pronto quedó erigida la gran Cruz en el futuro asiento de la Casa Fuerte. La isla de Guanahaní fue bautizada por mí como San Salvador, pues al Salvador del mundo debíamos nuestra salvación, estar en esta isla, estar en el mundo, estar de nuevo en el tiempo de los hombres, estar yo en mi *posible*. El sermón de Buril resultó una burla de estos profundos sentimientos que animaban mi ánima.

De pronto la calor se tornó insoportable como el de una terrible y súbita resolana. Rayos sigsagueantes volaban sobre las cabezas de los que nos hallávamos arrodillados oyendo la santa Missa. Creímos que el sol se partía en pedaços en esa lluvia de fuego. Era el momento de la elevación de la Forma Sagrada que fray Buril sostenía en lo alto. Uno de estos rayos dio en el blanco redondel de farina áçima e lo volatizo. Fray Buril cayó de rodillas tocando el suelo con la cabeça. En eso vimos que varios rayos convergían sobre el rústico altar de palos y que lo inçendiavan. Ya no ovieron comunión general ni acción de solemne. Sólo, gritos, ayes, llamas, humo, el gran pavor que nos tenía a todos paralados.

Tardamos en comprender que tales graçiasrayos no eran sino el reflejo del sol en los espejuelos del regateo manipulados por las mujeres indias que derramaban sobre nosotros el sol, el sol, el tórrido sol equinoccial, multiplicado en su calor millares de veces. Todos fueron presas del pánico. Yo me quedé en medio de las llamas. Abrí los brazos en cruz e al instante los rayos se retiraron a sus omildes fuentes de calor que no eran más que óvalos de cristal e frío asogue.

Salí a mi vez e vi que la dança de las mujeres desnudas adornadas de cascaveles e cuentas de vidrio, de bonetes rojos, de breteles e çintas azules, con los vaçines de bronce a guisa de sombreros, continuava en todo su apogeo en una coreografía al mismo tiempo armoniosa e salvaje... Sentí una presencia a mi lado. Giré la cabeça e vi al aciano que avía arrivado en una almadía en el momento de la repartición de los rescates. Sus gestos eran

elocuentes, casi entendibles. Me habló, le entendí a duras penas. Para estar más seguro llamé al gaviero y faraute canario.

—Diçe el Señor —dijo el canario— que siempre es peligroso hacer ofrendas de tanto apreçio a los que son ignorantes de su significado.

Recordé que el ançiano más que octogenario, varón de autoridad y extrema dulzura en la voz e no por ello menos desnudo que el último de sus coterráneos, avía asistido absorto al ofiçio hasta que se produjo el inçendio del altar. Él fue quien impuso las manos sobre las llamas e las apagó. Después me entregó, como presente, un cesto lleno de frutas del país cuyo aroma capitoso era un portento de hazer agua la boca. Luego, sentándose, a mi vera pronunció el siguiente discurso que el canario iba traduziendo:

«Sabemos que has llegado a estas tierras para ti antes desconocidas con el designio de las descubrir y las dominar con grave daño de estos pueblos que las habitan. Sabrás, si de verdad eres hombre del cielo, que las almas, cuando salen del cuerpo, tienen dos caminos, uno tenebroso y lóbrego, destinado a los que causaron daño y dolor a sus semejantes, y otro placentero y deleitosso para quienes amaron la vida, la paz y la dicha de los pueblos, iguales y diferentes a la vez. Así, pues, si consideras que eres hombre mortal y eterno a la vez, y que a cada uno le está destinada una recompensa en el futuro según sus obras presentes, te invito y exhorto a que no infieras agravio a nadie.»

Quedé maravillado de las palabras del anciano al comprobar tal profundidad de juicio en un hombre desnudo. Como si adivinara mi pensamiento, díjome al punto: «La verdad es desnuda y no admite ropajes ni máscaras que la oculten.» Dije al faraute que tradujera al anciano que yo admiraba sus palabras e que me avía pareçido muy sabio todo cuanto avía dicho açerca de los diversos caminos que esperan a las almas al salir del cuerpo, pero que había pensado yo hasta este momento que el noble ançiano e los demás habitantes destas regiones no conoçían esas verdades por vivir contentos con su estado natural.

Dije al anciano que yo había sido enviado por el Rey e la Reyna de los cinco Reynos de las Españas como almirante de su armada e visorrey e governador de estas tierras para vencer y castigar con mereçido supliçio a los canívaes y demás indígenas malvados, e para proteger e honrar a los inocentes. El venerable anciano dijo que en estas regiones nadie se arroga la sogá para juzgar y castigar a los malvados, y que los caníbales son producto degenerado de la naturaleza humana, y que únicamente la madre naturaleza

puede regenerarlos o destruirlos como lo hace con todos sus elementos y especies. Se admiró mucho el anciano de que un tan grande hombre como el Almirante de toda una esquadra estoviese sometido al dominio de otro.

—Ay también aquí reyeçuelos que dominan a otros inferiores y a multitud de pueblos sin queja alguna por parte dellos sino más bien satisfechos de soportar tal estado de sumisión e miseria... —dije sin forçar la réplica

—La autoridad es perversa en todas partes —dijo el anciano—. Es poder falso y menguado si no procede de la voluntad general. Y algún día la naturaleza y las relaciones entre los hombres evitarán que el poder de uno solo o de unos pocos dominen a los más y restituirán la igualdad de derechos y obligaciones de todos sin destruir las necesarias diferencias.

—El poder de un rey sabio y justo es neçessario para velar por las cosas grandes y por las pequeñas —dije.

—Cuatro cosas son las más pequeñas de la tierra y son más sabias que los sabios porque respetan la ley natural y no necesitan que nadie vele por ellas. Las hormigas, pueblo no fuerte, preparan en el verano su comida y nada les falta en el invierno. Los conejos, pueblo nada esforzado, hacen su casa en la piedra. Las langostas acrídicas de los campos no tienen rey, y salen todas acuadrilladas y pueden dejar sin comida y hacer morir de hambre al rey más poderoso de la tierra. Los hombres llegados del cielo deben saber estas verdades. No lo supieron los barbados blancos que llegaron hace muchas lunas antes que tú y por eso se perdieron.

Diome un vuelco el corazón. Pensé que el ançiano iba a fablarme del Piloto y sus compañeros. Fueron inútiles las preguntas que le formulé atropelladamente por medio del lengua. El canario hilo un gesto de impotencia. El anciano no dijo más palabras, levantóse para irse, besó las dos manos del Almirante, volvió a su almadía atracada en la playa y se alejó remando con ritmo perfecto entre los reflejos del mar.

Este pasaje de mi *Diario de a bordo*, del día 13, está copiado íntegramente por Pedro Mártir de Anglería, en el Libro III de su Decada Oçeánica, dedicado a Julio Segundo, Sumo Pontífice, con quien riñó fieramente poco después por asuntos de mujeres. Pedro Mártir, obispo de Jamaica e de Cuba, otro esquinado panegirista mío, no hizo sino corregir mis apuntes poniéndolos en buena hortografía e vuen castellano, añadiendo alguna cossilla de su propia cossecha. Al no haber pisado nunca su sede apostólica en las nuevas tierras, podía permitirse estas libertades de

imaginación e algunos hurtos menores, que no es ladrón de letras el que quiere sino el que puede.

PARTE 43 - LOS GENTILES

AVAPORÚ

VIDE muchos mançebos con señales de heridas en sus cuerpos que aún sangraban. Les hize señas preguntándoles qué era aquello. Ellos me amostraron con dejo de espanto aún reçiente en sus gestos cómo allí venían gentes de otras islas cercanas y les querían tomar y se defendían. Oí que los llamaba caribes. Yo al pronto entendí *caníbales*. Y eso eran: los antropófagos selvícolas de los cuales me había hablado el Piloto con harto duelo y temor. *Avaporú*, nombre que en lengua indígena tupí-guaraní-taína significa comedores de gente, según el informante Chasej que conocí en la Isla de las Mujeres, muy docto en estas cuestiones.

A los niños que cautivan los castran, como nosotros façemos con los pollos o los çerdos que queremos criar más gordos y más tiernos para comida, y una vez que están grandes y gordos se los comen. Comer a las mujeres es entre ellos cosas sacrílega y monstruosa. Si cogen alguna moça muy joven, la cuidan y la guardan para preñarlas y tener hijos, no de otro modo que nosotros hacemos con las gallinas, ovejas, terneras y demás animales domésticos. A las viejas las tienen como criadas a su serviçio. A los viejos los matan e trituran sus huesos en grandes morteros de piedra e utiliçan el polvo para fertilizar sus sementeras e contra algunas enfermedades.

El ançiano de la almadía dijo que es cierto que ay estas islas, una la de los feroces Carib y otra de Matininó, de mujeres solas (que yo creo que son las amaçonas), diez o doçe leguas una de otra, y que a cierto tiempo del año vienen los avaporú a se servir con sevicia de las mujeres. Si paren niño las mismas madres envíanlo a la isla de los Carib, y si niña déjanla consigo.

Las mujeres solas de Matininó viven en grandes galerías subterráneas en las que se refugian si otros desconocidos se açercan a ellas fuera del tiempo que no sea el convenido. Se meten en las cavernas y desde allí se protegen con flechas envenenadas que disparan con extrema puntería si sus perseguidores se atreven a forzar la entrada con violencia o con artimañas.

Confirmé la información del Piloto sobre la isla de Matininó, en la parte oriental de la isla de Guadalupe casi pegada a la isla de Martinica que hacen la entrada a las Yndias. Los caníbales invaden esta isla de Matininó, en ciertas épocas del año, invassiones a las que estas mujeres parescen ya estar acostumbradas. Prefieren someterse a esos hombres que ya cognoscen que a desconocidos, y no cognoscen maridos más fieros y cumplidores quellos aunque sólo vengan de cuando en cuando.

Creía yo que esto no passava sin peleas sangrientas pero las mujeres indefensas nada pueden contra estos feroçes comedores de carne humana muy reçios y armados de inmensas açagayas y cuchillos de sílex para sus carniçerías. Después supe que estas mujeres no oponen demasiada resistencia a sus captivadores y que hasta les brindan atenciones de verdaderas esposas ayuntadas a tan crueles esposos. Salen de sus cuevas a recibirlos e contra ellos no usan sus flechas envenenadas. Se convierten en dóciles amas de casa. Aceptan voluntariamente esta imposición que su destino bárbaro y salvaje les regala.

En la naturaleza hay toda espeçie de seres y plantas cuya utilidad o malignidad no se puede medir, avía dicho el ançiano. E yo me pregunté con cierto estupor si la naturaleza, como dijo el ançiano, en su misma sabiduría, no regulava a su manera salvaje el equilibrio de la fauna humana, lo mismo que la flora infinita y el infinito mundo animal en sus más diversas espeçies. Por esta manera, en el mundo primitivo, e con el rasero implacable de los canívaes, las ralas humanas que viven en la Edad de Oro de esas islas no corren el riesgo de propagarse exçessivamente destruyendo el equilibrio natural del que hablava el anciano. E me pregunto también con algún repeluzno, si no seremos nosotros, los «hombres llegados del çielo», los canívaes que venimos a despellejar e devorar a los gentiles. Destruídos los unos, otros nos destruirán a nosotros, por ley de naturaleza.

Creo yo que Matininó debe de ser la isla en la que el Piloto y sus tripulantes naufragaron y vivieron durante más de un año. A esta isla no pude arriivar aún por soplar de ella el bóreas al que seguía ya el voltorno, una semana antes de los Idus de octubre. Pero iré a ella de todas maneras pues es la que más me interesa descovrir. En ellas están los hijos del Piloto y de los tripulantes náufragos. Allí vive el marinero Pedro Gentil en quien

confío que me servirá de guía e de lengua para entenderme con los naturales e descubrir así el camino del oro.

Por ahora me sirve de intérprete a maravilla Rafael Palma que tiene un portentoso don de lenguas, demás de sus otras cualidades e diligencias. En menos de un mes ha deprendido a hablar en siete lenguas indias e sus dialectos. A mí se me hale que este muchacho canario ya estuvo por estos lugares en alguna travesía que él jamás ha mencionado. Es la discreción absoluta. Son frecuentes las balsas canarias que han navegado hacia el Poniente hasta las islas e la tierra firme de allende el Mano, muchísimo antes que los navegantes del Bóreas. Esos viajes de los canarios han formado ya su leyenda. El propio Rafael Palma es producto della como lo es su madre, doña Pepina de Fuerteventura. Conosce los lugares e las costumbres de estas islas, e tiene agora más trabajo como faraute que como gaviero.

Estoy cada vez más seguro de que esas galerías subterráneas de Matinínó son las que mandó excavar el rey Salomón hace miles de años para extraer de ellas el oro de sus templos. Porque los indios de estas islas no tienen fierro ni útil alguno para cavar la tierra y menos las rocas de las montañas. Iré a esa isla, luego de yo acabar a sangre y fuego con los dichos canívaes, llegado el momento y prestas las armas para lo haçer con rapidez y justeza, que en esto no estoy acorde con el sabio anciano de la isla de dexar todo el trabajo a la madre natura.

Fuera de estos monstruos de forma humana con instinto de fiera, ninguna bestia de ninguna manera vide en esta isla. No vide esos çíclopes de un solo ojo e los hombres con cola de mono que describen algunos libros antiguos. No ay sino papagayos multicolores, verdaderos iris del sol en forma de aves, los más hermosos que yo vide en mis viajes por el mundo. Vide también aquí el papagayo de color verde con un collar bermelho, descrito por Plinio en su Historia Natural, que sólo ay en la Yndia.

También estas aves de lengua avotonada y afelpada son muy diestras en imitar sonidos de todas maneras, aun los humanos. Aquí las educan e induçen a hablar golpeándolas bárbaramente la cabeça con una piedra, pues la tienen muy dura igual que el ganchudo pico que parescen fechos de sílex. Podrían deprender a hablar nuestro idioma para regalo de vuestros súbditos enseñándoles también lo que saben de estas lenguas silvestres. Llevaré un buen çentenar de estas aves preçiosas para los jardines del Palaçio e para esparçimiento de sus Alteças Sereníssimas.

Ay serpientes que dan pasmo por su tamaño; otro evidente testimonio de que hemos llegado a la India o a alguna comarca desconocida del Oriente asiático. Aquí son los peçes tan disformes de los nuestros, que es maravilla. Ay algunos fechos como gallos, de las más finas colores del mundo. Ay también vallas e delfines. No vide dragones e monstruos e endriagos en tierra ninguno, salvo estos papagayos que parecen llenar la isla, e lagartos e tortugas muy grandes dormitando en el lodo caliente de los ríos. Me dizen que pueden durar allí siglos; del figado de estos animales quasi inmortales se alimentan los viejos, los estériles e impotentes de cualquiera edad.

No ay, o al menos no los vide hasta el momento, cavallos, vacas, ovejas ni cabras e ninguna otra manera de bestias domésticas. Pensé encontrar muchas vacas de inmensa y retorcida cornamenta, puesto que la vaca es el animal sagrado de la Yndia. Acaso las ay más al Poniente e al Septentrión o al Austro, en tierra firme. Si las ay las veré aunque sean más transparentes que el vapor del rocío.

Como comprovarán Vuestras Alteças a la vista de los naturales que voy a tomar para les llevar y les servir. Cuando estén allí los esclavos puédenlos tenellos en la misma Castilla. Con pocos hombres de guarda los ternán todos sojuzgados y les farán fazer todo lo que quieran. Pueden ser muy útiles en las minas e granjerías de toda España e aún de Portugal, granjeándose con ellos muy buen preçio en reparticiones y encomiendas bajo la ley del requerimiento. Creo que hacinados en las tres naves poderé llevar de 400 a 500 esclavos tomados como prisioneros de guerra, en un primer ensayo.

PARTE 44 - VISITA REAL

A media mañana vimos arribar un gran batel esquifado con toldos multicolores e pintado con figuras de serpientes e bestias marinas. Le escoltaban largas almadías con más de cincuenta remeros cada una. Entraron por la ensenada. Desembarcaron del batel numerosas mujeres con sus guardas e servidumbre, e subieron hasta la colina, también desnudas ellas pero ricamente enjoyadas. Eran las esposas e hijas de los reyeçuelos de varias islas deste archipiélago. Llegaban para ponerse a nuestra entera disposición, e traían los primeros tributos voluntarios.

La prinçipal dama indiana era Anacaona, esposa del poderoso Caonabó, rey del Cívao, cuyo nombre significa *Señor de la Casa de Oro*, cuyo gorro de guerra, postrero presente del Piloto, como llevo referido en otra parte, anduvo sobre la mesa de las Capitulaçiones e llegó hasta las manos de Su Alteça Sereníssima la Reyna Isabel. Anacaona era también hermana de otro reyeçuelo, un tal Behequio o Beleño Anacauchoa. Los nombres de los paganos son un enredo imposible de entender e desvelar.

La prinçessa Anacaona ordenó a sus servidores que depositaran los tributos al pie de la Cruz fundadora. Conté çinco espejos grandes de oro, unas lagartijas que parecían de ámbar, un papagayo real de color verde e colhar bermejo, el papagayo índico de Plinio, varias jaulas con gallinas e ánades e cuatro pequeños monos saltarines que parecían juguetes en miniatura de felpa granate, e otras cosillas de poco valor. Los hombres se miravan en los espejos al recogerlos, y no reconoçían sus espectrales caras de calaveras de caravelas.

Las hijas de los reyeçuelos traían finas coronas y bandeletas también de oro sobre las negras cavelleras partidas en dos lassias y brillantes crenchas. Despojó-se Anacaona de su diadema de oro, perlas y plumas del papagayo real e la puso suavemente al pie del palo. Las demás la imitaron.

Todas llevaban como prolongaçión de las uñas de manos e pies largas garras enganchadas a los dedos, de oro o plata según sus respectivas jerarquías. También portavan larguíssimas pestañas postiças de seda, teñidas de henequén e urucú, que tornavan sus ojos más brillantes e

soñadores como si miraran voluptuosamente a la sombra de los penachos de las palmeras. Noté asimesmo que las telillas que cubren sus naturas no eran de algodón hilado sino por manera de oro laminado.

Pregunté a Anacaona si sabía algo de los hombres barbados allegados unos siete años antes que nosotros a estas islas. (El canario les hizo el cálculo en lunas). Dijo que sí, que por la gente de las islas sabía dellos, e que uno de ellos se quedó a vivir en la isla de Matinínó, cerca del Valle del Paraíso, con sus muchas esposas, pero que los caníbales le habían matado e devorado hacía algún tiempo. Anacaona dijo que sólo quedaban ahora las hijas harto moças de los hombres barbados e blancos, puesto que también los hijos varones habían sido capturados y devorados por los caníbales.

—¿Dónde ocurrió eso? —pregunté—. ¿En el Çivao o en la isla de las mujeres solas?

—No lo sé muy bien. Pudiera ser que eso pasara en las dos partes —dijo evasiva, tratando de eludir el tema con una ambigua sonrisa.

Me se escapó una lágrima e un suspiro. Pedro Gentil ya no vive en su persona sino en la sangre e en las personas de los que con él se desayunaron.

Anacaona, mujer de gran belleza, muy bien educada e de discretísimo ingenio, tenía algo de misterioso e inescrutable. Vi en ella desde el primer instante a la semilla malsana de nuestra perdicción. Como en efecto después sucedió. Trataba de congraciarse conmigo e de seducirme con arte de disimulo que envidiaría la más sutil y perversa de las cortesanas. Renuncié a despellejarla. Ya lo harían otros. Llamé a mi hermano Bartolomé, mujeriego de vocación y professional del ligue, a facerse cargo del hatu mujeril.

—Sácalas de en medio —díjele presto—. Estas mujeres valen menos para nosotros ahora que las gallinas que han traído.

—No —dijo Bartolomé—, valen muchísimo más. Cossa es de saber sacarles el jugo.

—Ten cuidado de no propasarte con ninguna de ellas e menos con la mujer de Caonabó cuya alianza devemos conseguir. Recuerda que yo te he nombrado Adelantado de estas tierras. No te dejes adelantar por ellas. No ignoras que un pelo del puvis de una mujer como Anacaona tira más que la cadena de un ancla. Esa mujer va a fondearnos a todos.

—La tomaré por lengua para nos comunicar con su gente.

—Te quedarás sin la tuya. Agua que no has de beber déjala correr.

Lo decía yo a pura intuición. En ese momento no sabía aún que prendería e llevaría encadenados a España a Caonabó, el rey, e a Behequio Anacauchoa, su cuñado, a causa de su traición e intento de asesinarme. Murieron en el viaje por sufrimiento de las cadenas e del odio que me avían cobrado. No sabía aún que la propia Anacaona, enbuelta en la conjura, iba a ser muerta bárbaramente en malhadada ocassión, mandada matar por Bartolomé, mientras yo estava ausente en España. Lo fiço por cosas de celos e de la locura que esta mujer había prendido con bevedichos de encantamiento en el ánima e carne de mi hermano, flaco de voluntad e firmessa. Ovimos por ello gran reyerta en la que quasi nos fuimos a las manos con los puñales e la rabia del corazón en sus filos. La cuchillada de sangre no corrió, mas ocurrió algo peor. Lo diré un poco más adelante.

Por el momento, al menos, los 34 reyeçuelos, por mediación de sus mujeres, embaxadoras suyas, se comprometen a pagar un alto tributo en oro, espeçias, espeçies, e plata e perlas, cada çinco lunas, en proveernos de inmensos dones de víveres e bastimentos por manera de toda classe de animalias comestibles e de uno e otro pan que ellos consumen; esto es, el pan de raíz (que es el de yuca), del que también se saca el caçabí, y el pan de maíz. En nombre de su esposo Caonabó y de su hermano Behequio (a quien yo llamava ya el Bellaco), Anacaona nos convidó a llevarnos a la gran isla del Cívao, reino de Caonabó. Cívao no es para mí otra cosa que el Cipango de Marco Polo y de Paulo Físico Toscanelli.

Partimos ese mismo mediodía las tres naves con sus capitanes e toda su tripulación escoltando el batel multicolor de Anacaona. Ella mostró interés en que viajara con ella Bartolomé, a quien abiertamente, pero con la sutileça y finura de una verdadera dama, hacía la corte. Mirávalo con sus miradas avanicadas por las grandes pestañas, e Bartolomé no cavía en sí de gusto e plaçer por la preferencia de la hermosa mujer. Hilo embarcar a sus servidoras y guardas en almadías, e viajó ella sola con Bartolomé sin más compañía que las dos filas de broncéos remeros que hacían avanzar el batel con tanta rapidez que lo perdimos de vista muy pronto.

PARTE 45 - CUENTA EL NARRADOR. EL MEMORIAL PERDIDO

LOS relatos del capítulo anterior están entresacados del *Diario de a bordo* y en parte de los borradores del *Libro del Descubrimiento*. Componen estos pasajes el memorial que el Almirante asegura haber enviado a los Reyes desde Guanahaní, pocos días después de su arribo a la recién bautizada isla de San Salvador. No llegó nunca a destino. La primera noticia que se recibió en España de la expedición fue la que el Almirante dio pormenorizadamente en la carta que escribiera al escribano de ración y tesorero del reino Luis de Santangel, justo cuatro meses después, el 13 de febrero.

La relación de hechos y el tono de esta carta son marcadamente diferentes de los del memorial supuestamente enviado a los Reyes. Estos quedaron sumamente ofendidos por esta falta grave al protocolo real. Se sumó a ella el hecho de que el Almirante, en el torna-viaje, pasó primero por la corte lisboeta en visita de cortesía al rey Juan de Portugal. Lo que era prácticamente un agravio más a los Reyes Católicos, dada la rivalidad casi bélica que existía entre los dos países por la supremacía del Descubrimiento. Muy caros se los iba a cobrar el Rey Fernando poco después al Almirante.

No valió en descargo de la falta la excusa que dio el Almirante en una carta a los Reyes. Dijo haber sido desviado hacia la roca de Cintra, que es una sirte inmensa junto al río de Lisboa, por un gran temporal; e que la carabela de Martín Alonso avia sido desviada con rumbo desconocido. E demás desso, e por sobre todo, porque el patrón de la nao insignia del rey Juan, la más bien anillada e poderossa de Europa, el almirante Bartolomé Dias, de Lisboa, le intimó de orden del monarca a presentarse en la corte e dar cuenta de su viaje a las Yndias. E que si ansí no lo fiziera se vería obligado a hundir la nave pues no la podía considerar sino como navío corsario en aguas portuguesas al serviçio de una poténçia extranjera, desde

el momento que él no podía o se negava a presentar las constancias devidas. En el naufragio del Cívao el Almirante había perdido todos sus papeles. Se vio pues forçado a obedesçer. Visitó al monarca lusitano, e alegó que finalmente se vio obligado a dejar mucho oro en rescate de su libertad. Esto dijo e escribió el Almirante.

No contó que el rey Juan II le otorgó la carta de protección perpetua que se transcribe en otro lugar. Menos aún reveló o «desveló» (como se dile oy en España) que, antes de partir de La Española, dejó al escribano Rodrigo de Escovedo en custodia e guarda secreta cuatro cajas grandes y çinco más pequeñas «con mandato de no mostrar ni çedellas, ni deçir a nadies de su essistençia, salvo a pedimento mío, por ser cosas de mi entera y esclussiva propiedad. Confiaba que ago a la amistad e lealtad e al spíritu de justiçia que os distingue en el ofiçio que desempeñáis en esta isla...», dice la carta a Escovedo, fechada el 4 de enero en La Española.

Años después, ya fallecido el Almirante, se sabría en los pleitos que Escovedo se había quedado con las nueve cajas con más de cien arrobas de oro empaquetadas en ellas. Pero ya también Rodrigo de Escovedo había fallecido. Sus herederos presentaron la carta reservada pretendiendo vanamente recuperar el oro que se había hecho humo.

Este memorial está compuesto con los fragmentos más incoherentes y como enajenados por la exaltación de la llegada a «las Yndias» del Libro de las Memorias, libro inconcluso y también desaparecido, del cual sólo han quedado apuntes ilegibles y crípticos en los escritos después desautorizados por el propio Almirante. Bartolomé de Las Casas, exégeta del Almirante, hombre justo y apasionado, y Hernando, albacea y biógrafo filialmente celoso de la memoria y buen nombre de su padre, se abstienen por completo de mencionar en sus libros estos pasajes o de deslizar sobre ellos la menor alusión.

Lo cierto es que Sus Majestades nunca recibieron el memorial que se perdió para siempre, como tantos otros salidos de la incansable grafomanía del Almirante. Producto de su ambición desmesurada que se confundía con su obsesión mística y paranoica. Algunos expertos historiógrafos calculan que el Almirante pasó más horas escribiendo estos memoriales, cartas, epístolas laudatorias, escritos nuncupatorios y mensajes varios de quejas, protestas y reclamaciones, que las que le insumieron, en 14 años, los cuatro viajes hasta su muerte en 1506; en total unas 67.000 millas de navegación, 7

naufragios, 43 temporales y tempestades, en su rencillosa odisea náutica y humana muy poco semejante a la de Jasón o a la de Ulises.

Es probable, incluso, que el Almirante no llegara a enviar este equívoco memorial plagado de errores, contradicciones y falsos testimonios, como escrito bajo el acoso de sus demonios. No habría que descartar incluso que él mismo lo destruyera en uno de sus accesos de furia que le empujaron a cometer flagrantes abusos de poder, muchos de ellos gratuitos y sanguinarios, contra sus propios hombres por faltas menores o presuntos conatos de traición y rebelión. Comenzaron ya desde su llegada a Guanahaní y fueron agudizándose a lo largo de los tres viajes subsiguientes, en su segunda, tercera y cuarta etapas de conquistador, colonizador, terrateniente y mesías carismático.

Sirva de muestra un caso menor. Cansado y decepcionado por sus fracasos en el hallazgo del Cipango y del Cathay, la tierra firme de Asia, resolvió convertir la isla de Cuba, ante certificación de escribano (el mismo Escovedo), en tierra firme de las «Yndias de acá», bajo pena de 10.000 maravedís, corte de lengua y nariz, a quien lo contrario sostuviere. La pena se hallaba enriquecida con cien azotes diarios a los renuentes en admitir la evidente falacia hasta que abjuraran de su error. Cuando el almirante inventó esta argucia para aplacar la impaciencia de los Reyes que le urgían el descubrimiento de la tierra firme, el Almirante sabía ya que la isla de Cuba no lo era. Pero él era diestro en tales sustituciones.

Desde aquella fecha del 13 de octubre, la más importante y trascendental en la historia náutica de la humanidad, el ánimo del Almirante vivió en permanente estado de trance o de insania y su cuerpo agitado de tiempo en tiempo por sobresaltos y convulsiones incoercibles.

Esta obsesión lo llevó a creerse un Jeremías o un lamentoso Job, redivivos. De alguna manera quería ser un personaje de las Escrituras, según él lo pretendía basado en profecías de Esdras e Isaías, los cuales, por supuesto, no escribieron una sola línea en el Libro de los Libros sobre el Orbe Nuevo. Menos aún sobre su presunto y aún remotísimo descubridor.

Menos errado era, como él mismo lo creía y su hijo Hernando lo confirmó, el vaticinio de Séneca en el coro de su tragedia Medea, con uno de cuyos personajes el Almirante se identificaba cambiándole el nombre de Tetis, esposa del Padre Okeanos, por el de Tiphis, el primer marinero que hizo navío, guía de Jasón hacia el Vellochino de Oro. Sus reiterados errores que roían a cada paso la gran empresa con imprevistos desvíos y

bifurcaciones, con irredimibles frustraciones, le fueron agriando el carácter y la voluntad. Su inagotable capacidad de engaño no sólo con los demás sino también con respecto a sí mismo, acabó por no poder ocultarle que, en vez de profeta de la epifanía prometida de un nuevo mundo y del encuentro de dos mundos, no era más que un fracasado, un malogrado, el peregrino errante del comienzo, un excluido ejemplar y sin remedio.

Entre las contradicciones y contraverdades del equívoco memorial, basta mencionar una: el papel jugado por la reina Anacaona, esposa y después viuda de Caonabó, en la conjura de los reyezuelos contra el Almirante. El juicio sumario incoado por éste contra la reina indiana la acusaba de rebelión y tentativa directa de asesinato. El plan del Almirante, por lo que se colige de algunas apostillas muy disimuladas y escondidas en dobleces de libros (él lo anotaba todo con su fe ciega en la escritura), era enviar prisionera a España a Anacaona, hacerla liberar allá con la influencia de sus poderosos amigos, y convertirla luego en su mujer legal y socia en la empresa del naciente imperio.

La apariencia de verdad ocultaba un engaño más, un nuevo encubrimiento. El ingenio de Anacaona tendió al Almirante y a su hermano Bartolomé una red mucho más sutil de la que ellos eran capaces de imaginar. Sabía la mujer que el Almirante, desde el primer instante, bajo su máscara de rechazo, de «indiferencia hechizada», había quedado definitivamente prendado de ella y seducido hasta los huesos como un jovenzuelo.

Al intuir además la rivalidad que ya existía entre los hermanos, sobre todo por parte de Bartolomé, discurrió la manera de introducir entre ambos la infalible cuña de los celos. Embaucó a cada uno, por separado, ofreciéndoles el potencial bélico y logístico de los reyezuelos locales. Durante la ausencia del Almirante en su tornaviaje a España, Bartolomé intentó forzar la situación. Anacaona se mantuvo firme contra los empeños del Adelantado en su incansable acoso sexual y político. No sólo porque ella, como mujer, prefería al Almirante, sino también porque sabía que éste era la pieza capital en el plan de destrucción de los invasores que ella y su esposo habían tramado desde su llegada.

Bartolomé se vengó de ella de la manera dicha. Se desquitó a la vez del jefe implacable y autoritario del que llevaba su sangre pero no su autoridad. En alguna parte de su *Diario privado*, el Almirante condena con

duros dicterios de «amante viudo» el bárbaro crimen de su hermano y se lamenta de la pérdida de esta mujer excepcional que pudo ser, dice, «la insuperable compañera en mis campañas del Descubrimiento y la Conquista del Nuevo Mundo».

¿Era sólo esto un nuevo brote de su incurable erotomanía eruptiva? ¿O un sentimiento profundo y genuino? ¿Intuía, acaso, el destino de la Malinche en la epopeya de Cortés? No lo adivinó tal vez, pero fue el primero en saber que sin la traición de los nativos la conquista de Indias hubiera sido irrealizable. No supo en cambio el Almirante adivinar y menos imitar la astucia de Cortés, a quien le abriera el camino y diera el ejemplo, porque le faltó el genio político y guerrero del conquistador de México.

El Almirante escribió a los Reyes su carta exculpatoria tan pronto de arribar a la Barra de Saltés, y entrar en el puerto de Palos, el viernes 15 de marzo en el mismo lugar desde donde había partido 7 meses antes, el jueves 2 de agosto del año pasado. Hay una tachadura muy compacta sobre estas dos últimas palabras; es posible adivinar en ellas el lapsus escrito: «año no llegado». La carta en la que trata de exonerarse de culpa ante los Reyes es de todos modos posterior, un mes exactamente, a la extensísima carta escrita a Santángel.

La corta carta, esquila de carabela, con intención de altanería, que hace llegar a los Reyes el Almirante dice textualmente: «Me honro en lenificar a Sus Alteças Sereníssimas los motivos de mi tardanza. Estaba en mi propósito de ir a Barcelona por la mar, en la cual ciudad me davan nuevas de que Sus Alteças estaban, y esto para les hazer relación de todo mi viaje.

»Nuestro Señor ha mostrado por muchos milagros encadenados unos a otros que estava de su voluntad que este viaje se fiziera de la manera que se fizo. Fablan también estos milagros de mí, que ha tanto tiempo qu'estoy en la Corte de Vuestra Casa con oppósito e contra sentencia de tantas personas principales, algunos nobles innobles, los cuales todos ivan apuntando contra mí la media luna de los cuernos de su frente, poniendo el hecho del Descubrimiento como vurla de sus misserables ánimas, quando yo por el contrario espero que este Descubrimiento será la mayor honra de la Cristiandad, de la Corona y del Papado, que assí ligeramente aya jamás acaesçido.»

PARTE 46 - DESCUBRIMIENTO = ENCUBRIMIENTO

EN Guanahaní (y aun mucho antes) comienza el encubrimiento del continente que iba a llamarse América y de las sociedades indígenas que un día vendrían a ser «descubiertas». No sólo el Almirante, con el fanatismo de un iluminado, traslada y pone sobre ellas como una inmensa alfombra mágica regiones enteras del Oriente asiático. Se aísla en las islas de las antiguas y ya conocidas Antillas. No se atreve a golpear, conforme le indicara el protonauta y predescubridor, el onubense Alonso Sánchez, la inmensa puerta de agua del Orinoco, guardada por torrentes semejantes a manadas enfurecidas de bisontes, para entrar en la región continental, «infinita, infinitísima», le había advertido el Piloto.

Llega furtivamente el Almirante hasta el golfo de Paria y retrocede. Es más fácil convertir la isla de Cuba en tierra firme, a costa de las narices, las orejas, los 10.000 maravedís de multa y los cien azotes diarios a los que no quieren comulgar con la trápala geográfica. Cualquier arbitrio es bueno para engañar y «temporejar» a los impacientes Reyes, a quienes ¡ay! no puede aplicar la misma pena.

Quedó allí anunciada —dice el jesuita Bartomeu Meliá, protector de los indios del Paraguay y del Brasil, hijo adoptivo de los Mbya-guaraní que impusieron al «blanco barbudo» su nombre secreto— la triple negación de América: la de una economía suficiente, la de las religiones verdaderas, la de lenguas y culturas propias. Meliá, antropólogo, lingüista, humanista, fue uno de los primeros en calificar el descubrimiento como encubrimiento.

Contra lo que expone el deslumbrado Almirante a la Corona en el memorial perdido (la memoria es lo que más fácilmente se pierde), en favor de la bondad y mansedumbre de la gente, de sus sentimientos religiosos, dice a los Reyes: «No les cognosco secta ninguna y creo que muy presto e ligeramente se tornarían cristianos.»

Traen a los recién llegados «hombres del cielo» todos sus dones que son muchos, pero el Almirante los considera gente muy pobre, en el

momento mismo en que el descubridor está recibiendo todo de esos pobres. Niega la economía indígena al tiempo que es alimentado y sostenido por ella. Estas gentes —dice el Almirante— todo daban y tomaban de aquello que tenían, y no se diga que porque lo daban valía poco. Lo mismo hacían y muy liberalmente los que daban pedazos de oro como los que daban calabazas de agua; y fácil cosa es cognoscer cuándo se da una cosa con deseoso corazón de dar.

En cuanto a la negación de las lenguas vernáculas, el Almirante consciente o inconscientemente cae asimismo en error. Se comunica con ellos con relativa facilidad oral y gestual, pero habla con desprecio de la lengua de los naturales calificándola de ruidos ininteligibles, de gruñidos y ladridos, cuando la había calificado en sus momentos de euforia descubridora y sensual deslumbramiento de «la lengua más dulce del mundo semejante al gorjeo de sus pájaros». No piensa cómo oirán su lengua los naturales. El primer paso de una conquista —dice Meliá— es la ocupación de un territorio. Su último paso, el definitivo, se da cuando la lengua de un pueblo ha sido también ocupada. No es extraño, pues, que uno de los últimos refugios de la resistencia de los pueblos haya estado siempre en la lengua.

PARTE 47 - DE NAUFRAGIO Y ALIANZAS

CERTIFICA el Almirante a los Reyes, en el memorial perdido, que en parte ninguna de Castilla tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner con la gente que hay aquí. «Ellos andan, como ya dije —dice el Almirante— desnudos como sus madres los parieran, mas crean Vuestras Altezas que tienen entre sí costumbres muy buenas de moralidad y comportamiento. Gentes en extremo bondadosas, de una cierta manera tan continente e morigerada, que tienen placer en verlo y en mostrarlo todo sin fastidiar ni molestar, y la memoria que tienen es de admirar, y todo lo quieren saber, y preguntan qué es y para qué es.

»Certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no aya mejor gente ni mejor tierra que las de estas verdes y florecidas Antillas. Ellos aman a sus próximos como a sí mismos, la risa y la alegría de vivir la llevan siempre a flor de piel, y tienen un habla tan dulce como el gorjeo de sus pájaros, que el oírlos hablar es maravilla.

»El rey de este Çipango (dicen ellos Çibao por error de pronunciación), llamado Caonabó, y su mujer Anacaona, mujer joven pero de gran ingenio y fermosura, tienen todo lo que hay que tener, que es maravilla ver gente desnuda con tanta dignidad, señorío y recato. La pareja real me ha invitado a visitarla en su villa, y yo he ido con las tres naves y sus tripulaciones, de modo que vieran nuestra fuerza y buena disposición. Si las cosas van bien, trataré de celebrar con el rey de Çipango una alianza que fortalezca aún más nuestra posición, sin mengua de los impuestos y tributos debidos.»

Esto lo dice en víspera de la Navidad, fiesta del nacimiento del Hijo de Dios, cuando la nao capitana se desbarata y naufraga en una restinga de la isla de Cibao, a legua y media de la villa del reyezuelo. Los tripulantes huyen para escapar del Almirante. Refúgianse en la carabela de Martín Alonso Pinzón.

Cuando Caonabó se enteró del naufragio de la nao capitana en el bajío acude llorando a lágrima viva y toda su gente le sigue y le acompaña en su llanto. Para mí el naufragio de la *Santa María* no fue un desastre sino que iba a constituir una gran ventura. El rey con todo su pueblo llora tanto, dice el Almirante, que me pareció su pena un poco exagerada. Muéstrase en todo instante muy pesaroso de lo que ha sucedido. Pone a su gente a descargar la nave escorada en la restinga y a cargar todo lo recuperable en grandes canoas. Todo se hace en muy breve espacio, tanto fue el aviamiento y diligencia que aquel rey puso en el salvamento de la nao y su carga.

La propia Anacaona vino y abrazó y lloró sobre los hombros del Almirante —cuenta éste como si hablara de otro—. Luego ella misma se puso a dirigir a las mujeres de su servidumbre por manera que todo quedó a muy buen recaudo. Caonabó ordenó poner una guarda de todo lo que se ha sacado a tierra.

El Almirante, sentado en una roca tarpeya (como parece inferirse del enrevesado relato; su morfosintaxis dialectal, los tiempos, los géneros, las personas, soncada vez más laberínticos y «desvelados») quedóse a vigilar la guarda y lo guardado a fin de que el recaudo fuera doble. A medianoche volvió Anacaona trayendo el mensaje de su esposo, el rey, diciendo al Almirante que no le doliese pena ni enojo, que él le daría cuanto tuviese y mandaría reparar con creces los daños y las pérdidas.

Despidióla secamente el Almirante pero ella quedóse en silencio a sus espaldas con gran humildad y discretos modales. Permaneció allí, a su vera, de pie, toda la noche hasta el amanecer, llorando quedamente como si de veras lamentase la muerte de un ser querido; ese llanto fantasmal, como enterrado, que tienen las mujeres cuando ya carecen de lamentación. Con bandeletas en la frente y cendales de luto en la cabellera, la cara tersa y limpia de coloretos, la mujer del rey parecía, en lo austero, más hermosa aún que con sus joyas y afeites.

No supo más el Almirante. Cuan largo era se desmoronó dormido sobre la arena luego de tantos días en vela, desvelado por tantas ocupaciones y preocupaciones, sin poder desvelar lo que a partir de ese momento ocurrió. He aquí lo que trae el mal uso de la palabra de marras, transformada en idiotismo por los propios españoles. El Almirante estaba «desvelado», lo que no le impedía tener sueño y mantener su total reserva, su velo, su misterio.

Cuando vio dormido y quieto, la reina ordenó a la guardia que se retirara. Quedóse ella sola a velar la nao y al Almirante. Con un canturreo rítmico apenas audible, como el que cantan las madres en las Antillas, los areítos legendarios y las nanas tradicionales, empezó a frotarle la frente con un manojo de hierbas muy olorosas.

Al despertarse con el sol alto se encontró el Almirante con que alguien había puesto sobre su cuerpo un alfaneque; no el ave de cetrería que lleva este nombre, sino un pabellón de estera que le cobijaba del ardiente bochorno. Aspiró en sus cabellos y en su barba un aroma balsámico que no era evidentemente el de las algas podridas. Se incorporó, dio un puntapié a la tienda y se precipitó hacia la carga hacinada en el bancal de arena y roca. Sólo se tranquilizó cuando comprobó que todo estaba intacto, de la manera que él había dispuesto.

Con el maderamen y los despojos de la nao, más los árboles talados por los hombres de Caonabó, mientras permaneció en su villa, el Almirante mandó construir allí el fuerte, al que llamó Navidad, con torre, fortaleza, vallados y fosos que pusieran a los defensores a cubierto de flechas y azagayas. Al conocer la noticia del rescate del oro, los fugitivos volvieron y todos rescataron con cascabeles, botones y hasta con las correas de sus cinturones muchos pedazos de oro. No le quedaba más que volverse en la carabela de los Pinzón. Prefirió mandar construir a los carpinteros, allí mismo, un nuevo navío más sólido y marinero que la *Santa María* convertida en escombros. Bautizó la nueva nao con el nombre de *Santa Isabel*, en homenaje a la Reina.

Caonabó mandó llenar la bodega con pan de raíz y de maíz. Comprendió en seguida el rey que el Almirante sólo tenía puesto el pensamiento en el oro, y que éste era su única y mortal angustia. Hizo traer una gran máscara que tenía grandes pedazos de oro en las orejas, en los ojos y en otras partes. El mismo rey caló la máscara en la cabeza del Almirante y le puso en el pescuezo otros collares y joyas del mismo metal y de plumas de papagayos. Con todo lo cual el Almirante quedó desconocido y estrafalario. Éste ofrendó al rey sus guantes de piel de foca muy deshilachados y la brújula inutilizada por la tempestad. El rey enguantado también parecía otro: un rey indiano que no era rey. No cesaba de mirarse las manos extrañas y mirar la brújula cuya aguja detenida marcaba el sur sin entender lo que esto significaba.

Pasaron varios días en la gran cabaña de bahareque del Señor de la Casa de Oro. Aunque de origen caníbal, el reyezuelo era un hombre muy comedido y de agudísimo ingenio, de costumbres sobrias y que no comía más que pan de yuca y no bebía sino agua. El Almirante contemplaba el techo de paja y no podía imaginarlo de caña. A cierta distancia, Anacaona tenía su bohío en forma de un cono turgente, también de cañas y barro. Desde allí, a través de sus servidoras, cuidaba el gineceo del rey, un colegio de una cincuentena de doncellas elegidas por él mismo. La propia Anacaona era la encargada de retirar a las que iban envejeciendo después de los diecisiete años, y ella misma las reemplazaba, pues conocía las aficiones y los gustos del rey. Todo esto le parecía muy extraño al Almirante y renunciaba a entender, aunque envidiaba, fascinado, la lógica de las costumbres indianas sobre todo en lo referente al comercio sexual.

Caonabó le habló del temor a los caníbales, que ellos llaman caribes. El abuelo de Caonabó había abjurado del hábito bestial de su antiguo pueblo, y éstos mantenían a Caonabó bajo permanente amenaza aunque sin atreverse a atacarlo. El Almirante le dijo que no temiese más; que los Reyes de Castilla y Aragón le habían enviado para destruir a los caníbales y que a todos los que quedasen vivos los haría traer con las manos atadas. Mandó disparar una lombarda y una espingarda contra un árbol para mostrar al rey la potencia de sus armas. El efecto de los tiros fue tremendo. El rey y su gente cayeron todos a una en tierra tapándose los oídos y exhalando alaridos desjuiciados ante el árbol desquiciado y en llamas.

Se levantaron después y empezaron a danzar en torno al árbol, encabezados por el rey y por el chamán, por manera de una ceremonia ritual propiciatoria. Invitaron al Almirante a participar en la danza, y él tuvo que hacerlo sin ningún ritmo, muy desgarradamente. La máscara, los collares y la renguera de sus pies llagados, le convertían ahora en espantapájaro de los mitos solares en medio de las risas de los indios que se burlaban de la inconcebible torpeza del hombre llegado del cielo.

PARTE 48 - CUENTA EL ERMITAÑO

EL Almirante preparaba su regreso a España. Ya había descubierto las siete principales islas de las Antillas; tomado posesión dellas y puestos nombres cristianos. San Salvador, la Isabela, Fernandina, la Magdalena, Jamaica, el litoral de la Juana, parte de la inmensa isla de Cuba, la que un principio él creyó que era la tierra firme. Iba a descubrir otras ocho mil islas más. Acompañé también al Almirante a la Isla de las Mujeres, en el Valle del Paraíso. Estaba él seguro de encontrar a los hijos del Piloto desconocido y de los demás hombres de la tripulación, de origen español, que naufragaron en esa isla, según la historia que él me relató, y que yo ya la conocía por referencias de los indígenas.

En la población de mujeres encontramos, en efecto, una veintena de muchachas de tez completamente blanca, algunas de ellas con cabelleras rubias y ojos azules o claros o pardos. Ninguna de ellas pasaba de la adolescencia. El encuentro conmovió mucho al Almirante. Las doncellas mestizas hablaban la lengua taína con mezcla de giros, expresiones y palabras hispánicas, que formaban un dialecto muy dulce y pintoresco.

El Almirante les preguntó sobre sus hermanos. Ellas dijeron que habían sido cautivados y devorados por los caribes. Preguntóles también por Pedro Gentil, que se había quedado a vivir en la isla. Una de sus hijas dijo con lágrimas y temor que también él había corrido la misma suerte. Preguntóles el Almirante si querían viajar a España para conocer la tierra de sus padres. Algunas aceptaron la invitación con cierta reticencia. El Almirante tomó a siete de ellas en las que los rasgos y el modo de ser eran típicamente andaluces y hasta marcadamente moriscos. Las hizo vestir con unas túnicas de novicias muy blancas que para el efecto llevaba, y las condujo a la nave tras la despedida con abrazos y llantos de las que se quedaban a cumplir su triste suerte.

En el Cibao, que el Almirante bautizó La Española, después de su encuentro con Caonabó, señor de la Casa del Oro, el rey más poderoso de la

isla, había otros tres reyezuelos principales bajo su dominio, llamados Higuamá, Behechio y Guarionex. Pese a la voluntad de Caonabó y de su mujer Anacaona, estos tres régulos eran rehacios a someterse a la autoridad del Almirante y pagar los tributos que les exigía. Me hizo llamar éste y me pidió que yo fuese a vivir en el reino de Guarionex, señor de muchos vasallos y poder que regía en la Vega Real, contigua al Cibao. Me dijo que a la causa de la Corona y del Papado convenía grandemente convertir a Guarionex y a su gente a nuestra Fe cristiana, y que tratase yo de hacerlo como mejor pudiese; que por allí debía yo comenzar la tarea de evangelización de los gentiles en el vasto archipiélago.

Así lo hice. Me trasladé a la Vega y allí viví en una cueva. Venía a verme Guarionex y se extrañaba mucho de que pudiese yo vivir como una bestia de los montes. Le hice entender que Dios proveía a los más necesitados de sus hijos. Me pasé todo el tiempo enseñándoles, a él a y los suyos, el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo y todas las otras oraciones y cosas que son propias de un cristiano. Al principio mostró buen deseo y muy dócil voluntad, y él mismo evangelizaba a su modo a los de su casa y les hacía rezar las oraciones tres veces por día.

Ya estaba a punto de abrazar nuestra Doctrina, él y más de dos mil de los suyos. Había yo preparado el bautismo general para el Viernes Santo, día de la Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo. Todos se hallaban muy contritos y demostraban mucho fervor y dolor por el sacrificio del Redentor del mundo. A la salida y puesta del sol prorrumpían en grandes lamentaciones.

Para fracaso de esta conversión llegó un fugitivo trayendo la noticia del prendimiento, por los hombres blancos de Caonabó, de Anacaona y de muchos otros aliados principales del rey de Cibao. Guarionex se enojó mucho y me mandó expulsar con harta cólera, maldiciendo a los sanguinarios hombres blancos. Volví al fuerte de la Navidad. Desorientado y perdido, vagué más de cien leguas entre alimañas y fieras a las que Dios hizo que me perdonaran la vida. En el fuerte me enteré de la expedición de Hojeda, Roldán Ximénez y Corvalán contra el rey del Cibao y la isla de los caribes. Todo esto ocurrió mientras el Almirante regresó a España y estuvo ausente allá durante mucho tiempo.

Encontré al Almirante, recién llegado con muchos barcos, hombres, caballos y armas, muy descaecido. Alguien me dijo que la expedición contra Caonabó, ordenada por su hermano, el Adelantado, sin su

autorización, le afectaba mucho. Tal vez eso era verdad en el presente. Pero el descaecimiento que estaba devorando por dentro al Almirante venía de más lejos, desde el día en que él golpeará con su espada la madera del árbol que sostenía la Cruz fundadora de Guanahaní. Recuerdo que el contragolpe del hierro hachando el árbol lo derrumbó sin sentido por varias horas. Y ahora a ese mal se le habían sumado los efectos del ataque a traición de su hermano Bartolomé contra el rey del Cibao, su principal aliado.

La versión del Adelantado daba como origen del hecho la negativa de Caonabó a seguir pagando los altos tributos en oro y especies que le exigía el Almirante y que se negaba, además, a desvelar el lugar de los fosos excavados en la Montaña de Oro donde se suponía que se hallaba la mayor mina de este metal en las Antillas, en todo caso dormidos y abandonados desde hacía miles de años. Alegaba también que había descubierto una conjura de Caonabó y los otros reyezuelos contra el Almirante y contra él mismo. Conjura de la que Anacaona era la promotora y el instrumento principal.

Roldán Ximénez y Corvalán, que habían intervenido en la refriega, decían que los primeros en atacar a Caonabó habían sido los propios caribes, dado que este rey los había traicionado y lo tenían amenazado de destrucción y muerte. Cuenta el capitán Hojeda que cuando llegó con su tropa armada, para defender a Caonabó, habían hallado a la reina Anacaona atada a un árbol, delante de su bohío, salvajemente violada por varios centenares de caníbales. El ataque de Hojeda produjo muchos muertos entre los hombres de Caonabó y los de su cuñado Behechio. Trajeron en rehenes al rey del Cibao, a su mujer desangrándose y casi moribunda y a los demás reyezuelos y caciques. Anacaona, puesta sobre un jergón en un ergástulo en el fuerte, murió esa misma noche asesinada de varias cuchilladas. El asesino y los verdaderos móviles del crimen nunca fueron descubiertos de manera cierta, lo que desvelaba aún más al Almirante pero no le desvelaba el misterio.

La confusión y el hervidero de rumores duraron por mucho tiempo. El Almirante estaba sumido en una gran depresión. No decía una palabra, pero bien se veía que se hallaba al borde de la muerte. Permanecí todo el tiempo a su lado para atenderle y confortarle. Se hallaba sumido en un delirio febril. Exhalaba gritos, injurias, daba órdenes de mando. En un momento de calma me pidió que hiciera atender a Anacaona, olvidando que ella ya no era de este mundo. Hacia el amanecer me dijo que antes de morir quería ver

al brujo del santuario de Yucahuguamá, el ídolo supremo de los indígenas antillanos. No hubo manera de disuadirle. Me mandó con palabras de moribundo que fuese a buscarle. Así lo hice.

Con mil dificultades di con el santuario del ídolo cemí. No encontré al brujo. Entré en el recinto brumoso y sofocante por el olor de las recinas y bebedizos fermentados en grandes cántaros de terracota. Vi sobre un plinto el gran triángulo de piedra oscura del ídolo cemí. Me acerqué a mirar su ojo único de cíclope que reverberaba como fósforo en la penumbra. De súbito el cemí gritó fuerte y habló en su lengua con voz atronadora que parecía sonar bajo tierra o que venía hacia mí desde muy lejos.

El estupor me paralizó. En eso descubrí bajo el plinto una cerbatana o trompeta que iba a un lado aún más oscuro del santuario, cubierto de follaje. Fui hasta ahí y me topé con el brujo que tenía en la boca el embudo de la trompeta. Descubrí entonces que todo el aparato del santuario era de artificio. Salió el brujo, pintarrajeado de terribles colores, y me rogó con insistencia que no dijese cosa alguna al reyezuelo de la isla ni a sus vasallos, porque con aquella astucia tenía él a todos atados a su obediencia. Le pedí que me acompañara para ver al Almirante. Por el camino le referí que sufría de un extraño mal y le dije que él le mandaba llamar para que lo asistiese.

Me siguió con bastante temor creyendo que se trataba de una treta para matarle. Entró el brujo en la tienda dentro de la cual se hallaba el Almirante delirando. Ordenó que le sacaran, le desnudaran completamente y le pusieran sobre la tierra bajo un árbol. Encendió una hoguera con ramas secas que sacó de su bolso. De rodillas, en medio de la humazón aromática, con gestos ceremoniales muy complicados, le auscultó todo el cuerpo desde la cabeza a los pies, deteniéndose principalmente en sus partes pudendas.

Se había reunido en torno un ruedo de mucha gente. Los hombres del fuerte y los indígenas contemplaban el cuerpo jadeante que se retorció en tierra bajo las manos del brujo. Éste, con señas casi convulsivas, les hizo retroceder. Luego, arrodillándose de nuevo, instiló su aliento en la boca, en el pecho y en los oídos del Almirante. Movié la cabeza con un movimiento de negación o de duda. Después dijo lentamente con entonación de inexorable autoridad que el enfermo había perdido por completo el zumo necesario para vivir y que su sangre se estaba cuajando en la escarcha de la muerte. Había que alimentarle de inmediato pues la muerte ya alentaba en la parte baja de su cuerpo y subía hacia el corazón y la cabeza. Se le

preguntó que clase de alimento había que darle. Dijo que el único alimento que podría hacerle revivir era la leche de una mujer recién parida.

No costó encontrar una puérpera indígena. Ella misma se acercó con su niño recién nacido y ofreció sus senos cargados de leche. Era una mujer joven, apenas adolescente, llena de vida y vigor. El brujo le ordenó que se arrodillara y diera de mamar al enfermo. Con suavidad maternal ella depositó al infante en el suelo; después metió un pezón en la boca del Almirante. La leche se derramó blanquísima sobre la barba. La mujer probó con el otro pezón, y entonces el Almirante empezó a succionar anhelante como si de verdad él también empezara a probar el alimento vital por primera vez en su vida. Poco a poco cesaron sus convulsiones. Fue adentrándose en el sosiego de alguien que sueña que duerme. Creímos que se quejaba en sueños con el llanto de un recién nacido. Era el niño indígena que reclamaba con vagidos lo suyo.

Los ojos del Almirante se abrieron y se fijaron en los ojos tiernos de la madre indígena. La contempló un largo instante, como si no comprendiera lo que estaba sucediendo. La leche continuó derramándose sobre su barba terrosa. La mujer miró al brujo esperando sus órdenes. Éste le hizo señas de que se marchara. Los ojos del Almirante volvieron a cerrarse.

PARTE 49 - RETORNO AL LÍMITE

EN la sombría y desolada cartuja de Valladolid, yacente en su lecho, los ojos del Almirante continúan cerrados. La luz del poniente se filtra por los resquicios del ruinoso ventanal alumbrando débilmente los rasgos cadavéricos. No está dormido ni muerto. Solamente agoniza. El movimiento de los párpados indica que la infinitud y redondez del mundo se han contraído como en una extrema condensación de antimateria en esos globos turbios de súbita vejez.

Ciegos hacia afuera, esos globos contemplan hombre adentro lo que ya no habrá de repetirse. La vigilia de toda una vida se va apagando en las miradas opacas. A este trasueño algunos llaman recuerdo; otros, muerte de la memoria; otros aún, visiones del ánima más allá de la muerte. Tales brincos, tales briznas de memoria muerta llegan a él en retroceso como llega la luz de una estrella extinguida hace millones de años. Esos ojos ven, por un instante aún, lo que los ojos comunes ya no pueden ver.

Ahora el tiempo no es ya para el anciano yacente más que una sucesión incoherente de imágenes. Ninguna palabra podría captar ni expresar sus oscilaciones extraordinariamente rápidas como relámpagos de la conciencia; relámpagos necesariamente oscuros en la callada tempestad del fin último. Ninguna escritura podría transcribir su vertiginoso delirio. Oscilaciones fulgurantes, variaciones casi imperceptibles, cristalizadas e inmóviles en sí mismas a causa de su propia rapidez.

Tales imágenes y muchas otras semejantes son las que dan a su moriencia la continuidad ilusoria de un tiempo falso porque no es más que la ausencia de tiempo. Pero esta última falsedad es la única en la cual puede ya ahora absolutamente creer, si esta palabra tiene todavía algún sentido en la final desposesión de los sentidos.

Las miradas están fijas en un punto del Poniente sobre el Mar Tenebroso. El sitio donde están varadas las naves del Descubrimiento sobre el mar óseo y putrefacto de algas. Ese viaje inmóvil resume y consume todos los viajes del Almirante. Los que hizo en vida. Los que hará después

de muerto. No han dejado ninguna huella. Sólo un nombre. El nombre desconocido de un desconocido.

¿Dónde está ahora ese hombre que quiso todo para sí, que tanto pudo y que logró tan poco? ¿Qué fue de esa empresa que comenzó como una sucesión de milagros en la conjunción del azar y la necesidad, que no otra es la matriz donde se engendra lo que llamamos milagro? Una sustancia letal la ha ido diluyendo, corrompiendo, destruyendo en otra cadena de contramilagros, forjada por la triste y al parecer irremediable naturaleza de la condición humana.

Ve a una multitud de hombres y mujeres desnudos. Los ve condensados en un solo hombre-hembra, desnudo, de sexos mezclados, al que están despellejando y matando con azotes. Es una figura excavada en la roca, encerrada en una luz muy antigua. Bajo el chasquido de cada latigazo, entre el olor de la sangre que hiede al ácido del acónito salvaje, el hombre-hembra amarrado a estacas, los brazos y las piernas en cruz, se desdobra en otro, quieto y esquelético que está aquí, sumido en su lecho de moribundo.

El espejismo de la luz fósil los junta y envuelve, los mezcla, los transfigura, hace de los dos uno con el océano de por medio. Aquel hombre-mujer de allá es el mismo Almirante que está aquí, muriendo en Valladolid, pero al que siguen golpeando allá lejos. Oye los alaridos como si fueran propios. Lo son aunque no se escuchan. En la penumbra de la habitación no hay nadie que pueda escuchar esos gritos sacrificiales. No hay nadie más que él. Hombre del minuto final. Sólo está esperando solo, sin más compañía que sus recuerdos, la caída del último grano de arena en la ampolleta. Ráfagas de viento hacen chirriar el postigo. Sufre el Almirante un ligero sobresalto. Ha creído oír el runflar del gobernalle en la nao. Sus puños se le crispan sobre el pecho, pero ya ningún timón responde a sus designios.

Ha transcurrido un tiempo que ni el astrolabio, ni el sextante, ni la luz alta de la Polar pueden medir. La Tramontana ha subido muy alto. A través de los agujeros del techo en los que silba el viento, el ojo luminoso contempla al viejo marinero que muere en una cama. Compadece a su antiguo enamorado que la ha traicionado por la falsa lumbre que se engendra en las entrañas de la tierra; que ha traicionado al mar infinito por el lecho en que está acostado, húmedo de sus propios humores.

No todo desde luego es sombrío, lóbrego o fantasmagórico. Hay escenas deslumbrantes de júbilo, que bien valen un mundo. Ve el triunfo y la gloria del primer regreso, que le esperan al tocar de nuevo la barra de Saltés, en el puerto de Palos, al cabo del portentoso tornaviaje.

La nao viene cargada de innumerables papagayos de la India con todos los colores del iris. Trae hombres y mujeres de facciones asiáticas, apenas cubiertos de almillas y calzones de algodón. Desborda de extraños frutos y animalias. El Almirante desembarca con siete doncellas y siete mancebos de indecible hermosura. Parecen escapados de los cuadros de Botticelli, del Ghirlandaio, de Miguel Ángel, de Leonardo da Vinci. Acaso el propio Almirante ha elegido a los mancebos y doncellas de dos sangres por su parecido con los retratos de esos pintores que él conoció cuando las cadenas del mar se desataban para permitir el Descubrimiento, y estos pintores abrían las puertas del Renacimiento. Bajo un mismo impulso de época tembló en un terremoto el vasto friso de la humanidad.

Una mancha atroz desciende a empellones por el puente de la nave. Es una interminable cuerda de varios centenares de seres macilentos, encadenados unos a otros y custodiados por hombres armados de la tripulación. Avanzan erizados y bestiales echando espumarajos por la boca. La multitud que se ha congregado en el puerto asiste a lo que se les antoja una escena de trasmundo.

Carros tirados por bueyes, mulos, jaulas improvisadas, alzaprimas tiradas por los esclavos encadenados, se abarrotan con la carga traída por el galeón. Millares de pies desnudos baten el polvo de los caminos de España. La caravana atraviesa todo el sur del reino, rumbo a Barcelona donde Sus Altezas Serenísimas tienen por el momento su corte. «¿Quién ha autorizado a mi Almirante a traer esclavos a España?», exclama la Reina cuando se entera y ve con sus propios ojos la recua de más de medio millar de galeotes atraillados. «Majestad —informa humilde, casi humillado, el Almirante—. Son los caníbales tomados en la guerra que les he puesto. He acabado con ellos. He quemado sus cabañas, sus osarios, sus embarcaciones, sus pecados, su razón de existir. Ya no existen como caníbales. Éstos no son esclavos. Son prisioneros de guerra.»

—Sí —apunta con cierta sorna Joan de Coloma—, pero ni esclavos ni prisioneros pagan impuestos. Tampoco las bestias.

—Hay que venderlos o alquilarlos —alega altanero el Almirante, mirando derecho de sí, sin condescender a bajar los ojos hasta el ruin

secretario del Reino.

—Sí —replica Coloma—. Ponga vuesa merced un chiringuito de encomiendas y reparticiones en la bahía de Cádiz, y véndalos al mejor postor. O mejor, llévelos usted mismo en su nave al monarca lusitano que está ansioso por conquistar estos trofeos. Ya se los hubiera vuesa merced dejado de paso por la corte de Lisboa, cuando llegó a visitar a Don Juan II, como si él detentara el patronato de vuestro viaje.

La cólera de los Reyes no tiene límites. Sólo se calma en parte cuando el Almirante manda abrir los cofres llenos hasta los topes. Los espejos de oro relumbran azules bajo el sol del mediodía. El Almirante tiende al contador mayor de Castilla, D. Alonso de Quintanilla y a D. Luis de Santángel, sus mejores amigos y benefactores, la lista del tesoro traído de Indias. D. Luis de Santángel dice algo al oído del Almirante. Sonríe por las comisuras de los labios, como viendo el lado divertido de la escena. D. Luis de Quintanilla hace febriles cálculos en su libreta de notas.

La extraña caravana regresa a Sevilla, más parecida a una peregrinación o a un cortejo fúnebre, que a una marcha triunfal. En la penumbra de la habitación el Almirante ve erguirse de nuevo la Torre del Oro, recién inaugurada para recibir los tesoros de Indias. Los muros de la Torre prismática recubiertos de azulejos dorados centellean al sol y encandecen los ojos sangrantes del Descubridor. Sobre ella flotan las banderas verdes con las iniciales reales. Hay tiendas y pabellones con insignias y banderas extranjeras. Enviados de los reyes de toda Europa, empingorotados con sus mejores galas, se derriten a orillas del Guadalquivir donde tiene lugar la Primera Feria Universal. El paso de la comitiva se atasca con el delirante recibimiento de la multitud.

Alcanza por fin el Almirante a entrar en la Torre. Manda depositar los cofres al pie del altar. Besa luego las manos del arcediano de Sevilla, obispo de Badajoz y delegado real para los asuntos de Indias, Juan Rodríguez de Fonseca. Éste bendice el oro, da un abrazo al Almirante, lo besa en las dos mejillas. Con los flecos dorados de la estola tiene que restañarse los labios manchados por la sangre que cubre en hilillos el rostro del Almirante. Comienza el oficio religioso. Por propia voluntad y en acto de sumisión y humildad, el Almirante ayuda como monaguillo.

Mientras hace oscilar el incensario ante la Custodia, el Almirante sufre un nuevo desvanecimiento en las gradas del altar, y se quema el cuello con

las brasas del turíbulo. Fray Juan Pérez y Antonio de Marchena, ayudados por Diego, su hijo, y Rafael, el gaviero, lo levantan en unas angarillas y lo llevan, como la primera vez, al monasterio de la Rábida. El ligur, encumbrado y abatido, vuelve al límite que marca para él ese no lugar donde la utopía comenzó y donde tiene ahora su fin. No habrá más confesiones sacrílegas. El pecador perdonado vuelve a su palabra silenciosa.

PARTE 50 - FIN DE JORNADA

AL navegante amortecido se le mezclan los viajes. En la sentina del barco, entre los prisioneros caníbales, se ve preso y encadenado él mismo y ve a su hermano Bartolomé en la misma situación, depuestos por el comendador y veedor real, Francisco de Bobadilla. Se toca tan cargado de cadenas como los propios caníbales. Come con ellos de la misma escudilla, el pan de raíz y de maíz, duro como piedra, hierbas vegetarianas, las algas que se recogen del mar.

Una de estas noches —dice en una de sus cartas— ellos nos comerán crudos en un descuido de los guardianes. Bartolomé, rubicundo y entrado en carnes, le resultará sabroso. De mi carne les será hartó difícil aprovecharse pues sólo me sobran los huesos. No les servirá más que para roerlos e rosigarlos como suelen con sus filosos dientes. Sus bocas derraman espumas amarillas en la terrible ansiedad de la abstinencia. Uno de los caníbales se ha devorado una mano. Desangrado, han tenido que arrojarlo al mar, donde aguardan los tiburones. Dios los cría y los caníbales se juntan.

Se ve desterrado en Jamaica, a la que confunde con la isla de Cuba en sus Memorias. Tiene absoluta prohibición de entrar en la Española por él descubierta y fundada. No puede romper el ostracismo irrevocable. No es más que un molusco encerrado en la enorme ostra de una isla acosada, asediada, anatematizada, demonizada. ¿Quién nació sin quitar a Job, que no muriera desesperado, y me fuese en tal tiempo prohibido entrar en la tierra y en los puertos que yo, por voluntad de Dios, gané a España sudando sangre? —escribe a los Reyes en la Carta de Jamaica del 7 de julio de 1503. Esto es lo que me arranca el corazón por la espalda, a tres cortos años que me quedan de vida, si vida es lo que se vive e lo que se muere. No me queda ahora más que sudar y llorar por la lengua como los perros enfermos, abandonados por sus amos.

Pues ayer llegado tan lejos a aquellos lugares donde tantas revelaciones esperaba, para tan sólo encontrarme e sentirme tan perdido, tan desierto, tan desvelado, tan descoronado. ¿Habría encontrado yo alguna vez

en el mundo la alegría, una sensación que no fuese de angustia o de irremisible desesperación, de este lanzazo en el costado, de este dolor en grietas que me persigue día y noche, que me abre las carnes e que me hale sudar lágrimas de sangre? ¿Habría algo para mí que no estuviese a las puertas de la agonía, y sería posible encontrar un cuerpo, que no el mío, un cuerpo de hombre como el buen ladrón o de mujer samaritana, que me ayudase a cargar mi perpetua crucifixión?

En esta isla de Cuba, la más grande e la más bella de todas las Antillas, que yo he descubierto en toda su extensión, e donde puse a sus avitantes en la posesión de su bienestar e dicha, de su verdadero modo de ser, estoy presso como un criminal común.

Las gentes de esta isla me confortan con su compañía, con sus cantos e alimentos. Ellas me han enseñado a fumar el tabaco, verdadera panaça para los tristes e melancólicos. Me llevan a sus fiestas rituales. Me cantan los areítos de los taínos e caribes, que son su mester de juglaría en los cuales están encerrados sus mitos e leyendas, que es maravilla. Voy a las fiestas rituales de los indígenas. He visto nasçer el baile de la titundia en las fiestas de las tribus musicantes del Guanábano. Si no oviera sido por todo esto ya hoviera yo fallesçido de pena e de infinita congoja, aunque fue también en la isla de Cuba donde se apoderó de mi sangre el mal del azúcar.

Sus Majestades me han mandado apressar e quieren rendirme por ambre e desesperación con el dogal de una injusta prohibición que no se ajusta a los usos e costumbres de las naçiones çivilissadas. Dieçisiete naves, las más poderosas e más fuertemente artilladas del Reyno, bloquean toda la isla, como si ella fuese un nido de ratas inñicionadas de un contagioso mal, para impedirme fuir e salir a otras islas que deberían estar bajo mi mando e gobierno como visorrey, almirante e governador destas tierras, si no son falsos los títulos que me han dado Vuestas Mercedes, como queda demostrado agora que lo son.

Es la primera vez en la historia del mundo que una grande isla de numerosa e gentil población se ve asujeta toda ella a tan duro asedio e bloqueo por covijar e sostener al hombre peligroso en que me han convertido mis enemigos por el solo delito de ayer dado un imperio a España e desear el mejor vien para toda la humanidad con el triunfo de la Cristiandad.

Una voz muy piadosa pero implacable me diçe: «O estulto e tardo a creer e a servir a tu Dios e a tus Reyes. ¿Que hizo Él más por Moisés o por

David, sus siervos? Desde que nasciste, siempre Él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de la que Él fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Pero he aquí que mis amantísimos Reyes me castigan, e me niegan, e me cubren de anatemas, que no abrá sepultura bastante onda en la tierra capaz de recogerlas e guardarlas con mis restos. Las Yndias, que son la parte más rica del mundo, yo os di por vuestras, e Sus Altezas me pagan con la ingratitud, el desprecio e la muerte anticipada del olvido.»

La voz me dile : «Agora muestra el galardón d'estos afanes, los peligros e infinitas penalidades que as passado sirviendo a otros por nada, que es peor que poco...» Yo, anssí amortado, oí todas estas razones de sangre, de ánima e de inteligencia, mas no tuve yo respuesta a palabras tan çiertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó Él de fablar, quienquiera que fuese, diçiendo: «No temas. Confía. Todas estas tribulaciones están escritas en mármor negro, e no sin causa...» Así es. Lo malo es que también están escritas en mi piel, en mi cuerpo, en mi corazón, en mi ánima que Dios ha de salvar si tiene piedad de mí...

PARTE 51 - POSTRERA

PEREGRINACIÓN

LE permiten volver a España sin que se le levante la prohibición de entrar en ninguna de las islas descubiertas por él. Recorre todas las instancias. Presenta escritos y memoriales y todos caen en el vacío. Todos sus reclamos se estrellan contra el silencio plúmbeo de la Corte. Sus mejores amigos y benefactores le han vuelto la espalda, o le esquivan, o hacen como que no le conocen.

Con la inquebrantable obstinación que ya en él es proverbial, a pesar del avance de la diabetes, se ve siguiendo los desplazamientos de los Reyes desde Sevilla a Valladolid, desde Granada a Barcelona, mendigando la audiencia que no le será concedida. Fracasan todos sus intentos de obtener esta última merced. Es el Rey quien le rechaza y le ha puesto en la picota. La Reina está muy enferma, ya no sale ni se deja ver por nadie. Se consagra por entero a su hija Juana cuyo matrimonio con el archiduque de Austria, Felipe el Hermoso, la trae completamente desvelada. Corren rumores de que la princesa ha empezado a sufrir síntomas de alteración mental. El pacto de Tanto monta, monta tanto... se ha roto a favor de Fernando. El refrán ha sido corregido y aumentado: *Isabel no monta tanto / e menos Juana la loca / que se pasa el día en llanto / bajo su enlutada toca...*

No cesa el Almirante en su propósito de ver al Rey y de reclamarle en persona los títulos y privilegios concedidos y luego retirados. Está en juego también el mayorazgo establecido a favor de su hijo Hernando. Con los últimos cuartos que le quedan y algunos préstamos que le hacen ciertos amigos que todavía confían en el rescate de sus títulos y riquezas, el Almirante toma a su servicio a ocho jayanes manchegos. Los llama sus Sanchos Panzas, y los declara sus escuderos del Quinto Viaje, que no será ya sino el de la Estigia.

En unas parihuelas, menguado y mísero esquife, el Almirante se hace transportar siguiendo a todas partes la carroza del Rey, como si el destino del genovés fuese peregrinar sin descanso en pos de una quimera,

convertida ahora en un rey itinerante bajo un inmenso sombrero que le ha vuelto descarado. El viaje por tierra le resulta el más penoso y humillante de todas sus navegaciones. En la cuesta de Teruel, uno de los escuderos muere, mordido por una cascabel. Sólo comenta el Almirante: «¡Le ha costado la vida el rescate de la mía, y el cascavel ha sido grande!...» La travesía sigue por valles, mesetas y montañas, entre el cierzo, la nieve y los cálidos vientos del desierto; entre la espera y la desesperación; bajo el sol ardiente de Andalucía o en la calígene de las montañas de Asturias o de Aragón.

En Argamasilla de Alba, las parihuelas se abren paso paso entre la multitud que rodea la carroza del monarca a quien vitorea el pueblo; es decir, el conjunto de las autoridades y de los sacros colegios. Las parihuelas llegan hasta el estribo de la carroza donde está erguido Don Fernando saludando a diestro y siniestro con su enorme sombrero aragonés.

Furioso el monarca por el atrevimiento del esqueleto insepulto, grita a sus guardias:

—¿Quién es ese fantoche?

El Almirante se incorpora en su lecho ambulatorio y con voz fuerte le replica:

—¡El que dio a Vuestra Alteza el imperio de Yndias!

Cree el Rey que es broma de mal gusto de un loco. Cierra la portezuela con estrépito y manda a sus edecanes proseguir la marcha. En medio del camino, bajo una nube de polvo, rodeado por soldados de la escolta real, queda el Almirante con sola su alma en las angarillas llenas de barro y miseria. Por primera vez llora de rabia el Almirante. Le vuelven los estornudos de cuando cardaba lana en la tejeduría paterna. Los paletos han huido. Vendrán después, cuando se les haya pasado el susto, a recuperar al amo en la alcaldía del pueblo donde el Almirante ha dado de nuevo con sus huesos en una celda.

Poco después, como remate de sus infortunios, se entera de la muerte de la Reina. Escribe a su hija, la princesa y ahora Reina Juana, la siguiente carta de pésame.

Alteza Serenísima:

Dúelenme el cielo y la tierra en el corazón, y conduélome con toda mi alma de su aflicción por la muerte de Su Majestad la Reina Isabel. La infausta nueva me ha llegado hoy por mediación de los mendigos que

merodean la casa de asilo en esta ciudad de Toledo donde me han recluido con calidad de loco incurable.

El dolor por la muerte de su madre, la Reina, se suma así al sufrido por la muerte de su eminente esposo, el archiduque Felipe, de cuya hermosura el mundo entero se hace lengua de exaltación y alabanza. Dícenme que este dolor bifronte ha turbado su razón. Lo que es otra manera de muerte aún más terrible que el definitivo acabamiento. Su locura es pues honor que Su Alteza Serenísima hace a la extrema sensibilidad de sus sentimientos.

El mundo antiguo quédale debiendo a la venerada Reina, su madre, un nuevo mundo; su Alteza, la vida, alta aunque acongojada que ella le dio, y yo estos despojos de una vida acabada que he puesto con fervor y plenitud hasta el fin della a su servicio y honor. Tal circunstancia en cierto modo nos hermana en la infinita misericordia de Dios Nuestro Señor; a Su Alteza, en lo más alto, y a este siervo suyo, en lo más bajo de su dolor y abatimiento.

Permítome escribir a Su Majestad estas líneas con mano ya temblorosa e inhábil, aunque respetuosa y vasalla, para arrimar y poner mi dolor a los pies del suyo, inabarcable. Lo hago en momentos en que ya también mi vida se extingue sin mengua ni pérdida para nadie. Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las esperanzas menguan, y con todo eso llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir para ver, como en profecía, el esplendor de su Reinado.

No se conturbe Su Alteza Serenísima por las sombras que han caído sobre su alma, que la locura es el más alto don que Dios concede a sus elegidos. Yo he vivido loco y muero cuerdo, por manera que conozco este tránsito en que el alma transida se abre por fin luminosa al sosiego de la cordura sin abjurar ni abominar los delirios de la noche del alma.

Beso a Su Alteza los pies y pido a Dios Nuestro Señor le otorgue consolación en su dolor y un rayo de luz de su Divina Providencia en las sombras que injustamente ensombrecen su alma.

PARTE 52 - EL ALMIRANTE SE DESPIDE

AYER, el cura de las Trinitarias ha sido llamado a escape (al convento trinitario le faltan aún cien años para ser fundado). Le ha oído en confesión casi póstuma y le ha dado la extremaunción. La confesión ha resultado un poco gritada pues el trinitario es medio sordo. Salió el cura, y con la ecuanimidad de su celo apostólico el santo varón dijo:

—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo el que fue loco caballero navegante. Bien podemos llamar al escribano para que dicte su testamento.

—Ya lo tiene hecho hasta en sus menores detalles y con todas las mandas agregadas en más de un millar de codicilos —se apresuró a decir con fingida naturalidad Hernando, el hijo natural habido con Beatriz Henríquez de Arana. Hernando lucía, melancólico, la soberbia hermosura de la madre. En lugar de carnicerías iba a ocuparse, andando el tiempo, en la biografía y testamentaría de su ilustre padre, ya que el último deseo de éste no fue tenido en cuenta en los pleitos de dos siglos.

Se apretujaron alrededor del lecho el dicho Hernando; Bartolomé, el hermano; los dos Diegos, hijo y hermano; el cura de las Trinitarias; el seminarista y futuro obispo de Chiapas, Bartolomé de las Casas, su antiguo joven amigo y futuro exégeta; el Ama y la Sobrina, que le salieron al Almirante de sus mostrencas familias españolas, y a las que legará dos papeles sin mayor importancia en el mas grande libro de historias fingidas que leerán los siglos. No falta el Barbero que le ha despejado el rostro del matorral ceniciento de su barba.

Desde Canarias ha llegado el gaviero Rafael, hijo de doña Pepina Palma, a quien el Almirante llama mi Arcángel canario, y de quien se siente padre adoptivo. El gaviero viene de enterrar a su madre en Fuerteventura. El Almirante adivina en el rostro del huérfano la triste nueva. Oprime su mano en la suya cadavérica. También han llegado los siete Sancho-Panzas, que lo transportaron en la frustrada peregrinación tras el rey Fernando, y

que ya se disponen a cargar el féretro del Almirante con el mismo vigor ambulatorio que pusieron en las parihuelas.

—Señores —dijo el Almirante con el último aliento, que parecía venir de ultratumba—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño, ni en mi cabeza vuelan más los pájaros del Mar Tenebroso, a los que debí el Descubrimiento. Yo fui loco y muero cuerdo. Fui Almirante, Visorrey y Gobernador perpetuo de todas las Indias. ¡Ah locura de los que ponen su quimera en los honores y riquezas de este mundo! No vuelvo a ser ahora más que el grumete ligur, el peregrino de la tierra y del mar, el judío errante convicto y converso, que siempre fui con honra y sin provecho. Pueda yo, con la ayuda de vuestras mercedes, con mi arrepentimiento y mi verdad última, la única genuina y valedera, volver a ganar la estimación que de mí se tenía... —una tos carrasposa interrumpió este réquiem por sí mismo de quien se moría.

—¿Qué es lo que vuestra merced está diciendo, señor? —preguntó el Ama con lágrimas en los ojos.

—Nada, almas mías... —dijo el Almirante— sino que me voy muriendo a toda priesa. Y antes de que la lengua se me aquiete para siempre en el ataúd de mi boca, sólo quiero rogaros que perdonéis la locura desta historia, los grandes disparates que en ella se describen como ciertos, y que únicamente lo son para mí...

—Ningún disparate ni el más pequeño hay, padre mío, en la grande historia de vuestra gloriosa existencia que yo contaré tal cual es.

—No te afanes donde no te llamen, Hernando, hijo mío. Doy gracias al poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. Su misericordia no tiene límite, y no la abrevian ni impiden mis pecados para que con la razón pueda disfrutar plenamente del don de la cordura que me ha brindado cuando ya no estaba el alcacel para zampoñas, ni para locuras la edad de hierro en que vivimos y morimos.

El cura trinitario, algo trastevado de oídos, carraspeó incómodo, creyó sentirse aludido como reciente, perpetuo y secreto depositario de tales pecados. El moribundo repetía «cordura y locura», y el cura se agitaba una y otra vez oyendo mal y creyendo oír bien que a él se refería.

—No se preocupe ya, vuestra merced, señor cura, de mi ánima —continuó el cuitado con la voz cada vez más débil—. Yo tengo el juicio ya libre y claro, limpio de la amarga y continua leyenda que sobre él acumularon los fechos y las fechas y los malfechores de mi honra. Pido

cuan encarecidamente ser pueda perdón a los historiadores y Cides Hametes Benengelis de la vera historia que mi vida tener pueda. A mí sólo me tocó vivirla. A ellos, les tocará revivida, que es la parte más engorrosa y difícil de la obsesión de narrar.

Se interrumpió por la falta de aliento. Después continuó:

—Esta buena gente se ha quemado los ojos, despeitado el ánimo, dejado la vida en la penosa y larga tarea de cinco cientos años para averiguar quién era yo. Cosa que me muero sin saberlo, ¡loado sea Dios!, y que nadie sabrá jamás. Cada individuo es infinito y misterioso como el universo mismo, y ante cada uno la imaginación tiembla sin saber por dónde comenzar para entenderlo y menos aún en qué punto terminar. Por lo cual ninguna historia tiene principio ni fin y todas tienen tantos significados como lectores aya.

Os digo adiós, suavemente. Tiempo vendrá, quizás, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenía. ¡Adiós, gracias a todos, adiós donaires, adiós regocijados amigos; que yo me voy a otra vida, deseando veros presto contentos en ella conmigo!...

Las lamentaciones arreciaron. Las lágrimas de los deudos, rocío de ojos pecadores, caían rayando con tenues temblores la penumbra. Deudos no quieren deudas, pensaban algunos de ellos en las muchas del testamento, que no fuesen a quedar solamente ellas como pesado recuerdo del pobre Almirante, pese a sus livianos sueños de mayorazgos y títulos perpetuos.

—¡Nada de pleitos ni reclamos, hijos míos! —pidió el Almirante como adivinando estos pensamiento acerca de los dares y tomares terrenos que ahora tomaban cuerpo sobre el desfallecimiento del suyo—. Pues como dijo el poeta : sólo me queda la pobre cuenta de mis ricos males.

El ajuste de la cuenta almirantina duró más de doscientos años. La cuenta grande, quinientos, que en este año se cumple sin estar resuelta y, peor aún, aumentada, enriquecida por los intereses y avideces de otros imperios más nuevos, arrogantes y poderosos, pues la España imperial no pasó de Ayacucho, donde ya para entonces estaba exhausta bajo el peso de su propio pasado; algunos dicen, de su propia grandeza.

Con ánimo sosegado rogó el agonizante que le dejaran solo. Quería tener un instante de meditación y reconciliarse con su propia alma antes de exhalar el último suspiro. Salieron todos. El viento silbaba entre las rotas tejas.

PARTE 53 - LAS CUENTAS CLARAS

LLAMADAS por una voz que han creído oír, entran el Ama y la Sobrina. Encienden el candil de la cabecera y avivan las brasas semiapagadas en la chimenea. Con el rostro vuelto hacia el agonizante, el Ama se sobresalta:

—¡Parece que ha hecho la señal de la Cruz! —alerta en voz baja a la Sobrina.

—No, sino que he hecho señal de que os acercarais... —la interrumpe la voz comatosa.

—¿En qué os podemos servir, señor? —pregunta solícita el Ama.

—Id a llamar de nuevo al escribano, que debo dictarle una última corrección al testamento.

Salieron ambas como si las llevara el diablo y ya estaban de nuevo allí, como si no hubieran salido, trayendo del brazo al escribano. Apenas justo el tiempo para que el Almirante recobrara el aliento y juntara en su mente las palabras que quería dictar.

—En ese almario, no de almas sino de cosas, está el testamento —dijo con voz ya huérfana señalando un mueble descalabrado, inmenso y oscuro como un galeón hundido—. Quiero que vuesa merced, señor escribano, eche al fuego ese inútil y viciado testamento sin perder un minuto, que es el último que tengo.

Ante el estupor del leguleyo, del Ama y la Sobrina, el Almirante le señaló el fuego de la chimenea.

—Échelo, vuesa merced, allí mismo y ahora mismo.

Obedeció el escribano sin chistar. Las órdenes de un moribundo no se desacatan. Cogió el centón llovido de flecos multicolores, como si de echar un pecador al fuego de la Inquisición se tratase. Los sellos de lacre, las obleas de sal y carbón de los codicilos comenzaron a estallar como una hilada de petardos en la traca de una fiesta mayor, la fiesta patronal del Almirante.

—Mi único y último testamento es el siguiente... —el humo y el olor de la pólvora empezaron a llenar la habitación haciendo toser a los presentes—. Ítem primero: Mando que se desmanden todas las mandas anteriores que pudieran existir en cualquier parte del mundo y en poder de cualquier albacea, salvo del Albacea inmortal y todopoderoso, que es Dios mismo. Ítem segundo: Renuncio a todos los títulos, privilegios y honores que me han sido otorgados, dejados en suspenso o retirados; renuncia que la muerte inminente de mi persona física hace indeclinable y absoluta. Ítem tercero: Mando que todas las tierras y posesiones que se me han atribuido en recompensa de un descubrimiento que no ha sido hecho por mí, y de una conquista que yo he comenzado y que va contra todas las leyes de Dios y de los hombres, sean devueltas a sus propietarios genuinos y originarios (respéteseme el pleonismo, que no es tal, señor escribano). Esto se hará por mediación del Consejo de Indias y de sus legítimas autoridades con el refrendo de la Corona española. Los grandes daños y el holocausto de más de cien millones de indios deben ser reparados material y espiritualmente en sus descendientes y sobrevivientes. Ítem cuarto: En la imposibilidad física de estampar en este documento mi firma legal y religiosa de *Christo Ferens* (ya no soy el Portador de Cristo sino el abandonado por Cristo), dejo impresas sobre él las señas de las yemas de mis dedos con el zumo de mis ojos. Sea firmado este documento por las testigos aquí presentes, y registrado en los tribunales y juzgados competentes de las Españas y las Yndias para su inmediata ejecución y hasta su total cumplimiento...

Con la ayuda del Ama y la Sobrina untó los dedos en la humedad sanguinosa que manaba de sus ojos y los imprimió al pie de ese pergamino, postrero título de la definitiva desposesión que él se otorgaba a sí y a sus herederos. Un último petardo estalló. La íngrima silueta del Almirante fue desvaneciéndose en la humareda cada vez más densa, hasta que no se le vio más.

El Ama y la Sobrina, sollozando, al unísono dijeron:

—Ya no está aquí

RECONOCIMIENTOS

A Josefina Plá, el más alto valor de las letras hispánicas en la América actual; que ha sabido unir a lo largo de su vida austera y fecunda su amor y lealtad por su tierra española con su adopción del dolor paraguayo y convertirse en el vínculo ejemplar de la vida cultural de los dos pueblos.

A mis antiguos y queridos amigos Eva y Carlos Abente que conservaron por más de cuarenta años el bosquejo inicial y las notas de esta novela junto con algunos otros papeles y libros. En Buenos Aires, en 1947, cuando el gran éxodo paraguayo comenzaba, Carlos Federico, médico y benefactor de ese pueblo en peregrinación, me salvó la vida y salvó estos papeles, dones por los cuales no sé si se le debe agradecer o reprochar.

El largo destierro o trastierro forzoso —pese a los insignes ejemplos en contrario— no es fértil ni saludable para los ingenios menores; perder la lengua en el extranjero tiende más vale a distorsionar la vida de un ser humano corriente y común, su visión del mundo, su noción de la historia de una tierra, que —como lo dijo transidamente el poeta Luis Cernuda— «a su imagen lo hizo para de sí arrojarlo».

La polémica encendida en torno al V Centenario de la empresa descubridora, que a todos nos concierne, me animó a tomar parte en ella de la única manera en que puedo hacerlo: en mi condición y dentro de mis limitaciones de escritor, de hombre común y corriente, de latinoamericano de «dos mundos». Retomé los viejos apuntes, me sumergí en la vigilia imaginada del Almirante hacía más de cuarenta años, y traté de narrarla como mejor pude, desde mi punto de vista personal, en la «omnubilación en marcha que es la historia», como bien la calificó el escéptico Cioran.

Torrencialmente la fuente seca fluyó y en menos de tres meses quedó terminada la obra que aquí entrego después de diecisiete años de silencio novelístico.

Agradezco sincera y muy especialmente a los eminentes historiadores Francisco Morales Padrón, Consuelo Varela, Juan Gil y a Juan Manzano

Manzano (cuyo libro Colón y su secreto me confirmó lúcida y visionariamente la existencia real del predescubridor Alonso Sánchez, verdadero coprotagonista de esta Vigilia); expreso mi gratitud al profesor y legislador italiano Paolo Emilio Taviani. Sin todos ellos y una larga lista de estudiosos de la historia colombina, que no cito (citar es omitir, decía Borges), esta historia fingida no hubiese podido ser imaginada ni escrita.

No deseo dejar de mencionar en este capítulo de mis gratitudes a mi talentosa amiga mexicana, la escritora y ensayista Margo Glantz, en cuyos textos, acaso los más perfectos que se escriben hoy en América, he encontrado simetrías e isotopías históricas de gran valor simbólico para mí; a Miguel Cereceda, por su lección de ajedrez sobre el enigma de la Reina alférez en tiempos de Alfonso el Sabio; a Mónica Fernández Aceytuno, quien, en una conversación radial para la cadena SER, acerca de la tiniebla blanca del mediodía, la sombra, el calor y el amor, me obsequio' el bello mito del árbol cuyas raíces florecen subterráneamente y cuya copa inexistente brinda al caminante su perfumada sombra.

A. R. B.

Toulouse (Francia)
Mayo - julio, 1992

RESEÑA

VIGILIA del Almirante: la historia no oficial. "Quiere este texto recuperar la carnadura del hombre común, oscuramente genial, que produjo sin saberlo, sin proponérselo, sin presentirlo siquiera, el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en dos milenios de historia de la humanidad. Este hombre enigmático, tozudo, desmemoriado para todo lo que no fuera su obsesión, nos dejó su ausencia, su olvido. La historia le robó su nombre. Necesitó quinientos años para nacer como mito."

Escrita desde el lado del nuevo mundo descubierto por Colón, *Vigilia del Almirante* —obra en la que Augusto Roa Bastos mezcla de manera magistral el humor y la aventura con una honda reflexión sobre la vida del Almirante— plantea una reivindicación del universo indígena que, en esta apasionante novela, el propio navegante reclama para los habitantes primitivos.

Repleta de sorpresas literarias e históricas, *Vigilia del Almirante* supone una contribución polémica y audaz a la mejor literatura de nuestro tiempo.,

Augusto Roa Bastos (Asunción, Paraguay, 1917) es uno de los grandes escritores latinoamericanos de este siglo. Su literatura supone una contribución capital al castellano de nuestro tiempo.

En 1989 obtuvo el Premio Cervantes. *Vigilia del Almirante* es su última novela y constituye un nuevo ejemplo de su vitalidad literaria.